



LO MÁS
DULCE

M. LEIGHTON

Phoebe

M. LEIGHTON

LO MÁS DULCE

Traducción de M^a José Losada



Phoebe

Título original: *All Things Pretty*

Primera edición: mayo de 2016

Copyright © 2014 by M. Leighton

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2016

© de esta edición: 2016, Ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-84-0

BIC: FRD

Diseño de cubierta: Calderón Studio

Fotografía: Conrado/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

PRIMERA PARTE

[1 Tommi](#)
[2 Sig](#)
[3 Tommi](#)
[4 Sig](#)
[5 Tommi](#)
[6 Sig](#)
[7 Tommi](#)
[8 Sig](#)
[9 Tommi](#)
[10 Sig](#)
[11 Tommi](#)
[12 Sig](#)
[13 Tommi](#)
[14 Sig](#)
[15 Tommi](#)
[16 Sig](#)
[17 Tommi](#)
[18 Sig](#)
[19 Tommi](#)
[20 Sig](#)
[21 Tommi](#)
[22 Sig](#)
[23 Tommi](#)
[24 Sig](#)
[25 Tommi](#)
[26 Sig](#)

SEGUNDA PARTE

[26 \(Continuación\) Sig](#)
[27 Tommi](#)
[28 Sig](#)
[29 Tommi](#)
[30 Sig](#)
[31 Tommi](#)
[32 Sig](#)
[33 Tommi](#)
[34 Sig](#)
[35 Tommi](#)
[36 Sig](#)

EPÍLOGO

[Unas palabras finales](#)

Para Kevin.

Mi inspiración.

Mi marido.

Mi Sig.

Doy gracias a Dios por cada día
que me despierto a tu lado.

Para aquellos que han encontrado un amor por el que vale la pena renunciar a todo lo que conocen. ¡Vaya tesoro tenéis!

«El río del amor verdadero jamás fluyó tranquilo».

William Shakespeare

PRIMERA PARTE

Tommi

La pequeña cosita que hay en el extremo de la llave del gato se desliza fuera de la tuerca y me aplasta el dedo contra el pavimento caliente. Una vez más. Resisto la tentación de meterme el palpitante dedo en la boca y me trago un exabrupto.

«¡No maldigas! ¡No maldigas!».

Estos días me comporto como un chuchito bien entrenado; actúo de forma correcta, visto de forma correcta y hablo bien. Soy lo que las apariencias exigen. Tengo que serlo. Lance lo exige y yo lo necesito, así que sigo sus reglas.

Me paso el dorso de la mano por la frente húmeda y vuelvo a intentarlo.

«Solo una tuerca más, solo queda una».

Suspiro de alivio cuando cargo todo mi peso en el gato del coche y el obstinado tornillo cede. Lo desenrosco y retiro la llanta, que hago rodar para apoyarla en el guardabarros trasero del coche. Me sacudo el polvo de las uñas y compruebo que no se me ha roto ninguna —Dios me libre de servir las bebidas con las uñas hechas un desastre— antes de dirigirme al maletero para sacar la rueda de repuesto.

Después de luchar para retirarla del pequeño cubículo que se oculta debajo del falso suelo del maletero, la dejo caer sobre el asfalto, pensando cómo voy a colocarla. Y lo hubiera logrado si no fuera porque la de repuesto también está pinchada.

—¡Nooo! —gimo en voz alta.

«¡Oh, Dios! ¿Es que estás pitorreándote de mí?».

Me siento frenética cuando vuelvo a echar un vistazo de nuevo al reloj. A este ritmo, nunca tendré tiempo para cambiarme y llegar al hotel a tiempo. Pero si aparezco vestida así, jamás dejarán de echármelo en cara. Sé que no debo usar pantalones cortos y camisetas sin mangas, pero a veces no puedo resistir la tentación de ser yo misma. De la yo que acostumbraba a ser. De la yo que todavía soy, a pesar de lo demás.

—¿Por qué no aceptaste ayuda cuando te la ofrecieron, Tommi? —murmuro cerrando los ojos y alzando la cabeza al cielo.

Ser una rubia con problemas en medio de la carretera no siempre es malo. Por suerte, generalmente atrae a una gran cantidad de hombres más que dispuestos a convertirse en un héroe y salvar a una pobre damisela en apuros. En esta ocasión no ha sido diferente, solo que los he mantenido a distancia. Es decir, la mayoría resultaban espeluznantes y estoy aquí sola. No hubiera sido lo más inteligente. Así que aquí estoy. Sola. Sin héroe, impotente y frustrada.

—Todavía no es demasiado tarde, ¿sabes? —replica una voz agradable a mi espalda, en tono de diversión.

Sobresaltada, contengo un grito y me doy la vuelta. Hay un hombre moreno y muy apuesto detrás de mí. Está tan cerca y es tan alto que doy un paso atrás. Eso hace que tropiece con la llanta de repuesto, pierda el equilibrio y casi me caiga dentro del maletero. Cualquier rastro de control personal se va por la consabida ventana cuando intento recuperar el equilibrio.

—¡Hostia puta, joder! —chillo, llevada por la sorpresa.

Dos manos grandes y fuertes se extienden hacia mis brazos desnudos para sostenerme y devolverme a la posición vertical, librándome de un humillante error. La electricidad que hace hormiguear mi piel ante su contacto combinada con su risa ronca me provoca un escalofrío que sube por mis brazos. La atracción hace vibrar mis terminaciones nerviosas de forma similar a un terremoto.

—Una hermosa mujer que jura como un camionero. Justo mi tipo de chica.

«¡Oh, Dios mío! Menuda vergüenza». Pero me olvido con rapidez de la razón cuando le echo una buena ojeada a mi salvador.

Estoy cara a cara con el hombre más impresionante del mundo. Ojos castaños que brillan como dos diamantes de chocolate con los últimos rayos del sol poniente, largas pestañas negras que los enmarcan como plumas y una sonrisa que amenaza con derretirme al instante. ¡Santo Dios! Y tengo que mirar hacia arriba para verle la cara, lo que ya es mucho decir, porque midiendo uno setenta y cinco soy una chica alta.

—Perdón por la expresión. Me has asustado —tartamudeo, curvando los dedos alrededor de sus musculosos antebrazos antes de poder pensarlo mejor. Mantenemos aquel contacto durante varios ardientes segundos. Sé que debería soltarme, protestar, fingir indignación, hacer algo..., pero no puedo. A pesar de que suelo ser prudente, no quiero hacer nada porque no quiero que me suelte.

—No es necesario que te disculpes. Me encanta que las mujeres digan cosas sucias.

—No he dicho nada sucio —me defiende con debilidad.

Arquea las cejas con curiosidad, y me doy cuenta de lo mal que suena.

—¿Hay más? ¿Palabras más sucias?

A pesar del sofocante calor, noto que me sube por las mejillas un caliente rubor. «¡Rubor!».

Ni siquiera soy capaz de recordar la última vez que me sonrojé. He visto y hecho cosas a lo largo de mi vida que me han dejado insensibilizada hasta el punto de que habría jurado que nada me podía hacer sentir vergüenza. Y, sin embargo, aquí estoy, sonrojándome ante un perfecto desconocido (que está como un tren).

Respiro hondo de forma temblorosa y sonrío, quitándoles importancia a él y al peligro de mi situación... del que por fin soy plenamente consciente. Este tipo podría hacerme daño y yo estoy babeando ante su pecho. Su ancho, duro y musculoso pecho.

Cierro los ojos con fuerza.

«¡Dios! ¡Basta! ¡Deja de pensar en él!».

—¿Estás bien? —se interesa aquel perfecto desconocido que está como un tren. Cualquier rastro de alegría ha desaparecido de su voz.

«Evita mirarlo a los ojos».

Bajo la vista y clavo la mirada en mi camiseta sucia al tiempo que me endezco para pasar entre su impresionante cuerpo y el maletero abierto.

—Estoy bien. Solo... mmm... que hace mucho calor y... er... estoy cambiando el neumático. Solo tengo calor. Y estoy cansada. Y...

Doblo la esquina del coche, pensando que me separan solo unos pasos del bolso y el móvil.

Miro cómo el perfecto desconocido que está como un tren da un golpe a la rueda con la punta de la bota.

—Espero que esta sea la que acabas de quitar.

«¡Oh, mierda! ¿Cómo puedo haberme olvidado de mi pequeño problema? ¡Tengo dos ruedas pinchadas!».

Estoy tan desinflada como las cámaras de mis neumáticos mientras lo veo acercarse a la llanta que acabo de quitar, y comprobar el estado de la goma.

—Por cierto, me llamo Sig —me dice de forma casual. Luego cruza los brazos sobre el pecho y estudia la situación, pensativo—. Y me da la impresión de que vas a necesitar una grúa.

Una grúa. ¡Sí! Corro hacia el asiento del conductor y me inclino para alcanzar mi móvil, muy consciente de lo cortos que son mis pantalones y de la forma que se suben más arriba de mis piernas cuando me estiro. Me apresuro a incorporarme blandiendo el iPhone como si fuera un arma.

—¡Sí! Necesito una grúa. Voy a llamarla ahora mismo —le comunico, tratando de ignorar la cálida mirada en sus ojos, que sube de forma descarada por mis piernas.

Comienzo a buscar una compañía de grúas, pero lo cierto es que solo miro fijamente la pantalla en blanco, sabiendo que mi dilema es mucho peor de lo que había asumido. Si se llevan mi coche, necesitaré otro medio de transporte para ir a la ciudad, lo que significa que voy a tener que perder más tiempo esperando un taxi. Y todavía tendré que cambiarme de ropa para poder servir las bebidas, lo que hará que todavía llegue más tarde, pero al menos iré vestida de forma apropiada. De cualquier manera, ya la he cagado. Llegaré tarde y sin coche. Y Lance se pondrá furioso.

Unos dedos largos y bronceados cubren los míos y me obligan a detenerme. Sig se inclina hasta que su cara queda a la altura de mi línea de visión.

—¿Necesitas ayuda? Porque solo me he detenido a ayudarte. Nada más.

Su mirada es seria, pero hay cierto brillo en sus ojos, como si supiera lo que estoy pensando, que sospecho de él. Por alguna razón, de repente me siento ridícula. Algo me dice que está siendo sincero, que está aquí para echarme una mano, no para hacerme daño. Y cuando alzo la vista hasta su cara, hago algo impensable.

Estoy de acuerdo.

—En realidad, sí necesito un poco de ayuda.

—Sí, eso he imaginado. ¿Qué puedo hacer? ¿Llevarte a algún sitio? ¿Esperar contigo mientras llega la grúa? —Una breve pausa seguida de una larga y maliciosa sonrisa—. ¿Ofrecerte un hombro fuerte y atractivo en el que llorar?

No puedo reprimir una sonrisa.

—Y yo que pensaba que los caballeros ya no existían.

—Pues aquí tienes uno vivo y coleando, cariño —declara con un guiño. Entre eso y la forma en que dicen «cariño» los sureños, lucho para reprimir un intenso temblor—. Dime, ¿adónde tienes que ir?

Echo un vistazo a la brillante *pickup* negra que hay aparcada detrás de mi vehículo. Debo de haber estado más angustiada de lo que pensaba si no la he oído llegar.

—¿Estás seguro de que no te importa? Tengo que ir a un sitio, pero antes debo hacer una parada muy rápida en otro lugar. ¿Es posible?

—Mientras sea de verdad muy rápida... —bromea.

—Será tan rápida que no te dará tiempo a girar la cabeza.

—La cabeza ya me da vueltas —asegura con una sonrisa que hace que sienta mariposas en el estómago—. Pero no tengo prisa. Tómame todo el tiempo que necesites —ofrece con una mirada apreciativa que me dice que se siente más que feliz de pasar más tiempo conmigo, algo que provoca que me vuelva a ruborizar. ¿Qué demonios me está haciendo este tipo?

Abro la puerta del coche y me siento detrás del volante para asegurarme de que todas las ventanillas están subidas antes de recoger el bolso y cerrar el coche. Cuando regreso, el perfecto desconocido que está como un tren (también conocido como Sig) ha vuelto a guardar la rueda de repuesto pinchada en su lugar y está colocando la llanta.

Miro sus brazos y hombros a través de la fina tela de la camisa mientras maneja con habilidad el gato. Si duda es un hombre grande. Tiene la espalda muy ancha, aunque se estrecha formando una V hasta una cintura esbelta y unas caderas estrechas. Mientras observo la forma en que se inclina, con el trasero apoyado en los talones, noto que la camiseta se ha subido lo suficiente como para dejar al descubierto la suave piel de la base de la columna. No veo la hucha, pero tampoco su ropa interior, lo que me hace preguntar si llevará alguna.

«¡Santo Dios, qué calor hace!».

Aparto los ojos como si no fuera capaz de seguir mirándolo mientras pienso esas cosas. No es bueno para mí coquetear con otro hombre. Si alguien se lo dijera a Lance...

Esta vez, cuando me estremezco, no es de forma agradable.

Sig se incorpora y me mira con una mueca mientras se frota las manos en los pantalones.

—Listo. —Se sacude las palmas—. ¿Has cerrado ya?

Asiento con la cabeza, tratando de no sentirme afectada por su carisma, pero ¡la leche!, es muy difícil.

—En ese caso, su carruaje la espera —me dice, extendiendo un brazo por delante de mí—. O, en este caso, una *pickup*, porque es el único vehículo lo suficientemente grande para alguien como yo.

—¿Cuánto mides? —pregunto mientras me abre la puerta del copiloto.

—Casi dos metros.

—¡Guay! ¡Dos metros! —repito impresionada.

—Sí. Dos metros impresionantes.

—Y modestos.

—Sí, eso también —conviene con una media sonrisa, cerrando la puerta.

Miro cómo mi héroe rodea la parte delantera de la *pickup* para dirigirse al lado del conductor, y un suspiro agita mi pecho. Por mucho que no quiera, estoy encantada. Hasta de las mariposas en el estómago y la debilidad que hace que me tiemblen las rodillas. Agradezco no volver a ver de nuevo a este perfecto desconocido que está como un tren. Porque estoy muy segura de que sería un desastre.

—Entonces, ¿te llamas Tommi? —comento mientras me pongo en marcha.

—Sí.

«¡Joder, resulta muy sexy!». ¿Una mujer preciosa y muy femenina con un nombre masculino? ¡Dios Todopoderoso!

—¿Es la abreviatura de algún nombre?

—No. Solo es así, Tommi.

Tommi, la de los rizos rubios. Tommi, la de los ojos verde esmeralda. Tommi, la del culo tan perfecto que me hormigean los dedos por las ganas de agarrarlo, amasarlo y apretarlo.

—¿A dónde vamos, solo-Tommi?

Me da la dirección de una tienda de ropa femenina situada en una de las zonas elegantes de la ciudad. No me sorprende demasiado, teniendo en cuenta que conduce un Maserati de color rojo manzana.

A pesar de la curiosidad que siento, no hago preguntas sobre su destino. No quiero hacerla sentir más incómoda.

Sé que la pongo nerviosa. No sé si piensa que podría intentar hacerle daño o ligar con ella, pero no está cómoda ante la atracción que hay entre nosotros; sé demasiado bien lo que se siente. ¡Joder! Casi puedo saborearlo por lo intenso que es.

Me gusta un poco saber que la hago sentir incómoda. Me gusta ver cómo se retuerce. Es interesante la forma en que evita en lo posible cualquier contacto visual, cómo se mordisquea el labio inferior antes de responderme. Quiere alejarse lo más rápido que pueda, pero quizá solo sea porque cree que es lo mejor y no necesariamente lo que quiere. Tengo la extraña sensación de que quiere coquetear de nuevo..., solo que no lo hará.

O podría ser que en realidad soy el ególatra que piensa que soy y todo esto solo está en mi cabeza.

Aunque no lo creo.

No estoy seguro de por qué siente que tiene que actuar de una determinada forma conmigo. A menos que sea así con todo el mundo, lo que me haría sentir todavía más curiosidad por ella. Llevo solo diez minutos con ella y ya la encuentro fascinante. Sí, esto va a ser muy interesante.

—Dime, Tommi, ¿qué es lo que te hace tilín?

Eso hace que me mire fijamente. Si no estuviera conduciendo, sostendría su mirada hasta que se volviera masilla en mis manos.

—¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros.

—No sé... ¿Qué te gusta? ¿Qué odias? ¿Qué haces cuando te levantas por la mañana? ¿Qué temes más que a nada en el mundo?

En su cabeza, tiene una respuesta inmediata a cada una de mis preguntas. Aunque yo no sé cuál es. Asoman a sus ojos antes de que pueda apartar la mirada. Sé que, por supuesto, no va a compartirlo conmigo. Ni siquiera estoy seguro de lo que espero de ella. Solo quería preguntar..., no sé por qué. Quizá por saber cómo reaccionaría.

—¿Siempre eres tan entrometido? —me pregunta de forma casual, con la mirada fija en el frente, estudiando el paisaje que recorremos a través del parabrisas.

—Siempre.

Veo que contrae las comisuras de los labios.

—Por lo menos eres sincero.

—Es uno de mis defectos.

En lugar de bromear conmigo, Tommi agarra el móvil.

—Creo que voy a llamar a la grúa —me dice, sosteniéndolo para que lo vea.

Permanezco en silencio mientras busca el número y también mientras habla con alguien al otro lado de la línea.

Llegamos a la *boutique* de lujo con demasiada rapidez. Y no he acelerado. De hecho, apenas he rozado el límite de velocidad.

Una vez dentro del aparcamiento, cuando ya he encontrado un sitio, me vuelvo hacia Tommi. Está preparada para bajarse y correr, o eso parece. Tiene la mano en la manija de la puerta y los ojos muy abiertos.

—Vuelvo en unos minutos. ¿Estás seguro de que no te importa esperar?

—Segurísimo.

—Algunos hombres actúan como si esperar doliera —comenta.

—No me importa esperar.

Percibo un brillo en sus ojos.

—¿Incluso aunque duela?

Me río.

—Especialmente si duele.

—Vale. Gracias. De verdad —ofrece con una dulce sonrisa.

Me dan ganas de besarla... Entre otras cosas.

—No hay problema.

Me relajo en mi asiento mientras baja y cierra la puerta. No puedo apartar la vista de los músculos de sus largas y torneadas piernas mientras se aleja, cómo sus redondas nalgas se mueven dentro del tejido de los pantalones cortos a cada paso que da. Es tan alta y tiene las piernas tan largas que mi pene palpita solo de pensar en tenerlas rodeándome, su cuerpo cálido y mojado presionado con fuerza contra el mío. «¡Joder!».

Estoy escuchando la radio, disfrutando de la brisa que entra por la ventana abierta, cuando aparece por la puerta lateral de la tienda. Estoy bastante seguro de que mi barbilla roza el suelo en el instante en que la veo.

Su cabello está sujeto en un descuidado moño rubio en la parte superior de su cabeza, con algunos mechones sueltos alrededor de la cara y rozando los hombros. Está vestida con un ceñido vestido rojo que abraza cada una de sus curvas. Tiene una abertura lateral hasta casi la cintura que muestra sus piernas de infarto. Revela lo suficiente de su bronceada piel para hacer babear a cualquier hombre. Como estoy haciendo yo ahora mismo.

Prácticamente jadeando, la observo mientras se acerca con pasos cortos a la puerta del copiloto. Cuando la abre me llega una bocanada del delicioso aroma que emana, inundando la cabina de la *pickup*. Sexy y provocador, pero suave al mismo tiempo. Todo lo que ella está tratando de no ser conmigo. Pero lo es, da igual que lo intente o no.

Veo que frunce el ceño mientras mira el escalón para subir al vehículo. Recoge el dobladillo del vestido y lo sube unos centímetros al tiempo que se agarra al interior de la puerta. Trata de encontrar la manera de entrar en el coche sin desgarrar la prenda, sin mostrarse poco femenina y sin enseñar demasiado. Qué contradictoria

resulta.

Su dilema me impulsa a la acción.

—Espera —le digo, saliendo de la *pickup* para rodearla hasta donde está ella. Se vuelve hacia mí cuando me acerco a su espalda. Cuando la miro más de cerca, me doy cuenta de que la deseo. Bueno, eso ya lo sabía, pero ahora sé exactamente cuánto la deseo. ¡La hostia!

Ella me mira, tímida, atractiva... Sus ojos... ¡Dios! Son pecaminosos e inocentes a la vez, como dos exóticas esmeraldas enmarcadas por espesas pestañas negras. Sabe lo que estoy pensando porque mira a lo lejos al tiempo que se mordisquea los labios otra vez, y que ahora están pintados de un intenso color rubí oscuro y se muestran húmedos..., brillantes... Como si hubiera estado lamiéndoselos.

Como si ella pudiera sentir mi mirada en ellos, asoma la lengua por una de sus comisuras y tengo que reprimir un gemido.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto por segunda vez en el día.

Ella me mira de reojo y se ríe, un sonido profundo y gutural que me hace imaginarla bailando bajo la lluvia. Desnuda y libre.

—Esto comienza a ser un hábito.

—No todos los hábitos son malos.

—No, pero algunos son peligrosos —murmura con una voz ronca y vibrante que hace palpar mis pelotas.

—No hay nada malo en jugar con el peligro de vez en cuando.

Su sonrisa se vuelve triste, aunque no dice nada. Al cabo de unos segundos me acerco un paso a ella, Tommi no retrocede, pero al ver cómo separa los labios pienso en lo que ella cree que estoy a punto de hacer. ¿Besarla?

Poco a poco, me inclino y rodeo su pequeña cintura con los dedos.

—Apoya las manos en mis hombros —le ordeno.

Con una bolsa en una mano —donde supongo que lleva la ropa que traía puesta— y un bolso de esos enanos en la otra, se apoya en mí, y la izo hasta el asiento del copiloto de forma que pueda deslizarse hacia atrás y girar las piernas. Nos miramos con una especie de expectación; no estoy seguro de qué quiere que haga, pero estoy segurísimo de que sabe lo que quiero hacer. Antes de que lo lleve a la práctica, cierro la puerta y respiro hondo.

No estoy acostumbrado a reprimir ese tipo de impulsos, y no sé por qué lo hago con esta chica. Quizá porque parece envuelta en un halo que me hace pensar que necesita que la rescaten de algo más que de haberse quedado colgada en la carretera.

Me pongo detrás del volante y enciendo el motor. Mientras cambio la marcha, el pálido cabello de Tommi entra en mi visión periférica y me vuelvo para mirarla. Su pierna queda expuesta hasta la parte superior del muslo y se ha inclinado para ajustar la correa de un brillante zapato plateado. Cuando se endereza, me pilla observándola.

—Los hombres tendríais que dar gracias de no tener que usar zapatos como estos —asegura.

—Mejor. Jamás podríamos hacerles justicia de esa manera —respondo con una sonrisa de medio lado.

—Oh, no sé... Apuesto lo que sea a que tienes unas buenas piernas —dice, mirando la parte inferior de mi cuerpo antes de alzar la vista con rapidez, como avergonzada de hacer ese tipo de comentario. Pero lo ha hecho, lo que significa que tenía razón. No soy yo quien la pone nerviosa. Es esta maldita atracción que crepita entre los dos.

—Ganarías la apuesta. Y si quieres verlas, solo tienes que decirlo.

Sonríe de nuevo sin decir nada mientras juguetea con el cierre de su bolso, evitando de nuevo el contacto visual.

—¿A dónde vamos?

—Al hotel Magnifique.

—Perfecto —respondo. Estoy familiarizado con ese lugar y esta mujer lo está, sin duda, con las cosas buenas de la vida.

Recorremos la corta distancia en silencio. Casi puedo sentir su tensión cada vez que mira el reloj. Cuando accedo al aparcamiento cubierto que hay delante del hotel, Tommi me vuelve a mirar de nuevo.

—Muchas gracias por tu ayuda. No sé lo que habría hecho sin ti.

—Ha sido un placer —confieso con sinceridad.

El mozo le abre la puerta y está a punto de salir cuando le agarro la muñeca.

—Espera. No te olvides de tus cosas —advierto, señalando la bolsa que hay en el suelo.

—¡Oh! Gracias. —No parece nada agradecida. De hecho, parece tener problemas, como si le recordara que cogiera una bomba antes de marcharse. Por fin, con la bolsa en la mano, me brinda otra sonrisa y baja al suelo—. Gracias de nuevo, Sig.

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza y la sigo con la vista mientras se dirige con gracia hacia la entrada. Justo antes de atravesar la puerta, la veo desviarse a un lado y dejar caer sus cosas en un cubo de basura.

¿Por qué demonios ha hecho eso?

Después de que desaparezca en el interior, cuando ya estoy alejándome, me siento más decidido que nunca a encontrarme de nuevo con Tommi. Quiero ver sus ojos cuando la bese por primera vez.

Tommi

Fuerzo una sonrisa mientras sigo a la camarera hasta la mesa donde me espera Lance. Tengo una opresión en el pecho. Siento que unos atractivos ojos color chocolate han marcado todo mi cuerpo, como si fuera obvio para todos los que me rodean que acabo de pasar la última hora con alguien que me atrae de una manera brutal. Me recrimino a mí misma por pensar algo tan ridículo y respiro hondo para calmarme.

—Por fin —dice Lance cuando me acerco. Sus ojos azul acero no presagian nada bueno. Su mirada es más fría de lo habitual. No está contento, es evidente—. Comenzaba a pensar que no ibas a aparecer.

Como si se me fuera a ocurrir tal cosa. No soy estúpida.

—He tenido un percance con el coche de camino. —No puedo decir dónde he estado realmente.

Arquea una ceja.

—¿Qué percance puedes tener con un coche nuevo?

—Se me ha pinchado una rueda.

—¿Por qué no me has llamado?

Cuando ya estoy sentada, permito que empuje mi silla y espero a que tome asiento antes de responder. La pausa me da tiempo a serenarme. Es importante que mantenga la calma cuando no digo la verdad. Lo he aprendido por necesidad, de la misma forma que he aprendido a mentir. Por suerte, me he convertido en una mentirosa consumada. Puedo lograr que una absoluta invención no solo parezca plausible, sino cierta. La mentira se ha hecho tan útil y esencial para mí como el aire, el agua o el sueño. Y estoy tan orgullosa de ello como del resto de mi sórdida historia, es decir, nada.

—No necesitaba ayuda. He cambiado más de un neumático en mi vida. Por desgracia, la de repuesto estaba inservible. Por eso he llegado tarde.

Suspiro cuando se inclina hacia mí, avieso como una serpiente, y me rodea la muñeca con los dedos. Lo primero que pienso es que sabe que miento. Lo segundo, que no lo puede saber. Lo tercero es que debo mantener la calma.

Lo miro con tranquilidad, sin que mi sonrisa vacile, y espero a que hable. Si me recreo en torpes excusas y recargadas elaboraciones, solo pareceré culpable.

—Mi novia no tiene por qué ensuciarse las manos a un lado de la carretera para cambiar una rueda pinchada. Deberías haber llamado.

—En el momento en que me he dado cuenta de que la rueda de repuesto también estaba mal, hubiera supuesto una gran molestia para ti venir a echarme una mano, y era mucho más práctico llamar a una grúa. Así que eso ha sido lo que he hecho.

Que parezca que él y su comodidad son prioridades para mí es de gran ayuda en este caso. Cualquier cosa que haga crecer el ego de Lance Tonin es una herramienta útil para mí.

Su ceño casi desaparece.

—Tengo que designar a alguien para que esté pendiente de ti todo el tiempo.

Se me encoge el estómago. Lo último que quiero en el mundo es que alguien me vigile las veinticuatro horas del día e informe a Lance de cada uno de mis movimientos, palabras y cambios de vestuario.

—No es necesario. Esto ha sido una circunstancia muy inusual. No necesito que alguien deje de atender cuestiones importantes para que esté cerca en caso de que surja la remota posibilidad de que llegue a necesitar algo.

—Tú eres lo más importante para mí, nena. Eres mi cuestión más importante. —Sonríe cuando me besa los nudillos—. ¿Ese vestido es nuevo?

—Sí, lo es. Sé lo mucho que te gusta el rojo. —Lance es el tipo de hombre que quiere que gaste su dinero, siempre y cuando mi apariencia se ajuste a la forma en que él piensa que debo vestirme. Se pone furioso si me pilla utilizando lo que él llama «ropa de barrio», algo que le recuerda las actividades de su madre. Piensa que todas las mujeres que usan vaqueros gastados, pantalones cortos o ropa más informal son unas fulanas, por lo que espera que me vista como las que salían en la televisión cuando era un niño que trataba de ignorar los sonidos que hacía su madre en la habitación contigua. Piensa que así logramos aparentar que tenemos clase.

No puede estar más alejado de la realidad.

En ese momento llega una camarera a tomar nota de lo que queremos, poniendo fin a aquella desconcertante conversación.

Sig

Casi me caigo redondo cuando por fin veo a Tommi, y lo más impactante es que sé con quién está sentada.

¡La hostia! Se trata de Lance Tonin. Traficante de drogas. Convicto. Escoria de la más baja.

«Tiene que ser una broma».

¿Por qué coño una mujer como Tommi perdería el tiempo con un tipo como Tonin? Es un capullo total y comentan que malo como una víbora. Es lo peor de lo peor. Utiliza a jovencitas sin hogar como prostitutas y a chicos desfavorecidos para realizar los trabajos sucios. Encontramos a dos de sus víctimas hace algún tiempo; gente sin valor. A uno le habían pillado con un alijo de coca y otro con *crack*. Lance se dedica principalmente a la coca, pero coquetea también con otras alternativas.

Los dos muchachos eran muy leales. No soltaron prenda. Ambos se habían graduado hacía poco en secundaria y estaban en la misma clase que el hijo de uno de los lugartenientes de Tonin. Así fue como hicimos la conexión. En el reformatorio los dos terminaron muertos. Uno por una sobredosis de pastillas; el otro se ahorcó. No sabemos cómo convence a estos chicos ni cómo consigue que cooperen con él, pero lo hacen. Aun así, el problema no es saber que Tonin está involucrado ni cómo, sino demostrarlo.

Pero, de todas formas, no eran importantes en su organización. Para llegar a Lance Tonin, tendríamos que pillarlo con el gran alijo. Necesitamos una gran cantidad para asegurarnos de que los cargos son firmes y conseguir que lo encierren durante mucho, mucho tiempo.

Jugueteo con el móvil que Tommi se ha dejado en la *pickup*. Era tanta su prisa por escapar de mí que debió de caérsele. Ahora sé por qué parecía tan nerviosa y por qué tenía tanta prisa. Y por qué no quería que la vieran conmigo.

Cuando vi el móvil en el suelo, me acerqué con intención de encontrarla para devolvérselo, pero ahora que veo quién la acompaña, no estoy tan seguro de que sea el mejor camino a seguir. Quizá esto sea una oportunidad.

El departamento de policía lleva cuatro años detrás de Lance Tonin, pero nadie ha logrado acercarse lo suficiente como para conseguir información sobre cómo están planificadas sus operaciones. Me pregunto si alguien ha considerado la opción de infiltrarse. A través de una hermosa rubia.

Siento una oleada de culpa al pensar en utilizar a Tommi de esa manera. Es una putada, lo sé. Pero... es que está saliendo con un criminal conocido. Tiene que saber que eso la pone en el punto de mira, en la zona de peligro. En ese caso, todas las apuestas están hechas.

Al igual que mis hermanos, quiero convertirme en detective, pero yo quiero ser de la secreta, infiltrarme. Sin embargo, es algo que lleva tiempo. Todo el mundo tiene que aprender antes. La cosa es que si puedo acercarme a un tipo como Tonin, casi es una obligación que me dejen intentarlo. Valdría la pena.

Me meto el móvil en el bolsillo, me doy la vuelta y regreso por donde he venido. Tengo que madurar la idea. Quizá incluso hablar mañana con mi superior. En este momento, me parece una oportunidad increíble.

Tommi

Hasta que Lance no me deja en una limusina poco después de las dos de la madrugada no echo en falta el móvil. Es un gran problema, porque Lance no va a ser capaz de ponerse en contacto conmigo, algo de lo que siempre está pendiente. Pero en este caso en concreto es todavía más importante, porque sé fehacientemente que lo tenía cuando salí de mi coche, y estoy segura al noventa y nueve por ciento de que lo llevaba encima cuando salí de la boutique. Eso significa que solo puede estar en un sitio.

En el coche de Sig.

El corazón se me acelera solo de pensar que Lance lo descubra. No me preocupo por que pueda llegar a ponerse violento físicamente conmigo. He estado antes con maltratadores y no pongo la mano en el fuego por nadie; podría llegar a ponerse brusco, pero le gusta demasiado mi aspecto como para arriesgarse a estropearlo. Además, sabe cómo mantenerme a su lado, conoce qué es lo que valoro más que nada. Por eso no puede saber nada de esto.

Nerviosa, paso los dedos por el asiento de al lado, incluso más ansiosa que antes. Cuando Bruce, el conductor, me deja en el apartamento, me precipito al interior y voy directa a la habitación de mi hermano. Abro la puerta tan silenciosamente como puedo y camino de puntillas hasta la cama para coger su teléfono antes de retroceder tan despacio como he entrado. Me apresuro a mi habitación, cierro la puerta y comienzo a rezar todo lo que sé para que Sig se haya dado cuenta de que me he dejado el móvil y lo tenga en un lugar cercano.

Marco mi propio número y lo escucho sonar. Mi ansiedad crece con cada timbrado. Cuando mi voz anuncia el buzón de voz, cuelgo y repito la llamada.

—Por favor, Dios, que lo tenga él.

Repito el mismo proceso tres veces más, por lo que mi llamada se convierte en un timbre constante, de manera que acabará cogiéndolo solo para obtener un poco de paz y tranquilidad. Pero aún no hay respuesta.

—Que no lo silencie —susurro—. Que no lo silencie.

En el sexto intento, cuando estoy a punto de colgar, por fin escucho un murmullo.

—¿Hola? —dice una voz somnolienta.

El alivio que me atraviesa es tan brutal que casi se me doblan las rodillas.

—¿Sig? ¿Eres tú?

—Solo-Tommi... —replica con una sonrisa en la voz que me hace sentir mariposas en el estómago.

—Lamento despertarte. Me ha entrado un ataque de pánico al darme cuenta de que no tenía el móvil.

—Me preguntaba cómo podría conseguir verte de nuevo.

—Podría ir a recogerlo mañana —me ofrezco.

—¿Después de llevar el coche a arreglar?

«¡Oh, Dios, el coche!».

Reprimo un gruñido de frustración. Lo necesitaré mucho antes. La empresa de las grúas no abrirá hasta las ocho o las nueve y tengo que encontrar la manera de conseguir dos neumáticos. Y colocarlos... Todo antes de las nueve, que es cuando Lance me ha pedido que fuera a su casa. Si no estoy allí, me llamará. Y si no voy, vendrá a buscarme. Y cuando me encuentre y le diga que no tengo el teléfono, se ofrecerá para llevarme a mi coche para recuperarlo, y no estará allí porque está en manos del perfecto desconocido que está como un tren.

«¡Aggg!».

Por costumbre, me trago una maldición; siempre debo ser una dama para Lance. Podría soltar alguna cuando no estoy con él, pero acabaría escapándoseme cuando estoy en su compañía, y eso lo volvería loco. Y cuando Lance se vuelve loco, amenaza. Y solo existe una cosa que pueda usar para amenazarle.

Volvemos al mismo sitio.

—Lo necesitaré antes —apremio a Sig—, pero puedo coger un taxi y encontrarme contigo donde quieras en cuanto sea posible. Por favor.

Hay una larga pausa, durante la cual me pregunto si se habrá vuelto a quedar dormido.

—Tengo que hacer algo a primera hora, pero podemos quedar después. ¿Te parece a las ocho en Daily Grind?

Conozco la cafetería. No es un lugar que Lance suela frecuentar, por lo que me resulta cómodo planear allí un encuentro con Sig.

—Me parece perfecto. Gracias, muchas gracias. De verdad, te debo una.

—Créeme, no es nada. Me alegrará verte de nuevo.

No puedo evitar la sonrisa.

—Buenas noches, Sig.

—Buenas noches, solo-Tommi.

—¡Espera! —Me apresuro a detenerlo antes de que cuelgue—. ¿Sig?

—Dime.

—No vuelvas a responder a mi móvil, ¿de acuerdo?

—No te preocupes —responde antes de interrumpir la llamada.

Después de devolver el teléfono de mi hermano a su habitación, comienzo el ritual nocturno de ponerme el pijama (ropa que yo elijo), lavarme la cara y cepillarme los dientes. Es uno de mis momentos favoritos del día. Significa que he pasado y superado otras veinticuatro horas en el infierno y estoy un paso más cerca de mi objetivo.

Cuando me meto en la cama, tengo la mente tan desgarrada que se refleja en mis sueños. Sueños en los que aparecen ojos color chocolate y una preciosa sonrisa, así como lazos de fuego alrededor de mis muñecas con los que me retiene el demonio.

Me pongo el uniforme para trabajar, pero llevo conmigo una bolsa con ropa de calle por si el día discurre por el camino que creo. Antes de que comience mi turno, dejo mis pertenencias en la taquilla y me dirijo a la oficina de mi superior. Cuando llamo a la puerta, sale del interior la voz de barítono del capitán.

—Adelante —invita sin levantar la cabeza.

Jamás podré acostumbrarme a tener un jefe que parece el doble de Denzel Washington y tiene la voz de Barry White. Es casi de mi estatura; si yo fuera más pequeño, podría llegar a intimidarme.

Entro y me quedo en posición de firmes frente a su escritorio hasta que él clava en mí su mirada sagaz.

—¿Qué pasa, Locke?

—Señor, ayer me detuve en la carretera para ayudar a una mujer a la que se le había pinchado una rueda. Nos gustamos y coqueteamos un poco. Finalmente la llevé a donde se dirigía porque la rueda de repuesto también estaba en mal estado.

Su expresión se volvió dubitativa.

—¿Alguna vez te he dado la impresión de que me interesa tu vida amorosa?

Me río.

—No, señor.

—¿Eso quiere decir que hay una razón para esto?

—Sí, señor.

Hace un movimiento circular con la mano para indicarme que adelante.

—Continúa, Locke. Tengo trabajo que hacer.

—Esa mujer es la novia de Lance Tonin. —Eso capta su atención.

Deja el bolígrafo sobre la mesa y me mira durante unos segundos antes de entrecerrar los ojos.

—¿Y?

—Míre, ya sabe que mi objetivo es pertenecer a la policía secreta. Estoy dispuesto a esperar los tiempos correspondientes, como todos los demás, pero esta es una oportunidad que no creo que se repita.

—¿Estás seguro? —pregunta, reclinándose sobre la silla y cruzando los brazos sobre su grueso pecho.

—Señor, sé cuánto tiempo llevamos detrás de Tonin. Y sé lo difícil que ha sido descubrir cómo funciona su organización, incluso con alguien dentro. Pero quizá lo hayamos enfocado por el ángulo equivocado. Quizá acercarse a él no sea la mejor forma de...

—Crees que podrías conseguir acercarte a la novia de Lance Tonin.

—Sí, lo creo —respondo con confianza—. E incluso aunque sea leal a él, si puedo estar con ella algún tiempo, quizá averigüe algo útil. Es posible que no me lo facilite de forma voluntaria, pero...

—¿Y cómo crees que podrías infiltrarte?

—Bueno, sé que tenemos un tipo en su equipo.

—¿Cómo sabes eso?

Me encojo de hombros.

—Tengo los oídos alerta. —Sonríe. Le va a cabrear mucho, pero jamás delataría a uno de mis hermanos.

Lo deja pasar. Por ahora.

—¿Estás pidiéndome que ponga en peligro a mi agente infiltrado para conseguir acercarte a esa rubia tonta?

—No, no es necesario que me recomiende para nada importante o que requiera mucha confianza. Si pudiera conseguirme algo, lo que fuera, creo que podría funcionar. Lo único que necesito es pasar cierto tiempo con ella. Sé que puedo lograrlo, señor. Lo presiento.

—Así que lo presientes, ¿no? No es posible que sea producto de ese ego tuyo, ¿verdad?

—Quizá un poco, pero siempre cabe la duda. Si no funciona, seguiré adelante. Sin riesgo no hay ganancia.

—La gente de Lance Tonin no sigue adelante. Dirige su organización de una forma que el que entra no sale. Tendríamos que tener mucho cuidado.

—Vale, vale. Si fallo. Solo si fallo.

Me observa durante al menos un minuto, con unos ojos castaños afilados como cuchillos, como si estuviera buscando pruebas del valor de los Locke detrás de mi apellido grabado en el lado izquierdo de mi pecho. Me pongo más derecho. Soy un Locke a mucha honra. De los pies a la cabeza, y no tengo ningún problema en probarlo.

—Lo pensaré.

Echo un vistazo al reloj.

—Bueno, no pretendo ser agresivo, señor, pero necesito saber algo ya. La veré dentro de media hora para devolverle el móvil. Si voy vestido así...

Se tarda poco tiempo en considerar algo tan simple.

—Ve con ropa de calle, por si acaso. Reúnete conmigo cuando regreses y cuéntame si todavía crees que tienes una forma de infiltrarte.

—Sí, señor —le respondo a la parte superior de su cabeza. Ya se ha despedido.

Tommi

Trato de no sentirme inquieta mientras espero, pero me resulta difícil. Siento como si estuviera jugando con dinamita solo por estar aquí. No se trata, por supuesto, que esté preocupada por el móvil o por que Lance descubra lo que ocurrió ayer realmente, sino por el propio Sig. Hay algo en él que me desconcierta. Y no estoy segura de qué es.

He pensado un millón de veces esta mañana en lo que ocurrió, y estoy convencida de que su atractivo y la química que parecía haber entre nosotros fueron resultado de mi enorme ansiedad, nada más. Por esa razón, estoy dispuesta a recuperar mi teléfono y a dejar este incidente atrás tan pronto como sea posible. Lo que sea que me desconcierta de Sig (si es que ocurre tal cosa) dentro de diez minutos será solo algo que recordar. Él estará fuera de mi vida para siempre. Ya no será un problema.

Cuando estoy distraída en la cafetería, mirando casualmente a mi alrededor mientras bebo el café, lo veo y me doy cuenta de lo equivocada que estaba. En el instante en que mis ojos caen sobre Sig, que avanza entre las mesas, se me tensa el estómago. Y cuando me guiña un ojo para saludarme, el nudo estalla y miles de mariposas aletean en mi interior, como si fuera mi primer amor y estuviera a punto de pedirme un baile.

Con sumo cuidado, pongo la taza en el plato y bajo las manos temblorosas para apretarlas contra las piernas. Mi mantra en este momento es algo así como «desenvuelta y alejada de problemas».

Está vestido con unos vaqueros descoloridos que se ciñen a sus gruesos y largos muslos y una camiseta de algodón que no deja lugar a la imaginación al mostrar sus amplios hombros y sus musculosos antebrazos. Todavía tiene el cabello húmedo por la ducha y sus rasgos son todavía más atractivos de lo que recuerdo. No creía que fuera posible.

Agarra una silla y acomoda en ella su enorme cuerpo antes de sonreírme por encima de la mesa, obligándome a reconocer para mis adentros lo mucho que subestimé mi atracción hacia él. Siento el efecto de su sonrisa en mis ojos como platos y en mis labios temblorosos, y hasta en algunos lugares por debajo de mi cintura que no han dado muestras de necesidad desde hace años.

Y eso no es bueno.

Antes de que me sienta demasiado nerviosa, me recuerdo una vez más que no voy a tener que verlo después de hoy. No puede convertirse en un problema si no lo vuelvo a ver, ¿verdad?

«No».

Empujo hacia él por encima de la mesa la taza de café que le he pedido al mismo tiempo que deja encima una bolsa de papel.

—¿Para mí? —pregunta con su voz ronca.

—Sí, para ti.

Toma un trago y luego desenvuelve una enorme hamburguesa que me hace preguntarme si tendrá un estómago a prueba de bombas.

—Mmm... Justo cuando pensaba que no podrías parecerme más atractiva.

—¿Te gusta con leche o azúcar? —replico, halagada por su cumplido.

—Me gusta el café. Me da igual cómo.

—¿Incluso con una hamburguesa?

—Especialmente con una hamburguesa. —Toma un buen mordisco. No me sorprende cuando veo que falta casi un tercio. Siendo tan grande como es, tiene sentido que sus bocados también lo sean. Me pregunto de forma vaga si todos sus apetitos serán tan... saludables.

Es malo que aliente ese tipo de pensamientos, así que hundo los dientes en mi labio inferior para darme algo desagradable que pensar. Por lo general, suele funcionar, pero cuando los castaños ojos de Sig caen en mi boca y él comienza a masticar más despacio, lo único en lo que puedo pensar es en lo que sentiría si me diera aquí un beso. Aquí mismo, ahora mismo. Antes de separar nuestros caminos para siempre.

—¿Tienes hambre? —Su voz es baja, hipnótica, cuando su mirada sube hasta la mía para capturarla y sostenerla sin descanso.

—Ya he desayunado. Gracias. —Sus ojos no dejan de mirarme mientras da otro mordisco y lo mastica. Permanecemos sentados en silencio, mirándonos el uno al otro, perdidos en nuestros pensamientos que, de alguna manera, sé que compartimos. Y eso es peligroso. Muy, muy peligroso.

Aparto la vista con un gran esfuerzo.

—Entonces, ¿es esto lo que sueles comer para desayunar?

—Tengo un gran apetito, ¿qué más puedo decir?

Me dan ganas de gemir; sus palabras juegan con mis pensamientos como si pudiera leerlos. Tiene la facultad de conseguir tal cosa.

—Eres un niño grande.

En cuanto las digo, me gustaría poder borrar las palabras. ¿Por qué no he cerrado la boca?

—Soy grande, sí, no tengo nada de niño. —Su sonrisa es tan malvada, tan orgullosa, tan... varonil... que no puedo evitar reírme y poner los ojos en blanco.

—Es cierto. Me había olvidado de lo modesto que eres.

—Te lo recordaré con regularidad.

Esto me devuelve a la situación con una discordante sacudida. No va a haber nada «regular» entre nosotros. De hecho, no habrá «nada». Por culpa de Lance.

—No quiero ser borde ni nada, pero solo he venido a buscar el móvil, ¿vale?

Sig mete la mano en el bolsillo y saca mi teléfono. Lo cojo con las dos manos, tratando de ignorar que está caliente por haber estado cerca de su cuerpo. Me esfuerzo en centrarme en la cantidad de problemas que esto podría haberme provocado. Tengo que ser más cuidadosa.

—Muchas gracias.

—Estoy al tanto de todo lo que tiene que ver con los teléfonos inteligentes, las medidas de seguridad y ese tipo de cosas, pero pareces más aliviada que cualquier persona normal. Es decir, solo es un móvil. ¿Estás bien?

—Sí. Es que... es que dependo mucho de mi teléfono.

—¿Por trabajo?

—Er... bueno, para la vida en general.

Envolviendo mis manos con las suyas, mucho más grandes, busca mi mirada con la suya, de repente muy serio.

—¿Por tu novio?

No sé por qué me sorprende que sea tan perceptivo. Pero esos ojos oscuros como el chocolate parecen verlo todo.

Trago saliva.

—Sí.

Para mi sorpresa, él sonríe.

—¡Guay!

No era eso lo que esperaba.

—¿Guay?

—Sí, bueno. Contra eso puedo luchar sin sentirme culpable. No podría vivir con los remordimientos si destrozara un hogar, pero los novios son un cero a la izquierda.

Sonrí, cortés.

—Por mucho que aprecie tu idea, no me interesas. —Casi suena convincente, casi.

—Mentirosa.

—No, no miento.

En realidad, sí soy una mentirosa. Por lo general, se me da de vicio.

Sig me observa detenidamente mientras pasa los dedos por el borde de la taza, jugueteando. Por fin, se inclina lentamente hacia mí, apoya los codos sobre la mesa e inclina la cabeza para estudiarme de cerca.

—No te creo.

—Deberías.

—Entre nosotros hay algo, Tommi. Me da igual que lo admitas o no.

—No lo hay. No puede haberlo.

Se relaja de nuevo en la silla con expresión neutra.

—Ya veremos.

—Por desgracia no vamos a ver nada. De hecho, dudo incluso que volvamos a vernos después de hoy.

—Lo dejaremos en manos del destino, ¿qué te parece?

No veo nada malo en estar de acuerdo, sobre todo porque sé que no vamos a vernos de nuevo. Si alguna vez lo vislumbro a lo lejos, correré en dirección contraria. Sig supone un riesgo que no puedo permitirme.

—El destino es como una mujer cruel, ¿todavía no lo sabes?

—Esa es la Madre Naturaleza. El destino es un hombre. Y está de mi lado, créeme.

Me levanto y me cuelgo el bolso del hombro.

—Bueno, ha sido un placer, Sig. Gracias por tu ayuda.

—Hasta la próxima —se despide, poniéndose también de pie.

No digo nada mientras camino hasta la salida. Lo que pasa es que me siento decepcionada al saber que no volveré a verlo. Siento sus ojos en mí; al alejarme ya echo de menos su calor.

Voy de nuevo a comisaría y me dirijo directamente al despacho del capitán Brevard.

Llamo a la puerta antes de entrar.

—Ya estoy de vuelta, señor. Tiene que poner en marcha esta operación.

—Locke, yo...

—Confíe en mí. Puedo sacarla adelante.

Sus penetrantes ojos vuelven a clavarse en mí como dos lanzas puntiagudas. Son conocidos por hacer que un hombre adulto se meee encima, pero estoy seguro de que puedo lograrlo, así que sostengo su mirada de forma inquebrantable.

—Bien. Tendrás una oportunidad. Avisaré a Finch y lo arreglaré todo. Sin embargo, hijo, debo decirte que si tú...

—Lo sé, señor. No es necesario que me lo advierta, no la cagaré. Tiene mi palabra.

Suspira.

—Mira, Locke, sé que llevas lo de ser policía en la sangre, pero trabajar de forma encubierta es diferente a todo lo demás. ¿Estás seguro de estar listo para esto? ¿Para renunciar a mantener el contacto con tu familia durante un tiempo? ¿Para vivir al otro lado? ¿Para alternar con la escoria de la sociedad? ¿Para ser alguien que no eres, el tipo de persona que quieres ver fuera de las calles?

—Nací preparado para ello, señor. Solo necesito los detalles necesarios para adoptar mi nueva personalidad y puede estar seguro de que haré un buen trabajo.

—Me gusta la gente que confía en sí misma. Eso sí, no peques de exceso de confianza. He visto morir a hombres buenos por culpa de errores evitables.

—Lo sé, señor. Lo sé.

—Lo espero con todo mi ser —dice con resignación.

Sonríó. No estaba bromeando cuando he afirmado que nací preparado. Nací para esto. Y voy a hacerlo jodidamente bien.

*Tommi**Tres semanas después*

—Te dije que quería que alguien te vigilara cuando no estoy contigo. ¿Por qué te sorprende tanto?

Puedo decir, por la mirada que me lanza, que Lance sospecha que estoy haciendo algo que no debería hacer (lo cual es cierto) y que por eso no quiero tener a uno de sus hombres observando cada uno de mis movimientos (que también es cierto). Tengo que conseguir que abandone esa idea, o podría afectar a mis planes.

—Sé lo mucho que te gusta tener a todos tus hombres bajo control, y lo mucho que valoras a cada uno de ellos. —«¡No!»—. Y odio sentirme como si estuviera afectando a tus negocios. No soy una mujer indefensa. —A pesar de que eso es lo que quiere que sea.

Lance sonríe de esa manera condescendiente suya, esa que indica que me considera una cría traviesa que le exaspera. Lo único que le falta es chasquear la lengua y decir «Tommi, Tommi, Tommi...» de forma desaprobadora como si fuera mi padre.

—No me importa si eres o no una mujer indefensa. Lo que no quiero es que corras riesgos ni que tengas que enfrentarte a problemas ni que te ensucies. Eso es lo que no quiero.

No es cierto. Eso es lo que él quiere que sea, pero no es lo que soy en realidad. Que no lo sepa solo indica que soy una actriz consumada. Una buena mentirosa. Pero es algo que ya sabía.

—No quiero. Prometo que te llamaré si necesito que me echen una mano. Pero no lo hagas.

—Así no tendrás que llamar. El único propósito del chico nuevo será protegerte, estar presente cuando yo no puedo.

Me tiemblan los labios por el esfuerzo que supone mantener una agradable sonrisa.

—¿Cu-cuándo lo conoceré? Espero que no me dé demasiado miedo. —Abro mucho los ojos como una niña indefensa mientras contengo las ganas de vomitar.

Lance me besa el hombro.

—No tienes ningún motivo para temer a mis hombres, nena. Si te pusieran la mano encima o te pusieran en peligro de alguna manera, estarían muertos en menos de una hora.

A pesar de que creo que exagera un poco, Lance hace valer su opinión. Por desgracia para este individuo, sea quien sea, cuando Lance se entere finalmente de lo que ha pasado, de lo que no ha descubierto en su papel de niñera, va a verse en serios problemas.

—Bueno, eso hace que me sienta mejor.

—Bien. Llegará en cualquier momento.

Trato de no jugar nerviosa con los dedos en el pelo. Me esfuerzo para aparentar que estoy tranquila en todo momento, a pesar de que mi interior está en llamas, algo que ocurre con frecuencia cuando estoy en presencia de Lance.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto como si tal cosa, a pesar de lo mucho que me interesa. Necesito saber todo lo que pueda sobre ese hombre. Para mis propósitos es más útil conocerlo mejor de lo que me conozca él.

—Es primo de Finch. Trabajaron juntos en la costa Oeste. Solía estar embarcado, así que sabe protegerse. Será un buen guardaespaldas para ti.

—¿Has verificado sus antecedentes?

Lance alza la cabeza y sus fríos ojos se encuentran rápidamente con los míos.

—Claro que sí. ¿Es que me tomas por tonto?

—Por supuesto que no. Es que estoy nerviosa.

Lance me suelta y por fin puedo volver a respirar. Reprimo el escalofrío que estremece mis terminaciones nerviosas.

—No vuelvas a insinuarlo.

—No lo he hecho. Es decir, no lo haré.

No añade nada, se limita a darse la vuelta y a escribir algo en su móvil. Menos de tres minutos después, alguien llama a la puerta y entra su hombre de confianza, Barber. Cuando veo al tipo que le sigue no puedo impedir quedarme boquiabierto. El hombre que acaba de entrar con total parsimonia, más grande que un camión, no es otro que Sig. Mi Sig.

Me quedo quieta, paralizada en el centro de la habitación, tratando de controlar mi respiración. Siento miedo. Claro que siento miedo. Si él insinúa siquiera que nos conocemos o, Dios no lo quiera, se le ha ocurrido mencionar lo que ocurrió hace tres semanas en la carretera, estoy perdida. Lance se pondrá furioso; porque le mentí, porque permití que otro hombre me llevara a comprar un vestido, porque haya llegado a esos extremos para evitarlo a él.

Pero también siento algo más que miedo. Me quedo sin aliento, pero de una manera diferente a como me hace sentir Lance. También me siento cálida y húmeda, como si mi piel hubiera sido bañada con agua caliente. Y me siento atraída por él. «¡Oh, Dios!»». Durante las últimas tres semanas, he logrado convencerme a mí misma de que el recuerdo que tengo de él se ha visto embellecido. Ahora veo claramente que no es así. Sig es maravilloso...

Parece todavía más alto vestido de negro, con unos pantalones perfectamente ceñidos, igual que la camiseta y la chaqueta. Su presencia inunda la habitación. Parece un modelo, vestido para matar o algo así. Sus ojos brillan cuando se encuentran con los míos, pero no dice nada, y yo tampoco.

—Randall, esta es mi mujer, Tommi. Tommi, te presento a Slade Randall.

No me sorprenden nada las primeras palabras de Sig. No es raro que los delincuentes, como lo son los hombres de esta organización, adopten un apodo.

—Puedes llamarme Sig. Como la pistola —dice Sig moviendo la cabeza con brusquedad. Su voz profunda flota en el aire y parece acariciarme la cara y el pecho—. No le digo a mucha gente mi nombre, y menos respondo a él.

A pesar de que está hablándome a mí, sé que su comentario va dirigido a Lance. Casi me quedo sin aliento ante su audacia, y miro a Lance con rapidez. Veo que endurece la mandíbula y me preparo para un arrebato de ira. Pero no llega. Se limita a responder con la misma brusquedad.

—Bien, entonces será Sig. Me importa una mierda cómo te llames siempre que hagas bien tu trabajo.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Bien, puedes empezar ahora mismo. Tommi tiene que asistir a una fiesta de nacimiento del hijo de una amiga. Ve con ella. Puedes conducir el Maserati. Ve con ella a donde quiera que vaya. No hagas preguntas. Y no quiero excusas, no la pierdas de vista.

«¡Oh, mierda!».

—No es necesario —me apresuro a intervenir—. Estoy segura de que Sig —digo, deteniéndome a propósito en el nombre como si no estuviera familiarizada con él— preferirá esperar en el coche que observar a un grupo de chicas hablando sobre ropa de bebé o jugando a poner pañales a un muñeco. —Emito un ronroneo, como me gusta llamarlo, y me acerco a Lance. Le paso un brazo por el hombro y trazo con un dedo la línea de su mandíbula—. Pero si no me crees y quieres venir a verlo, estaría más que feliz de enseñártelo.

Las pupilas de Lance se dilatan en sus ojos azules, y siento una opresión en el pecho. Si estuviéramos solos, sé de sobra qué significaría esa mirada. Lo he sufrido. Por eso no lo provoqué. He hecho un magnífico trabajo para encontrar otras maneras de mantenerlo feliz. No es necesario cambiar eso. Sin embargo, ahora no estamos solos, así que sé que estoy a salvo.

—Esta vez no. Pero si quieres que se quede en el coche, por mí bien. Ten el móvil encendido —dice finalmente en tono de advertencia. En una ocasión, hace un par de semanas, mencioné que me había dejado olvidado el móvil en el coche el día que lo remolcaron. Todavía no ha superado la idea de que no hubiera podido ponerse en contacto conmigo durante unas horas.

—Claro —replico, alejándome para recoger el bolso—. Nos vemos por la noche. —Le doy un casto beso en la mejilla y me doy la vuelta con rapidez, con la esperanza de que clave los ojos en mi trasero, que contoneo dentro de la falta de tubo que tanto le gusta, y piense en algo que no sea lo que hago y a dónde voy.

Desplazo los ojos hacia Sig mientras paso junto a él. Me observa llegar hasta la puerta, que abre para mí. Asiento agradecida, intentando hacer caso omiso a la forma en que me hormiguea la piel donde me roza el hombro.

Ninguno de los dos dice una palabra mientras llegamos al ascensor y bajamos del ático.

—Te recojo en la acera —me murmura en el vestíbulo.

—¿No necesitas las llaves? —le pregunto.

Él sostiene un mando por una anilla y lo hace oscilar. Pensaba que yo tenía las dos únicas llaves de mi coche. Es evidente que Lance hizo una más cuando me lo regaló. Era de esperar.

Me guiña un ojo con rapidez antes de darse la vuelta y alejarse hacia la puerta que conduce al garaje. Durante unos segundos, antes de seguir hacia la salida principal del edificio, me recreo en su estatura, en su figura fibrosa, su arrogante soberbia... Sin duda es un pecado para recrear la vista.

Cuando por fin llego a la puerta, el portero me espera para abrirmela.

—Señorita Lawrence. ¿Necesitará hoy el coche?

—No, gracias, Gerald.

El hombre inclina su cabeza llena de canas, y sus descoloridos ojos color avellana se arrugan en las esquinas cuando sonrío con amabilidad. Aunque estoy segura de que se forma una idea de lo que Lance hace para vivir, jamás me ha mirado con desdén, ni creo que piense que yo esté realmente implicada. No tanto como otros. Ellos tratan de ocultarlo, por supuesto, pero es bastante evidente que piensan que no soy mejor que Lance. Y en cierta manera, no lo soy, pero aun así me irrita que me pongan en la misma categoría cuando no saben nada de mí. Pocas personas lo hacen. Y son menos todavía las que saben la verdad.

—Hoy se espera mucho calor.

Alzo la cara hacia el cielo mientras atravieso la puerta que sostiene abierta para mí. En la extensión azul no se ve ni una sola nube, solo un sol que cae a plomo.

—Parece que es cierto.

Me concentro en la cálida y húmeda brisa que me roza las mejillas y me dispongo a esperar a mi conductor. Mi guardián. La causa de mi posible caída.

Escucho el ronroneante zumbido del motor que se acerca a la acera y abro los ojos al ver que Sig sale de detrás del volante del Maserati y rodea el vehículo para abrirme la puerta de atrás. No discuto. Solo estoy esperando a que estemos solos.

—Gracias —digo educadamente, inclinándome para entrar en el fresco interior. No miro a Sig cuando cierra la puerta y trato de no seguir todos sus movimientos con la mirada, aunque es difícil. Muy, muy difícil. Hay algo en él que me atrae. Es así de simple.

Cuando se sienta detrás del volante, nuestras miradas se encuentran en el espejo retrovisor.

—¿Adónde? —pregunta.

Le doy la dirección de un edificio de apartamentos de lujo donde sé que hay una elegante y oscura cafetería detrás del vestíbulo con buena conexión a Internet. Sin hacer preguntas, se aleja de la acera y dobla a la derecha después del semáforo.

Clavo las uñas en la correa del bolso mientras espero a que Sig diga algo. Al ver que no lo hace, decido dar el primer paso.

—Bueno, no me dijiste que conocías a Lance.

—Tú tampoco.

Tiene razón.

—Er... supongo que no le habrás contado nada sobre... er... sobre... sobre...

La mirada divertida de Sig vuelve a encontrarse con la mía en el espejo.

—¿Sobre que te rescaté en la carretera? ¿O que deseé besar a su novia antes de saber quién era?

Mi respiración se convierte en un gemido. Sabía que había cierta atracción entre nosotros. No estoy ciega ni soy estúpida. Pero escucharle decir que... que... quería besarme, inunda mi mente con la fantasía de Sig tomándome entre esos fuertes y grandes brazos y devorándome con su atractiva boca.

«¡Santo Dios!».

El impacto es casi físico y me retuerzo en el asiento.

—Sobre el incidente en la carretera, sí.

Oigo la suave y ronca risa de Sig.

—Es lo que pensaba. La respuesta es no. No le dije que te encontré en la carretera. Ni que deseaba que no tuvieras novio.

Sus ojos vagan por mi cara ruborizada a través del espejo. Lo más triste es que no resultan menos impactantes por medio del vidrio, ni con cierta distancia entre nosotros. De hecho, parece como si esto fuera algo secreto. Como si estuviera espiándome o algo así. Me hace sentir... excitada.

Me muerdo el labio inferior y miro hacia otro lado. Estamos jugando con fuego. Supe que Sig sería un problema desde el momento en que lo vi, en que lo conocí, pero no le di demasiada importancia porque nunca imaginé que volvería a verlo. Me sentí aliviada, por decirlo de alguna manera, al saber que no tendría que preocuparme por él. Pero ahora... aquí está. En mi vida. Todavía más prohibido que antes. Y aún más tentador... si es que es posible.

—Entonces, ¿adónde vamos de verdad? —pregunta, volviendo a mirarme a los ojos.

Después de la sorpresa inicial, recompongo mi expresión neutra lo más rápidamente que puedo.

—A una fiesta de nacimiento. Lo ha dicho Lance.

—No, me refiero a dónde vas de verdad.

—A una fiesta de nacimiento —repito con lentitud.

—Si tú lo dices... —bromea al tiempo que se encoge de hombros con indiferencia.

Frunzo el ceño.

—No es que lo diga, es que es verdad.

Es mentira, por supuesto. Pero no voy a abrir mi corazón a este tipo sin más. A pesar de que no me queda más remedio que confiar en él, ya que sabe un secreto sobre mí.

—Vale. Si tú lo dices...

Mi ceño se hace más profundo por culpa de la irritación.

—Mira, no sé lo que quieres decir, pero no me gusta esa insinuación.

—Por lo general, se me da bastante bien leer la mente a la gente. Pensé que estabas mintiendo. Me he equivocado.

¿Guapo, encantador y perspicaz? Este tipo tiene que desaparecer de mi vida.

Dejo que el silencio se extienda entre nosotros. Discutir con él no serviría para nada bueno, ni tampoco presionarlo hasta un punto en el que puede llegar a perder los estribos, no con él.

—Solo-Tommi —dice un tiempo después. Estoy a punto de cerrar los ojos al escuchar mi nombre en sus labios. Es como una caricia que me roza la cara, casi tangible como la brisa caliente y húmeda que he disfrutado hace unos minutos.

Desplazo la mirada y veo que sus ojos castaños están concentrados en los míos.

—Estás muy guapa hoy.

Me humedezco los labios, que noto repentinamente muy secos, y fuerzo una sonrisa. Sé que parece falsa, pero es lo mejor que puedo lograr con tanta tensión espesando el aire del interior del vehículo.

—Gracias.

Quiero decirle que su comentario es inapropiado, que no debe mirarme así. Pero no puedo. Me resulta demasiado agradable sentir que me mira con esa flagrante atracción casi salvaje en los ojos.

Centro la atención en los coches y edificios que pasan a nuestro lado, con la mente a un millón de kilómetros de distancia, en un hombre y una mujer que pueden seguir lo que dictan sus sentimientos en lugar de tener que aplastarlos. No sé los minutos que transcurren antes de que vuelva a escuchar su voz, pero cuando lo hago, casi me olvido de sus palabras.

—Puedes confiar en mí, Tommi.

Lo miro y veo sus deslumbrantes y pecaminosos ojos.

—No me fio de nadie.

Esa frase es la más cierta que he dicho en años.

Estudio el delicioso trasero de Tommi mientras atraviesa la acera para entrar en el edificio. Por suerte, hay sitio para estacionar delante, lo que facilita que pueda aparcar el coche y salir. Sus instrucciones son que permanezca en el vehículo hasta que regrese; que añada que no tardará mucho solo hace que sienta más curiosidad por saber por qué me quiere lo más lejos posible. Quizá no haya ninguna razón. Quizá sí. Solo hay una manera de averiguarlo.

Bloqueo el coche mientras me dirijo a la puerta, saludando con la cabeza al portero cuando entro. Ya en el interior, me detengo unos minutos para dejar que se me acostumbren los ojos a la escasa iluminación. Exploro mi entorno, detectando un discreto letrero que señala que hay una cafetería en la parte de atrás. Camino hacia allí, pensando que desde ese lugar puedo vigilar también el exterior.

A mi paso, me llama la atención un papel de colores que sobresale de una papelera. Se parece mucho al regalo que llevaba Tommi a la fiesta de nacimiento. No puedo confirmarlo, a no ser que monte un numerito retirando el paquete de la basura, pero estoy prácticamente seguro de que se trata del mismo objeto. Sea como sea, sirve para que ponga mis instintos en alerta máxima.

En la entrada de la cafetería, busco una mesa cerca de la puerta para poder tener a la vista a la misteriosa Tommi si pretende salir del edificio. Al menos podré verla si se reúne con alguien.

Resulta que no tengo que esperar. Tengo razón sobre que ella mentía. Está allí por algo, y no es por una fiesta de nacimiento. Se encuentra en la cafetería.

Incluso aunque no fuera rubia, como tantas otras, o si no llevara esa blusa del mismo tono verde que sus ojos, todavía sería capaz de reconocerla al instante en medio de una multitud. Tiene algo que me atrae. Como si fuera un imán. O una tentación. A pesar de que su gusto por los hombres es pésimo (por los criminales) y seguramente sepa quién es Lance, no puedo evitar sentirme atraído por ella. No tiene sentido, aunque, una vez más, no es necesaria una razón. En una casa llena de policías, el instinto es una forma de vida, y he aprendido a no ignorarlo.

Siempre se me ha dado bien leer a la gente, y en cuanto Tommi lo dijo, me dio la sensación de que no estaba siendo sincera con Lance sobre la fiesta de nacimiento. Luego, cuando vi la mirada de sorpresa al preguntarle a dónde iba de verdad, supe que tenía razón. Aquí pasa algo. Y soy el más indicado para averiguar de qué se trata.

Me acomodo en un asiento detrás de una enorme columna cerca de la entrada a la cafetería y espero unos segundos antes de moverme para echar un nuevo vistazo a Tommi. Está sentada en un reservado en una esquina, sola, como si tratara de esconderse. Casi como yo. Tiene frente a ella una pequeña *tablet* y parece absorta, totalmente ajena a lo que ocurre a su alrededor.

La camarera se acerca y pido una Coca-Cola; le entrego un billete de diez antes de volver a concentrar la atención en la hermosa chica con pelo rubio platino que hay al otro lado de la sala. Ella mira a su alrededor un par de veces, estirando el cuello para escudriñar con nerviosismo lo que la rodea antes de centrarse de nuevo en la pantalla. No quiere que la pillen haciendo lo que sea que esté haciendo. No sé si Lance sabe dónde estamos, si ella le ha dado la dirección. ¡Joder! Por lo que veo, es posible que ni siquiera tenga una amiga embarazada. Sin embargo, lo que me parece más interesante de todo esto es constatar que está jugándose a Lance; es evidente. Y eso significa que solo hay tres opciones para la hermosa Tommi: es más tonta de lo que pienso, más inteligente de lo que creo o desea morir. Y estoy dispuesto a averiguar cuál de esas opciones es la correcta.

Después de casi una hora, cierra el teclado portátil y comienza a recoger; yo me deslizo sigilosamente hasta el vestíbulo y me meto en el coche. Estoy sentado en el asiento del conductor con la ventanilla bajada cuando la veo aparecer en la acera a través de la puerta principal. Pongo el motor en marcha al ver que se dirige hacia mí. Tiene los labios curvados en una leve sonrisa, que desaparece casi al instante, casi como si no quisiera sonreír, pero como si se le hubiera escapado.

La observo mientras camina hacia el Maserati con cierta indecisión. En el último momento, salgo del vehículo para abrirle la puerta de atrás. Trastabilla por un segundo.

—No es necesario que me abras la puerta.

—Claro que sí.

—No eres mi chófer.

Me encojo de hombros.

—No, pero me crié en el sur. Esto es lo que hace un hombre.

Ella me observa durante un instante como si estuviera considerando mis palabras antes de asentir con elegancia y entrar en el coche. Cierro la puerta.

Una vez que me acomodo otra vez detrás del volante, busco sus ojos en el retrovisor.

—¿Y ahora?

—Volvemos al apartamento de Lance.

Transcurren unos minutos de silencio. Miro atrás varias veces para encontrármela mirando por la ventanilla con la expresión en blanco. Me gustaría saber lo que pasa por esa hermosa cabecita, porque sé que está pensando en algo. Seguramente algo importante. Si tuviera que adivinar, diría que la mente de esta mujer jamás deja de funcionar.

—¿Cómo ha ido la fiesta?

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Perdón?

—La fiesta de nacimiento. ¿Qué tal ha ido?

—Oh, muy bien. Genial. —Suspira—. Va a tener un niño. Le han regalado un montón de cosas. Ropa, pañales, un cochecito, un columpio para bebés, biberones, equipo de viaje, una bañera... No va a tener que comprar casi nada.

No se inmuta, suelta toda aquella mierda como si hubiera estado allí. Me quedo impresionado. Esta chica miente con una facilidad que acojona. La pregunta es: ¿por qué?

—Qué bien.

Ninguno de los dos dice nada más durante el trayecto de vuelta.

Cuando llegamos al edificio donde vive Lance Tonin, Tommi sale del coche antes de que yo vaya a aparcar al garaje. Cojo solo el ascensor hasta el ático. Puedo escuchar voces en cuanto paso entre los dos matones que hacen guardia en el vestíbulo.

—Es por tu seguridad. Si no tienes nada que ocultar, no deberías preocuparte —está diciendo Tonin.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Hay un tercer matón en el otro extremo del vestíbulo de mármol, con las paredes grises y escasa iluminación. Para mí, todo es igual, frío y oscuro, como si allí dentro hubiera una sombra perpetua. O tal vez es que solo se ven sombras. Como el dueño del lugar. El tercer guardia me deja acceder a una sala igual de monótona. Un mar de blancos, negros y grises y el único rastro de color, además de la enrojecida cara de Tonin picada por la viruela, son las mejillas encendidas de Tommi y su brillante blusa verde.

—Asumo que estás haciendo lo que me has dicho. Sé que sabes lo que pasaría si me enterara de que me mientes.

—Sí, lo sé. Entonces, ¿por qué tienes que vigilarme?

—No te vigilan. Te protegen. Hay una gran diferencia.

—No me parece distinto. Lo único que siento es que invades mi privacidad.

—No deberías tener que mantener nada en privado ante mí. Te amo. Solo quiero lo mejor para ti. —Escuchar palabras de amor en boca de un capullo como

Tonin es tan incongruente como si Mike Tyson se pusiera en la piel de Gandhi. Un tipo como Lance Tonin solo ama el dinero. Las posesiones. El poder. Y su expresión me dice que es así; no se lee amor en sus rasgos, ni preocupación real. Quizá una profunda obsesión, pero no amor.

—No se trata solo de mi privacidad... Es por Travis. ¿Sabes lo que provocará esto en su rutina?

—De acuerdo, entonces Sig se mantendrá a distancia cuando estés con Travis, pero irá contigo. No es negociable.

Tommi tiene la espalda tan derecha que parece que podría quebrarse al tratar de girarse. Noto que quiere decir algo, pero se reprime. ¿Temor? Quizá, pero no lo creo. No parece atemorizada, solo molesta. Pero entonces, ¿por qué no hablar? Parece que hay algunas sutilezas en su dinámica que debo conocer. Seguramente no tengo de qué preocuparme; después de todo, estoy aquí para acabar con Tonin por cualquier medio necesario. Me digo que Tommi podría ser ese medio, y saber todo lo que pueda sobre ella solo me ayudará.

Al menos eso es lo que me digo.

Ignoro el hecho de que estoy ansioso por conocerla, por aprender de ella, por saber cómo es. Me fascina, pero por suerte no soy el tipo de hombre que acabe en manos de una mujer. El sexo débil es divertido, y me encantan sus cuerpos y cómo funcionan sus mentes, pero cuando se trata de asuntos del corazón, me mantengo alejado. El amor no siempre viene acompañado de algo bueno, y esa certeza me sirve en situaciones como esta. No hay peligro de que termine significando demasiado para mí.

Tommi se pone la correa del bolso al hombro con un gesto rabioso y se acerca a mí.

—Vamos —me ladra al pasar.

Echo un vistazo a Tonin y a sus muchachos una vez más y veo que él aprieta sus finos labios mientras tensa la mandíbula.

—No la pierdas de vista.

Asiento con rapidez.

—No será un problema.

Con rápidas zancadas de mis largas piernas, alcanzo a Tommi antes de que se cierren las puertas del ascensor. Meto la mano para detenerlas y sonrío al ver que me mira parpadeando.

—No veo nada graciosa esta situación.

—¿Graciosa? No es graciosa, pero tus ojos arden como fuego verde y tienes las mejillas rosadas y encendidas igual que si te hubieran fol ... er... besado.

Resultas muy sexy. Y siempre sonrío cuando tengo delante a una mujer tan jodidamente sexy.

En cualquier caso, creo que eso la enfurece todavía más, lo que hace que yo quiera sonreír con más fuerza. Me acerco a ella y me protejo con el brazo.

—¿Quieres darme un puñetazo? ¿Haría que te sintieras mejor?

Se da la vuelta y clava en mí una mirada tan furibunda que, por un segundo, creo que va a maldecirme por la forma en la que abre la boca. Finalmente no lo hace, se limita a cerrar los puños y se aleja para propinar un puñetazo bastante decente en mi deltoides.

Asiento con la cabeza.

—No está mal para ser una chica.

—¿Quieres que lo intente de nuevo? ¿Esta vez por debajo de la cintura? ¿Con la rodilla? —masculla con los dientes apretados, como si disfrutara al pensar en

machacarme las pelotas.

—Por mucho que me guste la idea de que sepas que tengo algo por debajo de la cintura, no es eso exactamente lo que estaba pensando.

Su postura rígida y su expresión irritada desaparecen.

—Te gusta que piense en lo que hay por debajo de tu cintura.

—Claro que me gusta. ¿A qué hombre no le gustaría que pensara en eso una mujer tan guapa como tú?

Ladea la cabeza y me mira.

—Lance es muy celoso, no sé si lo sabes. ¿No temes lo que podría hacerte por decirme ese tipo de cosas?

—Los hombres hacen locuras por el amor de una mujer hermosa.

Ve una expresión triste en sus ojos.

—¿Es amor lo que estás buscando, Sig?

—¿Es amor lo que buscas tú?

Hace una pausa antes de responder con suavidad.

—¿No es eso lo que busca todo el mundo?

Las puertas del ascensor se abren antes de que pueda responderle y veo cómo se da la vuelta para salir; su ritmo es más lento que cuando ha salido del salón de Tonin. Nos dirigimos al coche en silencio. Espero a que abra el coche con el mando y luego rodeo el vehículo para abrirle la puerta, atrapándola con eficacia entre el coche y yo.

—¿Puedo decirte algo? —pregunto en voz baja. Noto que me palpita el pene cuando sus grandes ojos de gacela se clavan en mis labios y se quedan allí. Asiente

—. Prometo que no sabrás que estoy aquí. Deja que te siga.

Sus ojos suben por fin hasta los míos y asiente con la cabeza.

—Por favor, no me defraudes —dice bajito. Con fervor. Como si estuviera refiriéndose a mucho más que a esta conversación. Siento una punzada de culpa al pensar que no solo voy a defraudarla, sino que además le voy a causar un buen número de problemas cuando todo esté resuelto.

Por necesidad, cambio de actitud y adopto el papel de tipo locuaz que siempre he sido.

—Cielo, yo nunca defraudo.

Ella curva las comisuras de los labios en una sonrisa de medio lado que no parece divertida.

—Todo el mundo me defrauda.

Dicho eso, se acomoda en el asiento del conductor y espera a que cierre la puerta, sin mirarme a los ojos.

¿Quién cojones es esta mujer? ¿Quién le ha hecho daño?

Tommi

Echo un vistazo por el retrovisor al hermoso rostro de Sig, parcialmente oculto por las gafas de sol, me parece más atractivo que nunca. Se inclina hacia la derecha, con la muñeca posada de forma relajada sobre el volante de su enorme *pickup*. Parece relajado. Competente. Atractivo.

¡Atractivo! ¡Atractivo! ¡Atractivo! ¿Por qué sigue apareciendo esa palabra en mi cabeza?

Porque lo es. Todo en él es atractivo. Su sonrisa, su voz, sus ojos, su manera de andar, su cuerpo. Incluso su estúpida *pickup*. De alguna forma se las arregla para que su coche resulte sexy, como una moto de cuatro ruedas.

«¡Deja de pensar ridiculeces!».

Miro hacia la carretera justo a tiempo para frenar de golpe y evitar chocar con la parte posterior del Toyota que tengo delante. Contengo una maldición y tenso los brazos y las piernas cuando me detengo bruscamente. Cuando la anciana del Toyota se desvía hacia la izquierda, dejo escapar el aire. Suspiro y miro por el retrovisor una última vez. Sig sonríe; una sonrisa de suficiencia que indica que sabe en qué estaba pensando. Resulta exasperante y muy estimulante a la vez; de hecho, siento de nuevo mariposas en el estómago.

Será más fácil ignorarlo después de recoger a Travis. Me acerco a la acera justo delante del lugar donde está esperándome y me inclino para abrirle la puerta del copiloto.

—Lo siento, llego unos minutos tarde —me disculpo mientras se monta.

—Da igual —replica, bajándose la gorra de béisbol hasta casi cubrirse los ojos. Incluso sin esa señal delatora, noto que está agitado. Nunca llego tarde. Es algo en lo que me esfuerzo mucho. Travis es muy sensible a cualquier distorsión en su rutina, sobre todo si la cometen otros.

—¿Te has tomado hoy las pastillas?

Travis se vuelve para mirarme con esos ojos que son exactamente del mismo color que los míos.

—Siempre me tomo las pastillas. ¡Deja ya de joderme con eso!

No creo que haya nada especial que provoque su actitud defensiva. Siempre está así después de ir al instituto. Le estresa tratar de ser normal, como él dice. Los síntomas del síndrome de Asperger parecen haber empeorado desde que Lance exige verme más noches. Por desgracia, es lo que hay, lo que significa que Travis tendrá que aguantarse. Al menos durante un tiempo.

Cambio de tema.

—Adivina qué es lo que voy a hacer de cena.

Travis se vuelve hacia la ventanilla y su única y silenciosa respuesta es un encogimiento de hombros.

—Es una de tus cuatro comidas favoritas.

—No importa. No estaré allí —me dice de mal humor.

—¿Por qué? ¿Dónde estarás?

—Voy a casa de Trip.

Unas campanas de alarma comienzan a sonar en el fondo de mi mente.

—¿Por qué vas a casa de Trip todas las noches que no tengo planes con Lance?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Me ha llamado y me ha pedido que vaya a jugar.

Trip es uno de los amigos de Lance. Al principio me sentí contenta de que Travis estuviera con otros chicos y no pensé nada raro, pero a medida que pasa el tiempo, empiezo a considerar que la influencia de Trip no es demasiado buena. Desde que me di cuenta de que Trip es un criminal. Justo lo que Travis no necesita en su vida.

«¡No!».

Quizá debería haber cortado esto de raíz hace tiempo, porque ahora Travis sostiene que Trip es un amigo de verdad, y me da miedo presionarlo demasiado para expulsarlo de su vida. Travis ya se rompió una vez, y después, casi lo perdemos todo. Aunque apenas teníamos nada que perder.

Me trago un suspiro. Uno más en mi larguísima lista de remordimientos.

—Travis, si...

—No empieces, Tommi —me interrumpe, todavía sin mirarme, sin mirarme a los ojos, un hábito que sé que se agrava cuando se siente culpable.

—Estoy preocupada por ti, Travis. —Mantengo la voz tan tranquila como me es posible.

—Pues preocúpate por ti misma. Tienes problemas suficientes para los dos.

Lo cual es cierto. Lo que Travis no entiende es que estamos solos contra el mundo. Un mundo duro al que no le importamos un comino y que se niega a darnos margen de maniobra. Travis conoce los hechos, pero me da la impresión de que no comprende las consecuencias. Es algo que no intento cambiar, porque lo último que necesita es llevar consigo esa pesada carga, en especial cuando no puede hacer nada al respecto. No, esta carga es mía; soy yo la que debe transportarla y es mejor de esta manera. Lo hecho, hecho está. La única opción inteligente es seguir hacia delante.

Y eso hago.

Planeo cada uno de mis pasos, cada palabra, cada aliento. Y mis planes van a funcionar. Tienen que hacerlo.

Entro en nuestra calle y, por primera vez desde que mi hermano se metió en el coche, miro por el espejo retrovisor. Veo que Sig nos sigue. No está demasiado cerca, pero tampoco muy lejos. A pesar de lo mucho que aborrezco que me espíe, encuentro un extraño consuelo en su presencia a pesar de que me siga en otro vehículo. Y la seguridad que me transmite es sin duda lo más relativo de todo.

Aparco discretamente en la calle donde está la casa de Tommi. No quiero molestarla, pero también tengo que tener contento a Tonin por el momento. Además, siento mucha curiosidad por lo que ella está haciendo.

Clavo la mirada en la casa de madera blanca; como mucho tiene ochenta metros cuadrados. Se ve vieja y descuidada, como la mayoría de las de la zona. El camino de entrada está agrietado, pero no hay malas hierbas. Se ve algo marrón en las grietas abiertas, lo que me hace pensar que han echado algún pesticida en los últimos días.

Si no me hubiera mudado a manzana y media de distancia, jamás la habría imaginado en un lugar como este: sin duda, un claro ejemplo de un barrio cuestionable. Me estremezco al ver su cochazo, nuevo y sin abolladuras, que destaca en este entorno de forma casi ridícula. Claro que lo más probable es que muchos de los elementos que viven por la zona sepan quién es... y a quién pertenece el coche.

Recuerdo la escasa información que aparecía en su archivo; Tommi Lawrence, sin inicial de segundo nombre. Veinticuatro años. Se graduó en el instituto hace seis años. No obtuvo el carnet de conducir hasta que cumplió diecinueve. No fue a la universidad, no ha trabajado con anterioridad, no tiene antecedentes. De su padre no se sabe nada y su madre recibe cheques por discapacidad. Un hermano y una hermana. Nada más. Ah..., y está liada con un gilipollas que trafica con drogas. Es todo lo que sé.

La mera idea de imaginarla con Tonin me revuelve el estómago. Me parece que se merece algo mejor que ser la puta de un traficante. Sin embargo, todavía no me convence mucho esa historia. Ella no solo le miente, sino que le oculta algo, algo que a él le cabrearía si lo supiera. O al menos es lo que creo. Eso o mi instinto me está jugando una mala pasada.

A eso de las seis, comienza a gruñirme el estómago. No me ayuda nada que en el aire flote el olor a comida italiana, proveniente de la ventana abierta. Estoy a punto de llamar a Tonin para preguntarle hasta qué hora quiere que la vigile cuando veo que sale por la puerta un muchacho. Es el mismo chico que Tommi ha recogido en el instituto hace un rato. Ahora parece más un personaje de la noche. Lleva vaqueros negros y una sudadera con capucha, también negra, con la que se cubre la cabeza. Mantiene la barbilla gacha y los ojos clavados en el suelo. Parece un chico raro.

Lo observo hasta que llega a la señal de STOP y dobla a la izquierda, desapareciendo de mi línea de visión. Cuando vuelvo la vista hacia la casa de Tommi, veo que está recorriendo la acera con una bandeja cubierta. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva unos pantalones flojos y un top de rayas con tirantes finos. Está descalza, algo que no es aconsejable en esta parte de la ciudad.

Se acerca al lado del conductor y se apoya en la puerta; su olor inunda la cabina de la *pickup*. Extiende un brazo delgado frente a mí, poniendo delante de mi nariz un plato con comida. Inhalo el aroma y se me llena la boca de saliva. Ella sonríe, pero es una sonrisa cansada.

—Vete a casa. No voy a salir esta noche. —No digo nada mientras se aleja, y clavo los ojos en su culo redondo. Estoy distraído pensando en que no hay marca de ropa interior cuando me mira por encima del hombro—. Espero que te guste la lasaña.

Asiento con la cabeza, y ella se pasa el pelo por encima del hombro mientras cruza al otro lado de la calle. Lo cierto es que me encanta la lasaña, y esto huele genial. Tommi, con su cuerpo de estrella del porno y ese nombre tan poco femenino, podría ser la mujer perfecta.

Si no estuviera saliendo con un maldito delincuente.

Pongo en marcha la *pickup* y conduzco los dos minutos que me separan de mi nuevo hogar. Es poco más grande que una caja de zapatos, y estaba en un estado deplorable, aunque ha mejorado bastante después de que pasara por ella un servicio de limpieza. Ahora solo se ve llena de cajas, como estaría si me hubiera mudado hace poco desde el otro extremo del país.

Cojo una cerveza de la nevera y me siento ante la pequeña mesa de la cocina. Después de buscar un tenedor de plástico en la caja de cubiertos que he comprado, miro a mi alrededor, al salón vacío, y pienso en mi nueva vida.

Mi identidad secreta incluye un nombre falso, por supuesto, con el alias de Sig. Puesto que Tommi ya me conoce, tenía que incluirlo de alguna manera. Y también la *pickup*; a fin de cuentas, ella ya la conocía. El departamento de policía le ha cambiado el número de bastidor y las placas con la matrícula en la base de datos de Tráfico. Ya que estaban, me proporcionaron también un largo historial de infracciones. Lo mejor para dedicarse a los crímenes violentos, como cabría esperar en un matón que trabaja para un traficante de droga.

Podría desempaquetar mis pertenencias esta noche, pero estoy mucho más interesado en ir de nuevo a casa de Tommi y averiguar si realmente no va a salir esta noche o lo ha pensado mejor. No he logrado que nadie del departamento averiguara lo que estaba viendo *online*, puesto que era un punto de acceso público y resultaba imposible saber qué correspondía a cada usuario. La cuestión es ¿por qué tantos problemas? ¿Qué está ocultando?

Después de tirar el plato de papel y la botella de Heineken vacía a la basura, salgo de casa. Mientras camino por el barrio, me recuerdo que aunque Tommi es el camino a seguir, mi fuente de información, no es mi prioridad. No puedo permitir que la curiosidad nuble mi objetivo. No puedo dejar que Tommi me nuble la cabeza. Sin embargo, me dirijo a su casa. Es mi trabajo.

O al menos, eso es lo que me digo.

Durante dos semanas, soy la sombra de Tommi. A veces, sabe que estoy cerca. Otras no. La sigo cuando deja a su hermano en el instituto. La sigo cuando va al apartamento de Tonin. A veces vuelve a salir y hace recados, a veces no abandona el lugar durante horas. No quiero imaginar lo que hacen entonces. En realidad lo tengo bastante claro, y esas imágenes mentales son tan deliciosas como el infierno. Algunas partes, de hecho, son francamente desagradables. Al final, siempre acabo pensando lo mismo: ¿qué coño hace una chica como ella con un hombre como él?

Los veo juntos día tras día. Tommi nunca parece feliz ni preocupada. Por lo menos no más allá de esa sonrisa superficial que muestra. Si no la hubiera visto nunca, es posible que no notara la diferencia, pero la vi. Y recuerdo lo nerviosa que estaba por llegar tarde y lo ansiosa que se mostró por deshacerse por su ropa de calle. Son las pequeñas cosas como esas en las que más me fijo, las que me hacen preguntarme qué es lo que está haciendo él para que no se vaya. Y por qué ella no se marcha.

Sin embargo, Tonin no la posee por completo. Al menos tres días a la semana, sigo a Tommi a algún lugar en el que según ella me resultaría incómodo entrar o a un edificio que me está vedado por una razón u otra. Es siempre cerca de un sitio público, uno en el que es fácil ocultarse y permanecer en el anonimato, uno que tiene wifi. Cada uno de esos días, lleva un bolso más grande, donde puede caber su iPad, para ocultar lo que sea que está haciendo.

Sobrepasando el alcance de mi verdadero trabajo y el que realizo para Tonin, algunas veces espero fuera, mirando su casa las noches que no tiene planes con su repugnante novio. Su hermano sale por las noches y ella permanece en el interior haciendo... lo que sea. Varias veces se me ha ocurrido acercarme a llamar a la puerta y darle una excusa de que pasaba por allí, pero sé que todavía no está preparada para confiar en mí. Y no puedo darme el lujo de hacer que me rehúya ahora. Así que toca esperar... y ver.

Las noches que está con Lance, cuando la veo meterse en su coche, siempre con un aspecto impresionante, veo que él desfila a su alrededor como si ella fuera un

trofeo. Es algo que cada vez me resulta más difícil aceptar. Ella se merece algo mejor. Mejor que él. No sé si ella lo sabe, pero yo sí lo sé. No hace falta ser un genio para ver que es una mujer especial. Y que está extinguiéndose con Tonin.

Tommi

Como cada mañana después de cerrar la puerta, me doy la vuelta hacia el camino de entrada. Mis ojos buscan de inmediato un lugar al otro lado de la calle. Sig está allí, en la *pickup*, con la ventanilla bajada, esperándome como siempre. Sonríe; es un gesto natural que muestra verdadera satisfacción, algo que cada vez me resulta más fácil con él. Algo que me resulta incluso alarmante. Él me saluda con una mano. Sacudo la cabeza con ironía y Sig sonrío con malicia.

Como me prometió, mantiene la distancia, no interfiere, no se convierte en una carga ni en una molestia. Me encuentro deseando que me lleve de nuevo en lugar de seguirme. Lo observo por el espejo retrovisor durante horas cada día y, con más frecuencia, pienso en él durante el resto del tiempo, preguntándome de qué podríamos hablar si pasáramos juntos esas horas.

Por supuesto, no puedo pedirle que me lleve. Creo que eso resultaría demasiado sospechoso. Sin embargo, si lo sugiriera él, como persona a cargo de mi seguridad, sería algo diferente. No lo ha hecho, y me pregunto si lo hará alguna vez. Ahora me parece contenido, solo calla, mira y espera... y conduce.

Me pregunto si siente lo mismo que yo. De hecho, a veces noto sus ojos en mí. Es decir, me observa a menudo, ya que su trabajo le permite hacerlo. Pero hay veces que su mirada es diferente. Hambrienta. Anhelante. O tal vez solo sean imaginaciones mías, coloreadas con mis crecientes sentimientos de inquietud y mis necesidades no satisfechas.

Sig me intriga a muchos niveles. Es fuerte y observador, aunque parece dispuesto a sonreír y coquetear. No parece temer a Lance como hacen otros, lo que me hace sentir curiosidad por él, por lo que es y por lo que ha vivido. Seguramente lo más preocupante es que quiero conocerlo. Ocupa demasiado espacio en mis pensamientos, y si supiera más de él, todavía sería peor. Además, debo considerar otras cuestiones.

Sin embargo, no importa lo mucho que me guste tenerlo cerca: tengo que ocultarle algunas cosas. Siempre tendré que esconderme de él. Hay límites que no puede cruzar y que hacen que nuestro acuerdo sea lo mejor. Cuanto más cercana sea nuestra relación, más riesgo corro, más peligra mi plan. Así que en realidad, a pesar de que una parte de mí se muera por saber más, necesite sentir más, esto es lo mejor.

Pero ojalá me lo pareciera.

Esta es otra de mis cada vez más escasas noches en casa. Miro por las cortinas tan sigilosamente como puedo, esperando ver marchar a Sig. A pesar de que él no puede verme, al menos no demasiado bien si estoy en los dormitorios, no me atrevería a empezar a terminar mis deberes nocturnos hasta que se haya ido. Por lo tanto, hasta que no escucho cómo ruge su estruendoso motor, alejándose por la calle, no comienzo a reunir los suministros.

Esta es la única parte que no me gusta. Por la noche, cuando estoy en casa, siempre tengo miedo de que Sig aparezca ante mi puerta, pidiéndome permiso para entrar. ¿Qué le diría? ¿No? Pero si le permito entrar...

No, eso no puede pasar.

Empujo ese pensamiento hasta el fondo de mi mente. Ya me llega con los problemas que tengo. No necesito más.

Suelto el aliento. Lo he contenido prácticamente durante todo el día, como hago siempre que no tengo planes para cenar con Lance, y me dirijo a la habitación del fondo. Abro la puerta con suavidad y enciendo la luz.

Algunos días, los que he estado demasiado tiempo con Lance (y, de nuevo, demasiado poco con Sig), esta es mi parte favorita. A pesar de que los papeles se han invertido y ahora soy la cuidadora, estar con mi madre, sin importarme lo escaso que sea el tiempo que estamos juntas, me recuerda a tiempos mejores. A hace mucho, mucho tiempo. Es algo que ahora trato de recuperar de forma implacable. Por Travis.

—Mami, es hora de cenar —digo en voz baja mientras me acerco—. Después te voy a dar un baño.

No obtengo ninguna respuesta mientras llevo la bandeja de la cena y el recipiente para el baño, solo el mismo gorgoteo extraño que he oído durante años. Mi madre no tiene ni idea de que está en el mundo, pero la atiende como si lo hiciera. Me preocupa que pueda llegar un día en el que no sea capaz de cuidarla, cuando tenga que depender de alguien más. Trato de no pensar en ello. Me hace sentir triste y culpable. A pesar de cómo eran las cosas cuando estaba bien, la adoro y no quiero perderla. Eso mataría a Travis. Pero, al mismo tiempo, supone una gran responsabilidad, tanto por su presencia como por las circunstancias que la rodean; a veces siento que no puedo más. El peso es insoportable. Pero luego hay otros momentos en los que estar con ella es relajante y reconfortante de alguna manera, a pesar de que jamás dice una palabra.

Aprieto el botón que hay sobre la cabecera de la cama, la costosa cama de látex que Lance pensó que compraba para mí. Extiendo una servilleta sobre su delgado torso y me siento a su lado con el plato en la mano. Los ojos de mi madre, de ese tono verde que hemos heredado todos sus hijos, están clavados en la pared de enfrente con la mirada perdida mientras acerco la cuchara con puré de patatas a su boca abierta. Ella la acepta entre sus labios temblorosos y se traga el contenido de manera torpe. Le limpio la barbilla antes de darle otra cucharada.

—Travis se ha ido con Trip otra vez esta noche —le cuento con un suspiro. Ella gruñe. O gime. Nunca estoy segura. Y no sé qué significa, aunque lo mismo no quiere decir nada. Quizá sea fruto del azar—. Me preocupa que esté allí, dice que solo están con los videojuegos, pero dado que Trip...

Le doy a mi madre otro bocado más y luego acerco una pajita a sus labios.

—Bebe un poco, mamá. —Le hago cosquillas en el labio inferior y por fin aspira, chupando con avidez.

Siento otra punzada de culpa. Como una sombra siguiéndome donde quiera que voy, ahora que no puedo volver a casa con la misma facilidad para ver cómo está. Ya que parece que Sig no va a desaparecer, tendré que pensar alguna excusa para pasar en casa más tiempo.

Mi madre gruñe de nuevo y empuja la pajita con la lengua. Sonríe ante su familiar cara, aunque resulta extraña sin expresión.

—Creo que eso significa que estás preparada para comer un poco más, ¿verdad, mamá?

Después de que mi madre termine de comer, la aseo, le cepillo los dientes y le cambio la cama. Cuando extiendo la loción por su piel, compruebo que no haya puntos rojos que podrían indicar la aparición de úlceras por presión. Es una preocupación constante, porque se pasa todo el tiempo tumbada en la cama, pero al menos se puede girar un poco. Lo justo, evidentemente, para que su piel no se llague.

Cuando le deslizo un vestido limpio por la cabeza, levanta los brazos como si fuera una niña. La acción es pequeña pero importante, y una parte de mí llora por todo lo que ha perdido mi familia en los últimos años. Antes de cerrar mi mente, dejo que un ramalazo de dolor me atraviese, arrancando pequeños trozos de una herida todavía no cerrada. Es un recordatorio doloroso, pero a fin de cuentas un recordatorio, y eso puede ser una buena herramienta para mantenerme centrada.

Antes de que las lágrimas caigan de mis ojos, pienso en Travis y me tranquilizo. Él es mi prioridad. Todo lo que hago es por él. Un día, la situación se resolverá como he planeado. Y entonces, valdrá la pena. Todo valdrá la pena. Debo aguantar hasta ese momento y seguir adelante. Es la única opción que tengo.

Está muy oscuro, así que atajo a través de un callejón para llegar a la parte trasera de la casita de Tommi. Cada vez me resulta más difícil dejarla y marcharme, ya sea por la noche o para pasar el día con Lance. Estoy volviéndome codicioso; quiero pasar más tiempo con ella. Quiero llegar a conocerla, a la Tommi de verdad. La que sonrío con los ojos y me observa por el retrovisor, la que me mira con anhelo cuando cree que no puedo verla.

Me he preguntado muchas veces qué es lo que hace cuando está sola en casa, después de que su hermano se va. Poco después, siempre me trae un plato con algo para cenar, unas galletas o cualquier otro tipo de alimento acompañado de un «buenas noches», básicamente una despedida. Como un buen empleado, me vuelvo a mi casa y finjo que mi deber ha terminado por ese día, hasta la mañana siguiente, cuando me despierto y todo comienza de nuevo.

Pero no es así hoy. No es así esta noche. Quiero saber qué hace en su tiempo libre, qué llena su vida además de Lance y su hermano.

Todo está tranquilo y puedo ver la luz encendida en la cocina. Hay otra luz en lo que parece una habitación. Las cortinas están cerradas, pero se intuyen las sombras que se mueven en el interior. Seguramente una sea la de Tommi, a juzgar por su altura y constitución, y por la manera en que se mueve con agilidad.

La veo revolotear aquí y allí, inclinándose y estirándose para alcanzar algo y volviendo donde estaba. No sé qué está haciendo, así que tras mirar a izquierda y derecha, me acerco a la ventana para echar un vistazo a través de una rendija entre las cortinas.

Se trata de Tommi, como sospechaba. La veo cogiendo un paño antes de girar hacia la izquierda. Veo sus hombros y, cuando se inclina hacia delante, entrando en el radio de visión de la rendija, también veo sus labios moviéndose. Está hablando con alguien, pero no sé quién es. Escucho con atención. Percibo el atractivo deje de su voz, pero es solo un rumor. No habla con el suficiente volumen como para discernir las palabras. Y es el único sonido que se escucha.

Sonríe de vez en cuando, pero es una sonrisa tristonera. Vacía. Me doy cuenta de la posición de sus hombros cuando se inclina a recoger un cesto de ropa. Parece cansada... como si sostuviera el peso del mundo sobre sus hombros. Me acerco más a la rendija sin apartar los ojos de ella, pegando la mejilla al cristal para no perderla de vista mientras se dobla. Es entonces cuando veo a la mujer que está tendida en la cama. No alcanzo a percibir mucho más que su perfil, pero su pelo platino es del mismo tono que el de Tommi, y también son iguales su nariz y su boca. Podrían ser hermanas, o más bien, teniendo en cuenta la edad de esta mujer, madre e hija.

Tommi se inclina y besa la mejilla de la mujer. Se queda quieta durante unos segundos antes de enderezarse y acariciar con ternura la cara de la mujer. Luego sale de la habitación, apagando la luz del techo cuando se va.

Pienso en lo que sé de Tommi, sobre su madre, que recibe cheques por discapacidad. No he dado demasiada importancia a ese dato, pero parece que está mucho más discapacitada de lo que esperaba. Por su aspecto, esa mujer necesita atención profesional. Y es Tommi la que se la proporciona. Ella. Pero ¿por qué? ¿Por qué, cuando sé que Lance le daría todo el dinero que quisiera o necesitara, lo hace ella misma?

La sigo con la vista por la casa. Se dirige a la cocina y desaparece en otra habitación, una que no tiene ventana. Permanece allí durante cinco minutos, ¿quizá el lavadero? Luego vuelve a salir con los brazos vacíos.

Después de coger un yogur y una botella de agua de la nevera, se dirige a una de las habitaciones de la parte delantera de la casa. Me doy la vuelta y me meto en las sombras más profundas, lejos de las ventanas, hasta que percibo el parpadeo de la televisión en la noche. Las cortinas del salón están cerradas, pero son tan finas que no proporcionan demasiada privacidad. Por supuesto, si ella no enciende la luz, es difícil verla a no ser que se esté justo donde estoy yo.

La observo sentarse con los pies subidos al sofá, bajo su cuerpo, y se cubre las piernas con una manta antes de llevarse a la boca con delicadeza las cucharadas de yogur. Incluso a pesar de la tenue luz, veo cómo se pasa la lengua por el labio superior para limpiárselo. Se me hace la boca agua cuando pienso en lamer aquellos labios exuberantes y después recrearme en el sabor a yogur fresco en su lengua. Supongo que ni siquiera la variedad más inusual se podría comparar con el sabor de Tommi.

Reprimo un gemido.

Media hora después, está dormida en el sofá, demostrando, obviamente, lo que había dicho de que no iba a salir. Por mucho que me gustaría quedarme y mirar, me siento demasiado inquieto. Así que regreso a casa en busca de la *pickup*. He pensado en dejarme caer por el apartamento de Tonin con el pretexto de informarle sobre las actividades de Tommi durante las últimas semanas, y así podré ver lo que se trae entre manos.

Lo que me encuentro al llegar, si bien no es valioso para mi investigación, me cabrea sobremanera.

Tommi

Me coloco bien la blusa sin mangas negra y la falda corta del mismo color mientras me echo una última mirada en el espejo. Trato de ignorar el anhelo que me produce pensar en unos vaqueros flojos y una camiseta cómoda. Hoy no podré disfrutar de eso. Quizá no pueda hasta que todo esto termine, si tengo en cuenta que ahora tengo una sombra.

Me acerco a la habitación de Travis y lo llamo de nuevo.

—Como no nos vayamos ya, llegarás tarde. ¡Vámonos!

Sé que está cansado. Anoche no llegó a casa hasta casi la una y media. Debería haberme enfadado con él, pero no lo hice. Me sentía demasiado feliz de que llegara a casa de una pieza y no haber recibido una llamada de la policía o el hospital. Esos son mis mayores temores cuando sale por la noche. Sin embargo, tengo las manos atadas, así que he aprendido a vivir con ese miedo.

Travis sale por fin de su habitación con la capucha puesta y la gorra calada. Sin mirarme a los ojos, pasa ante mí y abre la puerta.

Lo sigo y dirijo la mirada de inmediato al lugar que suele ocupar Sig al otro lado de la calle. Está vacío.

Me siento sorprendida y decepcionada. Muy decepcionada. Mucho más de lo que debería estar, que tendría que ser nada. Por el contrario, debería sentirme aliviada de disponer de unos minutos para mí. Solo que no es así. Me gusta verlo cada mañana... y durante todo el día. Por primera vez en muchos años, me siento menos sola. A pesar de la presencia de mi hermano, de mi madre y de Lance con todos sus secuaces, siempre me siento sola. Quizá sea porque los planes que tramo los juego en solitario, sin que lo sepa ninguna otra persona.

Después de dejar a Travis, miro al fondo de la calle. Es entonces cuando lo veo. Sig está tras el volante de su enorme e intimidante *pickup*. Tengo que reprimir el impulso de sonreír cuando lo veo asentir. No sé si puede ver que lo miro por el espejo o si puede intuirlo, igual que yo hago a menudo. De cualquier forma, sabe que lo buscaba.

Incluso desde esta distancia, veo el brillo de sus ojos. Es como si estuviéramos compartiendo una broma privada. Es el único de los hombres de Lance que tiene personalidad propia, que parece pensar. La mayoría de la gente que realiza ese tipo de trabajo resulta dura y desagradable. Sig no, no es duro ni desagradable.

Estudio su enorme mano que cubre el volante. Recuerdo sus largos dedos y sus anchas palmas cuando me ayudó junto a la carretera, la forma en que manejó los neumáticos. Apuesto lo que sea a que esas manos podrían destruir la cara de un hombre si quisiera. Pero también intuyo que pueden ser muy suaves sobre el cuerpo de una mujer. Por ejemplo, recuerdo muy bien lo que me hicieron sentir cuando me las puso en la cintura para subirme a su *pickup*. Y cómo las deslizó lentamente a mi alrededor, como si no quisiera soltarme.

Por supuesto, no me hace ningún bien pensar estas cosas. Estaba prohibido antes; ahora incluso es peligroso. Podría arruinarlo todo. Conseguir que salga gente herida, incluso él mismo. Y eso es un riesgo que no puedo correr, no importa lo tentador que él resulte.

Me niego a mirar hacia atrás otra vez hasta que entro en el garaje, y entonces veo que no está allí. Salgo del coche y camino hasta la entrada lateral que conduce al vestíbulo. Cuando llego a la puerta y pongo la mano en la manilla, unos cálidos dedos —los mismos en los que pensaba hace unos minutos— atrapan los míos, y siento la enorme presencia de Sig a mi espalda. Me detengo y vuelvo la cabeza para mirar por encima del hombro mientras su mano sigue presionada contra mis nudillos.

Sus ojos resultan oscuros e intensos, y desmienten la media sonrisa que curva sus labios. Esa mirada resume a este hombre a la perfección. Es juguetona y coqueta, pero al mismo tiempo algo en ella amenaza con consumirme. Me hace sentir jadeante y desequilibrada cuando está tan cerca.

—Buenos días —me saluda con su voz profunda y suave.

No respondo; solo esbozo una sonrisa. Los dos nos quedamos completamente inmóviles.

—Espero que hayas dormido bien.

—Así es, gracias.

Me mira. Lo observo de nuevo. Sé que debería moverme, pero no lo hago. Me gusta estar cerca de él, respirando su aroma limpio y varonil, ver las chispitas doradas de sus ojos que parecen saltar de sus iris como si fueran la lava de un volcán.

—Gracias de nuevo por la tarta de chocolate de anoche. Me fui a dormir con ese dulce sabor en la lengua.

«¡Oh, Dios! ¿Por qué lo hace parecer tan perverso?».

—Me alegro de que te gustara.

—Estaba deliciosa. Se me hace la boca agua con solo pensarlo.

Contengo la respiración. Esta es la razón por la que debería sentirme feliz de que no esté cerca de mí con más frecuencia, ni de estar con él todos los días. Han sido solo dos minutos y me siento como si pudiera entrar en combustión espontánea.

Suelto el aire lentamente. Sus ojos se desplazan a mis labios. Lo observo humedecerse los suyos como si estuviera deseando conocer mi sabor. Yo deseo lo mismo.

Se inclina más cerca y su mejilla roza con sensualidad la mía cuando acerca la boca a mi oreja.

—Respira, Tommi. No te olvides de respirar.

De alguna manera, consigo darme la vuelta. Ahora estoy de espaldas a la puerta, con los dedos en la manilla y la palma de su mano cubriéndome todavía los nudillos. El frío del hormigón en la columna es un marcado contraste con el calor que emana de Sig. No me roza siquiera con su cuerpo, pero podría hacerlo. Prácticamente siento cada duro contorno, como si mi piel estuviera estirándose para llegar a él.

Luego, justo antes de que la increíble tensión que me envuelve me obligue a hacer alguna estupidez, él se retira. Movemos las manos con suavidad hasta que la suya queda debajo y gira la manilla para abrir la puerta. La sostiene ante mí sin dejar de mirarme mientras me aliso el pelo y la blusa para caminar con recato por el interior del edificio. Sé sin mirar que sus ojos no se separan de mí.

Entramos en el ascensor en silencio. Me pregunto si Sig es consciente de la electricidad que crepita entre nosotros. Es como un ser vivo que se estira y se enrosca, sofocándonos. Cuando las puertas se abren con un susurro al llegar al vestíbulo del ático, me siento indecisa al ver a Dane y Gerard. Me pregunto si no estaré diferente, si de alguna manera no sabrán lo que está ocurriendo, lo que estaba sintiendo.

Respiro hondo y camino hasta el salón. Me detengo en el umbral cuando clavo los ojos en la pareja que hay en el sofá.

Lance está tendido sobre la espalda y una chica está de rodillas entre sus piernas, con la mano en sus pantalones. Me aclaro la garganta y él estira el cuello para mirarme. Curva los labios en una lasciva sonrisa que lo dice todo.

Me preguntaba por qué no ha mencionado ningún plan para hoy; ahora lo sé. También me pregunto si la chica acaba de llegar o lleva aquí desde anoche.

—Por fin has llegado —me dice al tiempo que pasa la mano por el vello oscuro que salpica su estómago. La joven, atractiva y de no más de dieciocho o diecinueve años, me sonríe.

La veo comenzar a desabrocharse la parte superior.

—¡Por fin!

—¡Todos fuera! —ladra Lance a las personas presentes. Sé que se aplica a todos menos a mí.

No miro atrás, pero casi puedo sentir la quemadura que provocan los ojos de Sig entre mis omóplatos. Las mejillas me arden de humillación. La mayoría de los hombres de Lance están acostumbrados a sus... inclinaciones, pero Sig no. Esta es la primera vez que me ha acompañado arriba. No tiene ni idea de qué clase de hombre es Lance de verdad. Ni de qué clase de persona soy yo por su culpa.

Me atraviesa una punzada de pesar, una pizca de tristeza por lo que podría haber ocurrido entre Sig y yo si las cosas fueran diferentes. Nunca estaré con un tipo como él. A pesar de que trabaja para Lance, algo me dice que es un buen hombre. Mejor que los demás. No sé por qué. Quizá porque me ayudó cuando tuve un problema sin saber quién era yo. Quizá porque fue amable y educado cuando no estaba recibiendo nada a cambio. Cualquiera que sea la razón, mi instinto me dice que él es mucho más. Solo... más. Y eso no puedo merecerlo. Esta es la prueba. La demostración de lo que soy, de en qué me he convertido. De lo que he tenido que hacer.

Me trago el inusual nudo de emoción que tengo en la garganta mientras enderezo los hombros y accedo al salón. Dejé de mostrarme aprensiva sobre estas cuestiones hace años. Solo hay una explicación de por qué puede molestarme ahora. Y es solo una razón más de por qué tengo que mantener a Sig tan alejado de mi corazón como sea posible. No es bueno para mí, para mi plan. Solo acabará haciéndome daño. Solo acabaremos heridos los dos.

Y he llegado demasiado lejos para permitir que eso ocurra.

Me siento dividido. Mi pene no sabe si llenarse de sangre o convertirse en una vagina.

Pensar que Tommi sea desnudada por otra mujer es impactante. La idea de que unas delicadas uñas pintadas rocen sus pezones, la imagen de que unos labios color rubí besen su estómago resulta tan excitante que podría usar mi polla de martillo. «¡Dios!».

Y, sin embargo...

La idea de que Tonin le ponga las manos encima, que le recorra la piel con la boca, me llena de rabia. La furia me da ganas de clavarle un puño en la cara. No se merece a Tommi. Sé que ella está con él por voluntad propia, pero no soy capaz de creer que lo haría si no tuviera otra opción viable.

Regreso al vestíbulo y le envío un mensaje de texto a Finch, el otro infiltrado. En este momento responde al nombre de Hop, y yo me hago pasar por su primo, por lo que podemos mantener cierta comunicación informal sin que resulte sospechoso. Después de acompañar a Tommi arriba y ver eso, no puedo sentarme de brazos cruzados y esperar a que todo encaje por sí mismo. Tengo que hacer algo.

Yo: Tonin está ocupado con un par de chavalas. ¿Puedo ayudar en algo?

Él no responde de inmediato; seguramente esté preguntándole a su jefe, uno de los lugartenientes de Tonin.

Hop: En este momento no. Estoy limpiando el almacén.

«¿El almacén?».

Me pregunto qué planea hacer Tonin en un almacén. Recordando toda la información que Finch ha sido capaz de recopilar y que todavía tiene que ser interpretada porque no lleva a nada en la operación contra Lance, no había ninguna mención a un almacén, a menos que sea una adquisición reciente. Y si lo es, ¿para qué cojones necesita Tonin un almacén? No es como si los narcotraficantes almacenaran valores u otras cosas. Pero Tonin sí necesita un lugar donde guardar los envíos cuando le llegan. Puede tratarse de eso, o quizá esté ramificando sus actividades para ocuparse también de otro tipo de acciones ilegales. Joder, me gustaría tener algo que utilizar para hacerlo caer. Para derribarlo.

Tomo nota mental para ver qué más puedo averiguar sobre el almacén. Quizá Tommi sepa algo.

«Tommi».

¡Joder!

En vez de quedarme en la *pickup* o hacer amistades casuales con algunas personas clave del edificio, voy arriba a esperar. Posiblemente sea donde pueda enterarme de más cosas.

Echo de nuevo un vistazo al reloj. Llevo todo el día sentado en el ático de Tonin, con la pandilla de imbéciles perdedores de los que se rodea. Es evidente que cuando llega un día como este, los hombres se concentran en las habitaciones de los empleados mientras Tonin y «sus chicas», como las llaman, usan y disfrutan las estancias privadas.

He jugado a *Call of Duty* durante dos horas con Henson y Stiff, cinco partidas de cartas con Jakes, Jimmy y Joman (las tres Jotas, como los llaman en broma el resto de gilipollas) y he disfrutado de un desayuno tardío y dos almuerzos con Barber, que es quien ocupa el puesto más alto en el círculo más cercano a Tonin. Barber no ha probado ni gota de alcohol, no se ha quitado la corbata y no nos ha perdido de vista más que cinco minutos para acudir al cuarto de baño. No puedo negar que ha sido un día productivo en lo que se refiere a conocer a los chicos, pero frustrante por mi inquietud por Tommi y por tener que pasarme todo el putito día desechando imágenes mentales sobre ella.

Por fin, a eso de las dos y media, Tommi aparece en la comida cuando estoy a punto de dar cuenta de un segundo almuerzo consistente en salami y queso con unas galletas que tienen un nombre que no soy capaz de pronunciar. En el momento en el que la veo junto a la puerta, mis sentidos se ponen alerta. A primera vista parece igual que cuando hemos llegado aquí esta mañana; su pelo platino suavemente ondulado cae por su espalda; blusa y falda negras, maquillaje ahumado alrededor de los ojos, brillo en los labios... Pero al fijarme más me doy cuenta de lo pálida que está, incluso a pesar del suave bronceado. Y su mirada es diferente: sus ojos están apagados y sin vida. La nariz no está roja como si hubiera estado llorando, pero tampoco me sorprendería. Parece irritada, o quizá solo está cansada. En cualquier caso, no parece satisfecha como si hubiera pasado el rato llevando a cabo actos sexuales que le gustan. Y eso me hace pensar que estaba haciendo cosas que se ve obligada a hacer.

Es evidente que es algo a lo que está acostumbrada. Al menos hasta cierto punto. Pero por la forma en que aparta la vista con rapidez cuando nuestros ojos se encuentran durante una fracción de segundo sospecho que esto es algo que no quería que yo supiera. Cuando habla, se dirige a Barber.

—Voy a recoger a Travis. Uno de tus hombres puede llevar a la acompañante de Lance a casa más tarde, se quedará con él hasta que venga a buscarme para la cena de esta noche. —Su voz es baja y sus enormes ojos verdes parpadean sobre mí antes de humedecerse los labios y seguir hablando—. No necesito a Sig.

Su solicitud confirma mis sospechas. Se siente avergonzada o incómoda. Y no se ve capaz de enfrentarse a mí. O, al menos, no quiere.

Dicho eso, se da la vuelta y se aleja; el único sonido que se oye en la habitación es el repiqueteo de sus tacones sobre el mármol. Miro a Barber, que hace un gesto en su dirección.

—Da igual lo que ella quiera. Lance dijo que la vigilaras en todo momento. Límitate a mantener la distancia.

Asiento con la cabeza y me pongo en pie, dando a Tommi un minuto de ventaja antes de coger el ascensor hacia el garaje tras ella. No esperaba descubrirla esperándome junto a la *pickup*, pero eso es precisamente lo que me encuentro. Está apoyada contra el lado del conductor con los tobillos cruzados y la cabeza gacha. Me apoyo a su lado y espero.

Tarda al menos dos minutos en hablar.

—No me conoces.

Y es cierto.

—No. Pero sé que te mereces más que eso —replico señalando el techo con el pulgar, hacia el apartamento de Tonin.

—Me gustaría que fuera así, pero la vida tiene la costumbre de hacer que algunas elecciones sean... irrelevantes.

Me muevo para girarme hacia ella, y la miro con una cadera apoyada contra la puerta de la *pickup*.

—Nadie te ha obligado.

Por fin, alza la mirada hacia la mía. Sus ojos muestran una expresión torturada.

—Ojalá fuera cierto.

Su tristeza me molesta. Me acerco y alargó la mano para acariciarle la mejilla de seda con el dorso de los dedos. Veo cómo abre la boca con labios temblorosos.

No pienso. Es evidente. Fuerzo la situación para que me designen una misión secreta, jactándome de que puedo arreglármelas perfectamente, y luego lo arriesgo todo enredándome con la novia del jefe. Sin embargo, aquí estoy, ¡joder! Por suerte, ella es parte de mi misión. Necesito su ayuda. Y esto puede suponer un gran paso para obtenerla.

Por lo menos es lo que me digo una vez más.

Muevo los dedos y los deslizo por el lateral de su cuello, separando un ondulado mechón de pelo. Presiono la palma de la mano contra su piel y noto su acelerado pulso, salvaje y rápido.

Ella desea esto. Lo desea tanto como yo. Ha ido creciendo entre nosotros durante semanas, desde que me detuve a ayudar a una hermosa rubia con problemas, parada en el arcén de la carretera.

Me inclino poco a poco, dando tiempo para que uno de nosotros detenga esto. Pero ninguno lo hace. Y cuando mis labios rozan los de ella por primera vez, sé que no será la última.

Su boca es suave y cálida bajo la mía, flexible. Dispuesta. No la presiono demasiado y ella no se aleja. Nos encontramos a medio camino.

Cuando suspira, su dulce aliento inunda mi boca. Es difícil alejarse, pero lo consigo. Me detengo con la cara a menos de cinco centímetros de la de ella y veo cómo aletean sus párpados. Sus iris son dos verdes piscinas que me succionan de forma profunda, como si fuera una sirena haciéndome señas para que la siguiera hacia abajo. Más y más abajo...

—Deja que te lleve a buscar a tu hermano. —No sé por qué se lo pido, ni por qué quiero que me lo permita.

Ella me mira fijamente a los ojos durante varios segundos, haciendo que llegue a pensar que va a estar de acuerdo.

—No —responde finalmente.

—¿Por qué? Se me dan bien los niños.

—Travis no es como los demás chicos de su edad.

—Estoy seguro de que ningún crío de esa edad entra dentro de la normalidad.

—Es... mmm... es Asperger. Tiene un síndrome del espectro autista. Se vale por sí mismo, por supuesto, pero...

¡Maldita sea! Tommi nunca deja de sorprenderme. Además de una relación con Lance y de cuidar a la mujer de la habitación de atrás, también se ocupa de su hermano, autista. Sin embargo, no se queja, nunca dice nada al respecto. Solo lleva la carga oculta tras su amable sonrisa.

—Déjame intentarlo.

Me mira desde debajo de sus pestañas. Leo una gran indecisión en sus ojos, como si ya hubiera escarmentado. Seguramente es algo provocado por Tonin, menudo capullo.

—No suele hablar demasiado.

—Me gusta el silencio.

Suspira de nuevo, recordándose el beso que acabamos de compartir. Me hace sentir más decidido.

—¿Por qué? —insiste—. ¿Por qué quieres llevarme?

Una de las reglas de oro para representar un papel efectivo y creíble es mantenerse lo más fiel posible a la verdad, todas las veces que puedas, sin comprometer tu alias. Por lo tanto, soy sincero.

—No lo sé. Solo sé que quiero hacerlo...

La estudio mientras se clava los rectángulos perlados de sus dientes delanteros en el labio inferior. Sin pensar, subo un dedo y se lo libero. Miro fijamente la carne rosada con la marca de la presión de la mordedura. Deseo volver a besarla.

—¿Solo me llevarás a casa?

—Solo te llevaré a casa —repito en voz baja.

—Vale. Déjame entrar —claudica al tiempo que golpea la puerta con la palma de la mano, con una leve sonrisa en los labios. Me siento muy, muy satisfecho al verla. Salvo a primera hora de la mañana, no consigo verla sonreír de verdad muchas veces. ¿Sonrisas forzadas?, sí. ¿Fingidas?, sí. ¿Genuinas?, no muchas.

Aprieto el botón del mando a distancia para abrir la puerta de la *pickup*. Tommi se da la vuelta y tira de la manilla, se sube un poco la falda para llegar al asiento del copiloto por encima del sitio del conductor. Durante unos segundos, lo único que veo es una extensión de pierna y la curva inferior de su trasero, que es tan sabroso como recuerdo. La imagen de ella estirándose por la ventanilla de su coche, junto a la carretera, se ha quedado grabada de manera indeleble en mi memoria.

Tengo el repentino deseo de inclinarme hacia delante y morderlo como si fuera una fruta madura, pero me reprimo. En vez de ello, me acerco y espero hasta que está en su asiento para ocupar mi sitio tras el volante. No puedo evitar mirarla y sonreír mientras pongo en marcha el motor.

—¿Qué? —pregunta con el ceño un poco fruncido.

—Eres demasiado sexy —admito, poniendo la marcha atrás.

Entonces, vuelve a sonreír. No llega a mostrar los dientes, pero es suficiente como para que pueda ser considerada una sonrisa. Apoya la cabeza en el reposacabezas sin apartar la mirada.

—Gracias. —Es todo lo que dice con su voz aterciopelada.

—No sé si es un cumplido. Hace que esto sea muy duro —confieso.

Y es cierto. Ya es duro saber que este pequeño trayecto para recoger a Travis de alguna manera significa dar el siguiente paso. Me muero por tocarla como deseo.

De cierto modo, me da la sensación de que este viaje para llevarla a recoger a su hermano, a quien protege de forma feroz, es el siguiente paso. Uno enorme. Y creo que ella también lo sabe.

Nos miramos durante unos segundos; seguramente piensa lo mismo que yo, que esto es una mala idea. Pero ninguno de los dos parece dispuesto a parar.

Tommi

Sig no dice nada camino del instituto. Solo silba una canción *country* que emiten por la radio llamada *Bottoms up*. Eso me da un montón de tiempo para pensar no solo en lo que estoy haciendo, sino también sobre lo bien que me siento con Sig. Y que no debe ser así... Esto podría tener un pésimo desenlace. Seguramente terminará de una forma horrible si va más allá.

Noto que me mira varias veces, pero que vuelve a mirar al frente. La única vez que permito que mis ojos se pierdan en los suyos, me pillan y sonrío.

—¿En qué estás pensando?

Miento, por supuesto. Es uno de los pocos mecanismos de defensa que quedan en mi arsenal.

—En que a Travis le va a encantar esta *pickup*.

La sonrisa de Sig se hace más grande.

—Mentirosa.

No digo nada. Tampoco lo niego.

Para mi sorpresa, Sig se acerca y entrelaza sus dedos con los míos.

—Con el tiempo, aprenderás que puedes confiar en mí.

Sonrío. Es la tensa y forzada sonrisa educada que le suelo dirigir a Lance. Sé que Sig está mintiendo. Hay una leve vacilación en la forma en la que lo dice, como si deseara que fuera cierto, pero supiera que no lo es. Es algo que no me sorprende. Todos mienten, en especial las personas que trabajan para Lance. Es una forma de vida entre los delincuentes y sus secuaces. Por eso no confío en nadie. Nunca lo haré.

Travis se acerca solo a las escaleras de hormigón cuando nos detenemos en la acera; su profesor de educación especial permanece en la puerta del instituto. Me saluda con la mano y le devuelvo el gesto.

Mi hermano camina sin entusiasmo, con la mochila colgando de uno de sus hombros, la barbilla pegada al pecho y la gorra calada. Esta postura es común en aquellos que sufren síndrome de Asperger, pero en mi interior sé que se debe a algo más. Ha ocurrido algo. El problema cuando se trata de Travis es que tengo las manos atadas en muchos aspectos. Me equivoco si actúo, y también si no lo hago. Así es todo con Travis.

Bajo la ventanilla.

—¡Travis!

Apenas mueve la cabeza, pero veo que sus ojos se desplazan hacia arriba desde debajo de la visera. Cuando me ve, vacila. Estoy segura de que se está preguntando con quién estoy y por qué.

Me bajo para abrir la puerta posterior.

—Es una pasada de *pickup*, ¿verdad? —pregunto al tiempo que señalo el vehículo.

A medida que se acerca, veo que Travis desliza la mirada por la cabina negra brillante, por los enormes neumáticos y los adornos laterales. Sin duda el coche de Sig llama la atención, y conozco a Travis lo suficiente como para saber que le gustará.

—Sí, es la hostia —responde y, tratándose de Travis, es un sincero entusiasmo—. ¿Quién coño eres tú? —pregunta a Sig después de sentarse en el asiento trasero.

—Soy Sig. ¿Quién coño eres tú? —Sig esboza su encantadora sonrisa cuando se gira en su asiento para tenderle la mano a Travis—. Solo estaba bromeando, tío. Eres Travis, el que adora las *pickups* que son la hostia.

Travis le estrecha la mano de mala gana, pero solo un segundo. Se la suelta con rapidez; se trata de un gesto social que le resulta muy incómodo. Y, tratándose de Travis, podría haberlo rehuido.

—¿Trabajas para Lance?

—Sí. Soy uno de los de seguridad.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Si estás liado con mi hermana, seguramente te matará.

Aunque creo percibir una leve reacción en sus ojos, Sig se niega a parecer afectado.

—Es a ella a quien estoy protegiendo.

—¿Por qué? ¿Corre peligro? —pregunta al tiempo que abre mucho los ojos. Me mira como si estuviera bloqueado—. ¿Ha pasado algo? ¿Corres peligro?

—No, Travis. Dios, no. Nada de eso. Lance está un poco paranoico. Hace unas semanas se me pinchó una rueda y no le pareció bien que intentara arreglármelas sola.

—Espero que no te rompieras una uña —interviene mi hermano. Travis comprende muy poco la situación entre Lance y yo, pero sin duda conoce las bases.

—Eso es justo lo que pensó. Ya sabes lo que le gusta que vaya arreglada.

—Para él los pantalones vaqueros son el mal del mundo —dice con una voz que suena muy parecida a la de Lance.

Me río.

—Eso ha sido muy bueno.

—Mierda, parece él —añade Sig.

—Ese gilipollas no es difícil de imitar.

En ese momento, Sig me mira y me hace una señal. Cierro la puerta de Travis antes de regresar a mi asiento para poder volver a casa. El silencio se adueña de la cabina durante unos minutos hasta que Sig empieza a hablar de videojuegos. A partir de ese momento, la conversación toma una dirección a la que no puedo aportar nada. Acabo escuchándolos en silencio, disfrutando de la sutil animación que escucho en la voz de Travis. Los juegos son uno de sus pasatiempos favoritos. Creo que es una de las pocas cosas que le hacen sentirse normal. Cómodo.

Cuando llegamos a la casa, Sig recorre todo el camino hasta el acceso antes de apagar el motor.

—¿Quieres pasar a jugar un poco? —pregunta Travis mientras recoge su mochila y abre la puerta.

—¡No! —intervengo alarmada. Siento dos pares de ojos sobre mí antes de que me baje para abrir la puerta de Travis—. No es una buena idea un día de semana, Travis. Mañana tienes colegio. ¿Por qué no te adelantas? Voy enseguida.

Dirijo a Travis una penetrante mirada significativa. Él aprieta los labios, pero no dice nada; se limita a darse la vuelta y caminar de mal humor hacia la puerta principal.

Cuando está en el interior, cierro la puerta y me vuelvo hacia Sig.

—Gracias por traerme. Yo... Travis... Ha sido bueno para él. Gracias. Sin embargo, debes marcharte ya. Quien vea aquí el coche podría pensar... No sé lo que pensarán si te ven aquí.

—Mira, me gustaría venir a echar unas partidas con él. O incluso no me importa quedarme un rato con Travis mientras estás con Tonin. A menos que a alguien

le importe que esté aquí.

—No, no se trata de eso. Es que Travis y yo vivimos solos... Y se muestra muy reservado con su espacio. Le gusta..., bueno, le gusta la tranquilidad.

—¿Solos? —repite.

—Sí. Solo nosotros dos.

Parece que Sig quiere decir algo, pero no lo hace. Rezo para que no se ponga a discutir. No quiero herir sus sentimientos cuando trata de ser agradable, pero lo haré si es necesario. Tengo mis prioridades, y Travis es la primera. Y eso incluye mantener en secreto aquello que podría ponerlo en peligro.

—¿Ha venido Lance aquí alguna vez?

—En un par de ocasiones, pero por lo general solo a recogerme. Conoce a Travis. Pero se limita a recogerme o yo voy a su apartamento.

—¿Pasas aquí todas las noches como has hecho últimamente?

Sé lo que me está preguntando. Trago saliva y noto que se me ponen rojas las mejillas.

—Sí, me quedo aquí. Con Travis.

Sig sacude la cabeza lentamente.

—Y Lance está con otra... compañía.

Respiro hondo y asiento con la cabeza.

—Sí.

—Bueno, si cambias de opinión, vivo a un par de manzanas.

—¿En serio? —Una inesperada y cálida sensación se extiende por mi vientre, como si la tentación se acabara de mudar al piso de al lado y pudiera sentir el fuego sensual que eso provoca en todo mi ser. Casi desearía, no sé..., que Sig no me lo hubiera dicho. Sabiendo que está tan cerca..., me estremezco.

—¿Es cosa de Lance? Que vivas tan cerca, quiero decir.

—No. Supongo que es solo una coincidencia. Si es que crees en ese tipo de cosas.

—¿Tú no?

—No, en absoluto. Sin embargo, creo en el destino.

Sus oscuros ojos color bourbon están fijos en los míos, inmóviles e inquebrantables. Me atraen hacia él, hacia su confianza, su telaraña..., así que retrocedo. Sé que en una telaraña siempre hay una araña. Eso es lo único que hay fijo. Nada bueno.

—Yo creo en tomar decisiones correctas.

—¿Y piensas que Lance Tonin es una decisión correcta?

—¿Para mí? ¿En este momento? Sí.

—¿Hasta que aparezca algo mejor?

—Podría decirse así.

Sig se inclina en el asiento hacia mí.

—Yo soy mejor.

—¿De verdad?

—Sí.

Busco sus ojos. Buscando un nuevo significado, un juego, un plan. No encuentro nada, nada salvo deseo. Reluce debajo de sus iris color chocolate como un brillante centavo, apenas contenido. Me pregunto si será porque no está tratando de ocultarlo.

—Gracias de nuevo por traerme —digo, cerrando la puerta. Entro en casa y camino hasta el fondo; estoy apoyada en la pared de mi dormitorio cuando por fin escucho arrancar el motor de Sig. No me muevo hasta que el ronco estruendo ha desaparecido calle abajo.

La tengo. Es posible que ella todavía no lo sepa, pero yo sí lo sé. Ahora es cuestión de tiempo. Si sigo en la misma línea, ella será mía.

Pienso en la información que podría sonsacarle una vez que esté de mi parte. Y si lograra convencerla de que va a estar mucho mejor sin Tonin, de que podríamos estar juntos. Sería lo máximo. Mi carrera se dispararía. Podría elegir las misiones. Y Tommi sería libre.

Entonces, ¿por qué me siento culpable?

Prefiero no pensar la respuesta, es demasiado contraproducente.

Una hora después, estoy investigando el tema del almacén que mencionó Finch utilizando la conexión segura que el departamento de policía me ha proporcionado. Cuando suena el teléfono, descuelgo al ver que se trata del número de Barber.

—Sig —respondo con firmeza.

—¿Dónde coño estás?

—En casa, ¿por qué?

—¿Por qué no estás con Tommi? Tu trabajo es no perderla de vista. Para eso te pagan.

—Me ha pedido que me fuera. Además, está sola en casa con su hermano y luego va a salir con Tonin. Pienso que no...

—No te pagan para pensar, sino para que te asegures de que está a salvo. Mueve el culo y ve allí.

«¿Cómo cojones sabe que no estoy allí?».

—Tommi no me quiere en su casa por Travis y...

—No entres nunca a no ser que ella tenga problemas, idiota. Lance te pegaría un tiro en la frente. Vigíla desde fuera. Como has estado haciendo hasta ahora.

Así que me han estado vigilando. O a Tommi. O las dos cosas.

—Bien, ya voy —replico antes de colgar. Estoy acostumbrado a recibir órdenes de mi capitán o de otros superiores que respeto. Incluso, en ocasiones, de mi padre. Pero va contra mis principios saltar cuando un imbécil como Barber o Tonin me lo indican. Sin embargo, lo haré. Eso hará que todo sea más dulce cuando los detengan.

Después de cerrar la puerta de casa, cuando me dirijo a la *pickup*, veo en el camino un vehículo familiar. Mi hermano mayor, Steven, me guiña un ojo al pasar. Incluso desde esta distancia, veo la preocupación que brilla en sus ojos, oscuros como la medianoche.

Después de que nuestra madre muriera demasiado joven, Steven asumió el papel de segundo padre conmigo y mis otros hermanos, Scout y Sloane. Imagino que, por alguna razón, la manera de ahogar su dolor cuando nuestro padre no estaba era no perder de vista a la familia. Quizá también fuera parte de su personalidad. Quizá fuera la forma en que le hizo reaccionar la muerte de nuestra madre. Quizá por la edad que tenía... ¿Quién puede saberlo? Solo sé que desde que ella murió, es como si tuviera un palo metido en el culo.

Giro la cabeza y clavo los ojos en él con el ceño fruncido a medida que avanza, como si sospechara que alguien me está mirando. Eso es lo que haría un criminal. No es raro que los polis se paseen por este tipo de zonas, y siendo Tommi la novia de Tonin, estoy seguro de que esta calle está todavía más transitada. Aun así, Steven está corriendo un gran riesgo. Sé por qué lo hace, no puede soportar no saber cómo estoy. Es un obseso del control, y desde que ascendió en su división, es todavía peor. El poder se le ha subido a la cabeza. Piensa que tiene que comportarse como si fuera nuestro padre. Sin embargo, a estas alturas de la vida debería haber asumido que no necesito un padre. Voy a tener que recordárselo con una buena patada en las pelotas cuando este caso esté cerrado. Luego me puede invitar a una cerveza mientras le cuento cómo conseguí que pescaran a un capo de la droga.

El pensamiento me hace sonreír. Eso es lo que he hecho durante toda la vida, meterme con mi hermano todo lo que me sea posible. Por lo general, me funciona. Es fácil tomarle el pelo.

Me subo a la *pickup*, recorro el corto trayecto hasta la casa de Tommi y aparco al otro lado de la calle.

Desde mi posición, tengo una buena vista del patio trasero de Tommi. La veo sacar la basura, ¿quizá los restos de la cena? Y luego, treinta minutos más tarde, la veo colgar tres juegos de sábanas en el patio. Tres. Eso me recuerda a la mujer en la habitación del fondo y la forma en que Tommi cuida de ella. Y la cifra cuadra.

Después de que ella entre, me pregunto por qué me miente sobre algo tan sencillo como quién vive con ella. Dejo de pensar en ello, sin embargo, cuando la veo arrastrando literalmente a Travis al patio. Está tirando de su brazo con una juguetona sonrisa en los labios mientras le dice algo que no puedo oír.

Tommi lleva unos pantalones cortos. Son negros y tan diminutos que hacen que sus caderas parezcan más estrechas y sus piernas más largas. Los ha combinado con una camiseta sin mangas a rayas que acentúa sus exuberantes pechos de una manera que solo resulta favorecedora a los pechos de verdad. Es la primera vez desde aquel día en la carretera que la veo vestida de forma informal, con ropa de gente normal. El resto del tiempo va más elegante. No parece cómoda y se muestra tensa. Quizá es que no se siente a gusto en su piel... o con su ropa. Parece que es quien Tonin quiere que sea, da igual si es así o no.

Con el tiempo, Travis deja de resistirse y se mueve por sí mismo. Se quita la sudadera con capucha mientras Tommi va a buscar algo a un cobertizo en la parte de atrás. De hecho, no puedo evitar sonreír cuando la veo regresar con un disco volador.

Se lo tiran durante unos minutos, Travis un poco de mala gana hasta que finalmente se pone a ello. Cuando lo hace, parecen pasárselo en grande.

Tommi se muerde el labio y le lanza el disco a Travis lo más fuerte que puede, girando la parte superior de su cuerpo con el esfuerzo. El disco sale disparado y Travis tiene que saltar para atraparlo. A través de mi ventanilla abierta, escucho la tintineante risa de Tommi, aguda y feliz. Ligeramente y despreocupada como... la de un niño. Casi como si Travis fuera su hijo y ese tiempo fuera atesorado por ella. Es obvio que le complace ver a Travis tan libre, no es algo fácil de conseguir en los niños con Asperger, si no recuerdo mal los datos que recabé en mi investigación.

Travis busca apoyo y lanza el disco rojo de regreso hacia Tommi. Sube mucho y ella se desplaza hacia atrás sin quitarle el ojo de encima hasta que está lo suficientemente bajo para cogerlo. Me doy cuenta de que la manguera de agua está en el patio y veo el peligro que puede suponer. De hecho, me inclino en mi asiento, como si pudiera llegar a atraparla, cuando veo que se le enreda entre los pies y se cae hacia atrás. Con expresión de sorpresa, comienza a mover los brazos y suelta un chillido cuando empieza a caer. Se da la vuelta al final y cae de culo en la hierba. Durante unos segundos me siento un poco alarmado y me pregunto si no se habrá lastimado, pero luego veo que se sienta. Tiene la cara roja de lo fuerte que se ríe. Echa la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto el elegante cuello, y deseo con toda mi alma poder estar allí, con ella, disfrutando de su juego. Disfrutando de esa parte de su carácter a la que solo Travis tiene acceso. Su personalidad natural.

Juegan durante casi una hora antes de que ella mire el reloj y señale hacia la casa. Supongo que tiene que prepararse para su cita con Tonin. O quizá le toque cuidar a la mujer que hay en la habitación del fondo si no lo hizo cuando llegó a casa. A medida que atraviesa el patio con una mano en el hombro de Travis, veo la decepción que inunda su cara. Eso es lo más importante para ella, Travis. Es evidente. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué queda con Tonin?

No encuentro una respuesta, me digo que debe de haber algo más complicado. Seguramente la participación en una gran cantidad de situaciones que no conozco. A menos que ella me las cuente. Pero antes va a tener que confiar en mí.

A los cinco minutos, cuando son las siete, una limusina se detiene ante el camino de entrada. No se baja nadie hasta que Tommi pisa la acera y luego ya no presto atención a nada que no sea ella. Es todo lo que veo.

Se ha recogido el pelo en una trenza suelta que le cae sobre un hombro de forma desordenada, como si alguien hubiera enredado en él los dedos, haciendo que los mechones le rodeen la cara. Lleva un vestido negro sin tirantes que la hace parecer tan jodidamente sexy que me dan ganas de comérmela.

«¡Joder!».

El fluido tejido cae desde los picos de sus pezones hasta la mitad del muslo. A pesar de ser suelto, se intuyen sus curvas por debajo de la tela cada vez que se mueve. Casi es como si le acariciara las caderas y el culo, y me pregunto de nuevo si usa ropa interior.

La idea es excitante, pero luego pienso que se ha vestido de esta manera para estar con Tonin y me irrita. Es un desperdicio que esté con él. No se merece una mujer como ella y no entiendo, por mucho que me esfuerzo, qué es lo que hace con él.

El conductor (al que veo por fin) abre la puerta trasera y veo que alguien le tiende un brazo desde el interior. Sin duda es Tonin quien captura su mano. Aprieto los dientes y trato de no pensar en sus dedos tocándola en el oscuro interior de la limusina.

Sigo al coche cuando se aleja de la acera. Una parte de mí quiere regresar a casa. No necesito ver esta mierda. Pero otra parte quiere ir, quiere verla. Es como uno de esos espectáculos morbosos. Después de haberla besado, de verla con su hermano, después de intuir que lleva un peso imposible sobre los hombros por la expresión que asoma a sus rasgos cuando piensa que nadie la mira, estoy decidido a averiguar la razón por la que sigue con ese capullo. Tengo claro que no es algo que ella desee, pero necesito pruebas. Necesito saber que el contacto de Tonin hace que se encoja. Necesito saber que está deseando estar en otro sitio, en cualquier lugar, lejos de él. Solo espero poder ver alguna prueba. Sin duda no puedo estar equivocado con ella. Sin duda, viendo la forma en la que se preocupa por esa mujer..., cómo se muestra con Travis..., cómo responde a mí, es imposible que me equivoque con ella. Imposible.

Tonin la lleva a un restaurante de lujo, uno que tiene una lista de espera de meses. Resulta que el dinero abre todas las puertas, no importa lo sucio que sea. La única manera en que puedo acercarme será sentándome en el bar y, dolor de culo aparte, no puedo beber si estoy conduciendo.

«Lo que no daría por ser capaz de tomarme un par de tragos al llegar al límite».

No me recreo en por qué estoy tan cabreado de repente. Solo vigilo a Tommi.

Cuando por fin salen unos minutos después de las nueve, me acerco apresuradamente a la *pickup*, que está aparcada en un lugar prohibido de la calle. Lucho contra el impulso de arrugar el tiquet de aparcamiento que está esperándome en el parabrisas. En su lugar, lo dejo en la guantera para hacerlo llegar al departamento de policía cuando esto haya terminado. Que lo paguen ellos, ¡cojones!

A continuación, sigo a la pareja a un club exclusivo que es conocido por su... por la libertad que deja a sus clientes. Sé que no es posible que pueda atravesar la puerta principal sin una placa o la invitación de un socio, así que espero a que Barber salga del SUV negro que sigue a Tonin antes de acercarme.

—A partir de aquí no puedo seguir vigilándola, ¿verdad? —declaro con una media sonrisa. Hablo con firmeza, como si me hubiera tomado el trabajo más en serio después de la llamada de hoy. Eso es lo que quiero que piense.

Me mira con los ojos sin expresión de un asesino, antes de hacerme una seña para que lo siga y darse la vuelta para alejarse. Lo acompaño hasta traspasar la línea que forman los dos porteros, unos tremendos gorilas, que nos saludan con la cabeza. No me sorprende nada que Tonin y sus secuaces sean bien conocidos aquí.

El interior del club es negro hasta donde yo puedo ver. Las paredes, el techo, el suelo de mármol, la barra de granito..., todo es de un profundo negro azabache. Incluso el foco de la habitación es negro, una brillante barra de *pole dance* en el centro del local. En este momento hay una bailarina en ella. Tiene el pelo rojo y muy largo, hasta el culo, y las tetas parecen demasiado grandes para su cuerpo. Prefiero los pechos naturales de Tommi que los de esta mujer. Por muy buena que esté, no es en la que pienso a todas horas.

La veo rodear la barra con una pierna y frotarse contra ella al tiempo que se acaricia los pezones. No sé cómo, pero consigue que aquel movimiento vulgar resulte elegante. Es sin duda todo un talento. Dudo que ninguna de las chicas que se puedan encontrar aquí sean normales o sin clase, solo lo mejor.

El escenario está rodeado de sillas de terciopelo negro, cada una con una pequeña mesita al lado, y hay varias puertas en dos de las paredes, así como un balcón sobre el escenario. El cristal es ahumado, pero no tanto como para no ver que allí también hay una barra de *pole dance*. Supongo que se trata de una sala privada.

Es entonces cuando veo que Tommi precede a Tonin a través de una puerta que se abre mostrando unas escaleras hacia arriba. Creo que sé hacia dónde van ellos dos.

Me siento cabreado de nuevo cuando Barber me golpea con el codo para llamar mi atención. Señala la barra que hay en la parte izquierda de la sala. Asiento con la cabeza y lo sigo para sentarme con él y otros dos chicos que solo he visto una vez con anterioridad, pero que todavía no me habían presentado. Deben de ser los hombres de más confianza de Tonin. Iguales en rango a Barber o apenas por debajo.

Ocupo un taburete y me giro para ver cómo menean el culo las camareras mientras se desplazan entre las mesas. Llevan faldas cortas de raso negro y tops de lentejuelas con escote bajo y sin mangas. Todas están buenísimas. Con cuerpos de infarto. Allí huele a perfume caro en lugar de a humo de cigarro. Estoy seguro de que allí dentro solo hay coños de primera categoría.

«Solo lo mejor para Tonin».

Percibo la amargura que destila mi voz interior. Por eso, cuando Barber me indica que tome una copa, pido un poco de whisky con Coca-Cola.

Mi mirada se desvía una y otra vez al balcón. No hago más que pensar qué demonios está pasando allí. Casi me caigo del asiento cuando veo un bonito culo desnudo presionado contra el cristal tintado del balcón. Se une una cabeza rubia. Creo que el corazón se me detiene un segundo cuando veo que Tonin apoya las manos a ambos lados de la cabeza y la besa. ¡No puedo verlo! Sencillamente no puedo.

Pero luego me doy cuenta de que no es Tommi. ¡Gracias a Dios! No es lo suficientemente alta para ser Tommi, y no tiene las piernas tan largas como ella. Eso me hace sentir un poco mejor, pero sigo sin saber qué están haciendo allí arriba. Solo sé que algo me dice que ella me necesita, igual que necesita que la salven. Y no solo esta noche. Todas las noches.

Cuatro copas después, nada parece detenerme. Tengo que saber qué es lo que está pasando arriba.

Le digo a Barber que voy al baño. Después de seguir a varias personas que se dirigen en la misma dirección, por fin veo los símbolos femeninos y masculinos en las puertas en un corto pasillo justo al lado de las escaleras que conducen al balcón. Las escaleras que tengo que subir. Me dirijo hacia allí, relegando al fondo de mi mente a la vocecita que me advierte de que esta es una mala idea. Sí, se supone que debo estar cerca de ella, pero seguramente no tanto. Mi parte más racional me susurra que estoy muy cerca de mezclar de forma peligrosa el trabajo y el placer. Mi otra parte me dice que estoy muy cerca del infierno.

Echo un vistazo por encima del hombro para ver si Barber me observa. No lo hace. Él y los otros dos están mirando a una camarera que está hablando con ellos. De hecho, cuando ella se sienta en el regazo de Barber, que parece absolutamente despreocupado, sigo hacia mi objetivo.

Después de otro rápido vistazo a mi espalda, en lugar de continuar hacia los cuartos de baño, abro la puerta que conduce hacia arriba y la cierro una vez que estoy dentro. En la oscuridad de la escalera, mirando hacia lo que sea que esté esperándome en la parte superior, me doy cuenta de que estoy en el punto de no retorno. También soy consciente de que no me importa. Si me atrapan, pensaré algo, una excusa cualquiera. Tengo la mente ágil, nací con esa habilidad y no me da miedo utilizarla.

Todavía oigo la música de la discoteca, solo que aquí llega más ahogada. Sin embargo, también puedo escuchar risas y gemidos. Proceden de arriba y me ponen los pelos de punta.

Subo los escalones, haciendo una pausa en la parte superior para mirar a ambos lados. Las escaleras no desembocan directamente en el balcón; hay una pequeña antesala, donde veo otra puerta abierta. Es un cuarto de baño privado, y vislumbro el espejo y el lavabo.

La siguiente canción resulta muy sexy, *Don't Tell 'Em*. En otras circunstancias, me gustaría que sonara cuando estoy con Tommi, pero esta noche no. Aquí no.

Sigo la barandilla que acompaña a los escalones y me aprieto contra la pared para echar una mirada de soslayo a la estancia del balcón. Me quedo boquiabierto al ver lo que allí ocurre, y lo miro con los ojos muy abiertos.

Aquí también hay un escenario. Una versión más pequeña que el de la planta de abajo. Y Tommi está en él. Tiene el culo apretado contra la barra de *pole dance*, la espalda arqueada y los ojos cerrados. Tiene los dedos enredados en el pelo de una morena. Parece que la chica está lamiendo los pezones de Tommi mientras Tonin ocupa un sofá a la izquierda del escenario, viendo el espectáculo, mientras la rubia que debo de haber visto desde abajo le chupa el pene. Tonin tiene la palma de la mano en la parte posterior de la cabeza de la rubia, y se la mueve arriba y abajo mientras mira lo que hacen Tommi y la otra chica en el escenario.

Así que esto es lo que le gusta. Esto es lo que Tommi tiene que hacer por él. A pesar de que odio la idea de que la esté mirando, de que posiblemente la obligue a hacer este tipo de actos contra su voluntad, casi espero que esto sea lo que él hace. Quizá esto sea todo lo que Tommi hace para conseguir lo que necesita de él, sea lo que sea. Porque sé que hay algo. En este momento, Tonin la está salvando de... algo. Pero ¿quién la salvará de él? ¿De sí misma?

No puedo evitar clavar de nuevo los ojos en el escenario. La morena está bajando por el estómago de Tommi, y tiene las manos aferradas a ese culo redondo que tanto admiro. Ella sigue con los ojos cerrados, balanceando su cuerpo con un ritmo sensual, pero no parece necesariamente que esté disfrutando de lo que pasa. Para mí que está más bien ausente, como si su mente se encontrara en otro lugar, pensando en otra cosa. Me pregunto de nuevo si esto es lo que Tonin quiere que haga. Quizá sea lo que se ve obligada a hacer para evitar que la folle. Joder, si es así, no la culpo. Yo permitiría que me lamiera otra mujer si eso me salvara de Tonin. Claro que a mí no me importaría notar la lengua de una chica caliente, pero no es el tema.

La morena baja las bragas de encaje de Tommi por una cadera y dejo que mis ojos se recreen en su vientre plano y dorado, en sus pálidos pechos, que me parecen perfectos en todos los sentidos. Son redondos y llenos, erguidos y coronados con unos pezones rosados del tamaño ideal. Y en ese momento, están duros como guijarros.

Mi polla palpita dentro de los vaqueros y me digo a mí mismo que debería regresar abajo. Tonin se pondrá hecho una furia si me encuentra aquí, recreándome en su fiesta, pero no puedo apartar los ojos de Tommi. Es lo más sexy, lo más hermoso que he visto nunca. Tiene una piel impecable, un cuerpo exquisito. Cada centímetro es perfecto.

Aparto la mirada de sus tetas para buscar su rostro. Ahora tiene los ojos abiertos.

Clavados en mí.

Tommi

En mi mente, Sig es real. Con los latidos de la música ahogando la realidad, siento sus manos en mi cuerpo, su boca en mi pecho, su pelo entre los dedos. En mi fantasía, en la tranquilidad de mi mente, puedo estar en cualquier lugar, con cualquier persona. Y he elegido a Sig. Quisiera yo o no, él ya estaba en mi pensamiento casi todo el rato.

El calor y la humedad se extienden desde mis pezones por mi estómago hasta mi ombligo. Unos dedos se deslizan debajo de mi ropa interior y solo quiero perderme en las sensaciones. Con él.

Solo que esto no es real. Lo que está en mi cabeza no es verdad. Es solo un sueño, un lugar nebuloso al que escapar de todo lo que me está pasando. Es lo que he hecho la mayor parte de mi vida, y siempre ha funcionado. Hasta esta noche. Sé que cuando abra los ojos, no veré a Sig. Estaré sola en una habitación llena de gente, una habitación llena de gente que ni siquiera me conoce, que solo quieren algo de mí que yo no quiero dar.

De mala gana, levanto los párpados y mis pupilas quedan clavadas en un par de ojos que brillan como ónice en las sombras. Unos ojos con los que he estado soñando desde que los vi bajo el brillo del sol. Durante unos segundos no estoy segura de no estar perdida todavía en el mundo de los sueños.

¿Sig está realmente en la puerta? ¿Mirándome? No lo sé.

Su mirada me devora, se adentra en mi alma a través de las ventanas de mis pupilas. Noto que me acaricia, como si pudiera sentir sus ojos tocándome en cualquier sitio.

Veo que sus ojos caen en mis labios como una caricia. Me los humedezco porque arden por él, por sus besos. Veo que me examina el cuello, el escote y los pechos. Los pezones me hormiguean convirtiéndose en puntas afiladas, ansiando al hombre que está oculto en las sombras. Contraigo los músculos del abdomen cuando aquellas pupilas oscuras se burlan de ellos. Y cuando bajan más, mientras me desnudan, siento un chorro de calor entre las piernas.

Suspiro, sin saber qué es real y qué fantasía. En el momento en que los ojos de Sig regresan a los míos, ardiendo con un fuego que hace crepitar todas mis terminaciones nerviosas, me doy cuenta de que está aquí. Está realmente aquí, de pie ante la puerta, viendo cómo otra mujer me toca para que Lance se pueda excitar. Lo que Sig no sabe es que el único contacto que ansío es el suyo.

Aparto la mirada. Tengo que reprimir el impulso de cubrirme porque no puedo llamar la atención de Lance sobre Sig o esta noche se convertirá en un infierno. En su lugar, tiro de la cabeza de Felicia hasta que está de pie delante de mí.

—Necesito ir al cuarto de baño —le digo.

Con una sensual sonrisa, ella asiente y se da la vuelta para agarrarse a la barra de *pole dance* con una mano y comienza a ondular su cuerpo alrededor, sin parar el espectáculo. Levanto un dedo hacia Lance, que tiene apoyada la cabeza en el respaldo y cierra los ojos mientras Amber sube y baja la cabeza sobre él.

Tratando de no ser consciente de mí misma, atravieso la estancia con solo unas bragas y los zapatos de tacón, con la cabeza bien alta. Me recuerdo que nadie me conoce de verdad. Puede que piensen que lo hacen, que pueden juzgarme, pero no es cierto. No saben cómo es mi vida, qué es lo que está en juego y por qué hago lo que hago. No quiera Dios que lo sepan nunca, que tengan que enfrentarse a las limitadas opciones contra las que he tenido que luchar yo... ni hacer las elecciones que he hecho.

Me arden las mejillas cuando paso junto a Sig en el pasillo hacia el cuarto de baño. Sé que va a seguirme. Veo la expresión de furia de su rostro. Está demasiado furioso para pensar en cubrirse las espaldas, así que tengo que hacerlo por él.

Viene detrás de mí y cierra la puerta. Me cubro antes de darme la vuelta, sin esperar a que se detenga justo a mi lado.

—¿Por qué? —sisea—. ¿Por qué cojones permites que te hagan esa mierda? Te mereces algo mejor. Algo mejor que él.

—Si hago esto para que él mire, no me pone las manos encima. Es un trato que hicimos hace mucho tiempo. Puede tener a sus putas o puede tenerme a mí. Pero no todo.

—¿Él no te toca? No te...

—No, no creo que pudiera vivir conmigo misma. Además, no son sus manos las que quiero que me toquen.

Él me mira con el pecho agitado durante dos largos segundos y luego me cubre la boca con la suya con ardiente urgencia. Apresa mi trenza con el puño y enreda los dedos en ella, tirando de mi cabeza hacia un lado mientras desliza la lengua entre los labios. Me gusta la nota de whisky con una dulzura que parece ser su propio sabor, y soy consciente de que tengo sed. Mucha sed. De él. Por él.

Me besa con un salvajismo que despierta mi abandono, que me impulsa a desear lanzar al viento cualquier precaución y sumergirme en él. Y durante unos momentos, lo hago.

Le clavo las uñas en los musculosos bíceps y me abro a él, dejándole acceder a un lugar que pocas personas han visto. Es el sitio donde me escondo, donde oculto mi verdadero yo con todas sus emociones, dolores y deseos.

Sig me rodea con los brazos y hunde los dedos de una mano en mi trasero mientras desliza la otra de arriba abajo por mi costado desnudo. Cuando abandona mis labios para trazar un recorrido por mi mandíbula, me arqueo hacia él, con el único pensamiento de sentir su boca en cada necesitado centímetro de mi cuerpo.

—Al volver ahí, piensa en mí —gruñe con fuerza al tiempo que me mordisquea la barbilla camino de mi cuello—. Piensa que son mis manos, mis labios, mi lengua.

Me quedo sin aliento por la oleada de calor que me inunda. Un fuego que va de dentro afuera. Cuando captura mi pezón con la boca, jadeo lo más silenciosamente que puedo.

—Lo hacía. Estaba pensando en ti.

—Ahora sabrás lo que es —gime alrededor de mi carne, lamiendo, chupando y mordidiéndome con su lengua, sus labios y sus dientes—. Sabrás lo que se siente. Y cómo será cuando te tenga desnuda, debajo de mí.

Jadeo mareada cuando desliza la mano por mi vientre, dentro de mis bragas, buscando mi centro con uno de sus largos dedos e introduciéndolo en mi interior. Me pongo de puntillas.

—¡Oh, Dios! —susurro, apretando los músculos mientras las oleadas me envuelven en una espiral.

Sig mueve el dedo dentro y fuera de mí, alternando brusca rapidez con profunda lentitud mientras se detiene cada pocos segundos para masajearme el clítoris con el pulgar.

—Siénteme. Solo a mí.

Es demasiado, su boca, sus manos, su calor. Cuando introduce otro dedo acompañando al primero, me estremezco una vez antes de dejarme llevar por los espasmos de un orgasmo, el único que he experimentado a manos de otra persona. Oh, me he corrido antes, algunas veces incluso delante de otra persona. Y también he fingido. Seguramente cientos de veces, pero nunca me lo había hecho alcanzar otra persona. Y nunca, nunca ha sido así.

Todo mi cuerpo arde y se estremece de una forma deliciosa. Siento como si estuviera flotando por encima del suelo sobre el que tengo los pies. Soy consciente de sentirme más satisfecha que nunca y de los dulces besos que Sig me da en la boca.

Sus dedos siguen en mi interior, moviéndose lentamente, con languidez, provocando nuevas oleadas para saciar mi anhelo. Pero aunque aprieto los labios para ahogar los ruidos que se forman en la parte posterior de mi garganta, estoy paralizada, a su merced. Y feliz por ello.

Hasta que recuerdo dónde estoy. Y lo que me espera cuando salga del cuarto de baño.

Cuando puedo respirar de nuevo, ahueco la mano sobre la mejilla de Sig al tiempo que lo miro a los ojos. Parecen más oscuros que nunca. Airados, apasionados, posesivos.

—No puedes estar aquí. Conmigo —musito—. Lance te matará si se entera.

—Me gustaría verlo intentándolo.

—Sig, no lo conoces. No puedes arriesgarte de esa manera...

—Conozco los riesgos y puedo ocuparme de ellos. Además, tú haces que valga la pena.

—Pero... ¿y si duele?

Sig se encoge de hombros.

—¿Así que valgo la pena? ¿Incluso si duele?

—Especialmente si duele.

Puedo ver por su expresión que mis palabras no sirven para impedirle nada. Lleva escrito en su cara que quiere rescatarme. Por eso tengo que rescatarlo yo.

—Por favor, Sig. Tienes que marcharte.

Frunce el ceño.

—No me preocupa Lance y tampoco estoy preocupado por mí. Lo único que me preocupa eres tú.

—No lo hagas. Puedo cuidarme sola.

—Pues a mí no me lo parece. ¿Qué cojones haces con él?

Hay una ira controlada en sus ojos. Solo que no lo entiende. Nadie lo hace.

Me encierro en mí misma. Lo noto. Me protejo allí, en el único lugar del mundo donde me siento segura, en la soledad.

—Tengo mis razones. —Miro al suelo, evitando su mirada.

—¿Cuáles son?

—No es asunto tuyo.

—No hagas eso —dice en voz baja al tiempo que me aparta el pelo del cuello para poner la palma de la mano contra mi pulso.

—¿El qué?

—Encerrarte ahí dentro. Quiero ayudarte.

—No puedes.

—Quizá sí pueda. Solo hay una forma de averiguarlo.

En ese momento vuelvo a mirar a su rostro, a sus cálidos ojos castaños.

—Confianza, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué te resulta tan difícil?

—No lo entenderías.

—Puede que sí, solo tienes que explicármelo.

—Lo siento, Sig. Es que... es que... no puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Supone alguna diferencia?

—Es muy diferente.

—Pues elige tú mismo. Ninguna de las dos opciones cambia los hechos. —Respiro hondo y aprieto la mano contra el centro de su pecho, empujándolo con suavidad hacia atrás—. Ahora, si me disculpas, tengo que volver. Antes de que te hagan daño por mi culpa.

—No me harán daño por tu culpa. No me has pedido que viniera. No me has obligado a estar aquí.

Hago una pausa; el calor de su cuerpo me calienta la piel y parece que se filtra hasta mis huesos.

—¿Por qué? ¿Por qué estás aquí?

—Es mi trabajo, ¿no? —Sus palabras son como una bofetada en la cara después de lo que acaba de pasar entre nosotros. Mi solitario caparazón, el lugar oscuro y seguro en el que me oculto, me resulta ahora más atractivo. Hasta que habla de nuevo—. Eso es lo que debería decir. Pero sería mentira.

—Y... y ¿cuál sería la verdad?

—Que no puedo dejar de pensar en ti. No puedo soportar la idea de que te toque, de que tengas que hacer estas cosas para él, para su placer. Quiero que las únicas manos que te toquen sean estas —asegura, levantándolas—. Las mías.

No sé qué responder a eso. Una parte de mí se emociona ante lo que implica, que se preocupa por mí. Pero otra parte se aleja, siempre desconfiada.

—Trata de no pensar en ello. Es lo que hago yo.

Cuando veo aparecer una arruga en su frente, sé que he dicho demasiado. No puedo admitir nada de esa índole.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —No digo nada, solo sostengo su mirada perpleja—. No es asunto mío, ¿verdad?

Veo cómo crece su frustración cuando da un paso atrás y se pasa las manos por el cabello oscuro y lacio. El gesto capta mi atención y las palmas de las manos me hormiguean al recordar la sensación que aquellos mechones sedosos dejaron en ellas cuando sus dedos invadieron mi cuerpo.

—No pienso renunciar —afirma con una decidida rotundidad.

—Me gustaría que lo hicieras.

—¿En serio? ¿De verdad? ¿No quieres que te ayude alguien? ¿Que te evite esto? ¿Que te rescate?

—Algunas personas no pueden ser salvadas.

—Pero tú no eres una de ellas. Me niego a creerlo.

—Me tengo que marchar —repito, pasando lentamente ante él con los brazos cruzados sobre el pecho. De alguna manera, aunque la temperatura no ha cambiado, me siento congelada por mi desnudez. Ahora soy vulnerable. Me siento avergonzada.

—¿Te veo mañana?

No me vuelvo para mirarlo, solo asiento con la cabeza mientras abro la puerta con cuidado y me deslizo por el pasillo vacío.

Me detengo una vez fuera, casi exactamente donde Sig estaba antes. Enderezo la espalda y cuadro los hombros mientras me recuerdo a mí misma con rapidez las razones, los porqués y mi deber, luego fuerzo una sonrisa recatada y me enfrento a la música, al menos por un poco de tiempo más.

No he hablado con nadie desde anoche, cuando atravesé el club y le dije a Barber que me largaba. No le di ninguna explicación, no me parecía que se la debiera. Y a la mierda con él si no le gusta. No tiene que decirme cómo ni cuándo hacer mi trabajo. Voy a mantener los ojos clavados en Tommi hasta que pueda apresar a Tonin y liberarla. Ella se ha convertido inexplicablemente en mi misión, incluso aunque el departamento de policía no tenga ni idea de cuán involucrada está en mis planes. A fin de cuentas, lo que hacemos es servir y proteger. Y eso es lo que me propongo. Tommi necesita que la protejan, lo admita ella o no.

Después de engullir una hamburguesa de queso y dos porciones de pizza que guardaba en mi nevera casi vacía, preparo café y lleno la taza casi hasta arriba antes de largarme. Cuando llego a casa de Tommi, no hay señales de que haya nadie despierto..., ni siquiera en casa. Sin embargo, el coche de Tommi sigue en el garaje de Tonin, a menos que lo fuera a buscar anoche y ya se hubiera marchado. Sin embargo, supongo que no es ese el caso. Doy por hecho que ella está allí y me necesita.

«Necesita que la lleve, quiero decir», me aclaro a mí mismo.

A las ocho, se abre la puerta y aparece Travis. Lleva la sudadera de costumbre, con la capucha puesta sobre la gorra, y camina con el mismo entusiasmo que cualquier otro niño expulsado de su cama caliente para ir a la escuela cuando preferiría estar durmiendo.

Unos segundos después de que el muchacho salga al pequeño porche, lo sigue Tommi, que se detiene un momento para tirar de la puerta y cerrarla, asegurándose de que está bloqueada. Parece fresca y atractiva, nadie imaginaría que ha pasado la noche como lo ha hecho, y está vestida de forma impecable, por supuesto. No parece preocupada mientras recorre la distancia hasta donde estoy aparcado, junto a la acera; parece cómoda con su ropa, con su cuerpo, con la forma en que se mueve.

Viste unos pantalones sueltos de color beis que parecen confeccionados con algún tipo de material caro; sus suaves muslos apenas son visibles por debajo. La blusa, de un oscuro color tornasolado entre el naranja y el rosa oscuro, con un escote bajo y entallada en la cintura, acentúa sus curvas de una forma recatada, como si fuera una profesora sexy. Sin embargo, la prefiero con pantalones cortos y camisetas sin mangas. Echo de menos verla con esa ropa. Más de lo que debería y por razones que no me atrevo a analizar.

—¿A dónde vas después de dejar a Travis en el instituto? ¿A reunirte con un recaudador de fondos político?

Ella no dice nada, sigue sin mirarme a los ojos mientras sostiene la puerta para que entre Travis y luego se sienta en el asiento del copiloto en silencio. Sin embargo, su hermano no tiene problema para responderme.

—A Lance le gusta que se vista así —dice su hermano.

—¡Travis! —le advierte ella con rapidez antes de suavizar el tono para continuar—. ¿Has recogido el almuerzo de la cocina?

Oigo un suspiro frustrado al tiempo que Travis sacude la mochila, haciendo sonar las cremalleras.

—No tendría que preguntarte si dejaras hecha la mochila en la cocina. Así te metería el almuerzo por la mañana y no tendría que andar pendiente de si lo has cogido.

Travis no dice nada.

—Esta noche prepararé pollo, así que no hagas planes —le pide, con tono solícito. Él suelta un gruñido—. ¿Me has oído?

Travis asiente con la cabeza, sin dejar de mirar por la ventana con aire taciturno. Supongo que su participación en la conversación ha terminado de forma oficial.

Espero un minuto antes de hablar.

—Quería que supieras que estás muy guapa. Remilgada, pero guapa —confieso en medio del silencio, mirando a Tommi de soslayo.

—Gracias —murmura ella sin apartar la vista del parabrisas.

Me toca a mí suspirar. No parece que estén muy habladores esta mañana, así que subo el volumen de la música para escucharla durante el resto del trayecto hasta el instituto, tarareando las canciones que conozco. Incluso las más ruidosas. Un par de veces, compruebo por el retrovisor que Travis trata de no sonreír. Ojalá pudiera conseguir la misma reacción en Tommi.

Cuando lo dejamos en la escuela, no puedo evitar percibir la forma en que Tommi lo mira, con el corazón en los ojos. ¿Qué está tragándose? ¿Qué es lo que no me dice?

Imagino que muchas cosas. Creo que esta mujer es un enigma envuelto en un paquete de secretos, secretos que nadie conoce. Pero mi objetivo es descubrirlos. Por suerte, se me da bien encajar las piezas en lo que respecta a mi trabajo, calcular todas las variables. Solo necesito más piezas. Seré todo lo delicado que pueda, pero las conseguiré. Puedo ser muy persuasivo cuando quiero algo.

Ella no abre la boca mientras nos dirigimos al apartamento de Tonin. Creo que los dos somos conscientes del enorme elefante que se sienta en el asiento trasero.

Puedo recordar con inquietante claridad el aspecto que tenía anoche, cómo era tenerla entre mis brazos, bajo mis manos, contra mi cuerpo. Su olor, su sabor... ¡Joder! Quiero más. Mucho más. Creo que ella también lo desea, pero hay demasiados impedimentos. De hecho, yo tengo tantos o más que ella, pero imagino que este nuevo giro puede ayudar a fortalecer su confianza en mí y conducirnos al objetivo general de conseguir arrestar a Tonin, lo que hará que la vida de Tommi sea mucho mejor.

Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que Tonin tiene algo que ella quiere. O quizá él le da algo que necesita con desesperación. No me puedo imaginar qué puede ser, pero él posee algún tipo de control sobre ella. Uno que quiero romper. Ojalá consiga que confíe en mí.

Cuando aparco a la derecha de su coche, que permanece en el garaje, extendiendo la mano para coger la suya antes de que pueda bajarse de la *pickup*.

—Pasa hoy el día conmigo. No porque tenga que seguirte, sino porque quieres.

Leo en su mirada todo tipo de emociones: miedo, tristeza, pesar.

—N-no puedo.

—Si quieres, puedes.

—Tengo una cita para el *spa*.

No dice que no quiera, solo que tiene otros planes.

—Anúlala.

—Como Lance lo descubra...

—No lo hará.

—No lo conoces. No sabes hasta dónde llegan sus tentáculos. Estás jugando con fuego.

—No me importa.

—Pero a mí sí.

Permanecemos en silencio durante unos segundos mientras le acaricio el dorso de la mano con el pulgar.

—Me gustaría que no te preocuparas por mí.

Ella baja la mirada a nuestras manos entrelazadas.

—Me gustaría que no me importara —confiesa tan bajito que casi no la escucho. Retira la mano—. Será mejor que suba. La cita es a las diez.

Después de lo ocurrido anoche, no hay duda de que debo acompañarla durante todo el camino. Cuando bajamos en el ascensor, casi dos horas después, no tengo tampoco ninguna duda de que me acompañará en la *pickup*.

No decimos ninguna palabra hasta que Tommi sale de mi vehículo cuando aparco delante del *spa*. Me dirige su sonrisa amable, la que he denominado «la sonrisa Lance». Falsa como una moneda de dos caras.

—¿Puedes recogerme a las dos?

—Aquí estaré —respondo inclinando la cabeza.

¿Va a pasar cuatro horas en un *spa*? ¿Qué cojones va a hacer ahí?

Aunque conozco la respuesta más probable. Tommi ha elegido hoy uno de esos bolsos enormes que utiliza cuando quiere llevar consigo el portátil. Eso significa que el *spa* tiene una puerta de atrás y que existe una buena wifi en algún lugar cercano. Estoy dispuesto a apostar dinero en ello.

Compruebo la zona buscando los sitios que pueden ofrecer conexión a internet y privacidad en los alrededores. Diviso al menos dos en este mismo lado de la calle. Dedico los próximos minutos a pensar qué haría si fuera una mujer que se siente atrapada por un peligroso criminal y quisiera hacer algo que no quieren que sepa. ¿Cómo lo haría?

Si fuera ella, programaría una cita en un *spa* de confianza y asistiría durante un rato. Después, quizá me colaría por la parte de atrás y me dirigiría a alguno de esos lugares donde puedo llevar a cabo esa tarea secreta. Eso sería lo más inteligente; de esa forma, si Lance llama al *spa*, le dirían que tengo una cita a las diez y que no quiero ser molestada o lo que sea. Imagino que una hora extra se puede justificar como si nada. Que me quedé dormida en la sauna, que estuve hablando con otros clientes o con las chicas... ¡Joder!, quizá él ni siquiera le pregunte. Las mujeres suelen perder el tiempo, él tiene que saberlo. Y ella puede resultar muy convincente, sobre todo cuando se trata de un hombre con un ego como el de Tonin.

Apuesto por ese plan. Y solo para ver si no me equivoco, si la conozco lo suficiente como para pensar como lo hace ella, espero hasta las doce y media antes de cruzar la calle y rodear la manzana, directo al callejón que hay entre la primera fila de edificios y la siguiente. Me apoyo en una esquina, protegido por un enorme contenedor de basura y espero.

Me siento muy satisfecho diez minutos después, cuando veo la brillante cabeza de Tommi que se desliza hacia el callejón de forma casual, como si tuviera un buen motivo para estar allí. Desaparece unas cuantas puertas más abajo.

Me imagino que ha dicho en el *spa* que tiene que realizar un par de recados. Incluso ha dejado algo allí para tener una razón para regresar siguiendo ese camino y salir por la puerta principal, donde la estaré esperando. ¡Maldita sea!, es muy lista.

Regreso al frente y camino hasta la cafetería en la que se ha colado. No sería ninguna idiotez que yo hubiera regresado temprano y estuviera tomando un café mientras espero, por lo que no me molesto en intentar ocultarme.

Echo un vistazo casual a mi alrededor mientras me dirijo a la barra para pedir. Mientras hago que estudio el menú, me fijo en todo lo que me permite mi visión periférica; hay un pasillo que conduce a los cuartos de baño y, supongo, a la salida trasera. Hay unas cuantas mesas pequeñas a lo largo de la pared, y desaparecen en esa dirección. Apuesto algo a que está sentada en una de ellas.

Cuando acabo el café, me acerco al dispensador de azúcar a coger una servilleta antes de regresar a la *pickup*. Sin mirar directamente, lanzo el papel arrugado al cubo de la basura para poder echar un vistazo a la sala. La cabeza platino oculta en las sombras es inconfundible, igual que lo es el brillo del monitor en su cara.

«¿Qué coño está haciendo?», me pregunto por quinta vez al menos.

Durante la hora siguiente, reflexiono sobre ello mientras espero a que regrese pasando por el *spa* para salir por la puerta principal. Veo que se despide de alguien en el interior con una gran sonrisa en la cara. Está contenta. Muy contenta.

Cuando sube al vehículo luce una enorme sonrisa y la piel brillante.

—Gracias —me dice mientras cierro la puerta y rodeo el coche para dirigirme a mi asiento detrás del volante.

—¿Has disfrutado de la sesión en el *spa*?

—¡Muchísimo!

«Seguro que sí», digo para mis adentros.

—¿Adónde vamos? —Espero que no sea al apartamento de Tonin, que sea a cualquier otro lugar.

—Al instituto. Es casi la hora de recoger a Travis.

Sus labios siguen curvados en una leve sonrisa durante todo el trayecto. Parece feliz de verdad, lo que me hace sentirme todavía más ansioso por saber lo que hace en el portátil. Incluso Travis lo nota.

—¿Qué te pasa? —le pregunta el chico con su tono brusco.

—Nada. ¿Por qué?

Él la mira con escepticismo, como si no la reconociera.

—Nunca estás de tan buen humor cuando has pasado el día con ese idiota. En realidad, ya nunca estás así.

—¿Así? ¿Cómo? —pregunta con una sonrisa de medio lado.

—Feliz.

Su expresión luminosa se apaga un poco.

—No he estado con Lance.

Travis frunce el ceño antes de mirarme. Casi puedo ver la conclusión a la que llega antes de asentir con la cabeza y gruñir. Me gustaría que tuviera razón, pero no es así. El estado de ánimo de Tommi no tiene nada que ver conmigo.

—Me gustaría que pudieras escapar de él —murmura entre dientes—. Si no fuera por mí...

Tommi se gira en su asiento y pone la mano sobre la rodilla de Travis.

—¡Basta! ¡No tiene nada que ver contigo!

A pesar de lo convincente que trata de ser, noto que Travis la cree tanto como yo: nada. Pero ahora sé que al menos parte de su comportamiento con Tonin obedece a algo que tiene que ver con su hermano. Solo tengo que averiguar de qué se trata. Y todo lo que conlleva.

Travis se gira en el asiento, se acerca la mochila y se pone a jugar con la cremallera. Es evidente que la conversación ha terminado por su parte.

Cuando Tommi y Travis se bajan, doy la vuelta y aparco al otro lado de la calle. Unos minutos más tarde, me pita el móvil con un mensaje de texto de Barber, diciéndome que hay cambio de planes y que debo llevarla al apartamento de Tonin a las ocho. Aprieto los ojos al imaginar lo que le espera esta noche.

Después de responderle, escribo con el código de seguridad para enviar un mensaje a mi contacto en el departamento de policía, solicitando un *pendrive* por si me surge la oportunidad de acceder al ordenador de Tommi. Necesito que me envíe al servidor un archivo encriptado con todos los datos que pueda encontrar sobre Tommi y su familia para que yo pueda verlo cuando tenga ocasión. Por suerte en la unidad cuentan con todo tipo de precauciones para asegurarse de no ser descubiertos. A mi hermano le gustaba presumir de todas estas circunstancias después de su primera misión, así que estoy familiarizado con los detalles desde hace mucho tiempo.

Envío el mensaje y luego lo elimino. Nadie lo podría descubrir, pero es más sensato que me deshaga de él. ¿Para qué correr riesgos innecesarios? Cualquiera que lo viera pensaría que he mandado una solicitud a un lugar de imágenes de desnudos, que envían porno por menos de tres dólares. No resultaría sospechoso en el caso de que encuentren la manera de piratear mi móvil. La gente como Tonin no debe ser subestimada; no hay duda de que tiene a alguien que controla de ordenadores y tecnología entre su personal. Estoy seguro de que esa es la razón por la que Tommi es lo suficientemente inteligente como para no llevar a cabo lo que está haciendo desde la conexión de su casa.

Más tarde, pido otra pizza y me detengo en casa para comérmela antes de tener que llevar de nuevo a Tommi al apartamento de Tonin. Me molesta no poder impedirlo. Y no poder ayudarla. Quizá pudiera si ella me dejara. Claro que, al instante, quedaría al descubierto con Tonin. ¡Joder!

Estoy de muy mal humor cuando aparco ante la casa de Tommi a las siete y media. Estoy tan irritado que incluso me rechinan los dientes cuando la veo aparecer por la puerta. Lleva el cabello suelto sobre la espalda en una ola dorada, y el color vino de sus labios es exactamente el mismo que el que luce en las uñas. Lleva unos ajustados pantalones de cuero negro y un top plateado que deja al aire uno de sus hombros. Los zapatos de tacón de aguja a juego la hacen parecer todavía más alta. Va vestida con el tipo de indumentaria que le gusta a él, para ser su juguete durante toda la noche, y tiene que aceptarlo.

Le abro la puerta, ofreciéndole la mano para que suba a la cabina de la *pickup*. No digo nada y ella tampoco hasta que estoy en el asiento del conductor. Antes de poner el motor en marcha, dejo escapar un hondo suspiro.

—Estás increíble.

Su «gracias» apenas es audible. Su estado de ánimo parece reflejar el mío.

—Desearía tener que llevarte a otro lugar. El que fuera.

Creo que ella dice «yo también», pero no estoy seguro. Su voz es apenas audible, demasiado suave, demasiado... sombría.

Además del ruido del motor, el único sonido que se oye en la cabina hasta que llegamos al otro lado de la ciudad es la radio. En el garaje, permanecemos sentados en silencio después de apagar el motor. Veo que agarra la manilla de la puerta y respiro hondo, preparado para salir y ayudarla a bajar. Pero se detiene. Tardo unos segundos en escuchar su susurro.

—¿Incluso si duele?

La miro; veo la expresión de pérdida atrapada en su cara. ¡Ojala pudiera llevarla lejos de aquí!

Pero no puedo.

Todavía no.

Trato de sonreír, pero estoy seguro de que no lo consigo.

—Especialmente si duele.

En el camino hasta el ascensor, me digo a mí mismo que nunca pensé que se pudiera sentir la amargura que siento ahora ante la impotencia.

Me cabrea que le duela a Tommi. Me pone enfermo. Y me duele por ella.

Miro los números de los pisos iluminados en la botonera del ascensor, acercándonos de forma implacable a donde ninguno de los dos quiere llegar. Presa de una absoluta impotencia, me giro a un lado y aplasto a Tommi contra la pared, apresando su boca con la mía como si así pudiera marcarla tan profundamente, tan a fondo que no sentirá nada más durante el resto de la noche.

—Solo existo yo —le digo jadeante, con los labios a un centímetro de los suyos—. Solo vas a sentirme a mí. ¿Me has oído?

—Sí, te he oído —responde con la voz rota.

Me doy la vuelta justo a tiempo, antes de que se abran las puertas. Miro cómo Tommi sale, pero no la sigo. Se detiene en el pasillo, a medio metro de mí, y no se mueve hasta que las puertas se cierran para llevarme abajo. La dejo sola. Totalmente sola con un monstruo.

Tommi

Pasa otra semana. Ahora paso más tiempo con Sig. Por tácito acuerdo, es él quien me lleva a cualquier lugar que necesite ir. Y donde tenga que ir. No ha vuelto a acompañarme al apartamento de Lance. Sube conmigo en el ascensor, donde nuestras miradas parecen atraerse cuando nos atrevemos a permitirselo, mientras esperamos a que se muevan las puertas del ascensor. Sin embargo, nunca se queda en el ático. Y yo tampoco quiero que lo haga. Pase lo que pase, no quiero que se implique en eso. Quiero ser capaz de mirar sus hermosos ojos color chocolate, no evitar avergonzada su mirada.

Casi siempre está esperándome en la *pickup* cuando llego al garaje. No importa la hora del día o el tiempo que haya pasado desde que lo haya dejado, está allí. Sin decir palabra, me ayuda a subir al asiento del copiloto, cierra la puerta y rodea el vehículo para sentarse detrás del volante. Antes de que llegemos a la calle, me coge la mano y la sujeta hasta que tiene que soltarla para conducir.

Cada día me resulta más difícil alejarme de él, ya sea dejándolo en el coche o alejándome caminando, o viendo que las puertas del ascensor se cierran entre nosotros. Hoy es casi insoportable.

Noto que se me revuelve el estómago cuando doy un primer paso tambaleante hacia el salón, donde sin duda me espera Lance. Esto no ha sido nunca fácil; por el contrario, es más difícil de lo que nadie puede imaginar. Pero nunca había sido tan malo. Sig provoca que sea peor. Aunque yo esté mejor en muchos aspectos, las partes malas son eso..., peores.

Las piernas no quieren llevarme más lejos. Pensar en otras manos sobre mí, en la boca de otra persona sobre mi cuerpo, me resulta casi insoportable. Y eso es debido a Sig: a sus caricias, a sus besos. Él ha hecho que tenga que tomar partido emocionalmente sobre lo que me hace sentir, sobre lo que quiero hacer en realidad. Y eso no es bueno. Sabía que iba a resultarme desastroso, porque no puedo permitir que nada ni nadie me aparten de mi camino. Soy la única oportunidad que le queda a Travis.

—¿Te encuentras bien, Tommi? —pregunta Sammy, uno de los guardias que vigilan las puertas del ascensor en el ático.

Se me enciende una bombilla. En mi mente se forma con rapidez una mentira que me dará un breve respiro, la excusa perfecta para irme de aquí, para regresar a casa, donde podré aclararme la cabeza y ordenar mis prioridades.

—Lo cierto es que no estoy segura. No me siento muy bien.

Se inclina hacia delante y me ayuda a sentarme en una de las dos exquisitas sillas de estilo reina Ana que flanquean el ascensor. Bajo la cabeza entre las rodillas, permitiendo que la sangre vuelva a mi cabeza.

Escucho un murmullo y luego, menos de un minuto después, siento una mano en la espalda.

—¿Qué te pasa? —pregunta Lance con su voz nasal.

Alzo la cabeza y miro sus pequeños y brillantes ojos azules mientras me pregunto cómo puedo seguir así, sintiendo asco por el hombre que necesito y atracción por otro del que debería alejarme.

La respuesta es sencilla. No puedo. No puedo seguir adelante si Sig está en el escenario. Solo provocará que todo sea más difícil. Por lo tanto, tengo que encontrar la manera de apartarlo de mi camino para hacer lo que tengo que hacer.

—No me siento bien.

Lance da un paso atrás a toda velocidad, como si le hubiera dicho que tengo Ébola.

—No tienes buen aspecto.

—Muchas gracias. —Me río sin humor.

—Ya sabes a qué me refiero.

Asiento con la cabeza, agradeciendo la reacción visceral que me ha hecho palidecer y sentir náuseas. Dan bastante autenticidad involuntaria a mi reclamo.

—Quizá debería regresar a casa. —Sé que mi sugerencia será aceptada con entusiasmo. Lance solo quiere un hermoso trofeo con el que jugar, no alguien por quien preocuparse o al que cuidar.

—Seguramente será lo mejor.

—Quizá mejore y pueda asistir a la fiesta de esta noche...

—No te presiones. Puedo cerrar un acuerdo sin tu encantadora presencia. Al menos por una vez.

—No insinúo que no puedas. Es que no quiero defraudarte. Sé lo importante que es para ti este negocio.

—No es más importante que tú.

«Mentira». Yo solo soy parte de su negocio. Parte de la fachada.

Me paso el dorso de la mano por la frente húmeda y me pongo de pie, sujetándome el estómago para dar más impresión.

—Está bien. Bueno, si no me siento mejor por la mañana, te llamaré. De lo contrario, estaré aquí a las diez.

Él me acaricia los brazos como haría una anciana y me ofrece una tensa sonrisa.

—Si necesitas algo, díselo a Sig. Le diré que no esté alejado de ti.

—¡No! —me apresuro a decir, aunque al instante bajo el volumen de mi voz—. No es necesario. Me pondré bien sin que nadie me cuide. Pero lo llamaré si necesito algo. Podré esperar a que llegue.

—En cualquier caso, no estará lejos. Para que yo esté tranquilo. —El tono de Lance no admite argumentos.

Mantengo la boca cerrada. Cuanto más me resista, más se fijará.

—Qué bueno eres conmigo...

«Voy a vomitar».

—Mejorate.

Dicho eso, prácticamente me empuja de nuevo al ascensor y soy libre. Al menos durante unas horas.

Bajo corriendo buscando a Sig con la mirada mientras me dirijo hacia mi coche. No lo veo por ninguna parte, y el sitio donde estaba aparcada su *pickup* está vacío. No sé qué hace durante las horas en que estoy con Lance, pero parece que este momento no está aquí.

Aprovecho al máximo mi escapada y me dirijo directamente a uno de mis cibercafés favoritos. Se encuentra al otro lado de la ciudad, cerca de una tienda que me encanta, y siempre tienen buena cobertura. Paso la siguiente hora y media enfrascada en el portátil y los siguientes veinte minutos eligiendo un vestido y unos zapatos al azar para dar credibilidad a mi excusa. Si Lance se entera de que no he ido directa a casa y me pregunta al respecto, le diré que necesitaba un poco de aire fresco y que he venido aquí. Tendré un recibo para demostrarlo, y un vestido nuevo. No es algo importante.

Al menos eso espero.

Una pequeña parte de mi mente me advierte que algún día me van a pillar, pero lo descarto y lo olvido con rapidez. No puedo permitir que el miedo me venza o todo se vendrá abajo. Así que tengo que actuar con valentía, calculadora pero casual.

Quando regreso a casa me siento un poco sorprendida al encontrar tanto la calle como el camino de entrada vacíos. A Sig no le va a gustar que me haya deshecho de él de esa manera, pero no puedo preocuparme por lo que él sienta. No puedo.

Aun así, me siento culpable. Sé que quería pasar el día conmigo. El problema estriba en que yo también quería pasar el día con él, y lo quería hacer mucho más de lo que debía. Eso es un problema.

Llevo mis bolsas al interior y me pongo ropa más cómoda —mi ropa— antes de atender a mi madre. Cuando entro en su habitación, veo que se ha arrimado a un lado de la cama y que una de sus piernas cuelga por el borde del colchón.

—¿Has estado inquieta hoy, mamá? —pregunto cuando entro, acercándome al cabecero para meter mis manos por debajo de sus brazos—. Tengo que subirte de nuevo. Ayúdame haciendo fuerza con las piernas, ¿vale?

No me responde, pero a veces, cuando le pido que haga determinadas cosas, la parte de su cerebro que todavía entiende obedece.

—Uno, dos y tres, ¡empuja! —ordeno mientras la arrastro hacia mí.

Observo que sus pies se mueven debajo de las sábanas cuando trata de hacer lo que le pido, pero no es de mucha ayuda. Todavía son necesarios dos intentos más antes de poner su espalda en el lugar que tiene que ocupar en la cama. A pesar de que entonces ya jadeo, me siento contenta. Cada vez que veo algún atisbo de la mujer que me crió, cada vez que noto alguna evidencia de vida en su interior, siento una pizca de esperanza. Esperanza de que quizá algún día..., de alguna forma..., de alguna manera..., se pueda recuperar.

Le doy el almuerzo con mucha agua, pidiéndole perdón todo el rato por mi desidia de las últimas semanas.

—Sé que has notado cambios en mi rutina, mamá. No me gusta dejarte sola tanto tiempo. No lo haría si tuviera otra opción, lo sabes. Me siento muy mal por ello, pero Lance ha contratado a alguien para que me vigile y no quiero arriesgarme a que sepa de ti. Si se entera de que estás aquí, quizá descubra todo lo demás. Y sabes por qué no puedo permitir que eso ocurra.

El peso de ello, junto con la sensación de culpa por lo que he hecho y lo que todavía me queda por hacer, me agobia. Me seco una lágrima de la mejilla antes de que llegue más abajo.

—Sé que si pudieras hablar, me dirías que estoy haciendo lo correcto. Que quieres que me encargue de Travis de la mejor forma a mi alcance, ¿verdad?

Los vacíos ojos verdes de mi madre se clavan en los míos. Algo pasa en ellos; aunque no creo que ese «algo» sea demasiado a menudo coherente o útil. Gruñe de nuevo y veo que mueve los labios, no sé si porque quiere beber más o porque desea hablar. Prefiero creer que si pudiera, ella me diría que me entiende y que lo aprueba. Pero en el fondo, espero que no tenga ni idea de qué estoy diciendo, de qué hago. Sé que un día, su estado será un consuelo para mí. Facilitará la culpa que puedo sentir cuando llegue el momento de huir.

Pero ese es otro pensamiento en el que me niego a detenerme. No puedo permitir que crezca o me dejaría paralizada. Lo sé.

Llevo casi dos horas en casa y Sig todavía no ha aparecido. No es propio de él. Parece muy activo y, después de esta mañana (y todavía más después de la noche en el club), había pensado que sería difícil sacármelo de encima.

Ya en el salón, mirando cada poco a través de las cortinas para ver si veo aparecer su *pickup*, comienzo a sentir las primeras punzadas de miedo. Y de culpa.

¿Y si Lance ha descubierto que me ha perdido de vista cuando me he ido? ¿Y si Lance, que tiene tendencia a sufrir dramáticos cambios de humor, ha decidido que no daría a Sig otra oportunidad y lo ha despedido? Todo sería por mi culpa. O, peor todavía, ¿y si Lance se ha enterado de alguna forma de nuestra relación... o lo que sea, y Sig tiene problemas?

La simple idea de que Sig haya sufrido algún daño por mi culpa me oprime el corazón. Mi pulso se acelera y me retuerzo las manos.

Treinta minutos más tarde, la incertidumbre me supera. Me subo al coche dispuesta a encontrar la casa de Sig. Si está, veré su camioneta. No son demasiadas las casas de este vecindario que tienen garaje, así que...

Me acerco a la señal de STOP y giro a la izquierda como le he visto hacer siempre y comienzo a recorrer la calle lentamente, en busca de un vehículo grande y negro. Cuando llego al siguiente STOP, vuelvo a doblar a la izquierda. No veo ninguna *pickup* de las características que busco. En la siguiente señal, otra vez a la izquierda, lo que me lleva al punto de partida: mi propia calle. Una manzana entera sin señales de Sig.

Vuelvo a iniciar el recorrido desde la primera señal de Stop yendo a la izquierda de nuevo. En la siguiente, doblo a la derecha y escudriño los caminos de entrada que existen en esa calle. Sigo sin ver ninguna *pickup*.

Estoy a punto de girar a la izquierda en la siguiente cuando veo una parte trasera negra que sobresale en un camino de acceso. Traspaso la señal octogonal y me detengo delante de un vehículo que parece la *pickup* de Sig.

Echo un vistazo alrededor en busca de algo, no sé qué. Es como si sintiera que estoy haciendo algo malo, a pesar de que no es así. Casi como si hubiera hecho novillos, algo que hice un par de veces en mi estúpida juventud.

Aparco, apago el motor y me dirijo a la puerta. Cuando estoy levantando la mano para llamar, esta se abre para revelar la cara seria de Sig.

No dice nada, pero me mira fijamente y, por un momento, yo también lo miro. Es muy guapo; con esos ojos oscuros y profundos, con sus rasgos apuestos y fuertes. Casi llena el umbral con su alta figura y sus hombros anchos. Me recorre un escalofrío cuando veo que tiene el ceño fruncido.

Da un paso atrás y me hace una señal con la cabeza para que entre, algo que hago. Me detengo junto a la primera puerta, y miro el salón casi desangelado; solo hay un sofá de color oliva con una butaca reclinable a juego, una mesa de café y una pantalla de televisión en la pared del fondo. En el otro lado se abre una cocina americana. Veo algunas cajas apiladas en el suelo, aunque no parecen contener lo suficiente para rellenar este espacio.

—¿Aún no te has instalado? —pregunto.

—Me gusta viajar ligero de equipaje. —Es su única respuesta antes de cerrar la puerta y volverse hacia mí con los brazos cruzados—. Me halaga pensar que te preocupas por el estado de mi casa, pero dudo mucho que sea eso lo que te ha traído hasta aquí.

Me río con cierta inquietud.

—No, no ha sido eso. Quería... er... quería asegurarme de que estabas bien.

Veo que vuelve a fruncir el ceño.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Me encojo de hombros.

—No te he visto cuando he salido de casa de Lance esta mañana, así que quería asegurarme de que no tenías problemas por haberme perdido de vista.

—¿Por qué voy a tener problemas por haberte perdido de vista?

Vuelvo a mover los hombros.

—Lance es impredecible.

—Ya te he dicho que no tienes que preocuparte por mí.

—Lo sé, lo sé —repito, bajando la vista a la moqueta de color beis y moviendo sobre ella la punta de mi raída zapatilla deportiva—. Me gustaría poder no preocuparme por ti.

Veo que sus grandes botas entran en mi campo de visión antes de sentir un dedo debajo de la barbilla para que alce los ojos hacia él. Todavía hay cierta sombra en sus ojos, pero ahora está acompañada de ternura, calidez y... afán de posesión. De un anhelo tan grande que me quedo sin aliento.

—No es que sea un sádico, pero me gusta que te preocupes. —Curva una de las comisuras de la boca hasta esbozar media sonrisa—. Pero me gustaría que no fueras tan escurridiza.

—¿Tan escurridiza?

—Claro que sí. No logro seguirte.

—Ya sabes que a las mujeres nos gusta parecer misteriosas —replico con cierta indiferencia.

—A ti puede, pero a mí no. Quiero saber qué es lo que pasa detrás de esos ojos, lo que maquina esa hermosa cabeza. —Su voz es suave ahora, un ligero susurro tan tierno como el movimiento del dedo con el que dibuja mi mandíbula.

—Créeme, no quieres saberlo.

—Oh, claro que quiero. Deseo saberlo. Necesito saberlo.

—Ya te he dicho que...

—Sé lo que me has dicho. He oído cada palabra. El problema es que no supone ninguna diferencia. Me preocupas, Tommi. Me importa lo que te suceda, lo que estás pasando. Me importa que no sonrías demasiado. Me importa que parezcas llevar el peso del mundo sobre tus hombros, pero no me cuentes la razón ni me dejes ayudarte. Me importa que te obligues a sufrir situaciones de mierda por razones que no entiendo. Porque sé que no sientes nada por un capullo como Tonin.

—Eso no es cierto —comienzo, deseando desengañarlo de tan precisas observaciones—. Yo...

—¡Basta! —ordena, aunque sin brusquedad. Parece que está tan cansado de mis mentiras como yo—. No me mientas más. Prefiero que no me respondas, prefiero que no sueltes una puta palabra más a que me sigas mintiendo.

Busco sus ojos en busca de no sé qué..., pero lo único que encuentro es sinceridad.

—De acuerdo entonces, no más mentiras.

—Bien —susurra, soltando el aliento y haciendo que se agiten los mechones que rodean mi rostro—. Es un buen comienzo. Ahora a ver si puedo hacer algún otro progreso. —Pone los ojos en blanco y suspira con exagerada frustración.

—¿Cómo cuál? —pregunto, tratando de no sonreír. Por alguna razón, me hace sentir más ligera. Y feliz. Sin preocupaciones. Solo que eso no es real. Hay razones más que de sobra para que me preocupe.

—Como confiar en mí. Como abrirte un poco a mí.

—Te he dicho que...

—Lo sé, lo sé, pero creo que lo harás. Poco a poco.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Bien, veamos... Para empezar, estás en mi casa sin que te hayan apuntado con una pistola para ello.

Esta vez trato de no sonreír.

—Por lo que puedo recordar, jamás he estado en casa de Lance porque me hayan apuntado con una pistola.

—¿Ves? Vas cediendo. Es un progreso —argumenta, acercándose un paso más. Mueve la mano por mi hombro izquierdo, desnudándolo por el estirado cuello de la camiseta que llevo puesta. Desliza un dedo por el interior y sigue el dobladillo por mi pecho. Contengo el aliento. Sé que debería retroceder. De hecho, ni siquiera debería estar aquí. Pero no puedo. Todavía no—. Además, sé, por lo que llevas puesto, que estás ablandándote conmigo.

—¿Por la ropa? ¿Por qué?

—Sí, porque por fin usas algo que no le pertenece a él, ropa que lucir en una sala de juntas en Nueva York. O en un club. Y me gusta mucho.

Baja la mirada hacia donde su dedo se sumerge en mi escote, donde su caliente yema parece marcarme la piel.

—¿No te gusta cómo visto? —pregunto, odiando que la voz me salga jadeante.

—Estás increíble con cualquier cosa que te pongas, pero uno tiene sus preferencias.

Le brillan los ojos como si tuvieran un fuego interior. Y puedo sentir su calor. «¡Oh, Dios!».

—¿Y cuáles son?

No debería preguntar. Sé que no debería preguntar. Juego con fuego. Pero la única quemadura que me preocupa en este momento es la que proviene de mi cuerpo, la que fluye hacia Sig.

—Pantalones cortos que dejan al descubierto cada centímetro de esas largas piernas. Esos que se ciñen a tu culo casi tan bien como mis manos. —Sig me rodea la cintura con un brazo y extiende los dedos por la curva superior de mi trasero, donde la camiseta se encuentra con los vaqueros. Noto que mueve la mano poco a poco, deslizándose entre la tela y piel hasta que solo existe el calor abrasador de la palma de su mano contra mi espalda desnuda—. Pero ni siquiera esos son mis favoritos.

Acerca la cara todavía más. No se mueve hacia mí, pero es el universo el que nos impulsa contra el otro lentamente, de forma inexorable.

—Entonces, ¿qué es? —pregunto con su boca tan cerca de la mía que siento el calor de sus labios contra los míos.

—Lo que llevabas puesto en el balcón del club la otra noche.

Lo miro con confusión.

—No llevaba nada —admito con el ceño algo fruncido.

—Lo sé —admite con la voz ronca antes de besarme.

Sus labios se apoderan de los míos con un asalto lento y profundo que me inunda como una droga, como si me inyectara con alguna sustancia capaz de alterar la mente y que lo apaga todo, salvo a él. Su presencia, su cercanía, su contacto. No existe nada más. Y no espero con ansiedad el momento en que no sea así.

Ahueca la mano sobre mi cuello y desliza sus largos dedos por mi pelo. Siento cómo los mueve, pero no me doy cuenta de lo que está haciendo hasta que la melena me cae sobre los hombros. Se echa hacia atrás para mirarme, fijando los ojos en mis cabellos rubios de manera que coincidan con el movimiento de sus dedos.

—Dios, eres increíble. Este es tu verdadero yo, ¿verdad? —pregunta Sig.

Asiento con la cabeza. Porque le dije que no iba a mentir, y si voy a responder será solo con la verdad. Como si pudiera hacer otra cosa.

—Esto es lo que veo cuando te miro, no me importa qué tipo de disfraz lleves para Tonin. Veo esto. Te veo a ti.

Sus manos, sus palabras, sus ojos... No sé qué me ocurre. He olvidado mi propósito, mi determinación, y parece que no puedo encontrarlos a través de la neblina que me arrastra. Dentro de ella, solo puedo verlo..., escucharlo..., sentirlo a él. Es como si estuviera atrapada en un vacío que solo contiene a Sig.

—No puedo tener suficiente de ti —confiesa casi a regañadientes al tiempo que aplasta mi boca con la suya y me envuelve con su cuerpo.

Me obliga a ponerme de puntillas y a rodearle el cuello con los brazos para colgarme de él. Me siento ingrátida, flotando en el aire con sus brazos como única ancla, hasta que me recuesta sobre algo. Y entonces solo lo siento a él. Su peso, su calor, su contacto...

Bebo el sabor exótico de su lengua cuando el aire fresco roza mi piel. Se retira durante un instante y luego el frío es reemplazado por fuego. Llamas ardientes lamen mi piel mientras se instala sobre mí, vientre contra vientre.

Las palmas de sus manos recorren mis costados, jugando con el borde de los pechos mientras desliza una rodilla entre las mías para separarme las piernas. Sin pensar, las abro para él al tiempo que gimo en la húmeda caverna de su boca cuando su erección hace contacto con mi dolorido sexo.

Arqueo las caderas hacia él, que se recrea en ellas, girando y moviéndose contra mí para provocar una deliciosa fricción justo donde más lo necesito. Su boca se aleja de la mía y se desplaza por mi cuello hasta la erizada punta de un pecho. Se desliza sobre ella, respirando con fuerza encima de la sensible piel, como si quisiera torturarme durante unos segundos más antes de darme lo que quiero.

Y entonces lo hace. Cierra su ardiente boca sobre mi pezón y comienza a succionar con fuerza. Casi me caigo de la cama, hundiendo los dedos en su pelo, tirando de él con fuerza hasta que aprisiona la inflamada punta entre los dientes y aprieta.

—Eso es, nena —murmura sobre mi carne—. Déjate llevar como una gata salvaje.

Sus manos, sus dedos en mis senos, en mi estómago, apretando mi trasero, acariciándome las piernas. Sus labios adoran mis pezones, su lengua juguetea con mi ombligo antes de recorrer el pliegue de la ingle. Siento su contacto en todas partes. Sí. Está en todas partes.

Un minuto estoy vestida y, al siguiente, ya no queda nada entre nosotros salvo calor. Sig me ha arrebatado los pensamientos, las intenciones y los ha reemplazado por la embriaguez del deseo. Me siento borracha de él, mi anhelo sube a lo más alto.

Me estremezco al sentir el cosquilleo que produce su pelo en mi vientre. Tiemblo cuando me roza la cara interna del muslo. Jadeo cuando percibo su ardiente boca en mis pliegues.

No me pide permiso. Aunque no pensaba negarme si me lo hubiera preguntado. Se limita a tomar lo que quiere de mí y yo..., sencillamente, se lo permito.

El primer roce cálido y húmedo de su lengua sobre mi clitoris hace que me incline hacia delante, doblada por la mitad con agonizante placer.

—¡Oh, Dios, Sig!

—Háblame, Tommi —dice, moviendo los labios con sensualidad contra mi sexo—. Dime qué te gusta.

No se detiene a esperar que se lo diga; continúa su asalto como si estuviera ganando la primera línea de una fuerza enemiga, una fuerza que debe destruir con fuego, con calientes y ardientes llamas que recorren cada centímetro de mi piel.

—¿Te gusta con los labios? —pregunta, besándome, devorándome con su boca, cerrando y abriendo los labios—. ¿O lo prefieres con la lengua? —Igual que una serpiente, juguetea con mi sensible protuberancia, haciéndome estremecer antes de deslizar la lengua con dulzura hacia atrás y adelante por toda la zona a modo de disculpa. Me retuerzo debajo de él, muevo la cabeza de un lado a otro, jadeando sin aliento, incapaz de responder. Solo puedo sentir. Justo lo que él quiere de mí—. ¿Quizá te gusta más con los dientes? —Con suavidad, roza los dientes sobre mi clítoris y luego lo mordisquea antes de succionarlo con los labios. Tirones, rítmicos mordisquitos—. Dímelo —susurra, con esa voz que es un placer oscuro tan aterciopelado como su lengua.

—Por favor, Sig —es todo lo que puedo decir—. No sé lo que quiero. Solo sé que lo deseo. Todo.

Estoy a punto de gritar cuando su boca se aleja y es reemplazada por un dedo explorador. Deja un sendero de besos hasta mi estómago, deteniéndose un instante en mi pecho mientras sigue masajeándome con el dedo. Cuando sus labios se encuentran con los míos, comienza a jugar con ellos, rozándolos con la ligereza de un pluma con la punta de la lengua.

—¿O quieres más? ¿Algo grueso y profundo? ¿Algo que seguirás sintiendo mañana como si todavía estuviera dentro de ti?

Siento algo más grande y suave en lugar de su dedo. Recostándose, Sig mira hacia abajo y le imito. Frota su enorme glánde entre mis pliegues, friccionando en círculos y luego hacia abajo, hacia mi apertura. Se retira para rozar con el pulgar la punta reluciente.

—Así es como debe ser, nena. Mojada para mí. Preparada para mi polla.

Cuando vuelve a tocarme con ella, dejo caer la cabeza hacia atrás. Mis caderas se mueven contra él mientras sus ojos se encuentran con los míos. Están llenos de pasión cruda y salvaje.

—Me gustaría poder correrme aquí, justo encima de este dulce coño. Hacerlo mío, cubrirlo hasta que esté resbaladizo por mí. Solo por mí.

Mi respiración se acelera. La imagen que se dibuja en mi mente, las imágenes que producen sus palabras atraviesan mi cuerpo como si lo hubiera tocado. Jadeo en busca de aire al tiempo que lucho y doy la bienvenida a la tensión que crece con su contacto, el movimiento de su resbaladiza erección. Es como un incendio que quema todo lo que encuentra a su paso, incluyendo el pensamiento y la razón.

—¿Te gusta eso? —pregunta, introduciendo la lengua en mi boca y haciéndome saborear el gusto de mi propia esencia. Aprieta la punta de su erección contra mi abertura, pero se retira con rapidez, atormentándome sin piedad. Me aferro a él para rogarle sin palabras que satisfaga mi necesidad.

Aprieto los párpados con fuerza, buscando con desesperación algún tipo de control que no logro encontrar. Sig me lleva al límite, y me mantiene allí sin permitirme llegar más allá. Se burla de mí, me provoca, volviéndome loca de deseo.

Un golpe en la puerta trae consigo un brusco final a este juego. Sig se pone rígido sobre mí, se queda perfectamente inmóvil y tranquilo. Nuestros ojos se encuentran; los míos llenos de pánico y los suyos con expresión sombría. Al percibir que no se lo toma en serio, me siento todavía más alarmada; ¡no toma en serio a Lance! Eso es casi como si no temiera nada, lo que es absurdo.

El corazón me late con tanta fuerza que mi visión palpita con el mismo ritmo que mi pulso. Sig me pone un dedo sobre los labios y mueve la cabeza. No tiene que preocuparse por que guarde silencio; tengo paralizadas las cuerdas vocales.

Se aparta de mí y recoge mi ropa del suelo, que ni siquiera estoy segura de cómo ha llegado allí, y me la entrega, como si no le preocupara nada en el mundo. Se inclina para besarme el estómago, un pecho y los labios antes de comenzar a subirse los vaqueros por sus estrechas caderas.

Cuando termina de cerrar la cremallera, se pasa la mano por el pelo y me sonrío. No puedo dejar de apreciarlo, por supuesto. Estoy aterrada, pero no tanto como para no reconocer la perfección masculina de Sig. Es magnífico.

Sus hombros son anchísimos, tiene el pecho salpicado con una fina capa de vello. Sus largos brazos están perfectamente esculpidos, como si el propio Miguel Ángel los hubiera tallado en granito. Su estómago es un alarde de fuerza y sus caderas, estrechas y magras. Y sus piernas..., ¡que Dios me ayude!, gruesas y musculosas. Todavía percibo su enorme erección luchando contra la cremallera.

—Si no dejas de mirarme de esa manera, haré daño al que está en la puerta.

Su voz es suave y divertida, lo que hace que mi pánico regrese con toda su fuerza.

Me incorporo, luchando por recuperar la calma con la que afrontar esta terrible situación.

—¿Y si es Lance? ¿O Barber? —pregunto, sentándome en la cama y recogiendo las bragas y los vaqueros. Sig me mira, no tiene prisa por moverse, sus ojos oscuros arden de deseo y me quema en todas las partes que tocan—. ¡Deja de hacer eso! Tenemos que pensar —le acucio.

Él tiene la audacia de sonreír.

—No te alteres. Si se tratara de uno de ellos, diré que fui a ver cómo estabas y que insististe en que trajera el coche. Suena muy lógico.

Mi pecho se relajó un poco al reflexionar sobre aquel pensamiento. Entonces me di cuenta de que tenía razón. Esto no tenía por qué acabar siendo un desastre.

—Bueno. Suena bien. Dilo.

Se ríe por lo bajo y se inclina para tirar de mí hasta encerrarme entre sus brazos para besarme hasta dejarme casi sin sentido. Estoy bastante aturdida cuando me suelta.

—Quizá lo haga.

Lo veo alejarse con confianza, con su postura relajada y su delicioso trasero. Tengo que sacudir la cabeza para despejarme antes de terminar de vestirme, concentrándome en que no me tiemblen las manos.

Oigo algunas voces lejanas, pero no reconozco ninguna. Me arrastro hasta la ventana y retiro un poco la cortina con la punta de un dedo, lo suficiente para poder echar un rápido vistazo. Un tipo al que no he visto nunca está en la acera, hablando con un Sig descamisado. Solo cuando percibo su extraña sonrisa puedo relajarme y acomodarme en la cama para esperar a que Sig regrese.

Aunque el don de la oportunidad de Finch deja mucho que desear, su llegada hace que podamos hablar a solas.

—¿Qué tal todo? —pregunta.

—Cojonudo hasta que has llegado.

Finch sonríe; sus cejas de color rojo se arquean cuando se lleva las manos a la boca para encender un cigarrillo. Da un par de caladas antes de responder.

—Estoy seguro de ello, espero que sepas lo que estás haciendo.

—Lo sé. No te preocupes por mí. ¿Cómo te va?

Se encoge de hombros y se pone a mi altura mientras examina la calle de forma casual al tiempo que aspira una calada y echa el humo.

—Espero que lo tuyo salga bien. Yo no estoy haciendo demasiados progresos. Tonin tiene a su gente de confianza, y al resto de nosotros no nos dice más que lo básico.

—¿Y el almacén?

Finch mueve su cabeza afeitada.

—Nos han dicho que quieren convertirlo en unos apartamentos tipo *loft*. Una mierda, pero... es lo que hay. De todas maneras me mantengo ojo avizor.

—Intentaré averiguar algo. No te preocupes.

Finch clava los ojos en mi pecho y luego aparta la mirada.

—Parece que te estás dedicando a ello con mucho... celo.

No puedo reprimir una gran sonrisa. Antes de que Finch apareciera, estaba muy, muy feliz por cómo estaba progresando la situación.

—Nada se interpone entre un Locke y su trabajo.

—¿No te referirás a un cierto trabajito?

Finjo darle un golpe en el estómago. Él reacciona apartándose.

—Oh, oh, oh... demasiado lento, tío.

—No te pases, cachorro. —Lanza el cigarrillo a medio fumar a la hierba y exhala una nube de humo—. No te olvides de mirar los mensajes. Han estado investigando y han averiguado algunas cosas bastante interesantes. Resulta que nuestro tierno contacto tiene una hoja de antecedentes no tan tierna.

Frunzo el ceño.

—Ya he comprobado sus antecedentes penales. Está limpia.

Finch entrecierra los ojos.

—Quizá lo parezca, pero su expediente sellado dice otra cosa.

—Hmmm... —es mi única respuesta.

—Que te vaya bien, tío —se despide Finch, levantando el puño para chocarlo con el mío—. Tengo que largarme. Esta noche hay fiesta salvaje. Todo un baile.

—Yo seguiré con lo que estaba —intervengo.

Finch asiente y mira por encima de mi hombro.

—Oye, te lo digo en serio, mira el correo antes de hundirte demasiado en ese estanque. —Después de decir eso, entra en su coche y se aleja.

¿Qué habrá en ese maldito archivo?

Me dirijo al interior y cierro la puerta antes de bloquear la cerradura. Me siento muy ansioso por volver a retomar el juego donde lo he dejado. Sin embargo, cuando encuentro a Tommi sentada a los pies de la cama, completamente vestida, nerviosa y con las garras afiladas, sé que el jueguito ha terminado de forma oficial.

Sin darle una oportunidad de soltarme todo lo que pasa por su cabeza, camino hacia ella y la tomo en brazos, sentándome con ella en el regazo.

—Ahí fuera hace tanto calor como en el infierno. ¿Qué te parece si vamos a tu casa para que te pongas unos de esos pantalones cortos y luego recogemos a Travis? Se me ha ocurrido la forma perfecta de pasar la tarde.

—Probablemente no debería... —me dice, esquivando mi mirada mientras permanece rígida como una tabla entre mis brazos—. Le he dicho a Lance que no me sentía bien. Si se enterara...

—¿Cómo coño va a enterarse? No nos están siguiendo. ¿O es que te has olvidado de que soy yo quien está encargado de vigilarte?

—No, pero...

—Nada de peros. O hacemos eso o me dedicaré a convencerte hasta que te sientas como hace cinco minutos. Te aseguro que entonces me aprovecharé de ello.

Sus grandes ojos verdes se clavan en los míos. Veo pánico en ellos. ¡Joder!

—Eso no puede volver a suceder. De hecho, no debería haber ocurrido. Sig, cuando he llegado hoy a mi casa, he tratado de encontrar la manera de sacarte de mi vida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque lo complicas todo. Complicas una situación que ya es, de por sí, lo suficientemente complicada.

—Entonces deja que te ayude a simplificarla.

Ella se apoya en mi pecho para levantarse y la dejo ir con facilidad.

—No necesito tu ayuda. Ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué es?

—Mantenerme alejada de ti.

—No lo hagas —replico, poniéndome de pie y cogiéndole las manos—. Si estás tratando de decirme que lo que hay entre nosotros no es espectacular, está claro que eres una gran mentirosa.

Suspira.

—Te he dicho que no iba a mentir y no lo haré. Pero esto... —suelta una mano de las mías y la hace ondular ante nuestros pechos—, esto que hay entre nosotros es un gran problema.

—Solo se convertirá en un problema si lo permitimos. Y no vamos a dejar que lo sea. Tendremos cuidado.

—No se trata solo de eso. Es todo. Pienso demasiado en ti. Prefiero estar contigo que con Lance. Haces que tema estar con él, y eso no es bueno. No soy capaz de vivir así.

No puedo evitar una sonrisa.

—No creo que eso sea nada malo, porque lo cierto es que yo también quiero pasar más tiempo contigo.

Gruñe, frustrada.

—Sabía que no lo entenderías. Todo esto te resulta divertido, pero a mí no me lo parece. Es una tortura. Solo me hace infeliz. Y no puedo permitírmelo. No puedo permitirme el lujo de arruinar esto.

Bajo la vista hacia su rostro perfecto y ahueco las manos sobre sus mejillas encendidas.

—¿Por qué no? ¿Qué te da? ¿Qué te da que yo no puedo saber?

Cierra los ojos y se aleja un paso.

—Te he dicho que no te mentaría, pero algunas cosas no puedo contártelas.

—Tommi, ya te he dicho que puedes confiar en mí. ¿Cuándo vas a creerme?

—Te he dicho que no me fio de nadie.

—¿Ni siquiera de Lance?

—En especial de Lance.

—Entonces, ¿por qué, Tommi? ¿Por qué estás con él?

—Me gustaría poder decírtelo. —Su expresión es de suma tristeza y la creo—. De verdad. Pero no puedo.

—Esperaré. Esperaré hasta que lo hagas.

—Eso no funcionará, Sig. No en mi caso.

—Bueno, pues mantenerme alejado de ti es algo que no me vale a mí, así que debemos llegar a un compromiso. —Comienza a hablar, pero le cubro la boca con una mano—. Déjame terminar. Mi tarea es vigilarte. No quiero quedarme sin trabajo y tú no querrás que alguien en quien no puedas confiar me releve, ¿verdad? Eso sería todavía más difícil para ti. No importa nada más, los dos estamos en la situación perfecta, así que ¿por qué arruinarla? Esto es lo que vamos a hacer: no te quitaré los ojos de encima, pero mantendré las manos alejadas. Deja que pase tiempo contigo con el pretexto de hacer mi trabajo, y todos contentos. No te presionaré hasta que estés preparada para confiar en mí, ¿de acuerdo?

—Pero no intentes hacer que sea más difícil para mí. Y ten en cuenta que estar contigo ya hace que lo sea.

Deslizo las manos alrededor de su cintura y la beso en la frente antes de esbozar mi sonrisa más encantadora.

—No soy responsable de resultar tan encantador. No lo puedo evitar. Lo que puedo hacer es mostrarte algunos ejercicios de respiración profunda que harían que mi genialidad te afecte menos. —Veo que contrae los labios—. Por favor, no hagas nada precipitado. Tratemos de llevarlo a cabo. No me gustaría que dejáramos de estar juntos.

—¡Dios no lo quiera! ¿Cómo sobreviviría?

—No estoy seguro. Mujeres menos avezadas han muerto a causa de la abstinencia. Y no es una buena manera de morir. Demasiado solitaria. Muy... seca —explico con un guiño.

Ella pone los ojos en blanco ante mi último comentario.

—¡No puedes ir por ahí diciendo esas cosas, Sig!

—¿Ni siquiera voy a poder coquetear? ¡Maldita sea, eres una mujer muy dura! Lo único que puedo decirte es que trataré de no ser tan encantador, pero no prometo nada.

—Yo también trataré de ser fuerte —conviene con sarcasmo.

Agacho la cabeza para lamer la suave piel de su cuello. Antes de que pueda pensar en resistirse, ladea la cabeza para ofrecerme mejor acceso, algo que, por supuesto, acepto.

—Mmm... ¿qué te parece si ponemos este nuevo acuerdo en marcha dentro de una hora?

—¿Eso es lo que te llevaría? ¿Solo una hora? Qué decepción... —murmura de forma juguetona.

Levanto la cabeza de golpe.

—Mira..., como sigas diciendo esas cosas, cogeré el guante y acabarás sin bragas.

Ella levanta las manos en señal de rendición.

—Perdón, no me había dado cuenta de que insultar tu virilidad daría lugar a que perdiera la ropa. Retiro mis comentarios.

—Pues sí, porque ahora siento la urgente necesidad de demostrarte lo poco decepcionante que resulto.

—Oh, creo que de eso ya me doy cuenta por mí sola, pero gracias.

Suspiro y la beso con suavidad antes de que pueda retirarse.

—Aunque debo decirte que mi polla no está demasiado de acuerdo con esta nueva situación —confieso, moviendo las caderas contra las de ella para que pueda sentir mi erección—. Ahora que ya hemos llegado a un acuerdo, ¿qué te parece si recogemos a Travis y hacemos algo divertido?

Ella respira hondo.

—Si insistes...

—Oh, claro que insisto.

Su expresión es más relajada. Todavía piensa que tenemos un problema, pero no parece a punto de darme la patada, así que lo considero un progreso.

«Crisis evitada».

—Er..., ya que tengo aquí mi coche, ¿por qué no me das unos diez minutos y luego vienes a recogerme?

Me detengo un segundo. Estoy seguro de que esto tiene algo que ver con la mujer a la que Tommi atiende en la habitación de atrás. Me encojo de hombros con indiferencia.

—Claro.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante unos segundos antes de que ella se aclare la garganta y se ponga en movimiento, pasando junto a mí. La dejo, dándole un amplio margen. Si esta es la forma en la que quiere que actuemos, le daré lo que quiere... hasta que me ruegue que le dé más. Y lo hará, es solo cuestión de tiempo.

Puedo ver que sus ojos se detienen en mi boca. Me quiere besar. Está recordando lo que ha sentido en mis brazos hace unos minutos, cuando mi cuerpo presionaba el suyo contra el colchón. Su mente le indica que tiene que ser de esta manera, pero todas las demás partes de su ser están en desacuerdo. Y es a esas partes a las que tengo que dirigirme.

Esbozo una media sonrisa y la acompaño hasta la puerta.

—Nos vemos dentro de un rato.

Me apoyo contra el marco de la puerta y me recreo en la forma en que los vaqueros abrazan su culo perfecto mientras camina por la acera. ¡Joder! Está para quitar el hipo. Es prácticamente perfecta en todos los sentidos..., salvo por la relación que mantiene con criminales. Y su inclinación por decir mentiras. Por suerte, no es una criminal. Eso podría ser un problema, pero lo podré manejar.

Casi vacilante, como si supiera que no debe mirar atrás, me echa un vistazo por encima del hombro. Le sostengo la mirada antes de guiñarle un ojo; adoro la forma en que se da la vuelta a toda prisa para hacer crecer la distancia. Sin duda debe de ser difícil tener que luchar contra su propio cuerpo, sus propios deseos. Por eso, siempre que sea posible, trato de no enfrentarme a los míos. Suele resultar una batalla sin sentido.

—Ponte ropa que no te importe que se ensucie —le digo justo antes de que se meta en el coche. Ella asiente y cierra la puerta.

Espero hasta que se ha alejado por la acera antes de ir al interior para cambiarme también de atuendo. Elijo una gastada camiseta azul con unos pantalones cortos y unas deportivas viejas, dejando la gorra para el último momento.

Quince minutos después, cuando me detengo delante de la casa de Tommi, me veo obligado a reconocer que realmente este plan va a ser una tortura. Se ha puesto otros pantalones cortos, similares a los que llevaba el primer día, y son tan cortos que se ve la curva inferior de su nalga derecha. ¡Joder! En la parte superior se ha puesto una camisa de cuadros azules y púrpura que deja parte del vientre al descubierto porque se la ha atado por encima del ombligo. Se ha recogido el espeso pelo

en una coleta que oscila a cada paso que da.

«Sí, podría ser una mala idea —me confieso a mí mismo al tiempo que me muevo en el asiento para conseguir acomodar mi pene erecto—. Sin duda buena no es».

Salgo para abrir la puerta de Tommi, disfrutando de la forma en que se mueven los músculos de sus piernas cuando se sube a la cabina. Reprimo el impulso de poner la palma de mi mano en sus nalgas para impulsarla.

Cuando se sienta, curva los labios en una sonrisita. Sabe de sobra el efecto que tiene sobre mí. Y está disfrutando de ello.

—Eres una provocadora —la acuso.

Ella me mira con su expresión más inocente.

—¿Por qué? Me has dicho que me pusiera ropa que no me importe que se ensucie. ¿Le pasa algo malo a la que he elegido?

—Depende de qué tipo de suciedad pensabas que hablaba.

—Has prometido ser bueno —me dice ella, señalándome con el dedo—. No debería importarte lo que me pongo. Las manos quietas.

—No suelo hacer promesas, porque siempre cumplo mi palabra, así que estás a salvo. Y sí, hoy va a ser muy difícil mantener las manos lejos de ti aunque solo sea por lo que vamos a hacer. No te preocupes, no te tocaré de ninguna manera que pudiera ser interpretada como sexual. ¿Qué te parece?

Me mira con los ojos entrecerrados durante unos segundos antes de mostrarse conforme a regañadientes.

—De acuerdo, pero será mejor que te comportes.

—Oh, me comportaré. Pero preocúpate de ti misma.

Cierro la puerta antes de que pueda hacer más comentarios. Ella me sigue con la vista y me mira con expresión indignada cuando me siento al volante.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Actúas como si a ti te fuera a resultar pan comido mantener las manos alejadas de mí. Va a ser un infierno para los dos. Es decir, ya me conoces, soy muy, muy irresistible.

Le brindo mi sonrisa más grande y cursi mientras enciendo el motor, cortando de esa manera cualquier respuesta que pudiera haberme dado.

Permanecemos tranquilos mientras vamos a por Travis. En el interior del vehículo solo se escucha la música proveniente de la radio. Maldita sea, me encanta esta mujer.

Cuando llegamos al instituto, Travis no ha salido todavía. Aparco en el mismo momento que se abren las puertas dobles; él aparece con la vista clavada en el suelo, como siempre, y empieza a bajar las escaleras. Veo que, de pronto, alza la cabeza y la vuelve. Un hombre viene tras él con lo que parece la mochila de Travis. El recién llegado se pone a su altura y le entrega la bolsa. Le dice algo que parece amigable, pero Travis apenas mueve los labios y su cara permanece inexpresiva. Finalmente asiente con la cabeza y el hombre le da un par de palmadas en el hombro antes de regresar al edificio.

—¿Quién es? —pregunto a Tommi sin dejar de mirar a su hermano. Travis parece tenso, más tenso de lo normal. No puedo ver su cara, ya que tiene de nuevo la cabeza gacha, con la gorra calada y la capucha puesta.

—Es el profesor de necesidades especiales, el señor Chaps. Le da apoyo la última hora del día.

Cuando Travis se aproxima a la acera, le pego un grito por la ventanilla.

—Travis, estamos aquí.

Levanta la cabeza lo suficiente para verme y luego la deja caer de nuevo mientras camina hacia nosotros.

—¿Siempre está así?

—Casi siempre. Algunos días son peores.

Tommi se baja y abre la puerta de Travis. Él se sube sin decir una palabra y lanza la mochila a su lado en el asiento. Luego se reclina en el respaldo y baja la barbilla hasta apoyarla en el pecho.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Ha sido una mierda.

—Estoy segura. Jamás te olvidas de la mochila. Nunca la pierdes de vista.

Travis gruñe. Echo un vistazo a la mochila en cuestión, fijándome en las cremalleras azules.

—¿Es la tuya? Pensaba que tenía las cremalleras verdes.

—¿Qué coño sabes tú, imbécil? Es mía. ¿Acaso me consideras tan idiota como para no reconocer mis cosas de mierda?

Alzo las manos y me vuelvo de nuevo.

—No quería ofenderte, chico. Solo trataba de ayudar.

Travis se gira hacia la ventana de mal humor. Enciendo el motor en cuanto Tommi se abrocha el cinturón.

Después, cuando ya estamos lejos del instituto, lo intento de nuevo.

—He pensado que podríamos ir a un lugar que descubrí hace un par de semanas para jugar a una cosa. ¿Estás preparado?

—Quiero ir a casa.

—Venga, Travis, será divertido —intenta convencerlo Tommi con entusiasmo.

—Ya he dicho que quiero ir a casa, ¡joder!

—Esa lengua —le reprende ella con suavidad.

—Da igual, Tommi. No creo que esté de humor para que le patee el culo.

Si tiene una pizca de testosterona adolescente en las venas, reaccionará más rápido a una pulla que a pasar dos horas suplicándole y engatusándolo.

—¿Qué? —suelta al tiempo que me mira con odio a través del retrovisor.

—Jugar al rugby en un campo lleno de barro es una buena excusa para darte una patada en el culo. Pero si no eres lo suficientemente hombre como para atreverte a...

—Soy más fuerte de lo que parezco, gilipollas.

—¿De verdad? ¿Te atreves a demostrarlo en el campo?

—Sí —suelta a regañadientes.

De reojo, veo que Tommi mira hacia delante y que sus pechos suben y bajan con un silencioso suspiro. Seguramente de alivio.

—Puedes usar la ropa de educación física, ¿de acuerdo?

Travis se encoge de hombros.

Mientras los llevo a un lugar en el que solía jugar con mis hermanos cuando éramos niños, vuelvo a posar la vista sobre la mochila de Travis. Estoy absolutamente seguro de que esta mañana tenía las cremalleras de color verde. Lo vi jugar con una de ellas. Pero hace unos días también eran azules. Además, ¿por qué estaba tan a la defensiva? ¿Y por qué no puede perderla de vista, como dice Tommi?

Mi instinto, mi antena interna, se despereza con recelo. ¿Y si su profesor está involucrado? ¿Y si Travis está involucrado? Eso podría explicar que Tommi permanezca con Tonin. Y por qué es tan difícil averiguar cómo se mueve Tonin y por qué no encontramos nada. Quizá sea así como lo hace.

Mi mente está examinando posibles piezas de un rompecabezas y las está uniendo de formas factibles. Sí, factibles, no importa por ahora que no puedan ser demostradas.

En cuanto llegamos al campo, apago el motor y me giro hacia Tommi.

—La pelota está en la parte posterior. Voy a enviarle a Barber un mensaje de texto diciéndole que estás durmiendo por lo que pueda preguntar Tonin.

Ella asiente y sale de la *pickup*, siguiendo a Travis al exterior antes de cerrar la puerta. Vuelvo a echar un vistazo a su mochila, preguntándome si hay algo en ella además de libros y ese tipo de cosas. No es que importe. No puedo registrarla sin que me pillen, pero lo que sí puedo hacer es enviar un mensaje al departamento de

policía para que verifiquen los antecedentes del profesor. Así que lo hago.

Tommi y Travis están esperándome junto a la parte delantera de la *pickup* cuando salgo. Le quito a Travis la pelota de las manos y le hago un gesto con la cabeza.

—Si quieres, puedes cambiarte en el coche. —Miro a Tommi—. Decías que trae ropa deportiva del instituto, ¿verdad?

Ella asiente y Travis regresa de nuevo al interior de la *pickup* sin ninguna clase de entusiasmo.

—Será bueno para él —le digo a Tommi al tiempo que lanzo la pelota al aire de forma que gira sobre sí misma, y vuelvo a capturarla de nuevo.

—¿Crees que funcionará? ¿Con los tres?

—Los dos contra mí.

—Eso no es justo.

—Eres una chica y él un niño.

—¿Y?

—Y yo soy yo.

—¡Oh, Dios! —dice poniendo los ojos en blanco.

Me río; mi intención es hacer todo lo posible para que mantenga ese estado de ánimo.

—Admítelo, lo que deseas es una excusa para bloquearme.

—Te aseguro que no.

—Bueno, reconozco que eso es parte de la razón por la que lo hago.

—Lamento decepcionarte.

Sonrío mirándola a los ojos mientras deseo poder darle un beso aquí, en este momento, y luego lanzarla al barro para ensuciarle la ropa. Retozar con ella en la tierra húmeda, dejando su cuerpo lleno de huellas de mis manos. Marcarla de forma que pueda verlo. ¡Joder!

Aunque su hermano está aquí... y eso es un obstáculo.

Cuando Travis regresa junto a nosotros, con unos pantalones cortos que le llegan por debajo de las rodillas y una camiseta de casi la misma longitud, le lanzo la pelota a la altura del estómago. A él casi se le escapa.

—No es que sea un buen comienzo, pero estoy dispuesto a darte otra oportunidad —bromeo—. Así que decidme..., ¿alguno de los dos ha jugado al fútbol americano al contacto? —Ellos se miran—. Esto va a ser interesante.

Comienzo por lo básico, explicándoles cómo moverse y las reglas fundamentales mientras nos dirigimos al campo. La tierra no drena demasiado bien y la lluvia de la última semana ha convertido algunas partes en un barrizal, pero eso no tiene por qué ser desagradable. Los años que llevan jugando allí los niños han hecho desaparecer la hierba, y hay una capa de tierra mojada. La superficie presenta, por tanto, un estado óptimo para jugar un partido perfecto.

Nos detenemos frente al terreno y Tommi sale corriendo hacia un lado mientras Travis se echa hacia atrás para tirarle la pelota. Corro hacia él y le doy una palmada en el estómago cuando paso a su lado.

—Pillado, *quarterback* —le indico.

—Es un juego estúpido. ¿Y por qué demonios jugamos en este terreno embarrado?

Me inclino y cojo un puñado de barro para mancharle la cara con él.

—¿Te vale como respuesta?

—¿Por qué cojones has hecho eso? —Se limpia la cara.

—Muy pronto lo verás, gruñón.

¿Un muchacho al que no le gusta ensuciarse? Pensaba que no existía ese tipo de criaturas.

Hacen la misma jugada dos veces. Y Tommi no consigue atrapar la pelota en ninguna de las dos ocasiones.

—Es mi turno —grito.

Cojo la pelota de manos de Travis y regreso a mi puesto, me inclino y miro a mis dos adversarios.

—¿Creéis que alguno de los dos podrá alcanzarme? —pregunto.

Tommi y Travis se miran mientras yo corro alrededor de Travis para anotar.

—¡No es justo! —grita Tommi.

—¿Cómo no va a ser justo? Si sois dos contra uno.

—Pero no sabía lo que estaba haciendo. Pásame la pelota.

Se la tiro.

—Ahí tienes. De todas formas es tu turno. Vamos siete a cero.

Travis se hace con el balón de nuevo y le susurra algo a su hermana antes de que yo llegue a su posición. Los dos sonríen cuando me acerco, la misma mirada diabólica en idénticos ojos verdes. Quizá estén captando por fin el espíritu del juego.

De pronto, Tommi se aleja y Travis retrocede para lanzarle la pelota. Pero entonces, antes de que pueda darme la vuelta, Tommi salta sobre mi espalda.

—¡Corre, Travis! ¡Corre!

Travis comienza a mover las piernas y corro tras él con Tommi aferrada a mi espalda como un mono. Podría inclinarme y hacer que cayera al suelo, pero eso acabaría haciéndole daño, así que lo dejo pasar.

Él anota, y lanza la pelota entre las piernas contra el suelo como si fuera un profesional. Parece que sí ha visto algún que otro partido.

—Eso ha sido una jugada sucia —protesto mientras Travis se burla de mí, lanzándome la pelota al estómago como he hecho yo con anterioridad.

—Me ha parecido que eso era lo que había que hacer —dice Tommi desde mi espalda. Giro la cabeza para mirarla, su boca queda alineada con la mía. Sus labios se separan como si supiera lo que estoy pensando, y de alguna forma logro reprimirme y no besarla. En su lugar, hundo los dientes en su barbilla.

—Oh, señorita..., esto está que arde.

La rodeo y me la quito de la espalda para lanzarla con suavidad al barro. Abre la boca hasta que sus labios forman una O tan redonda como sus ojos, lo que me lleva a inclinarme para recoger un puñado de barro con el que untarle la pierna.

Me alejo para colocarme de nuevo en mi posición en el campo, silbando por lo bajo para indicarle lo que me importa su diatriba indignada. Travis sigue sonriendo cuando se inclina frente a mí.

Cuando hago mi solitaria versión de iniciar la jugada, finto a izquierda y derecha, Tommi se lanza hacia mí, pero acaba cayendo. Travis no es tan fácil de engañar. Se lanza hacia mi derecha y me alcanza. Podría haber permanecido de pie, pero no lo hago. En su lugar, me dejo caer arrastrándolo conmigo al barro. Travis, que sisea en busca de aire, me agarra por la espalda y finjo me tiene atrapado.

—Eres mío, capullo —me grita, empujándome.

—¿A quién llamas capullo, tío? —pregunto, dejando caer mi peso sobre él. Los dos rodamos sobre el barro, y el que más manchado queda es él.

—Suéltame, gilipollas.

Tommi está de pie a nuestro lado, sonriéndonos mientras sacude la cabeza.

—Vais a ensuciaros...

Me apoyo y vuelvo a mirar a Travis, que me dirige una sonrisa fingida. Los dos asienten en silencio y yo me levanto. Luego le ofrezco una mano.

Hacemos un par de jugadas más, en las que doy a Tommi y a su hermano todas las oportunidades de saltar, correr, lanzar y caer sobre mí mientras trato de traspasar la línea. Anoto en mi última oportunidad mientras arrastro a Tommi (aferrada a mi brazo) y a Travis (envuelto en mi pierna) a la zona de ensayo.

—No podéis detenerme —me chuleo mientras lanzo la pelota al aire para cogerla de nuevo.

—Eh, que todavía no has ganado —replica Tommi con determinación. Pone un brazo sobre los hombros de Travis y se alejan, hablando entre susurros todo el camino hasta la zona.

Vuelven a desplegar la misma jugada, Travis lanzando y Tommi recibiendo. Esta vez, cuando Tommi se aleja, troto lentamente tras ella. Travis le lanza el óvalo con un pase bastante decente y ella la atrapa con un chillido de alegría.

—¡La he cogido! ¡La he cogido!

Travis está gritando desde atrás mientras avanza hacia delante para detenerme.

—¡Corre, tonta! ¡No te quedes ahí!

La cara de Tommi registra una gran sorpresa y se gira hacia él. La cojo en brazos con facilidad y la lanzo al suelo. No tengo intención de hacerle daño, solo demostrarle que poseo la fuerza suficiente para que sepa que está atrapada.

Caigo sobre ella y descanso mi cuerpo entre sus piernas. Entonces cojo la pelota, que ella tenía firmemente sujeta entre los brazos, y le rozo la nariz con los cordones.

—Todavía no has anotado, corazón.

Su pecho se agita bajo el mío y sus ojos brillan como esmeraldas oscuras en mitad de la noche, con una pasión que le cuesta contener. Lo sé porque lucho contra lo mismo. La miro a la cara fijamente, y el deseo zigzaguea entre nosotros como ramalazos eléctricos.

Arqueo las caderas ligeramente y me siento satisfecho cuando escucho su suave jadeo. Me lamo los labios, dispuesto a ceder y besarla, pero siento un fuerte golpe en la espalda.

—Oh, ¿es así como quieres que sea? —digo, hablando con Travis pero guiñándole un ojo a Tommi, que sigue mirándome con los labios entreabiertos—. Falta. ¡Violencia innecesaria!

Ruedo sobre la espalda y atrapo a Travis de improviso. Lo pongo debajo de mí y lo aprisiono hasta que puedo volverlo sobre su estómago para hundirle la cara en el barro.

—¡Gilipollas! —grita. Y hay una pizca de risa en su voz.

—¿Qué te parece, tío duro?

Lucha contra mí y dejo que se retuerza hasta escaparse de mi alcance. Me doy la vuelta para sujetar a Tommi con rapidez antes de que pueda huir. La envuelvo con mis brazos y comienzo a hacerle cosquillas sin piedad. Cuando sus jadeos se vuelven casi de dolor, sin aliento, la dejo deslizarse por fin sobre mi regazo. Pero no he acabado. Cojo dos puñados de barro y le embadurno el estómago con uno. El otro se lo lanzo a Travis, que, de pie a nuestro lado, nos mira. Él lo esquiva y se inclina para coger su propia munición.

El partido de fútbol americano se convierte con rapidez en una pelea de barro, llena de golpes bajos y risas. En un momento dado, me siento y observo cómo Travis y Tommi se embadurnan el uno al otro con gruesos pegotes de barro cuyos objetivos son la boca, el pelo y las orejas del otro.

Cuando, literalmente, no hay suficientes superficies limpias visibles en sus caras y sus brazos, se vuelven hacia mí jadeantes y exhaustos.

—¿Ahora qué?

—Creo que tenemos más que suficiente, pero dejaré que decidáis vosotros. ¿Más fútbol o una ducha caliente?

Ellos se miran el uno al otro y sonríen.

—Ducha caliente —gritan a la vez.

Tommi mira a su hermano al tiempo que mueve la cabeza.

—¡Estás asqueroso! Quizá deberías cambiarte de ropa para que no ensucies el asiento —dice. Él asiente en respuesta—. Y quitate los zapatos antes de entrar —añade cuando él se aleja.

Con los labios todavía curvados, centra su atención en mí. Es un momento tan intenso que siento como si recibiera un golpe en el estómago. Por un segundo, pienso que podría quedarme allí y mirarla, disfrutar de su sonrisa y su felicidad durante horas. O, quizá, días. Pero no puedo. No podemos. Así que le limpio un poco de barro de la punta de la nariz.

—¿Te has divertido?

—Sí. Gracias. Ha sido bueno para él.

—¿Y para ti?

—Y para mí —reconoce.

—Cada vez que quieras, puedes ser tú misma conmigo. No se lo diré a nadie.

—¿Esto es lo que te gusta?

—¡Oh, sí, joder! No busco glamur ni elegancia.

—No soy elegante.

—Lo sé, no olvides que yo escuché tu expresiva maldición aquel día, junto a la carretera. Y no fue «recórcholis», ni «mecachis en la mar». Pero no he vuelto a escuchar nada parecido desde entonces saliendo de tu boca.

—Se supone que las damas no hablan de esa manera, o eso piensa Lance.

—Yo no quiero una dama. Deseo a una mujer. Una que sepa lo que quiere. Una que esté cómoda consigo misma y que diga lo que está pensando. —Me acerco un paso; no puedo evitarlo. Su olor me atrae. Incluso cubierta de barro, huele de una manera deliciosa—. Quiero a una mujer que besa como si estuviera ardiendo y que me hace sentir que soy el único capaz de apagar su fuego.

—Sig... —empieza.

La interrumpo. Conozco sus objeciones y sé que no quiero escucharlas una vez más.

—Solo estoy siendo sincero. Ni siquiera estoy tocándote.

Sus ojos están clavados en los míos como si una irresistible fuerza invisible nos atrajera.

—Tampoco es que puedas. Es decir, estamos en público. Con mi hermano. ¿Cómo ibas a tocarme?

Me agacho, mojo la mano en el barro y, con los ojos clavados en los suyos, la pongo sobre su pecho, justo encima de su corazón.

—Así. Te tocaría así.

Me sostiene la mirada durante un par de segundos, buscando algo en ella. Sé el momento exacto en que lo encuentro. El verde claro de sus ojos se funde hasta parecer líquido. Lo observo antes de que lo cierre. Aprieta los párpados como si le doliera mirarme. En lugar de tocarla en algún otro lugar como quiero, o de decir otra cosa, me limito a presionar la palma de mi mano contra su torso, sintiendo la constante aceleración de los latidos de su corazón.

Después de un minuto al menos, bajo la mano para sujetar la de ella.

—Vamos. Tengo toallas en el coche —le digo, tirando de ella para que me siga.

Tommi

Después de que Sig nos deje en casa, sigo su *pickup* con la mirada hasta que desaparece al doblar en el cruce. No quiero que se vaya, pero no puede quedarse.

Trato de reprimir un suspiro mientras me vuelvo hacia la puerta principal. Cuando entramos, Travis se va inmediatamente hacia el cuarto de baño para darse una ducha y luego a su habitación, donde se quedará, sin duda, hasta la cena y más tarde permanecerá allí encerrado hasta mañana. No tengo demasiado claro qué parte de ese comportamiento es debido a que es un adolescente y qué parte a su trastorno de Asperger, ni hasta qué punto debería preocuparme. La base del problema parece ser que Travis no es normal de ninguna manera, así que acaba acarreándome un montón de preocupaciones, aunque intento que no sea así. Seguramente estaré cometiendo un montón de errores.

—¿Qué te parece que encargue una pizza para la cena? —grito hacia el final del pasillo—. No he previsto nada.

«Estaba demasiado ocupada mintiéndole a Lance para planificar lo que íbamos a cenar».

Y tuve que mentir porque no puedo sacarme a Sig de la cabeza... ni de mi interior. Parece que ha irrumpido en el castillo que tan celosamente guardaba en mi mente y que ha tomado el relevo. Y por si eso no fuera suficientemente malo, estoy empezando a sentir algo más que deseo por él, y ese es un problema que no necesito.

Eso es lo que me dice mi parte más racional, pero mi cuerpo y mi corazón parecen tener argumentos diferentes. También es un hecho que en realidad nunca he sentido algo parecido a esto por nadie. Por otra parte, está comprobado que todos necesitamos disfrutar de un poco de placer, de comodidad, darle cierta... sustancia a la vida. Algo que no sea obligación o responsabilidad, ¿verdad?

Lo cierto es que jamás había deseado las caricias de otra persona. Cada mano que estuvo sobre mi cuerpo fue por una razón específica, no porque yo lo hubiera querido. Hasta que llegó Sig.

Nunca he anhelado la compañía de otra persona. Cuando tenía dieciséis años, mi vida cambió para siempre y no tuve tiempo para los placeres sencillos como la risa, la frivolidad o... el amor. A pesar de que no tengo tiempo para ello, estoy empezando a sentir que lo necesito. Es como si necesitara a Sig. No su ayuda ni su protección, sino solo su presencia. Me gusta estar con él. Me gusta mucho. Y una parte de mí me dice que ese es un riesgo que vale la pena.

Pero no puedo permitírmelo. No debería hacerlo. Podría tener nefastas consecuencias.

«O podría ser bueno —argumenta mi otra mitad—. Muy, muy bueno».

Y entonces, ¿qué? ¿Adónde nos llevaría eso?

No hay ningún lugar al que ir. Nunca podría ser más que una aventura, da igual lo mucho que me gustaría que fuera más. Nuestros caminos son demasiado diferentes.

Pero tal vez eso fuera suficiente, una aventura increíble. Debería serlo.

Una indulgencia puntual. Para arrancarlo de mi ser. Para saciar esa hambre innegable. Una sola vez, una noche y nada más. Quizá todo vuelva después a la normalidad. Quizá se convierta en una relación estrictamente profesional.

Pero tendríamos eso.

Un momento perfecto.

Mientras llamo a la pizzería y recojo el lavavajillas, esperando a que venga el repartidor, me dejo llevar por mis pensamientos y argumentos internos. Pero al final, después de repasar cada idea una y otra vez, gana una de mis partes. Un pensamiento revolotea sobre los demás. «Una sola vez».

Los dos somos adultos. Podemos enfrentarnos a una aventura de una noche. Las hemos tenido antes. Es decir, yo no las tengo desde hace muchos años, pero aun así... Y estoy segura de que Sig sí las disfruta. Un hombre como él, que hace lo que le viene en gana y coquetea como lo hace..., es evidente que se trata de algo normal en su vida.

Me quedo inmóvil con un plato en la mano, paralizada por el pensamiento. A pesar de que acabo de afirmar para mis adentros que se tratará de una sola noche y que el tema de las aventuras pasadas ha sido un ejemplo que me he dado a mí misma para seguir adelante con mi plan, la idea de que Sig esté con otra mujer me hace sentir un furioso relámpago de celos. Es tan intenso que resulta casi doloroso. Esa intensidad, sin embargo, sirve para reforzar la consideración de que puedo estar con él una vez. Nada más.

Me quedo con el pensamiento de que puedo eliminar por completo a las demás mujeres de su mente durante una sola noche. La mera sugerencia de que podría ser la única persona en su mente me provoca tanta satisfacción que esbozo una sonrisa feliz. Es una locura, porque las cosas no funcionan así. Aunque eso no me impide desear que lo hicieran.

Travis y yo comemos en silencio. Parece de peor humor que de costumbre, lo que me sorprende.

—¿No te has divertido hoy? —pregunto.

—Sí —es la sombría respuesta.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

Travis empuja el plato hacia mí casi con violencia antes de ponerse en pie tan rápido que la silla se tambalea.

—Nunca tendremos una vida así. Normal.

Se aleja por el pasillo hacia su habitación, dejándome sentada ante la mesa con la boca abierta. Lo sigo después de recuperarme de la sorpresa.

Golpeo la puerta con suavidad y la abro, aunque solo asomo la cabeza en el interior.

—Travis, es lo que estoy intentando. Solo necesito tiempo.

Está tumbado sobre la cama, con la barbilla pegada al pecho y la capucha calada hasta los ojos.

«¡Maldita capucha!».

—Incluso entonces, jamás tendremos una vida así.

—No estés tan seguro —argumento, con la esperanza de que tal vez un día pueda darle lo que ha echado de menos durante toda su vida—. Tengo algunos ases en la manga.

Travis me dirige una mirada fulminante.

—No necesitamos ases..., necesitamos un milagro.

Tras esa sentencia, se cubre las orejas con los auriculares y comienza a presionar la pantalla del móvil para poner en marcha la música. Evidentemente, la conversación ha terminado. Sin duda es bueno, porque no sé qué más podría añadir en este momento. No le puedo prometer un milagro. Lo cierto es que no puedo prometerle nada, salvo que estoy tratando con todas mis fuerzas de que tengamos una vida mejor. Él e incluso yo... Tiene que haber algo más que esto.

Después de limpiar la cocina y de dar de comer a mi madre, estoy arreglando su habitación cuando Travis asoma la cabeza.

—¿Te vas a quedar esta noche?

—Sí. Solo nosotros. ¿Quieres ver una película o algo así?

Frunce el ceño como si le acabara de preguntar si puede donarme un riñón.

—No, no... Me largo a casa de Trip. Haré allí los deberes.

—¿De verdad? —digo, dejando caer las manos—. ¿Qué te pasa? Cada vez que hago planes para quedarme en casa y pasar la noche contigo, te largas. ¿Me tienes alergia o algo así?

—No es asunto tuyo —replica con aire hosco.

Me muerdo la lengua. No voy a quejarme. Ni a discutir con él. Ni a tratarlo como a un niño. Ni como a alguien diferente. Ni a hacer ninguna del millón de cosas que sé que le molestan. Travis necesita tranquilidad. Previsibilidad. Pero también necesita interacción social y amigos, algo que en este momento parece obtener de Trip. Así que mantendré la boca cerrada y rezaré para que no se meta en líos ni resulte dañado.

Se demora en la puerta. No sé si quiere decirme algo más o si está esperando a que yo diga algo. En cualquier caso, ninguno de los dos habla de nuevo, y se limita a alejarse rumbo a su habitación.

Media hora después, estoy empezando a poner una lavadora cuando escucho que la puerta se abre y se cierra. Corro al porche antes de que Travis llegue a la acera.

—¡No llegues demasiado tarde! —grito. Sin darse la vuelta, con la mochila al hombro, levanta una mano y sigue andando.

Ya de vuelta al interior, recorro una habitación tras otra de nuestro pequeño hogar, recolocando lo poco que puedo colocar. Después, me pinto las uñas de los pies. También me pongo una mascarilla en la cara al tiempo que pienso en Sig y la huella de fango que me dejó sobre el pecho. Me doy un baño caliente, donde me depilo de pies a cabeza; mientras estoy reclinada contra la fría cerámica de la bañera, mi mente comienza a vagar de nuevo. Y mis pensamientos van a Sig, a su contacto, a sus besos. A todo lo que ha ocurrido a lo largo del día.

Con solo pensar en él me duele el cuerpo.

Cierro los ojos y conjuro sin esfuerzo sus ojos castaños, su boca perfectamente esculpida, sus manos grandes y algo ásperas.

«¡Dios!».

Casi por voluntad propia, mis manos van a mis pechos y se detienen para rozar los pezones palpitantes como haría Sig. Como ya ha hecho. Recuerdo la sensación que provocó tener allí su boca, cálida y abierta. Mi cuerpo es recorrido por una ráfaga de deseo y necesidad. Mi núcleo responde a mis pensamientos y envía un chorro de calor hacia abajo. Muevo las manos en esa dirección, más y más lejos, cada vez más cerca del lugar donde el dolor es más intenso, donde el vacío es más profundo.

Ahucó la mano sobre mi centro mientras mi mente evoca los dedos de Sig, sus labios, su lengua, hundiéndose en mi interior. Llenándome, pero no por completo; satisfaciéndome, pero no totalmente. Sus juegos, sus bromas... que me vuelven loca. Sig sabía que era lo que más necesitaba, lo que más ansiaba. Solo se trataba de disfrutar el recorrido hasta que fusionara su cuerpo con el mío para apagar esta sed insoportable.

Pero mi contacto no es como el de Sig. No importa la fuerza con la que cierro los ojos, no importa cuánto me concentre, no importa cuánto me gustaría que fuera él; no lo es. No son sus manos ni su boca. No es su beso ni su olor. Ni su risa ni su gruñido. Estoy en el cuarto de baño. En casa. Sola, a todos los efectos. Justo como no quiero estar en este momento.

Frustrada, retiro el tapón para vaciar la bañera antes de salir y secarme con la toalla. Ya de pie en el cuarto lleno de vapor, extendiendo una loción perfumada sobre cada centímetro de mi piel sensible, gimiendo de anhelo.

Limpio la condensación del espejo y me encuentro con las dilatadas pupilas y las mejillas encendidas de mi reflejo. Me sorprende ver lo que se lee en mis rasgos. Deseo. No hay resistencia, solo creciente necesidad.

No voy a ser capaz de evitar ceder ante él. Es una certeza tan innegable como que estoy aquí. Es como una adicción que se ha colado en mi interior por sorpresa y se ha apoderado de mi voluntad. Soy lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de cuándo estoy luchando una batalla perdida. Y también sé que si me dejo llevar ahora, pondremos fin a esta tortura y podremos seguir adelante. Una sola vez. Una y nada más. Es como tiene que ser.

Disfrutar de esta noche hasta mañana.

Pero podemos tener este tiempo.

Esta noche será nuestra.

De Sig... y mía.

Y de todo lo que fluye entre nosotros.

Solo una noche.

Clavo la mirada en la misma cara, que ahora refleja unos cambios sutiles. Mis ojos brillan resueltos y mis labios tiemblan de anticipación.

Una vez que he tomado la decisión, me siento casi frenética. Me lanzo a por unos pantalones cortos y una camiseta nada espectacular (que no planeo tener puesta demasiado tiempo) antes de detenerme para escribirle una nota a Travis para que la lea cuando llegue a casa, diciéndole que no me espere y que me llame si me necesita. Dará por hecho que estoy con Lance.

Ni siquiera me molesto en asegurar el pelo que se me ha escapado del moño. Solo recojo el bolso, cierro la puerta y corro hacia el coche. El tiempo que tardo en llegar a su casa me parece demasiado.

Cuando llego a la puerta y la golpeo con la urgencia que siento ahora, estoy sin aliento. En el momento en que Sig aparece por fin ante mí —que me ha parecido una vida a pesar de que sé que solo han sido unos segundos—, muestra una expresión salvaje, como si estuviera esperando algo más. ¿Un problema quizá?

Nuestros ojos se encuentran mientras permanecemos inmóviles, en perfecto silencio. Frunce el ceño durante un segundo antes de estudiar mi rostro. Su mirada se desplaza por mis mejillas encendidas, por mis labios entreabiertos, por mi pecho agitado. Y luego, como si pudiera leer mi cuerpo de alguna manera, como si adivinara mis intenciones, sus ojos se clavan en los míos.

A lo largo de treinta segundos más o menos, un millón de palabras no dichas fluyen entre nosotros. Duda, indecisión y algo de temor. Todo lo que siento y que ha conducido a este momento, a estar ante su puerta en lo que podría ser un enorme error.

En su cara solo hay una cosa. Una pregunta. Una sola duda. ¿Podré llegar tan lejos?

«¿Podré?».

Con el corazón latiendo con un ritmo antiguo contra mis costillas, marcándome como un tatuaje que siempre estará ahí, bebo la imagen de sus expresivos ojos, de la belleza de su rostro. Todo está allí, frente a mí. Alguien que me desea a mí, solo a mí. Solo quiere estar conmigo. Nada más.

Y es por eso por lo que no puedo alejarme. Todavía no.

Sin palabras, hago lo posible para responder a Sig, para contestar a su pregunta. Me mantengo constante, quieta y firme ante él.

El tiempo se detiene. Mi cuerpo reacciona. Lo único que oigo es el sonido de la respiración acelerada de Sig y el flujo de la sangre que zumba en mis oídos. Y luego no percibo nada, no veo nada. La pequeña burbuja de lo que siento me envuelve de inmediato, corazón, mente y cuerpo. Soy capturada por este hombre, por su contacto, por lo que crepita entre nosotros.

Con un movimiento tan rápido que parece fuera de lugar en este momento tierno, Sig encierra mi cara entre sus manos y busca mis labios con los suyos. No hay lugar para dudas, preguntas o ternura. No es necesario. Solo para la pasión, para un deseo que está completamente fuera de control.

Me abro a él y nos sumergimos en un beso que siento en los huesos. Cada roce de su lengua envía un escalofrío a mi espina dorsal, cada contacto de sus dedos es como un tranquilizador sosiego para mi alma.

Tira de mí hacia el interior y cierra la puerta a nuestra espalda. Me rodea con los brazos y, alzándose contra su cuerpo, me lleva al dormitorio. Aquí todo está oscuro y tranquilo, la habitación parece llenarse con el calor que generan nuestros cuerpos febriles y la ardiente sensación de nuestra necesidad.

Estoy tan desesperada como por la tarde. Después de un solo beso, solo deseo que me penetre. Que me haga suya.

Suelta mis labios solo el tiempo suficiente como para pasar la camiseta por mi cabeza, despojándome de la ropa de una forma tan rápida y eficiente que estoy entre sus brazos cubierta solo por el aire.

Mientras se afloja la cremallera con una mano, me alza lo suficiente para apresar un pezón entre sus labios. Y succiona. Con una fuerza deliciosa. Provoca una sensación tan maravillosa e intensa que dejo caer la cabeza al tiempo que enredo los dedos entre sus cabellos, sosteniendo aquella maravillosa crueldad.

Sin dejar de lamer mi carne turgente, se las arregla para liberarse. Incoherente de deseo, lo rodeo con las piernas, tan necesitada que no puedo pensar en otra cosa que tenerlo dentro de mí. Oigo el susurro de un rasguido y luego, de forma casi salvaje, Sig se gira, me presiona la espalda contra la pared y empuja su cuerpo hacia el mío.

Los pulmones se me congelan y mi cabeza cae hacia atrás, tropezando contra el yeso frío. No puedo respirar, literalmente, durante unos segundos. Solo puedo sentir. Todas mis terminaciones nerviosas son estimuladas con su penetración. Es tan grande y está enterrado tan profundamente en mi interior que mi cuerpo lucha para aceptarlo mientras mi mente intenta procesar el dolor y el placer que suponen su presencia.

Sig se queda inmóvil, solo respira con pesadez junto a mi oreja durante unos segundos.

—¿Te he hecho daño? —resopla la con brusca ternura.

Comienza a retirarse mientras suelta el aire.

—No, por favor —le suplico.

Y vuelve a detenerse. Introduce la lengua en mi boca abierta al tiempo que se hunde un poco, dejándose llevar mientras flexiona las caderas, clavándose en mí un poco más y robándome otra vez el aliento.

Me veo invadida por las sensaciones. Mis labios, mis pezones, mis piernas, mi sexo. Mi piel, mi centro... Siento a Sig en todas partes como si el resplandor de un relámpago hubiera sido embotellado y transferido a mi cuerpo a través de él. Saltando con entusiasmo de sinapsis en sinapsis con cada movimiento de su pene en mi interior. Las sensaciones explotan y se desbordan como un géiser, haciendo que mi sangre hierva con un hermoso fuego blanco.

Al presionar la espalda con más fuerza contra la pared, Sig se inclina y desliza las manos por dentro de mis piernas, donde nuestros cuerpos están unidos, y coloca los dedos a cada lado de mi tirante entrada para dilatarla con suavidad. Gira las caderas y vuelve a presionar con fuerza, frotándose contra mis pliegues extendidos. La fricción del movimiento estimula cada terminación nerviosa de mi sexo. Me dejo llevar. Estoy en sus manos, contra la pared, ciñendo su eje. Es como si fuera una explosión nuclear que se acciona enviándome a las estrellas antes de que mi mundo se contraiga de nuevo en el lugar ardiente y húmedo donde estamos unidos. Mi universo se centra en un clímax tan intenso que no puedo pensar ni hablar.

—¡Dios, sí! —gruñe entre dientes mientras mi cuerpo lo ciñe en el primer espasmo. Me muerdo el labio para no gritar su nombre. Lo absorbo de forma rítmica, y su plenitud dentro de mi sexo intensifica cada oleada. Su gruñido se convierte en un gemido—. Esto es lo que quiero —murmura en mi oído—. Sentir que te corres por mí. Solo por mí. Connigo.

Como si puntuara cada frase, se hunde en mí, acariciándome desde el interior poco a poco, con suavidad, prolongando mi éxtasis hasta que los brazos caen sin fuerza a mis costados.

Cuando mis extremidades comienzan a recuperar la facultad de sentir, el pesado adormecimiento del orgasmo se derrama sobre mí. Sig me abraza y se aleja de la pared. Su cuerpo sigue profundamente asentado dentro del mío cuando se arrodilla sobre el colchón y me deposita con suavidad encima del edredón.

Mantengo sus caderas envueltas con las piernas mientras elevo las mías sobre la cama. En el momento en que se arquea de nuevo, mi cuerpo reacciona al instante, palpitando a su alrededor y arrancando de mis labios temblorosos un agudo gemido.

—Quédate conmigo —me pide bajito, extendiendo la mano para acariciarme desde el monte de Venus hasta la barbilla. A medida que mueve la mano más lejos, presiona hacia mí con un lento y profundo empuje que me hace gemir. Un sonido exuberante que suena exactamente como me siento.

—Sí, un rato —respondo abriendo los ojos para clavarlos en los suyos.

Él me está mirando; sus iris parecen negros en la penumbra.

—¿Hasta que haya tenido suficiente de ti?

—Sí, hasta que hayamos tenido suficiente.

Se separa de mí, sus grandes manos se deslizan por mis caderas hasta ahuecarse sobre mi trasero. Se arrodilla a los pies de la cama y pasa la lengua desde mi entrada hasta el clítoris, que dibuja con suavidad antes de chuparlo con ternura.

—Hasta que tengamos suficiente —conviene.

Con la punta de los dedos, sus labios y el cosquilleo suave de su lengua, juega con mi sexo hasta que vuelvo a la vida. El placer del clímax se une con esa nueva necesidad para que anhele algo más, algo nuevo. Teje un mágico hechizo sobre mi cuerpo y me estimula sin piedad con un ataque incesante. Su ritmo, aunque no se acelera, tampoco se ralentiza; es constante y exasperante y, en solo unos minutos, consigue que arquee la espalda de la cama y que suplique más. Más intensidad. Más profundidad.

—Sabes justo como imaginaba. Eres adictiva, atractiva, pecaminosa —murmura contra mí. La barba incipiente que cubre su mandíbula provoca una deliciosa tortura—. Podría lamerte durante toda la noche sin cansarme.

Me chupa, me aspira, me mordisquea, me lame sin pausa. Al mismo tiempo, me penetra con un dedo con largos movimientos que consiguen que mis caderas se impulsen hacia él. Me retuerzo bajo su cuerpo y el dolor se convierte en un latido, y el latido en necesidad. Se me escapa un gruñido de frustración y Sig se ríe contra mi piel, un sonido gutural que me hace temblar.

—Paciencia —susurra, volviendo a frotar la boca sobre mí.

Jadeo, mi impaciencia va en aumento.

—Te necesito dentro de mí —declaro.

—¿En serio? —pregunta con una sonrisa en la voz.

—¡Sig, por favor! —estoy preparada para él de nuevo y sé que lo percibe en mi voz.

—Paciencia —repite.

Incrementa la presión de su boca, pero no del dedo. Aun así, lo desliza dentro y fuera de mí de forma profunda y firme. Yo me rozo contra su cara, contra su mano, pero él se retira un poco, dispuesto a dejarme anhelante. Aprieto los dientes cuando los estremecimientos recorren mi abdomen.

Siento un profundo dolor, dolor del bueno aunque constante y prolongado, que hace que mi corazón se impulse contra mis costillas. Incapaz de pensar en nada más que buscar alivio, cierro el puño en el pelo corto de Sig y tiro con fuerza. Quizá con más dureza de la que había previsto, pero es suficiente para aliviar un poco de mi angustia.

De pronto, Sig me suelta. Sin previo aviso, se inclina sobre mi cuerpo y, pasándome un brazo por debajo de las rodillas, atrae mis caderas. Luego, con un decidido impulso, está dentro de mí. Mi grito se funde con su gemido de satisfacción. Me libera; es la mejor manera de describirlo. Se hunde cada vez con más dureza, con más profundidad, sumerge su longitud por completo para hacerme sentir un placer diferente a cualquier otro. Aprieto los ojos con fuerza y me pierdo en el remolino de colores que se dibuja detrás de mis párpados en forma de calor líquido, el mismo que se vierte en mis músculos, convirtiéndolos en masas temblorosas.

Las oleadas me recorren de pies a cabeza y, a pesar de ellas, me las arreglo para abrir los ojos y concentrarme en Sig. Me mira con una expresión feroz. Parece que estaba esperándome, aguardando a que abriera los ojos y pudiéramos terminar esto juntos.

En el momento en que nuestras miradas se encuentran, siento cómo se tensa y sé que está listo para continuar su camino. No creo que pudiera apartar la vista de su impresionante expresión aunque lo intentara, así que no lo hago. Continúo mirándolo. Me deleito en lo que siente, en lo que le hago sentir. Y en lo que me hace a mí. En lo que nos provocamos el uno al otro.

Arquea la espalda y separa la parte superior del cuerpo de la mía mientras surca su propio pico, impulsando y girando las caderas sobre un eje contra las mías de forma que provoca que mi propio cuerpo recorra el mismo trayecto. Mientras la oleada me atraviesa, soy esclava del flujo de mi placer hasta que él se pone rígido y se clava en lo más profundo de mi cuerpo. Por fin se derrumba sobre mí, presionando su torso sudoroso contra el mío.

Segundos, minutos u horas más tarde, cuando su respiración agitada se convierte en profundas inhalaciones y suspiros, Sig levanta la cabeza y me mira. Sus ojos chocolate brillan de satisfacción, más dorados que pardos. Casi de color miel.

—Me alegro de que hayas venido a mi casa.

—Creo que no habría podido permanecer alejada.

—Me alegro de que no lo intentaras —admite con una sonrisa.

Me siento como si las nubes se precipitaran, cubriendo un campo verde, exuberante de alegría.

—Sig..., yo...

Me pone el dedo índice en los labios.

—Todavía queda mucha noche. No lo arruines.

—Pero...

—Sin peros. Esta noche es para el sexo salvaje y los pensamientos felices. Nada más. ¿Entendido?

Sonrí, no puedo evitarlo.

—Entendido.

Me besa de forma brusca en los labios antes de retirarse de mi interior y dejarse caer de espaldas. Luego tira de mí para que me coloque sobre su pecho. Apoya la cabeza sobre su corazón, confortada de alguna forma por el ruido constante que percibo bajo la oreja.

Con cierta pereza, dibujo círculos diminutos alrededor de una de sus tetillas.

—Háblame de tu familia. ¿Eres hijo único o...?

—¡Dios, no! A veces lo he deseado, pero no soy hijo único ni de lejos. Tengo dos hermanos y una hermana. Un buen puñado de idiotas.

Le doy una palmada en el pecho.

—¡No digas eso! Son tu familia.

—¿Y eso qué más da? Los hermanos suelen ser idiotas.

—Sí, pero se supone que deberías pasarlo por alto.

—Vale —replica con un suspiro de exasperación—. No son idiotas..., al menos no lo son todo el tiempo. —Escucho el estruendo de su risa, que hace que vibre mi barbilla y que me cosquilleen los labios—. No, supongo que no están mal. El mayor es un poco agobiante a veces; un maldito obseso del control. Pero tiene buenas intenciones.

—¿Es con el que mejor te llevas?

—No, con quien me llevo mejor es con mi hermana. Jamás lo reconoceré, por supuesto, pero es de puta madre. Para ser una chica, claro está —añade de forma enfática al tiempo que me da un apretón en el hombro. Le retuerzo la tetilla—. ¡Ay, Dios! ¡Eso duele! —exclama. Luego se inclina para pellizcarme el trasero—. Hazlo otra vez —me reta riéndose.

—Eres incorregible.

—Si ese es el código para ser una ardiente dinamo sexual aderezada con una astuta inteligencia, no puedo estar más de acuerdo.

Suelto un gemido al tiempo que pongo los ojos en blanco, a pesar de que no puede verme. Tampoco puede ver mi sonrisa.

—Por tanto, el mayor es muy dominante y te llevas mejor con la pequeña. ¿Y qué me cuentas de tus padres?

—Mi padre es genial. Todavía vive. Mi madre murió cuando yo tenía siete años. —Su voz está más seria—. Tuvo cáncer cuando era niña. Se curó y pensaron que lo había superado, pero no fue así. Fueron días muy duros; su muerte casi acaba con mi padre. La amaba. Quizá demasiado.

Alzo la cabeza en busca de sus ojos.

—¿Demasiado? ¿Es posible amar demasiado?

—Creo que sí. Yo no quiero amar tanto a alguien que estar separado de ella me haga olvidar que existen otras cosas que me pueden hacer feliz.

Vuelvo a bajar la cabeza. No quiero que vea que el corazón se me ha roto un poco con sus palabras.

—Creo que me gustaría amar a alguien de esa manera... y ser correspondida —digo con suavidad, dotando a mi voz de una pizca de anhelo que nunca he compartido con nadie.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres amar tanto a alguien que si te faltara serías desgraciada?

—No creo que las personas deseen perder a sus seres queridos. No es la norma.

—Pero ¿por qué arriesgarse de esa manera a resultar herido? ¿Por qué buscar esa mierda?

—La gente corre el riesgo porque si la tragedia no les golpea... y conservas a tus seres queridos... vale la pena.

—¿Incluso aunque duela? Es decir, con el tiempo morirán. Al final.

Sonrí contra su pecho.

—Especialmente si duele.

—Eso no tiene sentido, ¿sabes? Eso solo es aplicable cuando se tiene que hacer algo que no se quiere hacer, algo que va a terminar causando dolor de alguna manera.

—Por supuesto que lo tiene. El dolor solo nos recuerda que estamos vivos. Nos recuerda que debemos luchar. Sin él, nos desplazamos sin control por la vida, sin darnos cuenta.

—Y tú, ¿por qué luchas? —pregunta en voz baja.

—Por Travis. —No lo dudo ni un momento. Él ha sido la razón de todo... desde hace años.

—¿No vale la pena luchar por nada más?

—No hay nada más que él.

Sig me agarra por los brazos y me arrastra sobre él hasta que nuestros ojos están al mismo nivel, mi cara a escasos centímetros de la suya.

—Te ayudaré a luchar por él. Eso es lo que estás haciendo, ¿verdad? ¿Luchas por él? Todo esto es por Travis.

—Te he dicho que... —Intento apartarme, pero Sig no me lo permite. Me inmoviliza con su mirada, con sus manos.

—Ya sé lo que me has dicho. Y te lo repito de nuevo; puedes confiar en mí, Tommi. —Tira de mí hacia abajo hasta que nuestras caras se rozan, hasta que sus labios entran en contacto con los míos cuando habla—. Puedes confiar en mí.

Nos miramos a los ojos en una firme batalla de voluntades. Los dos igual de fuertes. Yo, decidida a no ceder, a no confiar, a no perder el control. Él, intentando lo contrario, convencerme y desequilibrarme. Cuando trato de alejarme, Sig sujeta mi rostro entre sus grandes manos y me retiene, atrapándome de nuevo con su mirada como si al mantenerme aquí el tiempo suficiente pudiera obligarme a creer en él.

Los labios con los que cubre los míos son duros y exigentes. Calientes. No estamos de acuerdo. Nos vemos abocados a entrar en conflicto, a luchar con dureza. Pero en este momento, ahora, nos sentimos unidos, acoplados, juntos en medio de lo inevitable. De hecho, lo que hay entre nosotros es así, inevitable. Ardemos sin control, envueltos en calor, deseo y una sed que no se apaga.

Mis piernas se separan a ambos lados de sus rodillas y se hunden en el colchón mientras me sumerjo en su beso, dejándome llevar. Nos tocamos, nos mordemos, nos devoramos.

Lo siento debajo, su erección presiona contra mi calor, y la humedad se precipita hacia el lugar donde estoy a horcajadas. Sin soltar mis labios, noto que se mueve para llegar con la mano a la mesilla y coger otro condón. Con rápidos y precisos gestos lo abre y se lo pone antes de agarrarme por las caderas y, sin soltarme, hacerme bajar sobre él.

A la vez, flexiona las caderas, hundiéndose con contundencia en mi interior. Gimo en éxtasis. Me lleva un momento relajarme a su alrededor porque todavía no estoy acostumbrada a la embriagadora sensación de verme dilatada hasta lo que parece más allá de mis límites.

Experimento su penetración intensamente, de ingle a ingle, de adelante atrás y hasta lo más profundo del abdomen. Está enterrado tan hondo que me llevo a preguntar si es la punta de su pene lo que presiona en mi diafragma y me hace jadear sin aliento.

Me cuesta respirar, por lo que me alejo de él para sentarme e intentar meter algunas bocanadas de aire en mis rígidos pulmones. La posición vertical en la que me encuentro no ayuda a mi respiración, y solo consigue que se introduzca más adentro si cabe. Dejo caer la cabeza hacia atrás mientras el placer me envuelve por completo. Como si supiera lo que más me gusta, me aprieta las caderas con las manos y mueve mi sexo contra el suyo, buscando una fricción demasiado deliciosa para describirla con palabras.

Cuando por fin puedo gestionar la entrada de aire sin esfuerzo consciente, jadeo, inspiro varias veces entre gemidos ahogados que parecen estimular a Sig. Se incorpora y lleva la boca directa a uno de mis pezones, que se pone a chupar mientras introduce la mano entre nuestros cuerpos buscando mis pliegues. Encuentra el clitoris y lo aprieta entre el pulgar y el índice, masajeándolo con suavidad, rítmicamente, hasta que el trueno se convierte en un rayo. Primero me cuesta ajustarme a su tamaño e intensidad, pero pronto estoy subiendo y bajando sobre él, directa a un nuevo orgasmo.

Sin descanso, Sig me conduce hasta el límite y me lanza al olvido. El éxtasis me atraviesa de la cabeza a los pies haciéndome sentir un vértigo increíble. Por un momento, me siento desorientada, y vacilo encima de él como la aguja de una brújula que no puede encontrar el norte. Sig tira de mí y me aplasta contra su pecho hasta que logro orientarme de nuevo en la realidad.

Cuando abro los ojos, que no tenía del todo cerrados, los clavo en sus exuberantes iris castaños. Están oscuros por la pasión, parecen feroces, como si el propio diablo le pisara los talones. Me observa mientras alcanzo el placer, me ve superarlo, esperando... Esperando a que llegue el momento de ceder al suyo.

Mueve las manos hasta mi cintura sin apartar aquella intensa mirada y empieza a moverse de nuevo con los dientes apretados, con las plantas de los pies apoyadas en la cama para levantar las caderas y clavarme la polla una y otra vez hasta que despierta en mí un deseo que consideraba saciado.

Por último, gruñe, un sonido prolongado que me indica que está cerca de lo que está buscando. Ansío que lo alcance, lo miró con adoración fijándome en la forma en que contrae los abdominales, tensos bajo la presión. Y antes de que sepa lo que está pasando, Sig me rodea la cintura con un brazo y me encuentro de rodillas en la cama, con él inclinado sobre mí. Me separa las piernas con rapidez y se hunde en mi interior desde atrás, con lo que el placer vuelve a ser total, un goce que nunca parece tener fin cuando estoy bajo sus manos y su cuerpo.

Las caderas de Sig impactan contra las mías con tanta fuerza que me castañetean los dientes. Pero no me hace daño. En cualquier caso la profundidad a la que llega, la agresividad de su asalto sensual arroja descargas eléctricas a mi cuerpo como si hubiera sido alcanzado por un rayo. Me pregunto si no se cansa. O si no se hace daño. Pero es tan poderoso sexualmente como lo es su cuerpo, su pene es tan fuerte y firme como el resto de él.

Noto cuando se corre. Es como si no hubiera nada entre nosotros. Palpita en mi interior con una cadencia entrecortada un poco más lenta, antes de dejarse caer hacia delante y reposar sobre mí en la cama, con la respiración tan acelerada como la mía.

Sig se retira de mi interior con suavidad para que los dos nos acomodemos de costado sobre las sábanas, jadeando como corredores de maratón. Le sonrío.

—Cuando dijiste sexo salvaje, te referías a esto, ¿verdad?

Se ríe y se cubre los ojos con un brazo mientras se deja caer de nuevo sobre la espalda.

—¿Qué quieres que te diga? Has despertado mis más bajos instintos... Proteger. Poseer. Devorar.

Sus palabras me hacen estremecer. No digo nada. No sé qué decir.

Después de un largo silencio, se inclina hacia mí apoyándose en un codo. Me mira a los ojos con una expresión llena de preocupación.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Te he asustado?

—¡Dios mío, no!

—¿Has disfrutado? —pregunta con una voz tranquila y a la vez acariciadora.

—Sí, mucho.

Cuando cierra los ojos, su cara muestra una sonrisa que indica que es un hombre feliz y satisfecho.

Dos horas después, me palpita la cabeza, me hormiguean los dedos... Se me cierran los ojos. ¡Joder! No hay nada como esa sensación de liberación. He deseado a Tommi desde que la vi junto a la carretera, pero jamás había esperado... esto. ¡Joder! Esta noche está siendo mucho más de lo que esperaba. Más fuerte, más potente, más satisfactoria...

Cuando por fin puedo levantar la cabeza, bajo la vista hacia Tommi. Sus ojos somnolientos están clavados en los míos.

—¿Puedes quedarte toda la noche? —le pregunto besándole la punta de la nariz.

Ella sube una mano para arrastrar vacilante las yemas de sus dedos por mi mejilla. Es un gesto reverente que me recuerda el riesgo que esto supone para ella. Ha dado un gran paso, lo que le provoca un gran temor. Ya noto cómo la neblina de la saciedad da paso a la luz de la decisión y al miedo a las consecuencias.

—Me encantaría, pero tengo que estar en casa cuando Travis se levante.

—Podríamos estar juntos, ¿sabes? Y luego ¿qué te parece si me invitas a desayunar antes de llevar a Travis al instituto? Después, podríamos volver aquí a tomar el postre.

—El desayuno no tiene postre.

— *Au contraire*. Cómo se nota que nunca has desayunado conmigo...

Su sonrisa es pequeña, insegura.

—Será mejor que no me arriesgue.

—¿De qué riesgo hablas? Travis me conoce. Le caigo bien. Por lo general, estoy contigo cuando lo llevas al instituto. Sencillamente llegaré un poco antes.

—No se trata solo de eso. Es decir..., creo que no es muy buena idea.

—¿Es por la mujer que hay en la habitación de atrás?

Del rostro de Tommi desaparece cualquier rastro de color.

—No sé a qué te refieres —responde de inmediato, como si su reacción automática fuera negarlo todo. Pero luego, parece pensarlo mejor—. Es decir, ¿cómo te has enterado?

—Me acerqué una noche. Vi que había luz en el patio trasero. Y allí estabas, cuidándola. ¿Quién es?

La veo tragar saliva. Casi puedo oler su pánico. Pero ¿por qué? ¿Cuál es el problema? ¿Qué secreto guarda?

—Es mi madre.

—Entonces, ¿por qué pareces a punto de desmayarte? No hay nada malo en cuidar de tu madre enferma. De hecho, creo que es un acto muy decente.

La sonrisa que esboza es nerviosa, temblorosa.

—Gracias. Es que... er... siempre ha sido una mujer muy celosa de su privacidad. Y con Travis... Solo trato de que todo fluya de la manera más tranquila y rutinaria posible.

—Entiendo... —digo al tiempo que asiento con la cabeza—. Y no estoy pidiendo que me la presentes ni nada. Pero no es necesario que me la ocultes.

Sus enormes ojos esmeralda se clavan un rato en los míos hasta que, por fin, vuelve a sonreír. Su boca se curva levemente, pero al menos no parece tan a la defensiva.

—Gracias. Soy consciente de ello.

—¿Qué le pasó? ¿Está enferma?

—Tuvo... er... tuvo un accidente hace algunos años. No ha sido la misma desde entonces. Incluso aunque quisiera presentártela, lo más seguro es que no se enterara de tu presencia.

Cojo su mano, que reposa tensa sobre mi pecho, y aprieto los labios contra la punta de los dedos antes de hablar.

—Lamento tu pérdida.

—Todavía no ha muerto.

—No, pero ver ese tipo de deterioro resulta desgarrador.

—¿Fue así como murió tu madre? ¿Poco a poco?

—No fue algo tan lento, nada que ver con lo que está pasando la tuya, pero sí que fue un proceso paulatino. Era difícil apreciarlo. Era difícil preguntarse cada día si ese sería el último que la vería con vida.

Tommi baja la mirada a la mano que sujeto. Se pone a jugar con mis dedos, acariciando cada uno de ellos de forma metódica, desde la base a la punta, casi sin pensar.

—A veces pienso que esto ha sido lo mejor para Travis. Al menos sigue con nosotros de alguna manera. Creo que eso le proporciona cierto consuelo.

—¿Y para ti también? —Recuerdo la forma en que Tommi hablaba con ella, como si esperara que la entendiera o respondiera.

—Sí, supongo que sí. Es difícil dejarla ir —confiesa con un hilo de voz que parece que va a romperse en cualquier momento.

—Eso es lo que provoca el amor —digo, apoyando mi postura anterior.

—Pero, aun así, no cambiaría el haberla conocido solo porque la vaya a perder. Tengo que creer que hay amor del bueno ahí fuera, ese amor desinteresado que proporciona una razón para despertarse cada mañana.

—¿Te refieres a uno como el que sientes tú por Travis?

Suspira de forma casi inaudible. La siento más que la escucho, ya que su aliento cae con suavidad sobre la piel de mi pecho.

—Sí, algo así solo que... diferente.

—De esos que se encuentran.

Sube la mirada hasta la mía.

—¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros.

—No lo sé muy bien. Amar a un miembro de la familia no es una opción en realidad. Al menos para la gente decente. Creo que es algo a lo que estamos predestinados desde que nacemos, ¿entiendes? Me da la impresión de que tú te refieres a la clase de amor que se encuentra. O que te encuentra. Del que sale en los cuentos de hadas y acaba desgarrándote el corazón y pisoteándote lo.

Aparecen unas arruguitas alrededor de sus ojos.

—Exactamente, pero sin que me pisoteen nada. Quiero un amor duradero. Alguien que me quiera por mí, no por lo que puedo hacer por él. Alguien que esté a mi lado sin importar nada más. Esa clase de amor.

—Estoy seguro de que lo encontrarás. Y espero que no te rompan el corazón ni te lo pisoteen. No me gustaría verte llorar. —Froto el dedo índice en la esquina

de su ojo hasta la comisura de su boca, casi como si siguiera el recorrido de una lágrima. Se forma un hoyuelo debajo de mi dedo, una media sonrisa irónica.

—Yo también lo espero. —Arranca sus ojos de los míos y me mira los nudillos como si fuera un asunto de vida o muerte—. ¿Podrías...? ¿Podrías comentarle a nadie lo que sabes sobre mi madre? Es solo que... no quiero... es algo privado. No quiero que la gente de Lance sepa tanto sobre mi vida. Me gusta mantener este tema separado de mi familia todo lo que pueda, ¿lo entiendes?

Oh, lo entiendo muy bien. Me está diciendo más de lo que imagina. Seguramente más de lo que se propone.

—No diré una palabra al respecto —aseguro con sincera solemnidad—. Gracias por compartirlo conmigo. Por confiar en mí.

—Bueno, no es que confiara en ti, es que ya lo sabía —resopla.

—Tampoco es eso. Podrías haberme mentido. Haberte inventado algo. Pero no lo has hecho.

Me mira con timidez al tiempo que alza un hombro.

—Ya te dije que no te mentaría.

—No me lo había creído del todo.

Sus ojos buscan los míos.

—Ya veo. Imagino que la confianza, finalmente, es algo que debería ser recíproco.

—Y yo ya confío en ti, así que vamos en el buen camino. Esto es todo un avance.

Su sonrisa es de oreja a oreja en esta ocasión.

—¿De veras? No quiera Dios que algo entorpezca estos avances. Qué nervios...

Entrecierro los ojos.

—¿Estás riéndote de mí?

—No me atrevería...

Veo un brillo malicioso en su mirada y sé que nunca la había visto más guapa y atractiva. Bueno, salvo cuando gime perdida en un orgasmo. Esa imagen va a ser muy difícil de olvidar.

—¿Te he dicho ya cuál es el castigo por reírte de mí? —pregunto, moviéndome lentamente debajo de ella.

Cruza los brazos de forma protectora sobre los pechos antes de responder.

—No, no lo has hecho.

—Bueno, entonces te voy a explicar cómo funciona.

Lo último que oigo antes de cubrir su boca con la mía es un chillido.

Me despierto de golpe cuando escucho el pitido de un mensaje de texto. Veo a Tommi de pie, cerca de la puerta, con los pantalones en una mano y el móvil en la otra.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto aturrido.

—Enviándole un mensaje a Lance.

Noto una desagradable sensación en el pecho; unos celos crecientes. Irritado, los aparto a un lado. No tengo nada que envidiar. Lance es una obligación, un medio para obtener un fin que no conozco, pero Tommi está aquí conmigo porque quiere, porque no podía permanecer alejada de mí.

Aun así, no me gusta hablar de Lance con ella. Ni que le envíe mensajes. Ni que piense en él. No me gusta en absoluto.

—Le dije que si no podía acudir a la fiesta, estaría allí a las diez a menos que no me sintiera mejor.

—¿Qué le has dicho?

—Que lo veré a las diez.

Otra sensación desagradable, en esta ocasión, de irritación. Mezclada con celos. ¡Joder!

—¿Por qué no le has dicho que todavía no estabas bien? Podríamos haber pasado el día juntos.

—No quiero que sospeche nada.

Ella parece preocupada por verlo esta mañana. No me extraña, ¿quién puede saber lo que él ha planeado para hoy? Podría tener en mente una orgía. Y tendré que permitir que participe.

Se sube a la cama, pero no se mete dentro como si estuviera pensando en quedarse. Aunque no quiero que se vaya todavía; siento una extraña necesidad de mantenerla aquí hasta que yo sea la única preocupación que tenga, hasta que solo pueda pensar en mí. Como si pudiera marcarla y hacer que no viera a ningún hombre más.

Mis manos se mueven como relámpagos en la oscuridad. Cierro los dedos alrededor de sus tobillos y tiro de ellos hasta que queda estirada sobre la cama a mi lado, todavía desnuda. Grita con sorpresa.

—Todavía no te lo he enseñado todo —admito.

—¿No?

—No —repito, tirando de sus brazos para ponerlos a los costados—. No te he dicho que hay más —indago con la nariz en la parte blanda de debajo de la oreja.

—¿Más? ¿Más de qué?

—Más de mí. Más para mí. Más que el sexo salvaje.

—¿Hay más? —pregunta ella, soñadora, mientras arquea el cuello.

—Mmm... Hay mucho más. ¿Sabías que puedo ser tierno? —pregunto con un susurro tan suave como el movimiento con el que le rozo la mejilla—. Muy suave... —Para demostrárselo deslizo los dedos por su barbilla hasta sus pechos, rodeo cada pezón con una caricia ligera como una pluma. Siento que se estremece en respuesta; su cuerpo ya está en sintonía con mis dedos, preparado para responder—. Y puedo ir despacio. Muy, muy despacio.

Inclino la cabeza para lamer cada pico con largos y pausados golpes, como un gato lavándose el pelaje.

—Puedo adorar tu cuerpo como nadie lo ha hecho. Postrarme ante él, ante cada curva... —continúo, difundiendo un montón de besos sobre la curva de su cintura—, cada cavidad... —Giro la lengua dentro de su ombligo, consiguiendo que arquee la espalda. Casi puedo sentir cómo ceñiría mi dedo si lo tuviera dentro de ella. Pero todo a su debido tiempo. Y esta vez, este momento, es lento—. Todas las rendijas húmedas y calientes —añado al tiempo que le separo las piernas con una ligera presión. Separo los pliegues de su sexo y acerco la boca todo lo que puedo sin llegar a tocarla, tan cerca que puede sentir el calor de mi aliento y el cosquilleo de mis labios—. ¿Puedo enseñártelo? —pregunto, disfrutando de la forma en que alza las caderas hacia mí.

Su gemido jadeante es toda la respuesta que necesito.

El horario de sueño que he debido de mantener hasta hace poco todavía hace mella en mí. Creo que he conseguido robar un par de horas aquí y allí, pero apenas son suficientes para considerarlas un sueño reparador. Esta noche no es diferente, solo que en esta ocasión me vienen muy bien.

Justo antes del amanecer, abro los ojos de golpe. Lo primero que miro es la figura de la mujer inmóvil a mi lado. Mi pene reacciona de inmediato. ¡Joder!, jamás hubiera pensado que estaría tan salido a la madura edad de veinticinco años como cuando estaba en el instituto, pero así es; Tommi hace que me vuelva a convertir en un adolescente.

Con suavidad, paso el brazo por la cintura de Tommi y tiro de ella, encajándola como una cuchara contra mí. La sensación de sus nalgas presionadas contra mi

pene con firmeza no sirve para interrumpir el flujo de sangre hacia mi sexo. Hundo la cara en el hueco de su cuello e inhalo ese olor que es solo suyo mientras tomo nota mental para preguntarle qué tipo de perfume lleva.

Tommi se mueve, lo que me parece bien porque se arquea hacia mí y, prácticamente, hace que mi pene se acomode entre sus nalgas. La rodeo y pongo la mano en su rodilla para subir su pierna sobre la mía. Deslizo los dedos por el interior de su muslo hasta llegar a sus labios depilados, que separo en busca de la humedad que indica que está preparada.

—¡Oh, Dios! —gimo mientras deslizo el dedo por aquella superficie resbaladiza antes de moverlo hacia el clítoris—. ¿Siempre te despiertas dispuesta?

—No lo sé —dice con la voz ronca al tiempo que me agarra el antebrazo—. Siempre me despierto sola.

Aprieto los dientes. No podría haber pedido una respuesta mejor. Esto es solo para mí. No recuerda a otro, no espera a otro. Es todo para mí.

—Bueno, no me gustaría que se desperdiciara esto. Sería una pena.

Masajeo su brote inflamado antes de volver a deslizar la yema del dedo por sus pliegues hasta empujarlo todo en su interior. Me lo ciñe con sus músculos internos.

—Eres adictivo, ¿lo sabías? —susurra.

—Es gracioso —replico mientras la hago rodar sobre la espalda—. Eso es exactamente lo que estaba pensando de ti.

Una hora después, veo marchar a Tommi. Hora y media después de eso, aparco frente a su camino de acceso, ansioso por volver a verla.

Como es su costumbre, Travis es el primero en salir y baja las escaleras con la capucha puesta. Tommi lo sigue, cierra la puerta y verifica la cerradura. Me siento bastante sorprendido por lo que lleva puesto. Unos vaqueros que se ciñen a sus nalgas redondas y que cubren sus largas piernas y un suéter gris que oculta unos pechos que sé que son exuberantes y sensibles. Tiene el pelo recogido de forma despeinada en lo alto de la cabeza. Parece como si acabara de salir de mi cama —algo que es prácticamente cierto—. Su imagen hace que todo mi ser gima en silencio, recordando al mirarla. Como si pudiera olvidarlo.

«Es muy poco probable».

Se vuelve hacia mí, buscando mis ojos. Sus labios se extienden en una sonrisa controlada que me hace pensar que habría otra mucho más grande si no ocultara un delicioso secreto: nuestra noche juntos. La veo caminar hasta la *pickup*.

—¿Qué tal, tío? —pregunto a Travis cuando se sube al asiento trasero. Murmura algo que no soy capaz de entender, pero no le pido que lo repita. Estoy demasiado abstraído por la rubia que ocupa el asiento del copiloto—. Buenos días.

—Buenos días —dice ella con recato antes de ponerse el cinturón de seguridad—. No tendrás que llevarme al apartamento de Lance. Tenía que salir de la ciudad y no volverá hasta el domingo.

Lance no está. Se ha marchado hasta el domingo. Hoy es viernes. Tenemos dos días completos. Y dos largas noches.

Después de abrocharse el cinturón de seguridad, nuestros ojos se encuentran de nuevo. En los suyos hay un brillo tan diabólico que me dan ganas de llamar a un taxi para que lleve a Travis al instituto y regresar con ella y su sabroso culo a mi casa. ¡Deprisa!

—Me preguntaba por qué te habías vestido así —comenta Travis detrás de mí.

—Mientras el gato no está, los ratones juegan —me burlo, mirando a Tommi.

—Sí, lo harán —susurra ella por lo bajo para que yo sea el único que lo oiga, con las mejillas ruborizadas.

Siendo hijo de policía además de policía, acostumbro a respetar los límites de velocidad. Siempre lo hago. Hoy, sin embargo, lo sobrepaso por lo menos tres veces en mi prisa por llevar a Travis al instituto. Por Tommi merece la pena recibir una multa. De hecho, vale la pena recibir varias.

Tommi

Me siento como un preso que acaba de ser puesto en libertad. Cuando he recibido la llamada de Lance esta mañana, he sabido lo que quería hacer durante mi breve respiro. No he tenido duda alguna.

Sé que había pensado que lo de Sig era algo de una sola noche, pero después de cómo fue..., sabía que iba a necesitar más. Ahora puedo tenerlo, sin correr riesgos.

Sig no dice nada después de que Travis cierre la puerta y suba los escalones de hormigón del instituto. Solo mueve la palanca del cambio de marchas y acelera para regresar por donde hemos venido, solo que gira hacia el otro lado dos veces para llegar a su casa en lugar de a la mía.

Desde el momento en que la puerta se cierra a nuestras espaldas, nos vemos envueltos en una urgencia que no parece apropiada si tenemos en cuenta el hecho de que la noche pasada nos pasamos horas manteniendo relaciones sexuales. Pero es como si nada de eso hubiera ocurrido. Estamos tan ansiosos por tocar, probar y sentir como la primera vez.

Sudorosos y relajados, nos tomamos un descanso a la hora del almuerzo, cuando Sig me lleva a casa para que cuide de mi madre. Realizo feliz la tarea sabiendo que Sig me está esperando en el salón. Resulta extraño que algo tan simple pueda provocar tal diferencia, pero así es. Por primera vez desde que cumplí dieciséis años, siento que todo puede salir bien. Aunque no es porque tenga respuestas que no tenía ayer o porque mi plan haya cambiado, sino, simplemente, porque sirve de recordatorio de que estoy luchando por algo más grande.

Sig me lleva de regreso a su casa y me desnuda en cuanto cierra la puerta. Con un afán que no parece sosegar ni disminuir, se pone un condón, me presiona contra el frío panel de madera y empieza a arrancarme gemido tras gemido, grito tras grito.

Cuando estoy inerte entre sus brazos, manteniéndome en posición vertical porque me sostienen su cuerpo y la puerta, Sig se inclina hacia mi oreja.

—¿Crees que serás capaz de aguantar otro antes de ir a recoger a Travis?

«¡Santo Dios! Este hombre no es un salvaje, es una máquina».

—Sinceramente, por mucho que me gustaría, no creo que pueda. —Estoy segura de que el cuerpo humano puede soportar un número máximo de orgasmos en veinticuatro horas, y nosotros ya los hemos superado.

—No me subestimes —susurra, alejando mi espalda de la puerta y llevándome en brazos como si estuviera hecha de cristal. Recorremos el corto pasillo hasta entrar en el cuarto de baño, y Sig me deja de pie sobre la tapa del inodoro—. Voy a enseñarte otras cosas. ¿Quieres saber qué?

—Sí —admito, sintiendo ya un expectante latido como si no hubiera tenido ya incontables orgasmos.

La sonrisa de Sig es simplemente diabólica.

—Entonces déjame contarte una historia.

Y lo hace. Menos de una hora después, cuando ya he perdido la sensibilidad en las piernas por culpa del orgasmo más demoledor de todos, me doy cuenta de que él tenía razón; no debería subestimarle nunca.

Ni el día ni la noche siguen la rutina acostumbrada. Desde pasar la mañana y parte de la tarde encerrada entre los brazos de Sig hasta recoger a Travis en el instituto pasando por la sugerencia de que salgamos a cenar por ahí los tres y a ver una película. Todo es diferente.

Me he dado cuenta de inmediato de que Travis no parecía disfrutar jugando al rugby con Sig. Sé que necesita amigos y un hombre cerca, pero su trastorno de Asperger hace que sea difícil integrarlo en nuevas experiencias, que normalmente alteran su rutina y a él. Pero después de leer el entusiasmo en su cara —algo extraordinario para alguien que esconde cada emoción— y pedirme con sus expresivos ojos un «¿Podemos ir?», pienso que tal vez ha llegado el momento de dejar de vigilarlo tan de cerca. Después de todo, está creciendo. Y lo que más quiero para él es normalidad. Así que accedo, a sabiendas de que es una oportunidad para pasar más tiempo con Sig.

—Podemos ir.

Veo que a Travis se le escapa una sonrisa cuando se recuesta sobre el respaldo del asiento trasero.

Y así empieza la noche. Sig nos deja en casa y me guiña un ojo al tiempo que dice que sabe que necesito tiempo para cuidar de mi madre, prometiéndome que regresará a las cinco para que podamos ir a comer algo antes de ir a ver una película a las siete.

Todo sale a pedir de boca. Travis está tan cómodo con Sig que me hace pensar que celebra tenerlo cerca. Espero con desesperación que no le haya hecho daño al ir demasiado lejos, pero soy incapaz de olvidar los meses que pasó alejado de mí y en qué medida disminuyó eso su salud mental, emocional y física.

Me digo a mí misma que quizá no sea demasiado tarde mientras miro a Travis y Sig lanzarse el taco de servilletas como si fuera una pelota al tiempo que se desafían haciéndose preguntas de Harry Potter.

—¿Cómo sabes tanto de Harry Potter? ¿No eres un poco viejo para conocer esas cosas?

—No se es demasiado viejo para Harry Potter. ¿Y cómo te atreves a referirte a las pelis de Harry Potter como «esas cosas»? Te voy a dar una patada en el culo.

—Puedes intentarlo —responde Travis, como hacen los críos.

Sig pone sus enormes manos a cada lado del cráneo de Travis y finge apretar con fuerza.

—¡Te aplastaré! —dice por lo bajo, imitando con un tono áspero a lo que seguramente sea un personaje de la película. Algo que me supera. Jamás he tenido tiempo para frivolidades como películas y otras cosas que hacen las chicas normales. Pero me alegro de que Travis sí.

En lugar de sentirme amargada o resentida, aquel pensamiento me trae una paz increíble, como si estuviera comprobando que lo que he hecho por él lo ha ayudado. De alguna manera. Un poco. Porque eso es lo que quería, que creciera con la mayor normalidad posible.

Sus bromas continúan durante todo el rato. Sig reclama mi atención de vez en cuando y me guiña un ojo o me brinda una cálida sonrisa que dice que no importa lo que esté haciendo, que no ha olvidado lo que siente al besarme. Cada vez que lo hace me relajo un poco más.

De vuelta a casa, cuando ya tendríamos que despedirnos de Sig (al menos hasta que pueda escaparme disimuladamente), Travis le pide que se quede a jugar con la consola. Sig me mira como preguntándose si está bien. Asiento con la cabeza de forma imperceptible.

—Solo si no te importa perder —le advierte Travis.

—Ya te gustaría...

Sacudo la cabeza mientras los veo atravesar la casa hasta la habitación de Travis.

Voy a echarle un vistazo a mi madre y me aseguro de que está preparada para pasar la noche. A pesar de que no lo hemos mencionado, imagino que encontrará la manera de ir a casa de Sig y de regresar de nuevo por la mañana sin que nadie se entere. Sin embargo, no tendrá que ser muy pronto, Travis dormirá hasta casi el mediodía.

Algún tiempo después, una mano me mueve con suavidad y me despierto, sentándome de golpe al tiempo que vuelvo la cabeza para mirar el reloj que tengo detrás de la cabeza. Faltan cinco minutos para medianoche.

—Lo siento —me disculpo con Sig, intentando espabalarme.

—No —susurra, deslizándose una mano detrás de la espalda y otra debajo de las rodillas, para levantarme en brazos—. Voy a secuestrarte.

Sonrí. Esperaba que sucediera.

—¿Y Travis? —pregunto.

—Se quedó dormido en la silla, mientras jugaba. Lo he acostado, estará bien.

Apoyo la cabeza en su hombro, sintiéndome más feliz de lo que tengo derecho si considero la situación.

—Entonces secuéstrame, pero tendrás que traerme de nuevo por la mañana.

—Como desees —murmura, llevándose hacia la puerta.

Las horas que pasamos juntos son como los colores de una pintura abstracta. Soy felizmente inconsciente del tiempo. Fluyo por él como un barco en el agua, en lugar de detenerme a presentar batalla como suelo hacer. En lugar de temer la mañana, en la que tenga que regresar con Lance o contar los minutos hasta que pueda volver a casa para estar alejada de él, me encuentro disfrutando de cada segundo.

Cuando Sig y yo estamos solos, no me quita las manos de encima. Su boca, su cuerpo, su atención, son míos. Y yo soy suya por completo. Y cuando no estamos solos, hay una especie de hilo que flota invisible entre nosotros, atándonos el uno al otro. Ya esté hablando con Travis o lanzando el disco en el parque, o tomando perritos calientes recién hechos en la parrilla del patio trasero que rara vez usamos, siempre existe esa conciencia que compartimos. A veces, cuando lo miro, vuelve la cabeza hacia mí como si pudiera sentir que estoy observándolo. O, a veces, cuando está diciéndole algo a Travis, gira la cabeza hacia mí y me guiña el ojo, sin perder el hilo. Es como si no importara lo que está pasando, ocupamos un espacio en la mente del otro.

Después de comer, hacemos palomitas de maíz y nos sentamos a ver las dos partes de *El reportero*. Según Travis y Sig, el hecho de que no las haya disfrutado todavía es una desgracia de proporciones épicas, y debe ser solventado de inmediato. Yo me río de varias escenas, pero creo que me divierto más oyéndolos recitar líneas y añadiendo su granito de arena después de, sin duda, haberlas visto varias veces.

Cuando Travis se va a la cama, Sig se sienta a mi lado en el sofá y su mano comienza a trazar perezosos círculos en mi muslo hasta que se escuchan los suaves ronquidos de mi hermano. Entonces, aunque estoy agotada por no haber dormido demasiado, adquiero un extraño estado de alerta y dejo que me secuestre de nuevo.

Sin embargo, no me lleva directamente a su casa. La pasa de largo y se dirige al parque que visitamos unas horas antes.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto, ansiosa por sentir su piel contra la mía y no demasiado entusiasmada por viajes que retrasen ese hecho.

—Ya verás.

Sig me coge de la mano y me lleva de nuevo al banco en el que estuve sentada viéndolos jugar al disco. Ahora está bañado por la luz de la luna en vez de los rayos del sol, y presenta una inquietante belleza tan solitario en la noche.

Cuando se detiene frente a él, lo miro. Se sienta y alarga las piernas, y tira de mí para colocarme entre ellas.

—Cada vez que te he mirado a lo largo del día, solo he podido pensar en la imagen que presentaría aquí desnuda, con el sol calentando tus preciosos pechos y la cara levantada hacia arriba mientras me cabalgabas hasta correrme. Que me permitías correrme en tu interior. —Desliza la mano por debajo de mi minifalda de volantes y me baja las bragas—. Dime, solo-Tommi, ¿estás tomando la píldora?

Cuando noto su mano en el muslo, separo las piernas sin pensar.

—No tienes que preocuparte por dejarme embarazada.

—Mmm... —dice al tiempo que encuentra mi centro con los dedos—. Eso pensé. Y estoy seguro de que te haces análisis, ¿verdad?

—Sí —susurro, con la respiración entrecortada—. De forma regular, ¿y tú?

—Sí, señora. No tienes de qué preocuparte en ese sentido. Entonces, ¿qué te parece mi idea? —me pregunta, introduciendo dos dedos en mi interior—. ¿Qué te parece si me dejas amarte debajo de la luz de la luna? —Mientras habla, retira los dedos y me impulsa hacia él hasta que me sube al banco, a horcajadas sobre sus caderas. Se desabrocha los vaqueros y luego la parte delantera de mi top. Afloja los cordones para que pueda deslizarlo por mis hombros y suelta los broches del sujetador, dejando los pechos al descubierto—. ¡Maldita sea! Eres todavía más perfecta de lo que imaginaba. Tu piel es como la seda. —Me acaricia un pecho, jugando con él hasta que mis pezones se convierten en puntos palpitanes—. Son como caramelos —asegura antes de capturar uno con la boca mientras con la mano libre coloca su glánde entre mis pliegues. Siento que mi cuerpo se tensa en una silenciosa súplica para que me penetre, como sé que va a hacer—. Y jamás he tenido un coño como este.

Al final de la frase, como enfatizándola, tira de mí hacia abajo como si fuera una funda. La sensación de que se desliza en mi interior, suave como el cristal, es indescriptible.

—Dios, es increíble. Justo como imaginaba.

Con suavidad, me impulsa arriba y abajo por él. Poco a poco..., muy poco a poco, y resulta enloquecedor. Cuando tengo prisa, no me permite apresurarme. Cuando estoy a punto, no me permite dejarme llevar. Me mueve de forma continua sobre él imprimiendo a mis caderas un ritmo profundo que alterna con lánguidos empujes que me conducen a la liberación de forma irremediable.

Sig se inclina hacia delante para adorar mis pezones, mi cuello, la curva de mi brazo; parece que no pudiera tener suficiente de mí. Murmura lo hermosa que soy, lo mucho que le gusto, lo mucho que me desea, que nunca se cansará de estar dentro de mí.

El clímax nos encuentra a los dos a la vez mientras nos movemos juntos en un ritmo que no cambia, solo se hace más intenso, hasta que comienzo a gritar su nombre sin aliento una y otra vez, y él me estrecha entre sus brazos cuando se derrama en lo más profundo de mi interior. Dentro de mí.

Estamos sentados, inmóviles, durante varios minutos. Hasta después de que desaparezcan las últimas oleadas. Sig no me suelta, no afloja su agarre. Y yo tampoco quiero que lo haga. Algo en la forma en que me retiene contra él me hace pensar que recordaré esta noche aunque haya olvidado otras. A pesar de que una vocecita murmura desde los recovecos más lejanos de mi alma que no podré olvidar ni un solo instante del tiempo que pase con él. Sin embargo, de alguna manera, sé que este momento tiene un significado especial y lo atesoraré siempre en mi corazón.

Es domingo y, a pesar de la sonrisa que luce, sé que Tommi es tan consciente de que Tonin regresa esta noche como yo. El hecho de que no sepamos a qué hora exactamente es desconcertante, siento que los dos estamos a la espera de que caiga el hacha.

Travis parece haber disfrutado durante los últimos días. Sé que para él también va a ser duro el regreso de Tonin. Y eso me irrita. No se trata solo de Tommi, también está jodiéndole la vida a un crío inocente.

Terminamos las tortitas y salimos hacia Shoot the Hooch. Le había prometido a Travis que hoy bajaríamos en flotadores por el río Chat ahoochee. Estábamos llegando a la entrada del parque cuando suena el móvil de Tommi. Un pesado silencio cae sobre la cabina y sé que todos pensamos lo mismo. A pesar de que Travis no sabe todo lo que está pasando, es un chico lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que la situación cambiará de una forma drástica cuando Tonin regrese.

Ella echa un vistazo a su teléfono y luego me mira a mí con el corazón en los ojos. Parece casi frenética.

Se vuelve hacia el otro lado, se aclara la garganta y responde al teléfono con el aparato pegado a la oreja.

—Hola, ¿estás de vuelta? —la escucho preguntar con una nota de esperanza en la voz. Resulta muy convincente, lo que me cabrea bastante.

Ni siquiera disimulo que no trato de saber qué está diciendo.

—Sí..., ajá... Yo también te he echado de menos —dice—. ¿Hoy? —Eso hace que cierre los puños con fuerza, clavándome las uñas en la piel.

Cuando baja el teléfono veo que su pecho sube con una respiración profunda, y se vuelve hacia Travis con cara de decepción.

—Vamos a tener que venir en otro momento, Trav. Lance está de vuelta y quiere verme.

—¿Y? ¿Qué pasa con lo que quieres tú? —espeta.

—Travis, ya sabes que yo...

—Cállate. Llévame a casa, me iré a ver a Trip.

—Travis, puedes ir conmigo —me ofrezco.

—Olvidalo. Quiero ir a casa.

En el trayecto de regreso, el ambiente en el interior de la *pickup* no puede ser más diferente que el que disfrutábamos hace cinco minutos. El aire se ha espesado tanto que se puede masticar, pero Tommi permanece sentada en su asiento, fingiendo que todo está bien.

Los llevo a casa en silencio. Cuando Travis sale, Tommi se vuelve hacia mí.

—Ahora vuelvo.

La veo caminar con rigidez hacia la puerta y entrar. Regresa con la misma rigidez quince minutos más tarde, con el pelo cayendo con suavidad sobre su espalda y su cuerpo encerrado en un vestido ceñido hasta la rodilla y con una abertura en la espalda.

Estoy muy cabreado, así que no digo una palabra hasta que llegamos al garaje. Apago el motor y permanecemos sentados en tensa calma hasta que, por fin, Tommi me mira.

—Me tengo que ir.

—No tienes que hacer nada.

—Sí, tengo que hacerlo. Sabías que esto iba a ocurrir. Sabías que no iba a durar.

—Eso es elección tuya, no mía.

—Si pudiera actuar de otra manera, lo haría. Pero no puedo.

—¿Por qué? —escupo—. Dime por qué.

Se muerde el labio.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Una vez más, puedes, pero no quieres.

—Sig, en este caso es igual no poder que no querer. Las razones son las mismas para ambas cosas. Tengo las manos atadas.

—No lo creo. —En ese momento podría estrangularla. O estrangular a Tonin. A cualquiera. Estoy echando humo.

Hasta que veo que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Sabía que esto era un error —se lamenta.

Reprimo mi temperamento con puño de hierro. Ser un idiota no va a beneficiarme. Suelto el aire antes de cogerle la mano.

—Lo siento. No... no te mereces esto. Es que... ¡Dios! Lo odio. —Dejo caer la cabeza hacia atrás al tiempo que le acaricio la palma de la mano con el pulgar.

—Me gustaría poder cambiarlo, pero no puedo. —Cuando vuelvo a mirar a Tommi, unas solitarias lágrimas fluyen en silencio por sus mejillas y le tiembla la barbilla.

Pongo la mano en su nuca y la atraigo hacia mí para apretar mi frente contra la suya.

—Yo lo cambiaré por ti, si me dejas.

—No puedes —l ora con la voz entrecortada—. Nadie puede.

Alzo la cabeza hasta rozarle la frente con los labios.

—Eso fue antes de conocerte. Puedo ayudarte, Tommi. Te lo prometo. Solo tienes que confiar en mí.

—Quizá algún día... —responde, hundiendo la cara en la curva de mi hombro.

La rodeo con los brazos, estrechándola con fuerza hasta que su agitación se detiene.

—Recuerda lo que te dije.

Ella se echa hacia atrás para mirarme, sus ojos son enormes ventanas llenas de tortura.

—Que pienses en mí. No importa nada más, piensa en mí. —Capturo sus labios en un beso que debe sostenerla durante todo el tiempo mientras hace lo que tenga que hacer, lo que siente que debe ocultar. Con el alma. Sin embargo, estoy seguro de que también me sostendrá a mí. Solo sé que me resulta muy difícil dejarla ir, subir al ático, a los brazos de otro hombre. Que es jodido como el infierno.

—Quizá sea mejor que no me acompañes —me pide vacilante, alejándose y mirándome a los labios en lugar de a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque si vienes conmigo —se le quiebra la voz—, no sé si podré seguir adelante.

—¡Entonces no! Te he dicho que no...

—Ya sé lo que has dicho, y sabes lo que hay. Así estamos. Atrapados. Como pensé que ocurriría. —Es su turno de apoyar la cabeza en el asiento y soltar el aire. Cierra los ojos unos segundos y luego los abre para sentarse más derecha y cuadrar los hombros con determinación—. Pero es lo que tengo que hacer. No es

necesario que... que esperes por mí —añade con la mirada clavada en el parabrisas.

—Venga —la intento animar, apretando su mano hasta que me mira—. No voy a ninguna parte.

Su sonrisa es de alivio.

—Lo haré sola. No hay ninguna razón para empeorar la situación.

—Pero quiero acompañarte.

—No me refería a eso.

¿Qué querrá decir con eso? Yo tampoco quiero que le resulte más difícil de lo que ya es. Así que no lo haré. Quiero ir, pero no discutiré con ella al respecto. A pesar de lo duro que resulta quedarme aquí sentado y dejar que ocurra, una parte de mí sabe que es necesario que lo haga. Hasta que ella me confiese qué coño está pasando, no puedo ayudarla.

—Estaré aquí. Esperándote.

Se vuelve hacia la puerta y después, tras una leve vacilación, se deja llevar y se arroja a mis brazos, besándome con toda la pasión que encierra en su interior.

—No tardaré.

No digo nada porque esa es una promesa que los dos sabemos que no puede hacer.

La observo hasta que atraviesa la puerta, lejos de mi vista. Lo único constructivo que se me ocurre hacer es examinar los archivos que Finch mencionó. Quizá contengan algo que me ayude a averiguar lo que está pasando y cómo puedo ayudar a Tommi a salir de este lío.

Me conecto a través de la conexión segura y empiezo a pasar páginas. En realidad no veo nada digno de mención.

Hasta que llego a los antecedentes juveniles de Tommi. No me sorprende demasiado al encontrar que la acusaron por hurto un par de veces y otra por tenencia de drogas. Lo que sí me sorprende es la información secreta que había en su registro sellado como menor, el que solo se puede abrir por orden judicial. Miro aquellos datos fijamente durante varios segundos, seguro de que algo se me escapa. Hay algo en el lugar equivocado. Algo malinterpretado. Y cuando lo sigo mirando, lo veo claro:

«NOMBRE: TOMMY LAWRENCE

EDAD: 16

SEXO: V».

Sexo. Varón.

Se me acelera el pulso. No puedo apartar la vista de la pequeña pantalla de mi teléfono. ¿Qué estoy perdiéndome? Sé que no puede estar bien. Es decir, he tenido relaciones sexuales con Tommi un par de docenas de veces durante los últimos días. Creo que me habría dado cuenta si fuera un hombre.

¿Verdad?

Comienzan a sudarme las palmas de las manos cuando pienso en los programas nocturnos de entrevistas que echan en la tele en los que entrevistan a personas que han pasado por un cambio de sexo. En todas las hormonas que les dan para acentuar ciertos rasgos y suprimir otros, química que hace que los hombres tengan tetas y la cara limpia de vello. Y cirugías, procedimientos que utilizan para eliminar penes y hacer vaginas.

Me limpio la frente húmeda y me obligo a pensar de la forma más racional posible. No hay motivo para sentir pánico. Tiene que haber una explicación razonable. Es decir, no existe médico en el mundo capaz de diseñar un coño tan perfecto como el de Tommi. Rosado y húmedo, con labios suaves y depilados. Un clítoris sensible al más leve contacto. Músculos que aprietan mi polla de tal forma que me hace gritar de placer. Solo Dios puede crear un cuerpo así.

Me relajo un poco en el asiento. Por fin puedo soltar el aire, asimilar mejor aquella información. Pero solo un poco. En otras palabras, estoy todavía más intrigado.

Sé que Tommi oculta algo. Creo que esconde más de lo que imaginaba. Es evidente que ella no es *Tommi* Lawrence. Pero en ese caso, la pregunta es: ¿quién es?

¿Dónde está *Tommy* Lawrence?

Antes incluso de que pueda moverme, se abre una puerta de golpe. Se bate con tanta fuerza que choca contra la pared de hormigón. Tommi está prácticamente corriendo hacia mí. Ha pasado algo.

El corazón se me sube a la garganta. Siento una opresión en el pecho, los pulmones se me hinchan y entrecierro los ojos, todo mi cuerpo está preparado para la batalla.

Salgo a su encuentro y me reúno con ella delante de la *pickup*. La agarro por la parte superior de los brazos y me inclino para mirarla a los ojos.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha hecho daño? Que Dios me ayude si...

—No —respira de forma frenética—. Se trata de Travis. ¡Oh, Dios mío, Sig! Lo tienen. Se han llevado a Travis. ¡Ese cabrón tiene a mi hermano!

SEGUNDA PARTE

(Continuación)

Sig

Sin pensar, el policía que soy se hace cargo de la situación. Me quedo mirando a Tommi a los ojos, intentando transmitir tranquilidad.

—A ver, rebobina y cuéntame lo que ha pasado. ¿Qué te ha dicho?

—Él... él... —jadea sin aliento e hipa. Está muy perturbada.

—Respira despacio. Es necesario que mantengas la calma todo el tiempo que puedas, ¿de acuerdo? Sé que no es fácil, pero no te podré ayudar si tú no piensas con claridad.

Me mira con los ojos muy abiertos, hermosos incluso con esa angustia. La veo luchar por controlarse, la observo mientras traga una enorme bocanada de aire y la suelta lentamente, intentando calmarse.

—Lance. Dijo que los traidores no tienen lugar en su vida y que está con alguien llamado Drake.

—Espera, espera, espera. ¿Quién es Drake? —pregunto. No recuerdo haber oído ese nombre.

—No lo sé, Sig, pero conozco a Lance. He oído hablar del tipo de cosas que hacen tanto él como sus hombres cuando están tratando de obtener respuestas. No puedo... no puedo permitir que ellos... ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Travis!

Tommi se cubre la cara y se dobla sobre sí misma, como si quisiera convertirse en una bola muy pequeña. Me inclino hacia ella y la obligo a enderezarse lo suficiente para cogerla en brazos y llevarla al lado del copiloto en la *pickup*. En el momento en que le abrocho el cinturón, llora de forma incontrolable.

—Venga, tranquila —le digo al tiempo que retiro sus manos para que me mire—. No pienso permitir que le ocurra nada a tu hermano. Te lo prometo. ¿Te acuerdas de que te dije que podías confiar en mí? Lo dije en serio. Puedes contarme cualquier cosa. Nada, nada de lo que me digas hará que cambie mi opinión sobre ti. Te lo prometo.

En silencio, busca mis ojos. Le sostengo la mirada mientras deseo que hubiera alguna manera de poder abrir su cerebro y hacer que creyera mis palabras. Pero no la hay. Lo único que puedo intentar es demostrárselo. Una y otra vez, hasta que no le quede más remedio que creerme.

—¿Has llamado ya a Travis? ¿Has probado a hablar con él por teléfono?

Asiente.

—En el ascensor, mientras bajaba. Y no ha respondido. —Comienza a llorar de nuevo—. Sig, siempre me responde cuando lo llamo.

—Vamos a ir a casa, y empezaremos a trabajar desde allí. Lo encontraremos, nena. Lo encontraremos.

Cuando ya estamos camino de casa de Tommi, espero a que sus sollozos disminuyan antes de empezar a hacer preguntas. Por suerte, son cuestiones que se le ocurrirían a cualquier persona en mi situación, no solo a un policía.

—Dime cómo puede estar Travis involucrado con Lance —la animo con suavidad.

Ella me estudia con el ceño fruncido. Me lanza una mirada llena de cautela y en su rostro aparece una expresión de sospecha.

—Es mi hermano. Está involucrado a través de mí.

—¿Y eso es todo? ¿Es lo único que sabes?

—Eso es todo lo que sé. ¿Por qué?

Suspiro.

—Mira, Tommi, cuando los chicos de Lance dicen que alguien es un traidor, por lo general es porque alguien en quien confían se lo ha chivado de alguna manera. ¿Qué puede haber contado tu hermano? ¿Hay algún antecedente de esto? ¿Algo que hayas pasado por alto?

Mantengo la atención dividida entre ella y la carretera, y veo que comienza a mordisquearse el labio inferior. Está nerviosa. No solo es miedo, se trata de nerviosismo. Y solo hay una razón por la que puede estar nerviosa.

—Tienes que contármelo. Debes confiar en mí. Ahora soy el único que puede ayudarte. Lo sabes.

Ella inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Es evidente que está debatiendo consigo misma la conveniencia de compartir algunos de sus secretos. Cuando por fin levanta la cabeza, no le digo nada. Me limito a esperar. A esperar a que llegue a la conclusión correcta.

—Travis tiene un amigo. Se llama Trip. Nunca me ha gustado, pero me alegré de que por fin Travis hubiera hecho amistades, así que nunca le he prohibido salir con él. Creo que siempre he temido que acabara metiendo a mi hermano en problemas.

—¿Crees que es una mala influencia?

—Sé algunas cosas sobre su hermano mayor, cosas que hacía por Lance. Supongo que solo esperaba que... rezaba para que Travis no estuviera haciendo algo así. No después de...

Se interrumpe de repente, como si estuviera reprimiéndose para no decir demasiado. Le doy unos segundos, a ver si continúa sin que la presione. Cuando no lo hace, le doy un empujón.

—¿No después de qué? No me excluyas ahora, Tommi. Esto es demasiado importante.

Ella me mira con el corazón en los ojos, y percibo también miedo y tristeza.

—Yo tenía otro hermano... Se juntó... se juntó con gente equivocada. Se metió en drogas. No terminó bien.

Otro hermano. Tiene otro hermano. En la documentación sobre ella, sobre *Tommi*, leí que tenía un hermano y una hermana. No tiene la edad suficiente para haber dado a luz a Travis, aunque a veces se comporta como si lo hiciera. Como si fuera su hijo.

Pero no lo es; es su hermano, ¿verdad?

Empiezo a cuestionar todo lo que sé sobre ella. Bueno, todo lo que creo que sé sobre ella.

—Por «gente equivocada» ¿te refieres a gente como el hermano mayor de ese Trip?

Asiente sin palabras y baja la mirada a sus manos.

—¿Estás pensando que Trip trabaja para Tonin? ¿Que por eso consideran a Travis un traidor? ¿Que quizá tu hermano se enteró de algo o dijo algo que no debía?

—Sinceramente, no lo sé. No he notado nada extraño en Travis. Es decir, tiene síndrome de Asperger, es muy introvertido socialmente, pero no actúa como hacía mi otro hermano cuando empezó a... involucrarse. No, nada que ver.

Los dos permanecemos en silencio mientras yo intento digerir lo que ha dicho, tratando de ignorar la pieza que no encaja en el rompecabezas —otro hermano con el que ya no se relacionan, ya sea porque haya muerto o desaparecido, a saber— y centrándome en el problema inmediato: el paradero de Travis.

Antes incluso de que pueda detener el vehículo, Tommi salta de la *pickup* y sus largas piernas se mueven a toda velocidad por la acera. Aparco y apago el motor

antes de correr tras ella. Me gustaría haber entrado primero, pero no creo que Tonin la ponga en peligro. De lo contrario, ya no la habría dejado salir. Es evidente que intenta demostrar algo.

Cuando entro, veo que Tommi revolotea de habitación en habitación, gritando el nombre de su hermano mientras abre todas las puertas, incluso las de los armarios, y mira debajo de las camas. En el momento en el que regresa al salón, está blanca como un cadáver.

—No está. Es verdad que no está aquí. —Evidentemente, Tommi se había aferrado a la esperanza de que Tonin estuviera usando la táctica del miedo, y que tal vez no hubiera apresado a su hermano. Pero alguien lo ha hecho. Drake. Sea quien sea.

—¿Sabes dónde vive Trip? —pregunto.

—Más o menos. Sé cuál es su calle.

—Entonces vamos.

Recorremos tres manzanas antes de que ella me indique que reduzca la velocidad. Sus ojos escudriñan cada casa en busca de algún detalle que le resulte familiar.

—¡Para! —dice al tiempo que señala un Pontiac aparcado ante la entrada de la casa de ladrillo más pequeña que he visto—. Travis me comentó en una ocasión algo acerca de que Trip tenía un Pontiac azul destartado. Sin duda, es el único que hay en la calle.

Me detengo junto a la acera.

—Quédate aquí —le ordeno.

—Ni hablar —escupe, y se baja del coche antes de que pueda razonar con ella. Quiero sacudirla y besarla a la vez. Me encanta verla enfadada. Es absolutamente magnífica.

La sigo hasta la puerta, que golpea tres veces. Espera treinta segundos antes de dar tres puñetazos más. Al ver que no hay respuesta, levanta el brazo para hacerlo de nuevo. En esta ocasión, la detengo, capturando su puño con la palma de mi mano.

—Quizá no sea la mejor manera. Ven. —Entrelazo mis dedos con los suyos y la obligo a seguirme. Caminamos por el césped irregular del patio hasta el cemento agrietado de la parte de atrás, donde hay cuatro sillas de plástico y una parrilla oxidada. Atravieso la terraza y miro por la puerta corredera de cristal, que solo tiene delante una cortina colgada. Hay un chico sentado en un sillón reclinable, fumando un porro y viendo un episodio antiguo de *Beavis y Butthead*.

Cuando Tommi empieza a lanzarse, la mantengo a mi espalda, y me pongo un dedo en los labios para que sepa que quiero que se tranquilice. Alargo el brazo para dar un tirón a la puerta, y esta se desliza fácilmente.

Con los reflejos abotargados por el hachís, el chico —que doy por hecho que es Trip— me mira con la boca abierta durante diez segundos antes de recordar que puede correr. En ese momento, estoy lo bastante cerca como para atrapararlo por el cuello de la camiseta y volver a sentarlo en la silla, donde lo acorralo poniendo los brazos a ambos lados de su cabeza grasienta.

—¿Dónde está Travis? —pregunto sin más preámbulos.

—¿Quién es...?

—No estoy para juegos, pedazo de mierda —lo interrumpo, y le doy una palmada en la mejilla con suficiente fuerza para hacerle volver la cabeza.

—No estoy jugando...

Le doy otra, interrumpiendo sus palabras antes de que acabe la mentira.

—¿Eres Trip?

No dice nada.

—Justo lo que pensaba. Ahora escúchame bien, Trip. Trabajo para Lance Tonin. La chica que está conmigo es su novia. Si yo fuera tú y estuviera reteniendo información que no llevara hasta su hermano, bueno, no me gustaría ver lo que un tipo como él podría hacer con mis pelotas. Pero eso sería después... —añado al tiempo que cojo un encendedor rojo de la mesa que hay junto a él—... después de que acabe contigo. —Enciendo el mechero y bajo la mano con rapidez para acercar la delgada llama a su entrepierna.

El chico se mueve, encogiéndose con una mirada de terror en su rostro pálido.

—¿Qué cojones...?

—Parece que empiezas a entender la importancia de esto. Ahora, te lo diré una vez más, chico. ¿Dónde-está-Travis?

Trip chilla cuando muevo el pulgar y vuelvo a encender la llama.

—¡Chaps! ¡Chaps! ¡Chaps vino a por él!

«¿Chaps? ¿De qué me suena ese nombre...?».

¡Joder! ¡El maestro!

—Chaps es su profesor, ¿verdad?

Trip asiente.

—¿Cómo se llama?

—D-Drake..., creo. Yo lo llamo Chaps, es como lo llama también mi hermano.

Pensamientos, teorías y preocupaciones comienzan a pasar en cascada por mi mente.

—¿Tu hermano ha asistido a clase con el señor Chaps?

Trip asiente.

—¿Y tú?

Asiente de nuevo.

Echo un vistazo a Tommi. Si es posible, está todavía más pálida que antes. Supongo, sin preguntarle, que su hermano mayor también asistió a esas clases. Y sabemos que Travis también.

«Necesidades especiales», pienso con una mueca. Así es como lo llamó Tommi, «profesor de necesidades especiales». Me pregunto si esas necesidades son específicas para chicos con algún tipo de problema psicológico o abarcan a cualquier crío que tenga una conducta inapropiada. ¿No será que los más alborotadores y los pequeños delincuentes captan la atención de un profesor de «necesidades especiales»? Podría ser así cómo mueven su mercancía, y cómo están involucrados los menores.

Noto que se me revuelve el estómago.

Había puesto a Chaps bajo vigilancia. Si él se hubiera enterado y comenzara a sospechar que Travis lo había delatado... yo podría ser el responsable de lo que le ocurriera al hermano de Tommi.

¡Dios! Tommi no me perdonaría nunca. Y yo tampoco me lo perdonaría a mí mismo.

Necesito dar toda esta información al departamento de policía. Y recibir toda la que tienen allí. Sería mejor si Tommi hubiera confiado ya en mí y yo pudiera ser sincero con ella y ponerla bajo custodia policial. Protegida, hasta que todo se solucionara.

Ojalá... ojalá confiara en mí.

Me vuelvo hacia Trip.

—¿Dónde hace Chaps el negocio? ¿Es el distribuidor de Tonin? ¿Lo hace a través de los chicos del instituto?

Trip no dice nada, se limita a observarme. Estoy seguro de que se da cuenta de que podría estar condenándose si regalara este tipo de detalles sobre el funcionamiento interno de la empresa de Tonin.

—¡Dímelo! —gruño entre dientes. Sin embargo, permanece callado—. No quiero hacerte daño, chico. No quiero, pero a pesar de ello estoy seguro de que lo disfrutaría si lo hiciera.

Es mentira. Pero espero que resulte convincente.

Antes de que pueda responder, apoyo la rodilla entre las de Trip, obligándolo a mantener las piernas separadas y enciendo de nuevo el mechero antes de

acercarlo a la cremallera. La tela de los vaqueros se vuelve negra y se huele el hedor del chamuscado. La llama no es suficiente para quemarlo, pero sí para asustarlo y que se orine un poco.

Aunque trata de escabullirse, lo someto con facilidad poniéndole una mano sobre el hombro. Lo supero al menos en cincuenta kilos.

—No estoy jugando —advierto presionando su muñeca contra la tela caliente que cubre su entrepierna húmeda. Noto que él se estremece—. ¡Dímelo!

—Tiene... tiene un antiguo restaurante. En Colonial. Al menos así era antes, cuando Davey repartía para él. Fue entonces cuando él y Lance establecieron

contacto. Ahora, recibe los envíos de Lance y luego se los pasa a mi hermano, Davey.

—¿Cómo? —El crío no me responde, y le presiono el codo contra la garganta—. ¿Cómo?

Él grita y yo aflojo la presión lo suficiente como para que pueda respirar y hablar.

—Chaps intercambia las mochilas de algunos alumnos. Pone la mercancía en ellas y los envía para casa.

—¿Manda a los niños con los envíos para casa? —Suenan muy estúpido.

—¿Por qué no? ¿Qué madre registra las mochilas del cole de sus hijos?

Es evidente que tiene razón. Todavía no los han atrapado.

—¿Y luego qué?

—Entonces, el niño deja el paquete fuera por la noche, y Davey los recoge y los pone en circulación. Ahora ocupa un puesto más alto, ya no es un camello. Y me matará si se entera de que te he contado esto. Lance no quiere que nadie sepa cómo funciona su organización. Por eso no lo han atrapado.

—¿Y cómo te has enterado tú, idiota?

—Por Davey. Me deja ir con él algunas veces. Y cuando le sobra, me da algo de costo. Estoy en su casa muchas veces, y por las noches escucho cosas, ¿sabes?

Pero no lo digo. Sé guardar los secretos. He tratado de que me deje entrar, que me dé más trabajo, pero solo me deja recoger los paquetes.

Pienso en la mochila de Travis. Estaba seguro de que las cremalleras eran de color diferente. ¡Maldición! Por lo menos he seguido mi instinto y he pasado nota al departamento de policía para que vigilaran al profesor. Quizá hayan averiguado ya lo del restaurante. Es posible que tenga algo por lo que pillarlo, o incluso a Tonin. O tal vez no. En cualquier caso, estoy un poco más cerca de pescar a Tonin. Y en mi primera misión secreta, nada menos.

Me siento inundado por una oleada de satisfacción, y quiero gritar con tanta fuerza como pueda. Pero no es posible. No es el momento de celebrar nada.

El placer se evapora al pensar en que Travis podría estar en serios problemas. Y lo mismo le puede ocurrir a Tommi. Todavía queda mucho que averiguar, mucho que descubrir y mucho que hacer. No puedo permitirme estallar ahora... ni darme por satisfecho.

—Así que Travis trae droga del instituto y la deja en el porche para que alguien la recoja. —Miro a Tommi—. ¿Habías notado algo?

Ella tiene los brazos cruzados y se envuelve la cintura como si tuviera frío o estuviera enferma. Niega con la cabeza.

—La mayoría de las noches salgo con Lance. Al menos un rato. Cuando me quedo en casa, Travis viene aquí. —Cierra los ojos como si estuviera disgustada consigo misma—. Ahora sé por qué. Ahora sé por qué nunca quiere quedarse en casa cuando estoy. Tiene que asegurarse de que el paquete llegue a su destino. ¿No es eso, Trip? —pregunta, abrasándolo con sus ojos verdes llenos de dolor.

Él asiente con la cabeza mientras nos mira con recelo.

—Pero ¿por qué cambiar las mochilas? ¿Por qué no usar las mismas?

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta. Al ver que no respondo, Trip se encoge de hombros—. Los chicos dejan las mochilas a primera hora de la mañana en su despacho. Él mete los paquetes y está limpio todo el día. La droga está en las mochilas hasta última hora del día. Además, nadie va a pensar mal si ve un par de ellas en el despacho de un profesor. ¡Es un instituto! Además, cuando la poli hace redadas, no lleva a los perros a las aulas, solo mira en las taquillas. Sin embargo, estoy seguro de que si pillaran a Chaps, les echaría la culpa a los niños que dejaron sus cosas en el despacho. Él solo tiene la droga a primera hora, luego la reparte y la mantiene oculta en las mochilas. Es una coartada perfecta si llegaran a atraparlo.

Me da la impresión de que es la operación más tonta del mundo, pero funciona por eso, por su sencillez. Lance Tonin hace años que trafica y siempre se ha librado. Y esta es la forma en que lo ha hecho.

—¿Por qué Chaps, o Tonin, pueden pensar que Travis ha hecho algo para traicionarlos?

—No lo sé, tío. Yo solo quiero subir puestos en la organización y permanecer fuera de prisión. Y para eso hay que agachar la cabeza.

En cuanto miro sus ojos llenos de miedo y sin brillo, le creo. Además, no imagino por qué alguien confiaría a este pequeño imbécil algo más que conceptos básicos. Seguramente solo sepa lo que ha contado.

—No le digas a nadie que hemos estado aquí o volveré a por ti. Y si lo haces, te encontraré. No te gustará nada lo que haga cuando te ponga las manos encima, ¿me has comprendido?

Asiente con la cabeza, todavía rígido e intentando alejarse de mí.

Me doy la vuelta, cojo a Tommi de la mano y regresamos a la *pickup*. Aunque enciendo el motor, permanezco sentado en silencio unos segundos, pensando. Por último, saco el móvil. Corro el riesgo de escribir un mensaje de texto con toda la información que acabo de averiguar y lo envío a mi contacto. Todo esto está a punto de estallar y tienen que saberlo. Necesitan mover el culo y estar preparados para intervenir. Incluso aunque eso implique que Tommi se entere de quién soy.

Sin embargo, Tommi parece ajena a que he enviado un mensaje. Su mente está en otra parte. Meto la marcha y arranco, dirigiéndome a través de la ciudad hasta Colonial, donde Chaps tiene el restaurante; el lugar donde pienso que podríamos encontrar a Travis.

Después de un par de minutos para que se haga a la idea, vuelvo a coger la mano de Tommi y se la aprieto para darle ánimo.

—¿Dónde está ahora tu otro hermano? Quizá podría decirnos algo. Ayudarnos. ¿Todavía trabaja para Tonin? —Si al final fue arrestado, se me ocurre que puede estar en prisión o algo así. Pero es algo que no me importa demasiado, después de todo soy un poli.

—No, no puede ayudarnos.

—¿No puede o no quiere?

Ella apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos.

—No puede. —Suelta el aire despacio—. Está muerto —añade en voz baja.

¡Oh, joder!

—Dios, Tommi... Lo siento mucho. Yo... yo...

—No pasa nada. No lo sabías. Ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo murió? —indago con suavidad.

Gira los ojos hacia mí con una mirada cautelosa y cansada. No me contesta, lo que ya es una respuesta en sí misma. Y eso me molesta.

—Después de todo lo que ha pasado y de todo lo que hemos compartido, sigues sin confiar en mí.

—Sig, es que...

—¿No es cojonudo? —exploto con amargura. Me siento frustrado y bastante irritado.

—Es que... —Su voz se rompe como si estuviera a punto de llorar, pero no lo hace. Al menos yo no lo veo. Es posible que esté llorando en su interior.

—Por favor, Tommi —le ruego con sinceridad—. Puedo ayudarte, pero tienes que confiar en mí.

Ella permanece tranquila durante un par de largos y tensos minutos. Cuando por fin habla, su tono es bajo y mecánico.

Tommi

—Mi padre se largó cuando Travis tenía solo dos años. Cogió la puerta y se fue con la mitad de los muebles y casi toda la estabilidad familiar. Mi madre mantuvo la familia unida durante todo el tiempo que pudo. Tenía dos empleos. Trabajaba todas las horas que podía para darnos de comer. Fue duro, pero lo consiguió. La parte mala era que no estaba en casa demasiado tiempo; mis hermanos y yo nos criamos prácticamente solos, y todos comenzamos a meternos en líos. Imagino que yo solo quería escapar; ese fue el motivo de la mayoría de las cosas que hice. En el caso de Travis, creo que una parte de lo que hizo fue conscientemente, el resto solo a causa de su condición. Pero mi hermano mayor..., bueno, él estaba enfadado. Sencillamente enfadado. Con mi padre, con mi madre, con todo el mundo, pero no supe cuánto hasta que cumplí trece años. Ese fue el año en que mi madre tuvo el accidente. Perdió los empleos y no podía hacer casi ningún trabajo, así que le concedieron una discapacidad. A partir de entonces todo fue a peor. Las cosas empezaron a ir cuesta abajo.

»Para empezar, mi hermano empezó a darle a la droga. Creo que como experimento. Luego se puso a venderla; para conseguir dinero extra. Lo arrestaron un par de veces. En realidad por cuestiones menores como pequeños hurtos o allanamientos de morada. Pero luego lo arrestaron con la suficiente coca encima como para tener serios problemas. Pasó un año en el reformatorio cuando tenía dieciséis años. Al salir, era una persona diferente; un ser amargado, descuidado. Se sacó la secundaria por los pelos... Fue entonces cuando comenzó a traficar. Me refiero a traficar en serio. Estoy segura que fue en ese momento cuando se dio por vencido; murió cuando tenía diecinueve años.

—¿Cómo murió?

—Un accidente relacionado con las drogas —respondo vagamente.

Sig permanece en silencio casi dos minutos. Rezo para que deje de hacerme preguntas y se concentre en encontrar a Travis.

Pero no soy tan afortunada.

Nunca lo he sido.

—Mira, Tommi. Sé que sabes cómo funcionan las cosas. En este negocio, tenemos que hacer todo lo posible para disfrutar de cierta ventaja, para evitar perder el tiempo. En la mayoría de los casos, eso significa encontrar un poli corrupto al que poner en nómina. Alguien que sea nuestros ojos y oídos cuando lo necesitamos. Que yo sea nuevo aquí no quiere decir que sea idiota. O que no tenga preparación. Tengo mis fuentes..., todo el mundo las tiene.

Me giro hacia él con el ceño fruncido.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Tengo información sobre toda la gente que se relaciona con Lance. Conozco a sus enemigos y a sus amigos. Cuando supe que tenía que protegerte, recurrí a un amigo para saber de ti. Y apareció algo sobre Tommy Lawrence. Un registro sellado de menores. —Sig hace una pausa como si quisiera relajarse antes de estallar, y continúa un poco después, haciendo realidad una de mis peores pesadillas—. ¿Quién es Tommy Lawrence, el verdadero Tommy Lawrence, el chico?

El pánico provoca un sordo dolor en mi pecho. Siento en él una opresión tan grande que parece que fuera a estallar. Mi corazón se acelera hasta que mi ritmo cardíaco resuena dentro de mi cabeza como si tuviera en su interior el redoble de miles de bombos, resonando a través de un bosque oscuro y sombrío. Tras mis párpados el pasado se estrella con el presente, lo viejo con lo nuevo, una ardiente colisión que amenaza con incinerarme donde estoy sentada.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!».

—No sé lo que quieres decir.

Me concentro en respirar hondo para calmarme, aunque mis pulmones parecen estar paralizados por el terror.

—No me mientas, Tommi. Me prometiste que no lo harías. Y teniendo en cuenta lo que hemos pasado juntos, creo que me lo debes. Dime la verdad. ¿Quién es el verdadero Tommy?

Durante unos segundos, siento como si el mundo se hubiera paralizado. El tiempo, el espacio, el aire, la tierra..., nada respira. Como si todo se hubiera detenido con un jadeo. Y por primera vez en mi vida desde que tengo recuerdos, estoy acorralada en un rincón y no siento deseos de correr o huir, sino que me incorporo y tengo confianza.

No sé por qué confío en él. ¿Por qué Sig? ¿Por qué ahora? Solo sé que una parte de mí tiene que confiar en él, debe ser capaz de volver a creer en el amor. Porque eso es lo que Sig me hace sentir. Amor. Confianza. Esperanza.

—Es... mi hermano mayor —confieso con rigidez. Una vez que esas palabras están fuera, el resto sale como un géiser incontrolable. Las lágrimas que recorren mi rostro son solo una evidencia de la erupción—. Llegó a casa una noche colocado por las mierdas que recibía de Lance Tonin. Golpeó a Travis dos veces antes de que yo supiera que algo iba mal. Era como un perro rabioso. Estaba loco y era fuerte, yo no podía detenerlo. Solo fui capaz de interponerme entre Travis y él. Si soy sincera, pensé que nos iba a matar a los dos. Pero no lo hizo. Se dio la vuelta y fue a por mi madre. Quizá porque le echaba la culpa. No lo sé, pero primero estaba allí, con nosotros, y luego se empezaron a escuchar aquellos terribles ruidos procedentes del dormitorio.

»Tommy había saltado sobre la cama y había comenzado a golpearla. Traté de apartarlo, pero él era más fuerte de lo que yo podía imaginar. Me empujó fuera. Acabé estrellándome contra la mesilla de noche y me quedé aturdida. Cuando logré levantarme, él estaba golpeando a mi madre en la cabeza con la base de la lámpara. Ella ni siquiera estaba consciente; estaba allí acostada, sangrando, parecía emitir un gorgoteo extraño cuando respiraba. Eso era todo lo que escuchaba junto con los gruñidos de Tommy y el crujido de los huesos de mi madre.

»No sabía qué hacer, así que cogí el bate que mi madre tenía bajo la cama y lo golpeé con él en la cabeza. Tommy se desplomó sobre ella. Permanecí allí durante unos minutos, esperando a que se moviera. No podía huir. No podía dejar a Travis y a mi madre a solas con él, así que me quedé allí sola, mirándolos sin saber qué hacer. Travis entró en ese momento y lo vio. Se asustó. No tenía más de once años. Lloró durante dos días seguidos, se arrancó el pelo de un lado de la cabeza y se orinaba en la cama cuando dormía.

A pesar de que estoy perdida en los días que no logro olvidar, soy muy consciente del silencio de Sig. No ha dicho una palabra.

No lo he mirado para saber qué expresión tiene. Me da miedo lo que puedo encontrarme. Y ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. He contado demasiado.

Lo único que puedo hacer es seguir adelante. Y eso hago.

—Maté a Tommy. Maté a mi propio hermano. No quería hacerlo, pero eso fue lo que hice. Después, me entró el pánico. Sabía que no podía permitir que se enterara nadie; a mí me enviarían lejos y Travis se quedaría solo, bajo la tutela del Estado. Viviendo con desconocidos o en una institución. Y eso hubiera sido horrible para un niño con síndrome de Asperger. Nosotros éramos todo lo que tenía, todo lo que conocía. Era mi obligación mantenerlo a salvo, en casa. Hasta que cumpliera dieciocho años y ya no fuera asunto mío. Pero hasta entonces, dependía de mí. Así que hasta que se me ocurriera alguna forma de deshacerme del cuerpo sin ser descubierta, puse a Tommy en el arcón del congelador, el que mi madre tenía en el porche trasero y donde guardaba la carne extra cuando podía permitirse el lujo de comprar grandes cantidades.

»Y mi madre... —suspiro y trago saliva porque tengo la boca tan seca como si hubiera comido ceniza—. Mamá estaba herida. Muy malherida. Durante un tiempo pensé que iba a morir. No lo hizo, pero después de ese día no despertó de nuevo. Me ocupé de ella, la limpié e hice lo que estaba en mi mano para mantenerla con vida, así no tendríamos que huir ni separarnos. El único objetivo era que Travis y yo estuviéramos juntos y seguros, que nadie supiera lo que había pasado. Me

quedé en casa sin ir al instituto durante tres días, vertiendo gotas de agua en su boca para evitar que se muriera de sed. Por fin, se curó lo suficiente como para sorber de una pajita. Tenía algunos dientes rotos, así que aplasté espaguetis para darle de comer. No sabía qué más hacer. Con el tiempo, seguí cuidándola después de hacer los deberes del colegio, como si fuera otra tarea más.

»Durante unos meses, Travis y yo establecimos una rutina extraña. Casi normal, imagino. Los dos íbamos a la escuela, regresábamos a casa y hacíamos nuestras tareas. Luego yo hacía la cena. Durante un tiempo solo hice sopa, pero luego encontré algo de dinero en la habitación de Tommy y fui en autobús al supermercado. Sin embargo, no me duró mucho tiempo, así que comencé a falsificar la firma de mi madre para cobrar los cheques por discapacidad. Fue muy raro, pero nadie se dio cuenta de que nuestra familia se había derrumbado. Supongo que es lo que ocurre con los niños pobres. El mundo..., la vida..., es como si se olvidara de ti, y tienes que valerte por ti mismo. Tienes que hacerlo.

»Sorprendentemente, durante un tiempo todo fue bien. De pronto, un otoño, Travis tuvo una pelea en el colegio. Se volvió loco y acabó enviando al otro niño al hospital, paralizado de cintura para abajo. Los padres presentaron cargos y lo enviaron a un reformatorio durante siete meses. No pude hacer nada.

Me siento cansada. Jamás le he contado a nadie toda mi historia. Y aunque he revivido algunas partes mentalmente durante los últimos años, he tratado de no pensar en ella, porque está llena de malos recuerdos y emociones contraproducentes. Aprendí hace muchos años que sentir lástima por mí misma no me ayuda nada. Así que me concentro en trazar planes, en buscar una salida, una vida mejor, en cómo mantener a Travis a salvo. Siempre estoy pensando un plan. Es lo único que tengo a mi favor.

—¿Qué pasó después? —pregunta Sig en voz baja. Aun así, no lo miro; no creo que pudiera soportarlo.

Arrugo la cara y no puedo contener las lágrimas. El escote de la camiseta está mojado, hacía mucho tiempo que no lloraba así. No me lo he permitido. De hecho, no creo que hubiera debido ceder ahora, pero estoy convencida de que no podía reprimirme más. En algún lugar en lo más profundo, siento como si llevara media vida esperando a que llegara alguien como Sig, alguien a quien le importara lo suficiente como para preguntarme. Alguien que desbloqueara la puerta y dejara que todo fluyera.

—Mientras Travis estuvo fuera, me di cuenta de lo vulnerables que éramos sin un tutor legal. Pensaba que todo sería diferente si yo tuviera dieciocho años. Imagino que fue la única manera que encontraba para arreglar la situación. Lo estaba pensando cuando Travis salió por fin del reformatorio, pero cuando vi lo destrozado que estaba..., cuando escuché lo que decía en sueños por la noche, cuando lo vi orinarse en la cama y llorar dormido, supe que tenía que hacer algo. Habían abusado sexualmente de él en el reformatorio. Le es muy difícil hacer amigos, pero a los agresores no les resulta complicado dar con él. Y lo hicieron. No estaba segura de si volvería a estar bien. Fue entonces cuando decidí que tenía que tener dieciocho años de una manera u otra. Tenía que ser capaz de conducir un coche y trabajar para mantener a Travis. Había pensado que si alguna vez llegaba alguien preguntando por mi madre, diríamos que se había marchado, como mi padre. Y podría solicitar la custodia de Travis, con lo que todo estaría bien. Pero solo fue un plan. No sé si hubiera funcionado, solo era una cría haciendo lo posible para sobrevivir. Así que por pura desesperación, cogí la tarjeta de la seguridad social de Tommy y me saqué el carnet de conducir. Era su nombre con su fecha de nacimiento, pero con mi foto. Una pequeña e insignificante tarjeta para la mayoría de la gente, pero para mí decía que tenía casi veinte años, la edad que hubiera tenido Tommy. Y eso nos salvó la vida. Nos compró tiempo, el necesario para que Travis cumpliera dieciocho, y luego podríamos escapar a algún sitio y empezar de nuevo. Sin mirar atrás. Ese era mi plan. Pero eso fue antes de conocer a Lance Tonin.

—¿Cómo entró en escena? —preguntó Sig.

—Buscando a Tommy. Supongo que llevaba un tiempo vigilando la casa. Seguramente pensando que Tommy se había largado con su dinero o su mercancía. Un día me pilló fuera colgando la ropa, y empezó a preguntarme por mi hermano. Imagino que creyó que estaba mintiendo para protegerlo cuando le dije que no estaba. Se puso un poco brusco. Entró en la casa a la fuerza. Imagino que llevaba espionándonos el tiempo suficiente como para pensar que solo vivíamos Travis y yo. Y era cierto, en realidad. Mi madre no contaba. —Suspiro, cansada—. De todas formas, registró la casa en busca de Tommy, intentando encontrar su dinero y la droga que él se quedó. Por desgracia, encontró a Tommy, muerto. En el congelador. No tardó en darse cuenta de que era una oportunidad única y empezó con las amenazas.

—Pero ¿por qué no...?

—Oh, si solo se hubiera tratado de mí, le hubiera mandado al infierno. Hubiera preferido ir a la cárcel por asesinato que pasar una hora con Lance Tonin, pero no se trataba solo de mí. Estaba Travis. Yo era todo lo que tenía en el mundo. Era la única persona que se preocupaba por él, que lo entendía. La única que nunca le haría daño, que siempre lo protegería. Así que hice un pacto con el diablo. Para asegurarme de que mi hermano tendría un hogar y lo que le quedaba de familia. Para asegurarme de que no tendría que vivir el resto de su vida sin que nadie lo amara, y para asegurarme de que todos nuestros secretos estaban a salvo hasta que pudiera encontrar una salida. Una vía de escape. Ese día ingresé en la cárcel, sí, y no tuve que salir de casa para ello.

No por primera vez, me duele el corazón con un pesar insoportable. Con el ferviente deseo de que todo hubiera sido diferente. Para mí, para Travis, para nuestra familia. A veces pienso que daría cualquier cosa..., lo que fuera, para volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas. Para que mi padre se hubiera quedado con nosotros. Para hacerlo mejor. Pero no hay vuelta atrás. No es posible.

—Entonces, ¿quién eres en realidad?

Me parece raro que hablemos de mi verdadero yo. A veces siento que murió con Tommy aquel día. Aunque también es un alivio hablar sobre mi verdadera personalidad, recordarme a mí misma que algunas partes de mi plan siguen adelante. Que todavía hay esperanza. Y tal vez, solo tal vez, exista alguien en quien pueda confiar por completo.

Incluso así, siento amargura. Siento mucha amargura al pensar en esa chica que podría haber sido si solo...

«Si solo...».

—Tia Lawrence —respondo con rigidez—. Me llamo Tia Lawrence y soy la puta de veintiún años de Lance Tonin, porque es lo mejor que pude conseguir con las cartas que me tocaron en la vida. Al menos por un tiempo, hasta que Travis cumpla dieciocho años y el Estado no pueda arrebatármelo. Pero ese día, justo a medianoche, la misma madrugada de su cumpleaños, nos largaremos lejos de aquí. Nos iremos a algún lugar en el que nadie nos hará daño nunca más. Ni siquiera Lance Tonin.

—¿No temes que se chive a la policía de lo de tu hermano? ¿Cómo te librarás de él?

—Oh, podría hacerlo. Se llevó el cuerpo de Tommy. No sé qué hizo con él. Dice que lo tiene enterrado en un lugar seguro, para no tener que preocuparse por mi lealtad. Lo cierto es que sabe por qué tengo que ser *Tommy*. Creo que de alguna forma, y a todos los efectos, soy *Tommi*. Nadie me ha llamado Tia desde el día que llegué a casa desde la jefatura de Tráfico. Es así como tenía que ser. Creo que incluso Lance se olvida a veces, tanto es así que no vigila los pasos de Tia Lawrence. Nunca se la menciono; nadie lo hace. Por lo que parece, ella desapareció y no ha regresado jamás. Cree que me salvó, cree que me tiene, pero no es cierto. Tia pasó *online* el examen para tener la secundaria. También cuenta con créditos suficientes para graduarse en la universidad y obtener un título de psicología. Cuando lo consiga, ella y su hermano se irán a un país en el que no haya tratado de extradición, y cree que será capaz de ganarse la vida ayudando a los niños como Travis, viviendo por fin feliz, libre de Lance Tonin. Libre de su pasado. Donde nadie pueda hacerle daño. Y donde nadie la pueda separar de su hermano.

Lo oigo soltar un suspiro comprensivo.

—Ahhh..., para eso te conectas a internet de forma secreta. Estás haciendo tu grado.

Asiento.

—Sí.

Como hago siempre que pienso en mi plan, me siento más ligera. Incluso sonrío cuando pienso en cómo será nuestra vida una vez que Travis cumpla dieciocho años y podamos empezar de nuevo en otro lugar. Es como si esa imagen mental pudiera por sí sola levantar el peso que suponen la distancia, la vergüenza, la tristeza y el miedo. Todo lo que he vivido durante tanto tiempo se desvanece por unos segundos.

Solo que esta vez no vuelve de la misma forma en que lo hace normalmente. Hoy solo una emoción regresa con toda su fuerza. Tan intensa, de hecho, que ahoga a las demás.

Miedo. Miedo por mi hermano. Si le sucede algo, todo lo que he hecho no servirá para nada. Le habré fallado en última instancia. Y no estoy segura de poder vivir con eso. Ni siquiera estoy segura de que pueda vivir.

Por fin, después de desnudar mi alma a la única persona que me importa además de Travis o mi madre, me vuelvo hacia Sig. Espero hasta que me mira a los ojos y entonces se lo ruego. Suplico sin pizca de dignidad o vacilación.

—Por favor, ayúdame a encontrar a Travis. Ayúdame a salvarlo. Por favor.

—Lo encontraremos —le digo a Tommi—. Vamos a encontrarlo aunque tenga que remover toda la ciudad.

Ella permanece en silencio durante el resto del viaje, dejándome a solas con mis caóticos pensamientos. ¡Dios Santo!, ¿qué demonios voy a hacer ahora? Soy policía, ¡joder! La mujer de la que estoy cada vez más colgado no solo es la novia de un traficante de drogas, que era algo que ya tenía asumido, sino también una asesina con una larga lista de delitos en su haber. En más de un sentido.

«¡Hostia puta! ¿Por dónde empezar?».

Ni siquiera lo sé. Solo puedo pensar en todas las salidas que puede haber a esto, ninguna de ellas buena. Es decir, ¿cómo puede terminar? ¿Cómo puedo salvarla de la horrible situación en la que se ha metido?

Solo hay una respuesta. No puedo. A no ser que ponga en peligro todo aquello en lo que creo, todo lo que me hace ser yo, no hay manera de que pueda salvarla de esto. Es demasiado.

Pero ¿cómo podría no intentarlo? ¿Cómo dejarla tirada también? ¿Cómo puedo pedirle que confíe en mí y luego desentenderme de lo que le ocurra en su vida?

Quizá exista una manera de ayudarla, una manera en la que los dos podamos vivir. Puedo hablar con mi superior, con el fiscal, con cualquiera que quiera escucharme para conseguir una reducción de sentencia. Es decir, Tommi era menor de edad cuando mató a su hermano. Y fue un accidente. Algunos incluso podrían argumentar que fue defensa propia. Es decir, él había volcado su rabia en ella...

Luego están los cheques, también los falsificó mientras era menor. Pero no ha dicho que dejara de sacar provecho de ellos una vez que hizo el trato con Tonin. Y, dada su inteligencia, seguramente lo haría para no plantear dudas o preguntas relativas al bienestar de su madre.

«¡Joder!».

Luego está lo de que podría haber sido cómplice en mayor o menor medida de los sucios negocios de Tonin. ¡Dios!, sin duda va a tener problemas si todo esto sale a la luz.

Y eso depende de mí.

Si no lo digo y Tonin, por alguna razón, cierra la boca, ¿sería capaz de seguir adelante sabiéndolo y nunca mencionarlo? ¿Podría hacer eso y mirarme en el espejo cada mañana? Y, sin embargo, ¿podría no hacerlo? ¿Podría vivir conmigo mismo si no hiciera todo lo posible para ayudarla?

No tengo respuestas para esas preguntas. Solo espero tenerlas antes de que las necesite.

Miro de reojo a Tommi, sentada en el sitio del copiloto. No importa lo que ha hecho ni lo que pase a partir de ahora, todavía será mi Tommi. La mujer que me atrae como la miel a las abejas. Y es buena... en el fondo. De eso no cabe duda. Y a pesar de lo que pueda ocurrir a partir de ahora, lucharé por ella, por su caso y su vida hasta mi último aliento. Le supliqué que confiara en mí y lo ha hecho. Aunque yo supiera que iba a traicionar esa confianza hasta cierto punto, no tenía ni idea de qué estaba pidiéndole en realidad. Cuando confió en mí, Tommi sabía que me estaba dando los medios necesarios para destruir toda su vida. Y aun así lo hizo. Sabiendo que podía ser su perdición. Confió en mí a pesar de que nunca ha confiado en nadie. Y me ha ganado con ello.

Del fondo de mi ser surge una gran determinación; no puedo decepcionarla. Tengo que hacer lo que pueda. Sea lo que sea. Tengo que hacerlo, lo sé. Dios es mi testigo de que ire a la tumba tratando de responder a su confianza, porque nadie más lo ha hecho. Y se lo merece. Después de todo lo que ha pasado, se merece alguien que la ame lo suficiente para dar la cara por ella.

Pienso que quizá debería contarle que soy policía, pero es una locura correr ningún riesgo en esta etapa de la misión. Si puedo conseguir que arresten a Tonin, la mitad de sus preocupaciones desaparecerá. Así que tanto por su bien como por mi carrera, mantendré la boca cerrada un poco más.

Cuando el restaurante aparece ante nuestra vista, sigo de largo hasta la siguiente manzana, una calle más allá, para poder acercarme a la parte trasera del edificio. No quiero que se enteren de nuestra presencia.

Me vuelvo hacia Tommi, que parece agotada, casi como si pudiera llegar a desintegrarse en cualquier segundo.

—Quédate aquí. Yo...

—No se te ocurra terminar esa frase. Voy contigo. Es mi hermano el que está ahí dentro, o por lo menos, ruego a Dios que lo esté.

—Tommi, es que...

—A menos que pienses dejarme inconsciente de un golpe o atarme al asiento, pienso ir. Deja de perder el tiempo.

Su rostro está pálido, pero su expresión habla de una profunda determinación. Lo cierto es que no la culpo. Yo actuaría igual si fuera uno de mis hermanos el que estuviera allí dentro.

—Quédate a mi espalda. No importa lo que ocurra, ¿me has oído?

Ella asiente con la cabeza.

—Tengo que quedarme detrás de ti. Entiendo.

Me inclino delante de Tommi y abro la guantera. Cojo el arma «ilegal» de la que dispone mi falsa identidad. Llegados a este punto, no me importa si es legal o no, solo quiero que dispare.

Nos bajamos del vehículo para acercarnos a la puerta trasera. Me guardo la pistola en la parte de atrás de la cintura y cojo a Tommi de la mano. Caminamos juntos por la acera hacia el restaurante. Hay un millón de cosas que no nos decimos; toda una vida de preguntas encerradas en los próximos cinco minutos.

De inmediato me siento alerta, mi instinto se dispara cuando al acercarnos veo que la puerta trasera está abierta y también la del almacén contiguo, al otro lado del estrecho callejón. Hago que Tommi se detenga, pero antes de que pueda decidir nuestro próximo movimiento, Barber, la mano derecha de Lance Tonin, aparece en el umbral. Las campanas de alarma se disparan en mi cabeza y mi instinto me indica que esto está a punto de descontrolarse.

Sonríe; el mismo gesto que pondría una rata si un roedor de esa especie fuera capaz de tal expresión.

—Justo a tiempo. Ven.

Desaparece en el interior y me vuelvo hacia Tommi.

—Por favor, regresa a la *pickup*. Lárgate de aquí. Te lo suplico.

Ella me mira a los ojos, en su hermoso rostro no se lee nada más que valentía y determinación.

—Es mi hermano. No voy a permitir que te ocupes de resolver mis problemas.

Sí, podía ser el peor momento posible para eso, pero me importa una mierda. Esto es lo que está ocurriendo. Lo más probable es que el sol salga mañana sobre una realidad totalmente diferente para todos nosotros. Así que tengo que hacer lo que considere mejor en este momento.

Encierro la cara de Tommi entre mis manos y miro fijamente sus ojos verde esmeralda, unos ojos que jamás podrá olvidar, sin importar lo que ocurra.

—Atravesaría el fuego por ti. Por cualquier persona que te importara. No tienes que enfrentarte a esto sola. Me tienes a mí.

Las lágrimas convierten sus ojos en brillantes joyas, fluidos como piscinas líquidas. La barbilla le tiembla un poco y me rodea las muñecas con las manos, aferrándose a mí.

—Sucedá lo que suceda hoy o mañana, el mes o el año que viene, nunca lo lamentaré. Lo sepas o no, me has salvado.

¡Dios! ¡Cómo quiero que sea cierto! Me gustaría poder cogérla en brazos y correr con ella lo más rápido posible. Pero no puedo; no puedo por cien razones diferentes. Y no lo haré. No soy de los que huyen, y esta situación no es una excepción. Nos enfrentaremos juntos a esto, da igual cómo acabe. Somos un equipo.

Mi boca cae sobre la de Tommi en un beso que estaba destinado a ser suave y sincero. Pero la urgencia de la situación, la incertidumbre de lo que puede ocurrir mañana, lo convierten en un saqueo brutal y salvaje. Cuando nos separamos, los dos jadeamos en busca de aire. Es el momento más real, crudo y quizá más honesto que hemos compartido.

Y sé que Tommi también lo piensa. Lo noto en las líneas de su rostro, en la forma en que se suavizan sus ojos.

—Sig, yo...

Se me detiene el corazón. Sé lo que va a decir. Puede que sea de verdad o como resultado de su agitación, no lo sé, pero en este momento, Tommi me ama. No espero a que termine la frase, no quiero que me lo diga.

Quiero oírlo. Sí, me hace sentir pánico, pero aun así quiero escucharlo de sus labios deliciosos. Pero no en este momento. No de esta manera. Y ella debe darse cuenta, porque da un paso atrás y acaba la frase de forma distinta.

—Yo... creo que es mejor que vayamos en busca de mi hermano.

Desliza su mano en la mía y nos dirigimos a la puerta de atrás. A medida que nos acercamos, me muevo para quedar delante de ella y protegerla con mi cuerpo. No sé qué nos espera, pero me siento mejor si Tommi no está en la línea de fuego.

En el interior, la sala está casi vacía. Veo algunas cajas apiladas contra una pared y un par de fogones viejos, quizá del restaurante, cubre la otra. En el centro del espacio hay una mesa de madera y cuatro sillas, iluminadas por una luz cenital que se balancea. Lo único que falta es un sospechoso atado a una de las sillas y sería el escenario más tópico que haya visto nunca.

Ante esa mesa está sentado Travis, que parece jugar con su teléfono. Chaps está a un lado de él, y Barber al otro. Me pregunto por qué, si le permiten tener el móvil, no ha respondido a las llamadas de Tommi. O por qué no ha llamado a nadie.

—Si fuera tú, me quitaría esa idea de la cabeza —me dice Barber—. Aquí no hay cobertura por mucho que te esfuerces —explica, estirando las piernas antes de volver a cruzarlas a la altura de los tobillos como si estuviera aburridísimo—. Está capada. No podemos dejar que llames a tus amiguitos en busca de ayuda, ¿no crees?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿A mis amigos?

—Sí, tus amigos de la poli.

Se me acelera un poco el pulso, pero intento asegurarme que no aflora a mi expresión.

—No tengo amigos en la poli.

Barber vuelve a sonreír, aunque su mueca no parece contener ni pizca de humor. De hecho, parece una sonrisa satisfecha, como si me tuviera justo donde quisiera.

—Ya, un criminal no suele tener amigos policías, pero es que tú no eres un criminal, ¿verdad, Sig? Eres un poli. ¿Qué se puede decir de un oficial que no tiene amigos en el Cuerpo? ¿No te llevas bien con los demás?

Se me hiela la sangre en las venas, pero mantengo el tipo.

—No sé de qué cojones estás hablando. Me parece que estás intentando ocupar el lugar del jefe. ¿Qué te pasa, Barber? ¿Te has cambiado de bando? ¿O es solo que estás un poco paranoico?

Se ríe.

—Capullo hasta el final, ¿verdad? Tampoco es que importe. Te hemos pillado. Estás acabado. Lo que no sé es por qué sigues fingiendo. ¿Quizá un último esfuerzo para salvar la operación? ¿Para quedar bien delante de la chica? —Sus agudos ojos se clavan en Tommi—. ¿Sabe quién eres en realidad?

En el silencio que sigue a su pregunta, escucho la respiración desigual de Tommi a mi espalda, creciendo en intensidad. Sus dedos se aferran a mi camisa con más fuerza, tanta que siento su ligero temblor. Trato de racionalizar su reacción, pero es difícil que no me sienta culpable cuando le he asegurado que puede confiar en mí. Por no mencionar que me ha contado mucho más de lo que quería que supiera cualquier persona en el mundo, y mucho menos si es policía.

—Debes confundirme con otra persona, Barber.

—Oh, no lo creo, Sigmund Locke. ¿De verdad pensabas que Lance no lo descubriría?

«Sí, lo pensaba».

—Si lo que tratas es de lanzar a un pobre cabrón a los leones, me gustaría sugerir que elijas a uno de tus acólitos. Quizá uno que sea demasiado tonto para entender lo que estás haciendo.

—Oh, ya he elegido al hombre adecuado.

No me importa. Insisto en el tema mientras doy unos pasos adelante, nada alarmante. Solo los suficientes para estar más cerca.

—¿Por eso has retenido a Travis? ¿Tratas de deshacerte de mí? ¿He hecho algo indebido?

—Ya sabes lo que has hecho. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero eso no cambiará nada. Pero sí, nos llevamos al crío para llegar a ti más rápido. Para no darte tiempo a planear nada ni pensar. Ni para que avisaras a tu gente. Y ha ido sobre ruedas, ¿verdad? Has venido solito hasta nosotros.

La tensión se ve interrumpida por Travis. Emite un ruido extraño y comienza a balancearse hacia delante y hacia atrás al tiempo que se golpea la sien con el puño. Todos lo miramos y se escucha el jadeo de Tommi. Se aleja de la protección de mi espalda.

—¡Travis!

Pasa junto a mí y estiro el brazo para detenerla, pero ella lo esquiva y corre hacia su hermano de todas formas. Barber no se mueve, ni siquiera la mira, de hecho. Sus ojos están clavados en mí, no en Tommi, que se pone en cuclillas junto a su hermano.

—Es una pena que hayas implicado a la chica y a su hermano, Locke. Ahora tendremos que matarlos a todos. Y odio hacer sufrir a los niños, me pone de muy mala hostia. Así que lo dejaré para el final. Sin embargo, alguien debe sufrir por hacerme sentir así, y te toca a ti.

—¿Por qué cojones vas a hacer daño a Tommi y a Travis? No han hecho nada malo.

—Oh, creo que Lance no estará de acuerdo. En cuanto se dio cuenta de que estabas tirándote a su novia, te investigó más profundamente. Es decir, ¿a qué clase de gilipollas con mierda en el cerebro se le ocurre follar con la mujer de Lance Tonin? Parece que solo a uno. Y supongo que Lance te descubrió por eso. Le ha costado un ojo de la cara, pero consiguió lo que necesitaba. Pasamos el fin de semana limpiando este lugar para que los cerdos de tus amigos no encontraran nada, por si acaso habías obtenido alguna información de Tommi y la habías enviado. Por desgracia eso significa que nuestro amigo —dice señalando a Chaps, que no ha abierto la boca desde que llegamos— tiene que salir de la ciudad. Es demasiado arriesgado mantener el negocio funcionando de la misma forma. No podemos estar seguros de cuánta información has pasado, y es un coñazo tener que cambiarlo todo después de tanto tiempo. Sin embargo, vale la pena permanecer en el negocio y daros a los polis algo en lo que pasar el tiempo. Ya sabes, ganarnos la paga y esa mierda.

Miro a Tommi de reojo. Está acunando a Travis, acariciándole el pelo y susurrándole al oído mientras lo mece. Cuando no tiene los ojos clavados en la cabeza de su hermano, me dispara con ellos chispas invisibles de angustia y traición que me hieren como minúsculos puntos de fuego, capaces de atravesarme la piel y los músculos para incidir en el hueso.

No es así como me imaginaba tener que confesar mi juego, pero no puedo pensar en eso ahora. Tengo que sacarnos de aquí. Con vida.

Tan rápido como me lo permite mi mente, recorro una idea tras otra en busca de la más eficaz, de la que me haga ganar más tiempo. He enviado un mensaje a mi contacto diciéndole que este es el lugar donde Tonin realiza sus asuntos. Rezo para que alguien lo haya visto, porque no tengo nada más, salvo confesar quién soy en realidad. Eso significa que me queda una opción utilizando ambas circunstancias. Soltar un farol. Uno de los buenos.

Cruzo los brazos sobre el pecho al tiempo que esbozo una teatral sonrisa.

—Entonces, ¿esa es vuestra respuesta? ¿Deshaceros de nosotros? ¿Matar a una mujer, a un niño y a un policía? ¿De verdad piensas que eso hará que todo vaya

mejor? —Me río con todas mis fuerzas—. Lo que no sabes, mamón de mierda, es que ya hemos descubierto todo, que ya estáis pillados, todo es cuestión de tiempo. No lo dudes, os atraparán y acabaréis en chirona. Mucho, muchísimo tiempo. Puedes hacer que sea peor si realmente quieres..., añadiendo, por ejemplo, el asesinato a tu larga lista de acusaciones. Si ese es tu plan maestro, entonces, ¡adelante! A por nosotros.

La sonrisa de Barber me preocupa. No parece afectado en lo más mínimo.

—¿Y cuáles, en concreto, serán esos cargos? Aquí no hay drogas. No tienes pruebas ni evidencias de que hayamos hecho algo malo. Travis podría acusar a Chaps, pero estará muerto antes de que el cuerpo de su hermana toque el suelo. Entonces, ¿cuál es el juego? Debes de saber algo que yo no sé, porque estamos limpios. —Da un paso hacia mí con los ojos brillantes. Por fin veo en ellos una emoción que no es relamida satisfacción, sino cólera—. Estamos muy limpios.

Todo lo que puedo hacer es ganar tiempo, el que sea posible hasta que encuentre la manera de salir de allí. Sonríe, compongo una sonrisa lo suficientemente grande y larga como para que él la note y entrecierre los ojos.

—Si eso es lo que piensas, quizá te he sobrestimado. Ya veremos. Pero te voy a contar lo que no ocurrirá. Te aseguro que no voy a quedarme aquí y enseñarte mis cartas. Si eso es lo que esperas, es que eres idiota. No importa lo que me suceda a mí o a ellos, tú acabarás pagándolo, cabrón.

Barber me mira en silencio, como si estuviera debatiendo consigo mismo si liquidarnos y asumir el riesgo o intentar averiguar lo que realmente sé, lo que sabemos.

—¿Arriesgarías tu vida por una detención?

—Mira, tío, me importa una mierda lo que hagas conmigo, pero no voy a mentirte. Estas dos personas me importan, y va a ser muy agradable ver todo lo que te ocurrirá a ti. Pero, que Dios te ayude, como seas lo suficientemente estúpido como para poner la mano encima a cualquiera de ellos, desearás estar muerto, te lo juro. —Dejo que mis palabras y el peso y la sinceridad con que las digo hagan mella antes de continuar—. Estás acabado hagas lo que hagas, la cuestión es que tú eliges cómo.

—¿Ella es muy importante para tí? —pregunta Barber, señalando a Tommi con la cabeza.

Lo miro con los ojos entornados.

—Mucho. Creo que lo he dejado bien claro.

—Lo has hecho. Pero me parece se te ha olvidado que podemos hacerla sufrir sin ponerle una mano encima.

—¿De verdad? —indago al tiempo que cruzo los brazos sobre el pecho—. Cuéntame...

—Lance descubrió el cuerpo de su hermano en el congelador. Incluso si le permitiera vivir, pasaría la vida en la cárcel, y no guardaría luto por un hermano, sino por dos. Jamás será libre a menos que Lance le permita serlo. Esta zorra estúpida no sabe a quién ha jodi...

Lo interrumpo con un bufido.

—¡Joder! ¿Crees que a ella le preocupa eso? Conozco toda la historia. Y no va a pagar por ello, créeme, lo sabría. Soy poli, ¿recuerdas? Si alguien conoce la ley, ese soy yo. De hecho, si me lo hubiera contado antes, podría haberla ayudado antes de que ocurriera todo esto. Solo tenía que confiar en mí. —Vuelvo a mirar a Tommi, intentando transmitirle con mis afligidos ojos toda la fuerza y firmeza que siento. Ella clava la vista en otro lado, pero antes me da tiempo a ver la expresión de traición, dolor y desconfianza que está apoderándose de ella. Se me encoge el corazón.

No es así como se suponía que debía ser.

—Oh, puedo garantizarte que ella no va a volver a confiar en ti, poli. En lo que te quede de vida.

Barber se endereza y saca la pistola que guarda en la parte trasera de sus pantalones. Coloca el dedo en el gatillo y sube el cañón hacia mí. Ahora estamos frente a frente, ha tomado una decisión. Está poniendo a prueba mi farol, y quiere saber si realmente poseo algo con lo que negociar. Tengo la oportunidad de salvar a Tommi, de salvarnos a todos. Balones fuera y a por todas.

Comienzo a caminar hacia él con los brazos abiertos, con toda la bravuconería que puedo mostrar.

—Es hora de moverse, tío. ¡Guarda esa mierda! Me reiré hasta mi último aliento pensando en que ocuparás la celda contigua a la de Tonin durante los próximos veinticinco años.

La forma en que aprieta los labios y el débil temblor de su mano son las únicas señales que veo de indecisión. Pero es suficiente. Lo he preocupado. Y eso es lo único que necesito para seguir presionando.

No me apresuro, pero sigo avanzando con chulería para que no reaccione.

—¿Qué es lo que vas a hacer? No tengo todo el día —le presiono.

Barber tensa el brazo como si estuviera tratando de encontrar la resolución para hacerlo y confiar en sus instintos en vez de dejar que mis palabras se enraícen en su cabeza. Doy un paso más y aprovecho su vacilación para hacer mi movimiento.

Me inclino para lanzar mi cuerpo contra Barber. Oigo la descarga del arma y muevo el brazo ciegamente hasta la mano que empuña la pistola, que agarro para tirar hacia el suelo tan fuerte como puedo. Siento el frío metal de la empuñadura contra el meñique al mismo tiempo que se vuelca la mesa y rodamos por el suelo de hormigón.

Avanzando tan rápido como puedo, cargo todo mi peso sobre el pecho del traficante y le inmovilizo el brazo con la rodilla mientras le giro la mano para que apunte hacia otro lado del edificio, lejos de blancos humanos. En el instante en el que deja de moverse, le clavo el codo en la cara. A continuación continúo el impulso de mi cuerpo para girarme al tiempo que cojo la pistola que me he puesto en la cintura. Apunto a Chaps con ella mientras todavía está intentando sacar la suya. Él no se ha acercado a Tommi cuando amartillo el arma. El clic resuena en la habitación como si fuera el estruendo de un cañón, haciendo que se pare en seco.

—No lo hagas, Chaps. Te mataré si no te detienes.

Tiene los ojos muy abiertos y la frente cubierta por una pátina de sudor. Leo la indecisión en su rostro. Así que lo presiono con la enorme gravedad de mis palabras.

—¿No me crees? ¿Quieres que te lo demuestre, hijo de puta? Te mataré si te acercas a Tommi. Pondré fin a la vida de cualquiera que se atreva a amenazarla. No mereces vivir, y daré gracias a Dios por la oportunidad de mandarte directo al infierno.

Un latido. Dos. Antes de que mi corazón palpite por tercera vez, la indecisión se convierte en vacilación y la duda en miedo. Veo que esas emociones inundan su mirada gris. Si hubiera tenido más tiempo para pensar, quizá habría actuado de forma diferente, pero lo obligo a alejarse, a bajar la mano. Está retrocediendo.

Estoy seguro de que en su fuero interno sabe que todavía hay alguna oportunidad para él. Buscamos a Lance Tonin. Ese es el pez gordo. Si Chaps habla, podríamos llegar a un acuerdo con él. Y apuesto algo que eso es precisamente lo que va a hacer. Siempre y cuando podamos impedir que Tonin se lo cargue antes de que cante. Resulta difícil ocultarse de un tipo como Lance Tonin, en especial en un edificio de ladrillo lleno de criminales y sin ningún sitio al que ir.

—No seas idiota, hombre —agrego, inclinando la balanza a pesar de que sé que ahora no va a disparar nadie.

Chaps deja caer la pistola colgando de su dedo para que apunte, inofensiva, hacia la pared. Dejo escapar silenciosamente el aire que estaba conteniendo.

Lo señalo con la cabeza y palidece, como si fuera ahora cuando realmente se hunde, renunciando a su única ventaja real. La única que tenían ante mí eran Tommi y Travis, pero ahora el control es mío.

—Empuja la pistola hacia mí y luego tiéndete en el suelo, boca abajo, con las manos detrás de la cabeza. —Resignado, el profesor hace lo que le ordeno. Siento que Barber comienza a retorcerse de nuevo debajo de mí, no hay duda de que está recuperando el conocimiento a pesar del codazo que le he propinado hace menos de un minuto. Le pateo las costillas con la rodilla. Entonces, mientras se pliega sobre sí mismo, vuelvo a atacar su rostro. La sangre sale a borbotones por su nariz destrozada mientras su cabeza reposa hacia un lado.

—Tommi —la llamo mientras hago rodar a Barber sobre su vientre—, recoge la pistola. Travis, busca algo con lo que atarlos.

Antes de que puedan moverse, se escucha una explosión repentina, como si una puerta se abriera de golpe.

—¡Todos quietos! —ordena una voz.

Ni siquiera tengo que darme la vuelta para saber que acaba de llegar la caballería. No existe ni un solo criminal en la historia que pueda pronunciar esa orden de forma tan efectiva como un agente de la ley.

—No disparéis. Soy policía. —Alzo las manos y dejo caer el arma con el dedo en el gatillo como ha hecho Chaps. Poco a poco, me levanto y me doy la vuelta.

En la puerta hay dos agentes con uniforme de asalto, lo que indica que estaban preparados para irrumpir en el lugar en el momento en que yo hubiera mandado otro mensaje. Vestidos de negro de pies a cabeza, con chaleco antibalas, protección en la cara y rifles de asalto, están preparados para la batalla. Detrás de ellos hay cuatro más. Estoy seguro de que hay más en el exterior, cubriendo diferentes posiciones en los alrededores—. ¡No sabéis cómo me alegro de veros, chicos!

—¡De rodillas!

Hago lo que me dicen. Sé que tienen que retenernos a todos hasta confirmar mi identidad. Sonrío cuando uno de los agentes se aproxima a mí con rápidos pasos para despojarme del arma. Estoy en la recta final.

No miro a mi alrededor hasta que me arrastran con las manos esposadas y solo entonces recuerdo lo vacía que está la habitación. Mi satisfacción disminuye.

«¡Joder!».

Solo espero que no haya sido en vano.

Tommi

Ha habido muchos días horribles en mi vida. Algunos estuvieron llenos de muerte y violencia, de sangre y crimen, de pérdida y dolor, pero hasta ahora nunca me había sentido así. Nunca había pensado que morir fuera un bendito alivio.

Hasta hoy.

Hoy, he llegado a experimentar más libertad y a sentirme más traicionada que nunca. Hoy, he sentido el amor que siempre he ansiado y la angustia que siempre he temido. Hoy, he sufrido la mentira y la verdad, el sacrificio y el egoísmo, la felicidad y la desesperación, y eso me está desgarrando.

He tenido a Sig; su amor, su confianza, su comprensión y, durante unos minutos, tuve esperanza. Esperanza de verdad. Pero luego, con solo un par de frases, fue arrancada con crueldad de mis manos, de mi corazón. Ahora me quedan los restos destrozados de una vida que odiaba y un futuro que, en el mejor de los casos, debo considerar cuestionable. Y doloroso..., porque también siento dolor.

Ahora estoy sentada en la comisaría, encerrada en una sala de interrogatorios, me pregunto qué ha sido de mi hermano mientras lucho contra las lágrimas. No suelo permitirme el lujo de llorar, ni de sentir lástima por mí misma, pero en este momento no creo que pueda luchar contra nada de esto. Todo lo que he hecho para mantener a mi hermano conmigo, para intentar que nuestro camino en la vida sea más fácil, ha sido una pérdida de tiempo. Estamos separados, mirando al abismo que tanto he intentado evitar. Porque he confiado. He confiado en alguien que no merecía mi confianza..., como yo sabía.

Al pensar en Sig y en su traición, me quedo sin aliento. El dolor que siento en el pecho es tan punzante que tengo que inclinarme hacia delante y apoyar la frente en el frío borde de la mesa metálica, rezando para que el dolor desaparezca. Pensar que he estado a punto de decirle que lo amo. Eso hubiera sido la guinda en un día jodidamente fantástico.

Pero no lo hice, no se lo dije. Al menos mi orgullo está a salvo, o una mínima parte de él, para que me haga compañía en una pequeña celda de una prisión en cualquier parte. ¡Qué gran consuelo!

La puerta se abre de golpe. El corazón se me detiene hasta que veo entrar a Sig en la habitación y cerrar a su espalda. Me mira con esos ojos profundos y oscuros, con esos ojos que me engañó por completo. A mí, a una chica de la calle, una chica dura, me la pegó un poli. Y fue con esos ojos, con esa sonrisa.

—Espero que te sientas orgulloso de ti mismo —escupo con voz amarga, odiando el temblor que acompaña a mis palabras por culpa del nudo que tengo que superar para decir las.

Sig no se molesta en ocultar que mis palabras lo dejan noqueado. O quizá esté fingiendo. Es algo que se le da bien. Muy bien, de hecho. Sin embargo, llegados a este punto, me pregunto por qué tendrá que fingir nada. No lo comprendo. Aun así, no puedo fiarme de nada de lo que haga, no creo que sea verdad. Ni de coña.

—¿Cómo puedes pensar eso? No era esto lo que quería ni cómo esperaba que salieran las cosas. No puedo creer que pienses que he hecho esto a propósito.

—¡Claro que sí! Eres un poli, por el amor de Dios. Mientes para pillar a la gente como yo.

—El objetivo no era pillar a ti. Siempre se ha tratado de Tonin. La única forma en que tú estabas implicada era que quería buscar la mejor manera de liberarte. Conseguir que tanto Travis como tú pudierais libraros de él.

—Bien, entonces te felicito. Ya somos libres. Libres para vivir de forma miserable, separados uno de otro. Yo me pudriré en la cárcel y Travis en algún tipo de institución mental en alguna parte.

Sig camina hasta la mesa y se sienta enfrente de mí. Posa una de sus grandes manos sobre mi puño cerrado. Su contacto resulta extrañamente bienvenido, una certeza que me golpea como un puñetazo en la cara. Retiro mi brazo, decidida a no permitir que provoque en mí ningún sentimiento que no sea desprecio y traición.

Parece molesto, pero no dice nada. Se limita a retirar su mano y a poner la otra sobre la mesa.

—Jamás permitiré que eso ocurra. No me gusta que pienses que sería capaz de eso.

—¿Qué nunca permitirás que ocurra? ¿Y cómo vas a impedirlo? ¡Está ocurriendo ya, Sig! —grito—. Has abierto la caja de Pandora y nada hará que vuelva a cerrarse.

Respiro con dificultad medio incorporada, con las palmas de las manos sobre la mesa. Sig me observa con expresión profundamente dolorida.

—¿De verdad crees que te haría eso? ¿Qué permitiría que te ocurriera?

Me dejo caer de nuevo en la silla, desinflándome por completo.

—No puedes hacer nada al respecto. Eres policía. Te dedicas a descubrir a los delincuentes. Además, estoy segura de que es eso lo que pasa por tu cabeza. Lance tiene mucho poder y va a hacer lo que sea necesario para hacerme pagar. No, en este momento no hay nada que puedas hacer para salvarme. —Me miro los dedos y veo que me he mordisqueado una uña. La ira, la emoción vital para mantenerme en pie y resistir lo que venga, desaparece, dejándome presa de una profunda tristeza y una extraña sensación de vacío—. Una parte de mí siempre se ha preguntado si alguna vez podría escapar de lo que he hecho. Supongo que después de tanto tiempo, comencé a creer que sí podría. Pero la vida no funciona de esa manera. Todos tenemos que pagar por nuestros platos rotos. Y ahora ha llegado mi turno.

Durante unos segundos miro a Sig y lo veo como era. El hombre que me amaba con sus manos, su boca, su cuerpo y sus ojos. El hombre que se preocupaba por mí. El hombre del que me he enamorado.

Pero luego, como si hubieran apagado un interruptor, lo veo como lo que es ahora. Alguien que me ha defraudado cuando más lo necesitaba, dejándome sola.

Es entonces cuando las lágrimas aparecen de nuevo. Unos sollozos estremecedores recorren mi cuerpo con la intensidad de un terremoto.

—Prométeme que te ocuparás de facilitarle las cosas a Travis —le pido. Mi desesperación solo empeora cuando pienso en lo que va a ser de mi hermano—. Él solo ha hecho lo que le pedí. No es responsable de nada de esto. Todos se han aprovechado de él. ¡Todos nos aprovechamos de él! Yo sabía que seguiría mi plan, que haría todo lo que le pidiera para poder mantenernos a salvo y juntos. Habría hecho cualquier cosa para no volver al reformatorio después de lo que le hicieron esos chicos.

Aúllo con tan poco control que siento como si no pudiera más, por lo que empujo la mesa y me inclino hasta apoyar el pecho sobre los muslos. Oh, Dios, ¿cómo puede haber salido todo tan mal? ¿Cómo podemos estar aquí, un lugar donde no tengo el control? ¿Un lugar donde Travis está a merced de personas que no lo entienden? ¿Un lugar donde solo va a recibir daños? ¿Cómo?

—Por favor, por favor, por favor, Sig —suplico mientras las lágrimas gotean por mi nariz con un flujo constante que salpica las baldosas del suelo—. Por favor, cuidalo. Si alguna vez has sentido algo de verdad por mí, haz que...

Mis palabras se interrumpen cuando unas fuertes manos agarran mis brazos y me obligan a ponerme de pie. Me encuentro cara a cara con un cabreado Sig, su cara está borrosa y mis pies apenas rozan el suelo.

—¡No voy a dejar que os suceda nada malo a ninguno de los dos! ¡No te atrevas a rendirte! Esto no ha terminado. Te prometí que podías confiar en mí, y puedes hacerlo. Es posible que no me creas, pero es la verdad.

Parpadeo para borrar las lágrimas, dejando que mi histeria desaparezca poco a poco bajo su agarre, y me concentro en el atractivo y decidido rostro del hombre que me ha traicionado. Me río; es un sonido amargo, áspero, que procede de un alma tan seca como la arena del desierto.

—Ya lo hice. Confié en ti y mira dónde estoy.

Sig me sacude. No lo hace con fuerza, pero consigue que me castañeteen los dientes.

—¡Basta! Que no planeara que ocurriera de esta manera no significa que vaya a permitir que termine así. Te sacaré de esta situación, a ti y a Travis, aunque sea lo último que haga.

—¿Por qué? —pregunto con tristeza—. ¿Por qué vas a arriesgarte por nosotros? ¿Por mí?

—Porque...

—¿Por qué?

—Porque creo que estoy profundamente enamorado de ti, ¡joder! No pienso permitir que te pudras aquí.

«¡No lo escuches! ¡No lo escuches! ¡No lo escuches!» me advierto a mí misma casi ahogando a esa pequeña parte de mí que siempre ha querido escuchar esas palabras, esa parte para la que escuchar esa declaración es como recibir una gota de agua después de una larga sequía.

—No. —Cierro los ojos para no verlo. Me enfrento a la debilidad sacudiendo la cabeza—. No. No te creo.

—Entonces te lo demostraré —sisea—. No te quedará más remedio que creerme. Porque es cierto, Tommi. Todo lo que te he dicho en relación a nosotros es verdad. No te culpo por no creerme, pero eso no hace que sea menos cierto. Así que te lo demostraré, te lo prometo.

Dice las últimas palabras con tanta sinceridad, con una determinación tan desgarradora, que abro los ojos. En realidad quiero verlo, sentirlo, creerlo. Quiero que me lo demuestre. Lo ansío con tantas ganas como jamás pensé que podría desear algo.

—No puedes estar enamorado de mí. El amor es bonito, no horrible. Y yo soy horrible —explico con la respiración entrecortada. Cualquier espíritu de lucha me abandona, dejándome de nuevo solo las lágrimas.

—Te equivocas. A veces, el amor es horrible. Y lo más bonito no siempre es digno de adoración. Pero tú... tú no solo eres bonita. Eres preciosa. La cosa más preciosa que he visto nunca. Por dentro y por fuera. Has hecho todo esto por tu hermano. No eras más que una niña y has luchado por él con todas las armas a tu alcance. Eso te hace digna del mejor amor. Del amor incondicional. Del que jamás te abandona, da igual lo duro que te empuje la vida. Del tipo de amor que sobrevive a pesar de todo. Te lo mereces. En realidad, te mereces más. Te mereces más de lo que yo puedo darte, a alguien mejor que yo. Pero quizá algún día, después de que todo esto termine, me consideres merecedor de tu amor.

Me hundo en sus ojos, en su color profundo y cálido, en el fuego que brilla en ellos y libra mi alma del frío que la envuelve. Una parte de mí quiere decirle que ya lo amo, que por eso me ha dolido tanto averiguar que me ha mentido. Pero otra parte, la que ha sobrevivido todo este tiempo y la que me ha impulsado a hacer cosas que no haría jamás ninguna chica que se precie si se respetara a sí misma, se guarda las palabras. Irían acompañadas de un precio demasiado alto y, en este momento, no dispongo de ese dinero.

Como si supiera que no va a conseguir ninguna confesión de mí en este momento, Sig aprieta los labios contra mi frente y luego me estrecha contra su pecho.

—No te preocupes. Yo me ocuparé de Travis. No importa qué pienses, recuerda que no estás sola. Yo lo arreglaré. Te lo prometo, lo arreglaré todo.

Cuando me suelta, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta sin mirar atrás. Pero a pesar de su advertencia, en el instante en que la cierra con suavidad a su espalda, me siento más sola que nunca.

Hay momentos en los que las cosas tienen que hacerse de una manera determinada, en los que se tiene que hablar y adular egos. Pero también hay otros instantes en los que las normas merecen una buena patada en el culo. Esta es una de esas veces. Lo primero es lo primero; me detengo a hacer una parada.

Asomo la cabeza en la sala donde se encuentra Travis, acompañado de Dorothy, la psicóloga infantil del hospital del condado. El chico se encuentra sentado en un sofá con la capucha puesta, cubriéndole los ojos, encorvado sobre sí mismo. De hecho, no puedo ver su mirada, solo la línea que forman sus labios y la pálida piel que los rodean.

Golpeo el marco de la puerta con el puño antes de hablar. Al oír el sonido, Travis alza la cabeza de forma que alcanzo a ver sus ojos. Es evidente que está enfadado, pero al verme se adivina en ellos cierto alivio. Es decir, puede que esté en su lista negra en este momento, pero por lo menos se alegra de ver una cara conocida.

—¿Puedo hablar con él un minuto? —pregunto a Dorothy.

Ella sonríe, haciendo aparecer en ambas mejillas unos hoyuelos que convierten su cara en la de una muñeca.

—Claro —responde con amabilidad al tiempo que me guiña un ojo castaño. Pasa junto a mí dejando una nube de perfume a su paso—. Tómate tu tiempo. Estaré en el pasillo.

Espero a que salga y cierre la puerta. Meto las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros —un gesto nada amenazador— y camino lentamente hasta la silla que Dorothy acaba de dejar libre para sentarme frente a Travis. Dejo que pasen unos tranquilizadores minutos antes de hablar.

—¿Qué tal lo llevas, tío?

Se encoge de hombros.

—¿Necesitas algo?

Travis permanece en silencio al menos dos minutos, haciendo que sienta un agujero en el estómago. Estoy bastante seguro de que si el odio tuviera manos, en estos momentos estaría estrangulándome con él. Dejo que lo haga. Probablemente es lo mejor.

—Sí, necesito algo. A mi hermana. Tráela aquí. Quiero irme a casa.

«Claro, ¿qué va a decir?».

Suspiro.

—Sabes que no puedo.

—Puedes, solo que no quieres. Es diferente. —No puedo reprimir una sonrisa. No hace mucho tiempo que mantuve una conversación similar con su hermana.

—Tienes razón. No lo es. Y en este caso, no puedo y no quiero. Soy policía, Travis. Tengo que dejar que la situación fluya de la forma correcta. —Se pone en pie y comienza a pasear de un lado a otro de la habitación. Por fin. Se detiene frente a la pared y frota el rodapié con la goma de la punta del zapato.

—Siempre hay algo más importante que nosotros —murmura con rabia.

—No he dicho que sea más importante. Pero es mejor seguir los cauces legales. Primero, sé que tu hermana hizo lo que tenía que hacer, y además sé que el fiscal se dará cuenta. Ella era solo una niña y vuestras vidas corrían peligro. Y, segundo, resolver este problema de la forma adecuada es la única manera de que podáis llevar a cabo una vida normal y feliz.

—Ella tenía un plan —acusa con un puchero.

—Es posible que los dos penséis que ese proyecto de trasladaros a otro país donde nuestras leyes no puedan encontraros es la respuesta, pero te aseguro que no es cierto. Nunca podríais volver. Siempre estaríais intranquilos, pensando que os pueden pillar Lance o la policía. Seríais unos fugitivos durante el resto de vuestras vidas. —Suavizo la voz—. Esa no es manera de vivir, Travis. Escucha, te juro por mi vida que hago esto por los dos. Estoy haciendo lo que es mejor para ti, no para mí. —Siento una punzada de emoción y me dejo llevar por mi instinto—. ¿Crees que me ha resultado fácil ver cómo se llevaban esposada a tu hermana? ¿Ir a verla a la sala de interrogatorios? ¿Crees que me resulta divertido imaginarla sola en una fría y vacía celda? —La imagen que forman las palabras en mi mente provocan en mi pecho una presión tan intensa que tengo que ponerme de pie para que el diafragma haga su trabajo y pueda aspirar un poco de aire. Me paso las manos por el pelo—. ¡Dios! Daría cualquier cosa para que las cosas fueran diferentes. Pero no lo son. Así que estoy haciendo lo que creo que es mejor para Tommi y para ti.

—Para Tia —me corrige con tristeza.

—Para Tia —convengo. Camino hacia él y le pongo una mano en el hombro con suavidad para que se gire hacia mí—. Mira, tío, sé que estás cabreado. Que estás asustado. Y, seguramente, que te sientes un poco herido. Lo entiendo. Es normal. Es como debes sentirte. No serías humano si no fuera así. Pero voy a pedirte que hagas algo que te va a hacer sentir todavía peor. Algo que no quieres y que seguramente pienses que no debes hacer. Te pido que confíes en mí. —Travis sigue de pie, frente a mí, con la cabeza inclinada, mordiéndose el labio como hace su hermana a veces. Le retiro la capucha y me inclino para verle los ojos—. Me importáis mucho. Si no fuera así, no estaría aquí, luchando por vosotros. Dejaría que os las apañarais como pudierais. Pero no lo hago; aquí me tienes. Porque estoy de tu lado. Te lo juro. —Sus ojos verde esmeralda, tan parecidos a los de Tommi, se clavan en los míos. Dejo que me estudie, que se lo piense. Por fin, asiente con la cabeza una sola vez, casi imperceptiblemente. Estoy seguro de que lo hace porque no puede tomar otra decisión. En este momento, soy todo lo que tiene.

Ese pensamiento me golpea el corazón. ¿Qué le pasará a este chico si no consigo que el fiscal vea las cosas a mi manera? Lo perderá todo. A sus padres, sus hermanos, su infancia... su inocencia.

La idea tiene el mismo efecto que poner el hierro al fuego. Hace que mi determinación se vuelva férrea, la endurece hasta un nivel que es impenetrable.

—Escucha, Dorothy va a necesitar que hables con ella con un detective presente. Y tienes que hacerlo para que puedan permitirte ver a Tommi. Yo tengo que hacer un recado importante. Pero cuando termine, regresaré, te dejarán ver a tu hermana y luego te llevaré a casa conmigo, ¿de acuerdo? Cuidaremos a tu madre y luego quizá podamos hacer algo como jugar con la consola. ¿Te parece un buen plan? Creo que podríamos pasar una buena velada.

Veo que curva ligeramente las comisuras de los labios. Lo considero una buena señal y decido que es mejor no tentar más a la suerte en este momento. Salgo y llamo a Dorothy.

—Todo tuyo. Regresaré dentro de una hora para que vea a su hermana y luego lo llevaré a casa.

Ella asiente con la cabeza.

—Creo que entonces ya habremos acabado.

Mientras camino para salir del edificio, la primera persona a la que llamo es a mi padre.

Menos de una hora después, subo las escaleras que llevan al porche con el frontal curvo donde vive Bill Lemmon. Es el fiscal del distrito y lleva años trabajando codo con codo con mi padre, por lo que me he encontrado con él varias veces. Jamás hubiera llamado a mi padre para pedirle un favor si esto no fuera tan importante. Pero

aquí estoy, un domingo por la noche, para visitar a la otra persona que necesito que crea en Tommi tanto como yo.

Me recibe en la puerta, y la abre antes de que pueda llamar al timbre.

—Me alegro de verlo, Locke —me saluda con rigidez, y me tiende la mano antes de hacerse a un lado para dejarme entrar.

—Gracias por haber aceptado hablar conmigo. Ya sé que es tarde, pero...

Me estudia con unos ojos azules y astutos, pero asiente sin decir nada. Se da la vuelta y me conduce a su estudio. El lugar está decorado en tonos marrones y rojos, igual que su despacho de trabajo, si no recuerdo mal. Eso me parece un poco extraño, pero no lo es. Si ese es su gusto...

Toma asiento detrás de un escritorio ancho y me invita a sentarme en una silla frente a él. A pesar de que estamos en su casa, resulta todo muy profesional. Sí, sin duda, da la sensación de que estamos en las oficinas del fiscal.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Tiene la documentación del caso?

—Sí. He estado mirando los informes. También he hablado con el capitán.

—Entonces conoce los datos básicos. He venido a hablar con usted sobre las opciones que tiene esa chica. —Comienzo a hablar inclinándome hacia delante para apoyar los codos en las rodillas—. Cuando ella tenía trece años, su hermano mayor atacó a su hermano pequeño y a su madre. El chico había tomado *crack*. Golpeó al pequeño de la familia y comenzó a agredir a la madre, que nunca se ha recuperado por completo. La niña, Tia, le dio con un bate para que dejara de golpear a su madre. Por desgracia, fue un impacto mortal, aunque ella no tenía la intención de matarlo. Como temía por su vida y por la de su familia, se hizo cargo de su hermano y de su madre después de eso. Los dos eran dependientes de ella; el chico tiene síndrome de Asperger y necesita cuidados especiales. Es un buen muchacho pese a todo, con altas capacidades. Aunque es necesario estar pendiente de él; necesita seguridad, una rutina... Por lo que he averiguado en mi investigación, es bastante típico. Después, para complicar las cosas, Lance Tonin se enteró de todo y, a partir de ese momento, todo fue cuesta abajo. El chico comenzó a hacer de mula para él; le daba miedo negarse por lo que pudiera ocurrirle a su hermana. Todo el asunto apesta, pero a lo que quiero llegar, en pocas palabras, es que en el momento en que se llevaron a cabo, todos los delitos fueron cometidos por menores.

Me interrumpo en ese punto y dejo que las palabras hagan su efecto. Son el eje central de mi caso... y lo que yo espero que sea el quid del asunto.

—¿Qué está pidiéndome?

—Sé que, en ciertos casos, las leyes de Georgia permiten que el homicidio sea considerado un delito menor. Esta chica, Tia, se ha sacado el título de secundaria y ha comenzado un grado en la universidad, todo para poder mantener a su hermano por medios legales. De forma legítima. Estaba esperando a que él cumpliera dieciocho años para que no pudieran incluirlo en el sistema social y llevarlo lejos. Ninguno de ellos ha hecho nada malo en años. Todos los delitos juveniles se juzgan teniendo en cuenta la probabilidad de rehabilitarse. Ellos pueden rehabilitarse. ¡Joder! Ya están rehabilitados. Podrían tener una buena vida si pudieran dejar esto atrás y empezar de nuevo. Usted sabe tan bien como yo que Tia no conseguirá más que trabajos de mierda si le imputan un delito grave. Y su vida será mucho más complicada.

Lemmon se reclina en la silla, junta los dedos y me mira fijamente.

—Un delito menor, ¿no?

—Sí, señor. Tenía trece años en ese momento. La muerte involuntaria de su hermano después de lo que él le hizo a su madre la dejó completamente sola con otro hermano más joven al que cuidar. Dado el alcance del delito, solo eligió buenas opciones.

—¿Considera a Lance Tonin una buena opción?

—No tenía elección, señor. Un criminal que se aprovechó de una niña. Así ha sido desde entonces. Ella tenía miedo. La chantajeaba para que no hiciera nada, para mantenerla a raya. Pero tener miedo no es un crimen. Ella no ha cometido ningún crimen por él, no ha hecho nada malo. Se ha limitado a ser un juguete obediente porque no tenía otra opción.

Él asiente con la cabeza y me mira con los ojos entornados.

—¿Y el niño? ¿Travis, verdad?

Asiento.

—Inocente. Nunca supo lo que estaba haciendo. Simplemente dejó que su profesor, un adulto de confianza, un modelo a seguir, lo utilizara. Lo asustara para que hiciera algo supuestamente por el bien de su hermana. En cualquier caso, creo que su registro debería ser borrado solo por el valor de su testimonio. Si él acusa a Chaps, el maestro, este señalará a Tonin para salvarse. Es más, su testimonio podría ser lo que consiga que metamos a Lance Tonin entre rejas durante mucho tiempo. Pero la cadena empieza con el niño. Lo necesitamos.

—Entonces, básicamente, ambos reciben un tirón de orejas en lugar de múltiples cargos por delitos graves.

Se me hunde el corazón. Que él lo perciba de esa manera no es bueno.

—No, señor. No es eso. Han pagado un alto precio. Varias veces. Los han obligado a vivir presos desde hace años. Ninguno de los dos ha sido libre desde que su hermano mayor murió, hace ocho años. Y, siendo sinceros, creo que ya han sufrido bastante. Ya han sido castigados. Seguramente más de lo que la ley les hubiera hecho pagar, solo que de forma diferente. La vida se encargó de ello... y han aprendido. No son criminales. Los dos están dispuestos a dejar atrás el pasado y vivir una vida mejor.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

Sé lo que está pensando.

—He pasado meses con ellos. No sabían que yo era policía. No tenían ninguna razón para ocultarme nada, ¿entiende? Estoy tan convencido de ello que estaría dispuesto a apostar mi carrera.

—¿En serio? —pregunta con una ceja arqueada.

—Por ellos estoy dispuesto a prestar juramento como testigo de cargo si lo considera necesario. Lo que me lleva a otra petición.

Se ríe, pero no con alegría.

—¿Hay más? Cuénteme.

—Me gustaría estar al cuidado del chico hasta que se decida algo sobre la hermana. Tiene que disfrutar de un entorno familiar, y él me conoce. Creo que es lo mejor para él.

—En resumen, quiere que proponga una declaración de culpabilidad de cargos menores, tanto para el chico como para ella. ¿Y si no puedo convencer al juez?

—Cruzaremos ese puente cuando llegemos a él. —Trago saliva—. ¿Quiere decir eso que va a intentarlo?

No dice nada durante un tiempo, durante el cual me imagino saltando por encima del escritorio para estrangularlo y huyendo con Tommi y Travis.

—Quiero hablar con la muchacha... Y con el niño. Veré lo que puedo hacer, pero no le prometo nada.

—Genial. Dígame cuándo...

—No es necesario que esté presente.

—No, pero si...

—De hecho, preferiría que no estuviera.

Aprieto los dientes. Quiero que cambie de opinión, pero sé que es mejor no intentarlo. Solo perjudicaría a Tommi y a Travis.

—De acuerdo. Si eso es lo que quiere...

Asiento.

—Ahora, si ya ha satisfecho sus peticiones... —Pone las manos sobre el escritorio como si fuera a levantarse.

Me pongo en pie.

—Claro... No, nada más. Agradezco que me haya recibido.

—Eso puede agradecerse a su padre.

—Oh, hará que me sienta en deuda. No se preocupe por ello.

Por primera vez, veo aparecer en su rostro una sonrisa de verdad.

—Imagino que sí.

Le tiendo la mano y Lemmon la estrecha.

—Lo comprobaré en mis propias carnes. Gracias de nuevo.

Dicho eso, me doy la vuelta y me dirijo a la puerta. Cuando abandono la casa, siento un poco más de esperanza que cuando he llegado.

Tommi

Han pasado más de dos horas desde que Sig se marchó. Me estoy congelando, tengo el trasero dormido y no he comido nada desde el desayuno. Me han hecho tantas preguntas que me duele la cabeza. Les he pedido media docena de veces que me dejen ver a mi hermano, pero la única respuesta que obtengo es que lo verá pronto.

Veo que gira la manilla y que la puerta se abre de nuevo. Levanto la cabeza con recelo, rezando para que no sea otro inquisidor. Se me forma un nudo en la garganta y me pican los ojos cuando veo que es Sig quien llena el umbral, aunque da un paso atrás para permitir que entre mi hermano.

Me levanto como un resorte y corro hacia él. Travis se queda quieto y deja que lo abrace, como un mueble. Pero la forma en la que se inclina hacia mí me dice que está tan contento de verme como yo.

Espero a estar segura de poder controlar mi voz y mi expresión antes de apartarme lo suficiente para mirarlo a la cara.

—¿Cómo estás?

Se encoge de hombros al tiempo que baja la vista.

—Bien.

—¿Has comido?

—Una señora me trajo unos bocadillos.

Miro a Sig. Nos contempla con una triste sonrisa.

—Lo llevaré a casa y me aseguraré de que come. Y también me ocuparé de tu madre.

¡Santo Dios!, me he olvidado de mi propia madre. Estoy tan angustiada que me he olvidado por completo.

Pero Sig no.

El nudo en mi garganta es cada vez más grande.

«¡Por favor, Dios, que no me enamore de él!».

Me muerdo el labio al pensar eso, intentando que deje de temblarme la barbilla. Sé que es demasiado tarde; tanto para detener el temblor como para no amar a Sig. Creo que lo amo desde hace tiempo. Y da igual cuánto luche contra ello, es inevitable.

Le brindo una sonrisa inestable.

—Gracias.

Su reacción es una sonrisa de medio lado que me hace sentir mariposas en el estómago.

—No tienes por qué darlas. Mi hermana vendrá a ayudarme.

Un estremecimiento de alarma me sube por la espina dorsal.

—Er..., no sé si eso será una buena idea. Travis...

—Se enamorará de ella, créeme. Es más, está deseando verla. Le he dicho que la mayoría de los chicos dicen que está muy buena, pero como se le ocurra coquetear con ella le daré una patada en el culo. Espero que no se atreva.

Llega un resoplido ahogado de Travis.

—Gilipollas.

Es un término despectivo, por supuesto, pero viniendo de mi hermano y por la forma en que lo ha dicho, parece más un apodo.

—Viene por si acaso tu madre necesita algo que yo no puedo... que no sé como..., bueno, ya sabes.

Ni siquiera se me había ocurrido. Que Dios me ayude, parece como si tuviera la mente en... otro lugar.

—Gracias por pensar en ella. No... no sé lo que habría hecho si no. Ni siquiera había pensado...

Se me quiebra la voz. La vida parece decidida a demostrarme una y otra vez lo terrible que soy.

Sig da un paso más cerca y se asoma detrás de Travis como una sombra gigantesca.

—Ya basta. No te preocupes.

Me mira con dureza.

Alzo la barbilla intentando ignorar la picazón que me provocan las lágrimas en los ojos.

—Gracias. Solo quería decir eso.

Su expresión feroz se suaviza.

—De nada. Ya te he dicho que no te preocuparas, yo me encargo de todo. Te lo prometo.

Vuelvo la vista hacia Travis, quien, por fin, me está mirando a los ojos. Sus labios están curvados en una sonrisa y hace un gesto de asentimiento, como si estuviera diciéndome que está bien, que estará bien. Que los dos lo estaremos. Y los huecos de mi corazón se rellenan. Mientras él esté a salvo, podré salir de esta.

Antes de que diga nada más, aparece una mujer detrás de Sig.

—Tenemos que acompañarla abajo para procesarla —explica la pequeña mujer de color sin aspavientos, señalándome con la cabeza.

Permanece atrás hasta que Sig y Travis vuelven al pasillo, luego me coge del brazo y pasamos por delante de ellos. Imprudente como tantas veces, hago lo impensable y miro hacia atrás, donde mi hermano se queda junto al hombre que amo, donde mi hermano está con el hombre que me ha traicionado. Irán a casa esta noche, al cómodo hogar familiar, libres. Y yo dormiré en una celda.

El corazón se me rompe un poco más.

Travis y yo estamos comiendo pollo frito en la pequeña mesa de la cocina cuando se oye un golpe en la puerta. Miro al muchacho antes de levantarme para responder. Él se encoge en su silla y me mira con cierta emoción. Sacudo la cabeza.

«Los críos y su fascinación por las mujeres mayores».

Abro la puerta y allí está mi hermana, de pie en el último escalón. Me brinda una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué coño te parece tan gracioso?

—Papá me lo ha contado todo. ¿De verdad pensabas que no iba a hacerme gracia? ¿Es que no me conoces?

—Es evidente que no —murmuro mientras entra. Cierro la puerta y le enseño la cocina—. Sloane, te presento a Travis. Travis, ella es mi hermana pequeña, Sloane.

Por un instante, temo que Travis se trague la lengua. Está tratando de ocultar su rostro pegando la barbilla al pecho, pero eso no quita que intente echarle una ojeada a mi hermana. La situación se vuelve más interesante e incómoda por segundos.

—Encantada de conocerte, Travis. ¿Qué tal te va con el amigo Barney? —le pregunta, señalándome.

Travis sonríe.

—De puta coña, supongo.

—Entiendo. ¿Te ha dicho que tengo un bebé?

—No.

—Pues lo tengo. Es una niña y me ocupo de cambiarla, alimentarla, limpiarla... Todo lo que voy a hacer con tu madre, si te parece bien. Es decir, después de vivir con Sig la mayor parte de mi vida, cuidar a un bebé o a cualquier otra persona es pan comido.

Meto la mano debajo de la espesa melena oscura de mi hermana y le pellizco la oreja con la suficiente fuerza para escucharla gritar.

—¿Qué es lo que has dicho? No te he oído bien.

—¿Entiendes a qué me refiero? —bromea.

Travis sigue sonriendo... Y siento como si hubiera hecho un milagro.

—¿Por qué no la acompañas y le presentas a tu madre? No quiero que la pobre mujer piense que ha llegado la muerte para llevársela.

Sloane me da un puñetazo en el brazo.

—Oye, cuidadito con esa boca. Que tú eres mayor que yo.

—Lo sé, pero tienes peor aspecto.

Sloane me mira boquiabierta antes de clavar los ojos en Travis.

—¿Vas a permitir que me hable de esa manera?

El muchacho se encoge de hombros. Creo que no sabe bien cómo tomarse nuestras bromas.

—No sé... ¿Quieres que le dé una patada en el culo?

—Me encantaría verte intentarlo —me jacto.

—Por ahora vas a tener que limitarte a hacerlo en el *Grand Theft Auto* —replica ella.

—Hecho —interviene Travis.

—Sí, claro... Unámonos todos contra Sig —me quejo—. Eso solo hará que la victoria sea más dulce. Y ganaré.

—Sigue soñando —replica Travis, cada vez más metido en la cuestión.

—Ya veremos, tío. Ya veremos... —Echo un vistazo al plato de Travis—. Termina de comer. Yo ayudaré a Sloane a preparar la comida de tu madre.

Travis se sienta para apurar el contenido del plato, pero está todo el rato pendiente de Sloane por el rabillo del ojo. Ella me sigue hasta la encimera, donde reposa la bolsa con la comida de la madre de Tommi.

—He comprado pastel de pollo. He pensado que es más fácil hacer puré con él. Será más fácil darle de comer.

Sloane lo saca de la bolsa e indaga con un tenedor, comprobando la consistencia de la textura del alimento.

—Sí, así está bien. Y además será más nutritivo. Pollo, verduras y algo de carbohidratos.

—Y hay bebidas proteicas en la nevera. —Es casi el único contenido, junto con el agua.

Sloane asiente con firmeza.

—De acuerdo, enséñame dónde está el cuarto de baño. —Lo hago y coge allí un par de toallas junto con un recipiente lleno de cosas de higiene que parece el que he visto llevar a Tommi con anterioridad.

Antes de que salgamos de allí, Travis aparece en la puerta.

—Ya he terminado.

Sloane le sonríe. Cuando veo que él se sonroja, pongo los ojos en blanco. Que Dios me ayude, Sloane va a tener materia para regodearse un año entero.

—Venga, preséntame a tu madre.

El resto de la noche transcurre sorprendentemente bien. Sloane se hace cargo de la señora Lawrence sin problemas, y Travis se muestra bastante relajado considerando la situación. Me siento satisfecho; sé que Tommi se sentiría feliz. Y lo que la hace feliz también me hace feliz a mí. Por mucho que quisiera evitar este tipo de situación, mi felicidad está vinculada a la de otra persona. Aunque confieso que no es tan malo como esperaba.

Sloane tarda algo más de lo que esperaba. Pone la lavadora y la secadora, limpia la cocina y le prepara a Travis el almuerzo para mañana.

—¿Eso quiere decir que tengo que ir al instituto mañana?

—Sí. No necesitamos crearnos más problemas en este momento. Irás al instituto, ¿de acuerdo? ¿Entiendes que debes ser un ciudadano modelo y un buen estudiante?

Noto que no le gusta, pero no discute.

—¿Por qué no te cepillas los dientes y te preparas para irte a la cama mientras echo una mano a Sloane?

Gruñe por lo bajo y se dirige a su cuarto, bastante irritado. Pero al menos no se opone a mí en cada paso.

Ayudo a Sloane con los últimos planes y luego voy a verlo. Está tendido en diagonal sobre la cama, completamente vestido, y dormido.

Cierro la puerta para no despertarlo y regreso con Sloane.

Me detengo en el umbral.

—Por lo tanto, esta chica...

La miro a los ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—La amas. —No está sonriendo ni burlándose de mí. No se regodea ni se jacta. Me mira con seriedad..., quizá incluso con cierta preocupación.

—¿Y si así fuera?

La veo mover la cabeza mientras piensa cómo seguir.

—Es que... me gustaría que...

—¿Qué coño pasa, mujer? —exploto al ver que no acaba de hablar—. Escúpelos de una vez.

—Sé cómo eres, Sig. Sé que nunca has querido amar a nadie, al menos de forma permanente.

—A ti te quiero y me relaciono contigo —bromeo.

—No me refiero a eso y lo sabes. Es solo que... Dios, odio que cuando por fin has encontrado a alguien a quien entregar tu corazón, resulte ser una delincuente.

Y una que viene con un bagaje que...

—¡Alto! —la interrumpo, a punto de perder los estribos—. Tommi no es una criminal. Y tiene menos bagaje que yo. Una madre enferma y un hermano. Eso es todo, aunque sea suficiente para superar a casi todo el mundo. —Respiro hondo para calmarme—. Mira, ni siquiera la conoces, así que te agradecería que te guardaras ese tipo de comentarios hasta que lo hagas. No es como crees que es.

Ella arquea las cejas mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—De acuerdo, de acuerdo —retrocede—. No era mi intención molestarte. Solo he pensado que...

—Pues no pienses. No conoces la situación al completo. Y papá solo sabe lo que yo le dije.

Ahora ella sonrío.

—Quizá papá sepa más de lo que piensas.

—¿Como por ejemplo...?

—Cree que la amas.

—¿Y si así fuera?

—Nada. No, en realidad nada. Todos queremos lo mejor para ti.

—Gracias, pero no necesito tu permiso.

—Lo sé. Mira, no te pongas a la defensiva. Estoy preocupada por ti.

—Vale, pero sé lo que estoy haciendo.

—Sig, nunca has querido... esto. Este tipo de relación. Amor. Y ahora me preocupa que estés lanzándote a...

—No estoy lanzándome a nada.

—Vale, vale..., olvídalos. —Levanta las manos en señal de rendición.

Ahora me siento mal. Suspiro y me paso la mano por el pelo.

—Agradezco tu preocupación, pero sé lo que estoy haciendo. Confía en mí.

—Lo hago, Sig. Pero me preocupa lo que puede ocurrir si esto no funciona como tú piensas. No querías enamorarte para no correr el riesgo de perder a alguien como perdimos a mamá. Y ahora que te surge la oportunidad, está en manos de una mujer que...

—Todo saldrá bien. De una forma u otra. Le prometí que arreglaría esto, y tengo intención de mantener esa promesa.

Después de unos segundos procesando mis palabras, Sloane me mira con los ojos entrecerrados.

—No estarás pensando en hacer una estupidez, ¿verdad?

—¿Como qué?

Se inclina, acercándose más, como si así pudiera ser capaz de entender mejor su respuesta.

—Como una estupidez.

—No sé de qué estás hablando. He ido a ver al fiscal. Todo saldrá bien.

—¿Y si no fuera así?

—Será.

—Pero ¿y si no fuera así? —repite. Su voz es cada vez más fuerte y frenética—. Sig, prométeme que no harás alguna locura como desperdiciar tu vida por esta chica.

—No voy a...

—Sig, prométemelo.

Bajo la mirada a los ojos de mi hermana, que en ese momento me parece mucho más inteligente de lo que siempre la he considerado. Quizá estar con ese tatuador le ha dado una visión distinta de la vida en poco tiempo.

—No puedo prometerte nada —confieso en tono uniforme.

Sloane jadea. Sabe lo que eso significa para alguien como yo. Para cualquier miembro de nuestra familia, por cuyas venas corre sangre policial y jamás flaquean cuando se trata de la ley.

—¿Harías eso? ¿Por ella?

Me está preguntando si sería capaz de dejar de lado mi carrera por Tommi. Si me alejaría de mi familia por ella. Si daría mi vida, todo eso por lo que he trabajado y todo lo que soy.

Y la respuesta es sí. Porque toda mi existencia sería una mierda sin Tommi.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Haría cualquier cosa por ella. Aunque espero no tener que hacerla.

Sloane me mira fijamente con la boca abierta durante un par de minutos antes de decir nada. Y aun así, son pocas palabras.

—Espero que valga la pena.

—La vale. Ella vale la pena.

Mi hermana se pone de puntillas para besarme en la mejilla.

—Te quiero, hermanito.

—Yo también te quiero, pequeño terremoto.

Su sonrisa apenas es visible cuando se da la vuelta y se aleja por el camino.

Tommi

No he pegado ojo en toda la noche. He llorado tanto que me empezó a doler todo el torso, desde el estómago hasta la cabeza, pero no estoy cansada. De verdad que no. Estoy agotada pero no cansada. Mi mente no se queda en blanco el tiempo suficiente para sentirme cansada.

La mayor parte de la noche he estado acurrucada en posición fetal. Traté de dormir, incluso me hice la dormida durante un rato. En mitad de la noche, no sé a qué hora exactamente, escuché unos pasos amortiguados por el corredor central de la prisión. Y no se movieron, solo esperaron. En el interior de mi celda estaba oscuro, pero fuera había luz. A través de mis ojos entrecerrados, vi que sobre mí caía una sombra enorme. No era necesario que viera los detalles de su cara o su cuerpo para saber que era Sig; lo olía, lo percibía, lo sentía... No sé por qué seguí fingiendo que estaba dormida. Pero lo hice.

Se quedó mirándome durante un buen rato. Quizá cerca de quince minutos. En un momento dado, lo vi moverse y apoyar la frente contra los barrotes. Lo oí suspirar tan profundamente que creí sentir su aliento en la mejilla. Pero no dijo nada. De hecho, no emitió ningún sonido más. Yo tampoco. ¿Qué se le puede decir al hombre que amas cuando es el mismo que te metió en la cárcel?

Así que no digo nada.

Quiero preguntarle sobre Travis, pero no puedo hacerlo. Quiero que todo vaya bien, pero de alguna manera odio el pensamiento de que esté bien sin mí. De pronto, en ese punto concreto de mi vida, siento como si no fuera necesaria. En ningún lugar. Para nadie. A pesar de que he vivido una mentira y he matado para protegerlo, Travis quiere seguir adelante, y estará bien sin mí. Eso es lo que debo desear, pero no es lo que quiero. Es muy difícil verlo en este momento. Cuando estoy encerrada y el resto del mundo está libre.

Después de eso, la cruda luz del día no parece traer nada bueno. Me quedo sola con miles de dudas y remordimientos, mientras los cientos de temores que encierro en mi interior se van desperzando poco a poco, como un cáncer que corroa mi alma sin piedad.

En algún momento cerca del almuerzo, viene a verme el fiscal. Me dice que Tonin ha conservado el cuerpo congelado de mi hermano y que el forense llevará a cabo una autopsia de inmediato. Me pregunta qué van a encontrar y se lo digo.

Me hace otras preguntas, lo que me da pie a contarle mi visión de la historia. Lo hago de forma mecánica y sin emociones. No estoy segura de que sirva de algo a mi favor, pero me siento fría y entumecida. Da igual lo mucho que lloro, estoy vacía por dentro.

Cuando se marcha, me llevan de vuelta a mi celda. A esperar, supongo. Me veo torturada por los minutos que parecen años y por una desolación que amenaza con destruirme.

Ahora ya es por la tarde. A pesar de que el sol poniente entra por la ventana al fondo del pasillo, el mundo está cada vez más oscuro. Siento que me hundo en el olvido, y el deseo de resistir disminuye cada minuto que pasa.

Algún tiempo después, no sé si horas o minutos, llega Sig. No me levanto. No puedo. Siento pesados los brazos, las piernas, la cabeza... Muy, muy pesados.

Espera a que me mueva. Cuando no lo hago, se aleja unos segundos y luego vuelve con el mando a distancia electrónico que abre la puerta de mi celda.

Recorre despacio mi pequeño cubículo. No dice nada y yo tampoco. Me mira durante unos segundos y luego, con suavidad, me coge los pies, se sienta en el extremo de la litera y los deja suavemente en su regazo. Al instante, siento que la temperatura de su cuerpo se filtra a través de mi mono como si fuera la única fuente de calor en kilómetros a la redonda. Casi noto arder la piel de mis pantorrillas. No me toca nada más, casi como si tuviera miedo a hacerlo. Pero al cabo de un rato, se relaja contra el frío cemento de mi celda y siento su mano en la pierna, trazando formas imaginarias en mi tobillo.

Por la noche regresa de nuevo. Fingo dormir. Me mira sin decir una palabra. Lo sucedido es un calco exacto de la noche anterior.

Al día siguiente, el fiscal vuelve temprano. Me enseña todo tipo de papeles y me lee un montón de leyes.

Por lo que logro entender, lo que ha encontrado corrobora mi historia. Mi hermano murió de un golpe en la parte posterior de la cabeza. Murió en el acto. Por extraño que resulte, eso me alivia. Cierro los ojos. Los aprieto con fuerza, luchando contra otro ataque de llanto. Me sorprende que todavía me piquen los ojos. Las lágrimas parecen ser lo único lo suficientemente afilado para penetrar en la neblina que me envuelve. Pero no dura mucho tiempo. Después, me mantengo apática mientras el fiscal sigue hablando conmigo, pidiéndome una confesión y explicándome lo que supondría, el acuerdo que recomendará al juez y las implicaciones que tendría. Y su esperanza, no su promesa, de que todo irá como está previsto.

Con todo, a pesar de los términos que hacen que parezca que voy a ser una mujer libre, si esto funciona, todavía me trata como a una criminal, curvando los labios con repugnancia cuando me mira.

Sin embargo, no puedo culparlo. Si reducimos la cuestión a eso, soy una criminal. Ningún juez podrá eludir ese hecho, da igual lo que decida hacer conmigo. Es así como me verá el mundo. Como me verá Travis... y Sig. La forma en que me verá a mí misma. Siempre seré una asesina. Una chica que vendió su alma al diablo. Una mujer que es más pasiva que la gente que la rodea tratando de ayudarla. De alguna manera, sacar todo eso a la luz hace que sea más real. Más feo. Menos evitable. Nunca seré capaz de dejar atrás el pasado debido a que yo soy el pasado. Ahora mismo soy la mancha negra en nuestras vidas.

Se me ocurre, en más de una ocasión, que podría ser mejor si estuviera muerta. Hay dos personas a las que quiero mucho que estarían mejor sin mí. No apporto nada bueno a sus vidas porque no soy buena.

Van a estar bien. Incluso genial. Sig se asegurará de que Travis esté protegido. Sé que así será en mi corazón. Se ocupará de que mi madre sea atendida de la mejor manera posible, por alguien más inteligente que yo. Y sin preocupaciones por las dos cosas que me han desasosegado la mayor parte de la vida, no hay nada que me mantenga aquí. Yo solo haré sentir dolor y vergüenza a los que amo si me quedo.

Me rodeo la cintura con los brazos, subo los pies a la litera y apoyo la cara en la almohada húmeda. Un sordo dolor me invade, un dolor que se me clava en el alma tan profundamente que no sé cuánto tiempo más podré aguantarlo. Solo quiero verme libre de mi amargura. Me pregunto si tendré el valor de hacerlo si el Estado de Georgia no lo hace.

Ocho días. Ese es el tiempo que tarda la ley en darse cuenta y aceptar lo que yo he sabido desde el principio: Tommi no es una criminal. Es una mujer que se forjó a partir de una chica que reaccionó con temor a una situación peligrosa. Así de simple.

El juez estuvo de acuerdo con los cargos de delito menor en ambos casos. La condenó a servicios para la comunidad por falsificar los cheques de su madre, sobre todo porque su madre sigue viva y es la destinataria de la atención que proporcionan los cheques. Si hubiera muerto, quizá no habría sido tan fácil. En cuanto a la muerte de su hermano, dados los hechos que fueron capaces de deducir, incluidos el informe del forense y la declaración jurada de Travis como testigo sobre lo que ocurrió esa noche, fue un caso abierto y archivado.

La situación de Travis llevará algo más de tiempo, pero no me preocupa. Legalmente tiene menos cosas en contra que Tommi. Ha accedido a testificar contra Chaps, lo que ya le ha granjeado indulgencia. Y el hecho de que no cabe la posibilidad de que se escape, algo que he garantizado personalmente, significa que está en libertad.

En resumen, todo ha salido tal y como yo esperaba. Como había planeado. Tommi puede seguir con su vida como Tia Lawrence con solo un par de faltas y un expediente juvenil sellado, nada que pueda impedir que consiga un buen empleo. Travis continúa en el instituto. Todos podemos vivir felices para siempre.

Solo que no lo parece. Es como si hubiera una nube negra y no pudiera quitármela de encima.

Hace quince minutos que he llegado a la cárcel acompañado de Travis para recoger a Tommi. Le hemos traído ropa limpia en lugar de la que llevaba puesta cuando la detuvieron. Puesto a adivinar, diría que esa la quemará tan pronto como pueda. Yo, sin duda, lo haría.

Ella acepta las prendas con una sonrisa vacía, y después de que se cambie, el oficial la acompaña a recoger sus pertenencias y cerrar el proceso. Es una mujer libre. Sin embargo, no lo parece.

—¿Te apetece comer algo? —le pregunto ya en la *pickup*.

—Vamos a comer pizza. Hace mucho que no la tomamos —dice Travis, sonriéndome por el espejo retrovisor.

Me río.

—Sí, claro, no es como si la hubiéramos cenado dos veces y comido una más durante los últimos ocho días.

Le echo un vistazo a Tommi. Está mirando a través del parabrisas con una sonrisa triste en los labios y una mirada perdida en los ojos.

—No es mala idea. Así podrías dejarme en casa y luego ir a recogerla. Estoy un poco cansada y me vendrá bien estar unos minutos a solas, si no os importa.

Quiero negarme. Quiero preguntarle qué le pasa. Deseo hacerla sonreír y que aprecie la segunda oportunidad que se le ha presentado. Pero no hago ninguna de esas cosas. Creo que necesita tiempo y espacio. Es difícil valorar lo que esta traumática experiencia le ha supuesto.

—Por supuesto, es una idea fantástica. —Me asomo al retrovisor—. ¿Te parece bien, Travis?

Él asiente y se mueve en el asiento.

Ya en casa, Tommi se dirige a la puerta. Me parece más frágil e inestable que nunca.

—¿Estás segura de que es mejor que estés sola?

Trata de esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero falla de forma estrepitosa.

—Segura. Solo necesito un poco de tiempo. A solas.

Asiento para mostrar mi conformidad. Lo cierto es que la entiendo muy bien.

Pero que lo entienda no quiere decir que me guste.

—De acuerdo. Bueno, de todas formas no vamos a tardar mucho. Y cuando volvamos, tienes que estar preparada para celebrarlo, al estilo italiano.

Asiente de nuevo y esta vez esboza una ligera sonrisa. Parece un extraño reflejo de la persona que besé hace poco más de una semana. Ahora parece que se rompería si la tocara.

Empujo la puerta, pero antes de que cruce el umbral, la retengo cogiéndola suavemente por el brazo. Clava en mí sus brillantes y enormes ojos verdes. Su mirada es tan triste y vacía que hace que me duela el alma.

Me inclino muy despacio hacia ella, para no asustarla, y aprieto los labios contra su mejilla derecha, cerca de su boca. Su piel está fría y húmeda.

—No tardaré.

Una vez más, asiente y se aleja de mí, cerrando la puerta a su espalda antes de que yo pueda bajar un escalón.

Trato de no transmitir a Travis mi preocupación, pero es evidente que también está molesto por el comportamiento extraño y distante de Tommi. Creo que, como yo, pensaba que ella estaría encantada al ver que la situación se ha resuelto de una forma casi inocua. Pero no parece esa su actitud. De hecho, de alguna manera, es como si no se sintiera libre.

Llamo para encargar la pizza, junto con pan de ajo y refrescos, y vamos a recogerla. Nos dirigimos directos a casa.

Ya de vuelta, Travis se adelanta mientras yo cargo con la comida. Estoy dejando la pizza en la mesa de la cocina cuando escucho el estridente grito del muchacho.

—¡Sig!

No sé por qué escuchar mi nombre hace que se enciendan todas mis alarmas. No sé por qué me siento como si alguien me hubiera introducido la mano en el pecho para arrancarme el corazón, rompiéndome las costillas y desgarrándome la piel en el proceso. No sé por qué siento como si mi vida estuviera colgando de un hilo, como si el sol no pudiera brillar de nuevo, pero es así. Todo por culpa de una sola palabra.

La sangre huye de mi cara cuando doblo la esquina del pasillo y veo a Travis de rodillas delante de la puerta abierta del cuarto de baño. La bilis me sube por la garganta y se me revuelve el estómago antes de echar un vistazo en el interior. Una parte de mí ya sabe lo que va a encontrar.

Y no puede soportarlo.

Tommi

Mi cuerpo está helado, lo que es un marcado contraste con el calor que gotea de mis muñecas. Sin embargo, es una sensación muy extraña, porque lo noto de una forma vaga, más o menos independiente de mí, como percibiría el sonido de una cortadora de césped en la distancia mientras tiendo la ropa en el patio.

Dejo que mi mente derive en esa dirección mientras recuerdo los buenos momentos cuando Travis era más pequeño y jugaba al bádminton en ese patio conmigo. He intentado hacerlo lo mejor posible con él. Lo mejor que he podido.

Entonces, como por arte de magia, lo oigo. Es Travis. Su voz es inconfundible. Solo que suena diferente... parece que tiene pánico.

La realidad asoma con rapidez a mi cabeza, pero con cierta confusión, al pensar en lo que he hecho. Siento una primera punzada de pesar. Estaba tan perdida en mi propia pena que, por una vez, no me he planteado cómo podría llegar a sentirse Travis al perderme, solo sé que estará mejor sin mí. Pero ¿será así? ¿Estará mejor sin familia alguna que con otra formada por alguien tan roto como yo? ¿Será esto una pesadilla más que añadir a la larga lista de terrores de los que se ve obligado a huir lo más rápido que puede? ¿Sobrevivirá?

Suspiro, tratando de llenar mis pulmones de aire. Es entonces cuando detecto un aroma muy familiar.

Sig.

Siempre huele a jabón y a cuero. No sé por qué. Jamás lo he visto vestir de cuero, pero es lo que me viene a la mente cuando su olor llena mis fosas nasales.

Por supuesto, me veo invadida por una nueva oleada de tristeza y arrepentimiento, que se derrama a través de las venas de mi cuerpo hasta los ríos rojos.

Siento que sus grandes manos se deslizan con ternura por debajo de mis rodillas y mi espalda cuando me levanta de la bañera y me acuna contra su duro pecho.

Suspiro de alivio, incapaz de imaginar un solo lugar mejor en el que estar hasta que, simplemente, haya muerto. Hasta que me haya ido.

Sig comienza a dar breves instrucciones a Travis con esa voz profunda y ronca que tiene.

«Trae algunas toallas. ¿Sabes dónde hay vendas? Búscalas y tráelas. Llama al 911».

Lo oigo murmurar con voz temblorosa, aunque en todo lo demás es tan firme como una roca, incluso el acelerado latido de su corazón debajo de mi oreja.

—Por favor, no me dejes, Tommi. Por favor, no te vayas.

A pesar de lo fría que estoy, sus palabras me calientan, y deseo poder haberle dicho lo que sentía antes de haber hecho esto. Pero entonces lo habría sabido. Me conozco bien, y me habría detenido.

Noto movimientos. Presión en mis venas. Empujones. Manos que me agarran, dedos que me sostienen. Más presión. Un ligero contacto en el cuello. Un débil roce en el pulso.

—Travis, ¿puedes ir a ver si llega la ambulancia? —pregunta Sig.

No escucho la respuesta, pero, después de unos segundos, siento la ausencia de mi hermano.

Y entonces me veo aplastada entre unos brazos que parecen de acero. Sig entierra la cara en mi pelo y siento su aliento jadeante y húmedo contra la piel.

—Por favor, no te vayas, Tommi. Por favor. Nunca fue mi intención amarte así, pero lo hago. Se suponía que no me dejarías. Nunca pensé que aceptarías todo lo que soy, todo lo bueno que hay en mí, en mi vida, y me dejarías sin nada. He hecho todo lo que he podido por ti, para que pudieras ser libre y feliz, para que pudiéramos estar juntos. Por favor, no me dejes así. ¡Oh, Dios, por favor!

Recuerdo nuestra conversación, aquella en la que admitió que no quería volver a amar a alguien capaz de hacer que su vida fuera peor si no estaba en ella. Sin embargo, me ama. Se arriesgó a pesar de sus miedos por mí. Por amarme.

Está llorando. Es un ligero temblor que sacude todo su enorme cuerpo y provoca que quiera apretarme contra él para consolarlo y decirle que no voy a ir a ninguna parte. Que jamás lo dejaría así. Solo sé que es probable que sea demasiado tarde para retroceder.

—Te amo —susurra contra la humedad que recubre la zona bajo mi oreja—. Te amo más que a nada en el mundo. ¿Qué voy a hacer sin ti? No puedes marcharte ahora, tan pronto. Así no. Por favor, Tommi. Por favor por favor por favor por favor... Te amo, Tia. Te amo.

«Tia, te amo».

Tia. Esa soy yo. Yo de verdad. La chica que mató a su hermano por accidente. La que falsificó cheques y mintió sobre quién era. La que negoció con su cuerpo y su alma —cuando eso era lo único que le quedaba— para salvar a su otro hermano.

Y este hombre, este hombre fuerte, impresionante y divertido, me ama.

He esperado toda mi vida, toda mi desastrosa existencia, para encontrarme con él, para escuchar esas palabras. Y ahora me voy. Esta visión, esta corta y desgarradora visión, es todo lo que alcanzo a pensar.

¿Por qué? ¿Por qué hago esto? ¿Por qué me he rendido con tanta facilidad? ¿Por qué huyo en vez de luchar? He llegado hasta aquí, ¿por qué no terminar la carrera?

Mis pensamientos entran en conflicto y los más negativos presentan batalla. Algo muere... pero también surge algo nuevo.

Casi como si fuera un intercambio físico, siento que el pasado y toda la tristeza salen de mí, abandonándome junto con mi sangre. Pero por dentro, muy dentro, siento crecer el amor, la esperanza y la determinación, casi como si fueran un resorte que desbordara mi pecho, llenándome de calidez y convencimiento.

Con las fuerzas que me quedan, me obligo a abrir los párpados. La estancia parece dar vueltas a mi alrededor y parpadeo para detener ese giro vertiginoso, tratando de concentrarme.

—Sig —murmuro. Tengo los labios secos, la lengua áspera.

Silencio... Silencio absoluto.

—Sig —repito de nuevo, lo más fuerte que puedo, empujando a un lado esta abrumadora debilidad.

Poco a poco, como si fuera el ser más frágil del mundo, Sig me aleja de él lo suficiente para mirarme a la cara. Tiene los ojos llenos de lágrimas, sus pestañas parecen picudas y más negras alrededor de sus iris color chocolate. Una lágrima recorre libremente la mejilla.

—¿Tommi?

—Lo s-siento mucho. M-me gustaría... Lo s-siento... —Hablar resulta muy difícil. Estoy muy cansada y la tentación de cerrar los ojos es muy convincente—.

M-me asusté. Lo s-siento mucho. Es-estoy muy avergonzada. La culpa. Fuerte. Pero no debería hacer esto... A t-ti, a Travis. Te amo... Te amo... mucho.

Lo veo cerrar los párpados con fuerza y aprieta los labios contra los míos.

—Por favor, sé fuerte. Por mí. La ayuda ya está en camino. Quédate conmigo hasta que lleguen, ¿lo harás? —me pregunta mirándome otra vez—. Prométeme que te quedarás conmigo, que lucharás.

—T-te lo prometo.

Entonces me sostiene, apretada contra su pecho, como si no pensara soltarme nunca, y pienso que si puedo pedir un último deseo, si puedo pronunciar una última oración, le pediré a Dios que permita que me quede.

Dos meses después

—Entonces, ¿cuándo vamos a ver a Sloane? —pregunta Travis, al menos por quinta vez.

—Se va a casar, tío. —La expresión de su cara indica que no le importa—. No hagas que me arrepienta de haberte traído.

Se reclina en el asiento y levanta las manos en señal de rendición, pero está tratando de no sonreír. Me gusta verlo así; hasta hace poco no estaba seguro de si el chico volvería a sonreír de nuevo.

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer mientras estás ahí? —pregunta mientras aparco delante de la iglesia y apago el motor.

—Guardar silencio, algo que, dada tu maravillosa personalidad, no te costará mucho. Tienes que sentarte en la primera fila, y quedarte allí hasta que lleguen mis hermanos.

—¿Cómo se llamaban?

—Steven y Scout.

—Hemi, Reese, ¿y cuál es el otro?

—Leif. Bueno, esos son hermanos políticos. Hemi es el prometido de Sloane y sus hermanos son Reese y Leif.

—Y Reese está casado con...

—Kennedy.

—Está muy buena. Muy, muy buena.

—Sí, es cierto. —Hubo un tiempo en que pensé que estaba buenísima, pero eso fue antes de conocer a Tommi. A Tia. Ella ha cambiado para siempre mi concepto de belleza. Me ha cambiado a mí. Se me contrae el pecho cuando pienso en ella, igual que un millón de veces en los últimos dos meses. Desde esa noche...

—Pero no está tan buena como Sloane —murmura Travis.

—¡Ehhh! Que es mi hermana, imbécil. Será mejor que te guardes ese tipo de comentarios o Hemi te arrancará la cabeza.

—Complejo de inferioridad —replica inexpresivo.

Me río. No puedo evitarlo. Este chico es demasiado.

Me sienta bien reír. Como en el caso de Travis, no estaba seguro de si sería capaz de volver a reírme.

Cuando salimos, alargó el brazo para enderezar la corbata de Travis. Luego me coloco también la mía y tiro de la parte inferior de la chaqueta del traje.

—¿Qué? Estoy bien, ¿verdad? —pregunto.

—Tanto como puedes estar, supongo.

Le propino un ligero puñetazo en el brazo. Para esquivarlo, se inclina hacia un lado y hacia atrás como una de esas bolsas inflables con arena en el fondo. No toma represalias y curva ligeramente los labios. Me alegro de ello, vamos poco a poco.

Nos dirigimos hacia la iglesia, que está empezando a llenarse. Acompaño a Travis a la primera fila y voy detrás del púlpito, donde está esperando el novio. La alegría flota en el aire. Hemi no puede dejar de sonreír y sus hermanos no dejan de burlarse de él. Es como si el mundo fuera perfecto para ellos.

La mejor amiga de mi hermana, Sarah, le ha pedido a su madre, Blaire, si puede cuidar del bebé durante la ceremonia y, tras un breve rato, aparece en la puerta de la sacristía con Eden, mi sobrina.

Blaire se la lleva a Hemi.

—Está un poco irritada, y creo que la novia anda demasiado ocupada en este momento.

Observo a Hemi mientras coge a su hija en brazos. Noto cierta tensión en el corazón al ver cómo se ilumina su cara. Parece gilipollas perdido cuando se pone a hacerle carantoñas, pero muy tierno. De hecho, me duele un poco el pecho mientras pienso que no me importaría ser un gilipollas de esa clase.

—Hoy papi va a convertir a mami en una mujer honrada, ¿no es así, cariñito? —la arrulla.

—Te lo has pensado mucho, ¿eh, cabrón? —bromeo.

Hemi me enseña el dedo corazón desde la espalda de su hija.

—Mucho cuidado con lo que dices delante de mi niña, Locke.

—Lo siento, tío —me disculpo con sinceridad, solidarizándome un poco con mi padre mientras recuerdo lo difícil que fue para él educar a una señorita en una casa llena de tipos malhablados, todos ellos policías.

Hemi besa la barriguita de Eden, que aparece por debajo de su vestido rosa con volantes, haciendo que el espacio se llene con sus dulces risas. Justo cuando la niña está tranquilizándose, aparece el predicador para avisarnos de que es el momento. Hemi devuelve a la niña a los brazos de Blaire y se gira hacia nosotros con una enorme sonrisa en su rostro.

—Ha llegado el momento —dice. Es fácil darse cuenta de que no está nada nervioso. De hecho, es como si acabara de ganar la lotería.

—¿Estás preparado? —pregunta Reese.

«Menudo memo, si ya se ve que sí».

—¿Estás de broma? Estoy a punto de conseguir que la chica de mis sueños sea mía para siempre. Llevo toda la vida esperando que llegue este día.

—Todo eso está muy bien, pero recuerda que, como la hagas sufrir, te privaré del resto de la vida —intervengo. No creo que Hemi haga daño a mi hermana. Creo que jamás he visto a dos personas más enamoradas, pero, aun así, ella es mi hermana pequeña. La única que tengo. Así que si ella sufriera por su culpa, se lo haría pagar.

Hemi me pone la mano en el hombro y me mira con expresión sincera.

—Prefiero cortarme el puto brazo que verla triste un solo día. Te prometo que haré todo lo posible para asegurarme de que es la mujer más feliz del mundo.

Nos miramos y asentimos, comprendiendo ambos lo importante que es Sloane para los dos antes de dirigimos a la puerta. Cuando nos detenemos ante el altar, a esperar, todo son sonrisas, palmadas en la espalda y observaciones lúdicas sobre noches de boda y sobre cómo Hemi consiguió a la novia dejándola embarazada demasiado pronto. Me pone de buen humor, me recuerda lo fabulosa que puede ser la vida cuando estás rodeado de seres queridos, cuando has conocido a la persona adecuada para compartirla. Yo he dado con ella a pesar de que no la estaba buscando. Por suerte, la he encontrado.

Olvido esos pensamientos al ver que se abre la puerta. Damos un paso adelante en silencio. Yo, Leif, Reese y luego Hemi. En el momento en el que estamos situados, el predicador hace una señal a la pequeña orquesta que hay en la parte delantera de la iglesia para que comience a tocar una bonita canción. No es una música que conozca, claro está, a fin de cuentas soy un hombre, tengo pelotas, no es que haya estado en muchas bodas. Sin embargo, sea cual sea, parece adaptarse a este día como un guante.

Miro al fondo del templo y clavo los ojos en la puerta. El corazón me retumba en el pecho como si fuera yo quien estuviera a punto de casarse. Pero quizá sería

mejor que fuera acostumbrándome a la sensación.

Dos hombres abren la puerta y allí, como un magnífico ángel dorado, está Tommi. En realidad, Tia.

Pero es que aunque Tia sea su nombre, en mi mente sigue siendo Tommi casi todo el tiempo. Ese es el nombre que tenía la chica de la que me enamoré hasta que supe quién era en realidad. Lo único que ha cambiado ha sido eso, su nombre. Ahora es Tia, y debo acostumbrarme a ello. Pero sigue siendo mi Tommi; el amor de mi vida. Y lo más importante de todo es que puedo decir que es mía. El resto me da igual.

Lleva el cabello recogido en lo alto de la cabeza con ese estilo que me encanta. Su piel parece crema sedosa contra el oscuro tono rosa del vestido. Y en su cara luce esa hermosa sonrisa que no me canso de ver. Me maravilla cuando la veo, su sonrisa de verdad. No la usaba mucho cuando nos conocimos, pero ahora, desde que se despertó en el hospital y se recuperó del incidente con la navaja, apenas desaparece de su cara. Y me parece genial.

Pienso en cómo me explicó su felicidad cuando fue dada de alta y la llevé a casa.

Estábamos tumbados en la cama, tenía la cabeza apoyada en mi pecho y una de sus piernas sobre las mías. Trazaba círculos alrededor de mis tetillas; ella había apostado conmigo que era capaz de excitarme haciendo eso y yo le había dicho que no. Perdí. Pero ella hizo trampa.

Dio igual, porque me hablaba de cómo se sentía.

—Es como si una parte de mí muriera esa noche.

Sentí una opresión en el pecho, la misma que siento ahora. La mera idea de que no estuviera aquí, de vivir sin ella... No quiero ni imaginarlo. ¡Joder!, ni siquiera quiero ser capaz de intentarlo.

—Después de que me encontraras, cuando me di cuenta de lo que había hecho, le prometí a Dios que si me ayudaba, si me daba otra oportunidad, viviría cada día como si fuera el último. No permitiría que el pasado empañara ni un segundo del futuro. Ni un solo segundo. Sin embargo, incluso entonces me preguntaba cómo podría renunciar a ti por completo. Así que cuando me desperté en el hospital y te vi dormido con la cabeza apoyada en la mano con la que sostenías la mía, lo que pasó fue simplemente que eso... había desaparecido. Casi como si nunca hubiera existido. Creo que la sangre que salió de mi cuerpo esa noche se llevó consigo todo lo malo, toda la vergüenza y la amargura. Todo el dolor y la oscuridad. Y el vacío que debería haber dejado atrás no era vacío en absoluto, sino una plenitud. Un lugar donde solo cabía el bien. Tú. Travis. Mi madre.

Me había mirado esa noche con sus enormes ojos llenos de lágrimas.

—Volvería a morir de nuevo si eso significara que volvía a la vida contigo. Por nosotros. Por esto. Nunca pensé que llegaría a ser tan feliz. Esto hace que todo lo que hemos pasado, lo que hemos sacrificado, valga la pena.

—Estoy contento, nena, pero no hables de muerte. No creo que te hagas una idea de lo difícil que fue para mí verte de esa manera, esperar junto a tu cama todas esas horas, rezando para que despertaras.

—Solo puedo imaginarlo. Lo siento muchísimo, Sig —me dijo al tiempo que enterraba la cara en mi pecho.

—No te disculpes. Sé que no lo has hecho a propósito. Y cuando el médico me explicó que estabas sufriendo una depresión severa y estrés postraumático por lo ocurrido, me di cuenta de que no tratabas de dejarme. Solo querías que el dolor desapareciera. Me alegro de que se haya ido dejándote conmigo.

Me incliné para besarle la frente.

—Yo también —fue su suave respuesta—. No quiero volver a estar lejos de ti. Nunca. Ni siquiera un solo día.

—Bueno, ya sabes que tengo que trabajar.

—Entonces te acompañaré. ¿Qué crees que dirían al ver a una criminal en la comisaría?

Lo dijo en broma, pero no le encontré la gracia. No quería que se sintiera de esa manera, como una delincuente. Como si fuera menos que los demás.

—Tú no eres una delincuente. Un juez determinó que actuaste en defensa propia. Temías por tu vida y la de tu familia. Punto. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. —Me moví para girarle la cara hacia la mía—. ¿Todavía no has entendido que yo mataría por ti? A uno y a cien hombres. A mil si fuera necesario. Mataría por ti, moriría por ti. Haría cualquier cosa por ti.

—Bueno, esperemos que no sea necesario —replicó a la ligera, sabiendo que eso pondría fin al tema. Había cosas sobre las que no le gustaba hablar demasiado tiempo, y yo respetaba sus deseos.

A continuación me pasó la lengua por una tetilla y la mordisqueó cuando se erizó. Sentí que deslizaba la mano por mi estómago hasta rodear mi pene, ya rígido, con los dedos.

—Estás haciendo trampa —susurré con un suspiro.

—¿Qué vas a hacer, agente? ¿Esposarme?

Eso fue lo último que dijo durante al menos una hora. Bueno, si no contamos los gemidos y los gritos con los que pronunció mi nombre.

Fue una hora muy satisfactoria.

Y ahora estamos en la boda de mi hermana. Sloane insistió en que Tommi tenía que formar parte de la ceremonia. Mientras se acercan con rapidez por el pasillo, pienso en lo mucho que me gusta que las dos mujeres más importantes de mi vida se lleven bien. Sin embargo, no es algo que me sorprenda; sabía que Sloane adoraría a Tommi en cuanto la conociera, cuando le diera una oportunidad.

Así que aquí estamos, dos meses después de los acontecimientos que marcaron un antes y un después en nuestras vidas, viéndola caminar hacia mí mientras deseo que fueran nuestras vidas las que se unieran hoy.

Sus brillantes ojos verdes se encuentran con los míos y me sostiene la mirada por encima de los lirios que lleva en la mano. Me guiña un ojo y casi suelto una carcajada. Dice que cuando lo hago yo, se vuelve loca, y pensaba darme una lección; mostrarme el sabor de mi propia medicina. Mi corazón se hincha hasta el punto de estar a punto de estallar, consciente de que, siempre y cuando esté con ella, estaré bien. Mejor que bien.

Hemos luchado el uno por el otro, nos hemos arriesgado, llegando incluso a morir un poco. Jamás nos hemos dado por vencidos, incluso aunque doliera. Y ha valido la pena.

Como siempre supe.

EPÍLOGO

Tommi

Cuatro meses después

Me toco la venda que me cubre los ojos.

—¿A dónde vamos?

—Ahora lo verás —indica Sig. Noto la risa en su voz.

Apoyo la sien contra el reposacabezas, de cara hacia él a pesar de que no lo veo. No tengo problemas para recordar cada detalle de su perfil varonil. Todo él, incluso aunque no lo vea, emana fuerza y poder. Es protector y posesivo. Después de mi experiencia con Lance, jamás pensé que me gustaría un hombre con esas cualidades, pero Sig no es un hombre cualquiera. Es mi hombre; lo representa todo para mí. Porque me ama. Y esa es la mayor diferencia del mundo.

Hoy mismo ha salido el veredicto de Tonin. Culpable de todos los cargos. Ha sido condenado por tráfico de drogas después de las declaraciones de Chaps y el hermano de Trip, Davey, y también ha contribuido a ello el testimonio de Travis. Ha sido declarado culpable también de otros delitos como colusión, conspiración para cometer asesinato, obstrucción a la justicia y toda una serie de cosas en las que descubrieron que estaba involucrado. Irá a la cárcel por todo ello durante el resto de su vida. La sentencia saldrá la próxima semana, pero mi cuerpo no ha esperado tanto para relajarse. Desde el momento en el que Sig me estrechó contra su pecho, barriéndome las piernas temblorosas del aparcamiento del juzgado, me he sentido libre. Por fin, totalmente libre.

Noto que la *pickup* frena y que Sig apaga el motor.

—Voy a bajar para abrirte la puerta —anuncia antes de que escuche que la suya se abre y se cierra. Espero con una sonrisita feliz en los labios hasta que noto que ha tirado de la mía—. Vamos, preciosa. Quiero enseñarte algo.

Me toma en brazos y me acurruco contra su pecho. Me lleva hasta que siento que se inclina y acciona algo. Luego oigo una llave en una cerradura y un pomo. Un escalón sube por mi espalda. Solo espero que me esté llevando a un lugar privado. Muy privado.

El olor a barniz inunda mis fosas nasales. Las pisadas de Sig resuenan en el aire mientras camina, provocando un ligero eco. Casi puedo imaginar la dura madera por debajo de nosotros. La acústica cambia de hueca y vacía a acogedora y silenciosa, como si hubiéramos entrado en una habitación más pequeña o completa.

Sig me deja sobre mis pies. Noto que los tacones de mis zapatos se hunden en una mullida alfombra.

—¿Dónde estamos?

—En nuestro hogar.

—¿En nuestro hogar?

Sig me rodea y se detiene a mi espalda para desatar la venda que me cubre los ojos y retirarla de mi cara.

—Sí, en nuestro hogar —me susurra al oído desde detrás.

Tardo unos segundos en que mis ojos se acostumbren a la luz, pero cuando lo hago, miro boquiabierta a mi alrededor con cierto temor. Estoy de pie en el centro de una habitación enorme y bien amueblada. Una alfombra de color crema, paredes a juego y una cama enorme cubierta con un mullido edredón de tono melocotón. Las almohadas, en colores que van desde el naranja al chocolate, se amontonan en la cabecera, y hay una lujosa piel de visón en la esquina. En las ventanas veo unas cortinas de ensueño. La cómoda y el aparador de caoba, la misma madera que la cama, están cubiertos de velas de todas formas y tamaños. Las llamas bañan la habitación de un ambiente cálido, un resplandor romántico que juega con la hermosa pintura que cuelga sobre la cama. En ella se ve una mujer, sentada sobre un delicado taburete ante un tocador, cepillándose el pelo dorado. La cara, visible en el óvalo del espejo, es la mía. Mis rasgos.

Me vuelvo hacia Sig.

—¿Sloane?

Hace una mueca con los labios.

—¿Quién si no? Ya sabes que yo no pinto. Ni decoro.

—Es precioso —suspiro, impresionada. Me acerco a él hasta que le rodeo el cuello con los brazos—. ¿Dónde estamos? —pregunto de nuevo.

—Ya te lo he dicho. Estamos en nuestro hogar. Si tú quieres que lo sea, lo será.

—¿Has comprado esta casa?

—Sí. Es la que estaban construyendo cerca de donde vive mi hermana, esa en la que dijiste que podías imaginarte a unos niños jugando en el patio.

Recuerdo perfectamente la casa de la que está hablando, con su tejado a dos aguas y la valla de tabloncillos blancos.

—¿La has comprado? ¿Para nosotros?

—La he comprado para ti.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué un lugar como este?

—Si soy sincero, eso me importa un bledo. Es una casa. No será un hogar hasta que tú no vivas aquí. Pero lo cierto es que ahora... —Mira a su alrededor pasando los ojos por la cama, antes de clavarlos en mí—. Ahora no se me ocurre ningún otro lugar en el que preferiría estar.

Me muerdo el labio mientras pienso lo que podría significar eso y cómo puedo meter la pata. Pero de pronto noto que me presiona el labio para liberarlo de los dientes.

—¿Qué? —pregunto al ver que Sig me observa con detenimiento.

—Deja de preocuparte —me dice.

—No estoy preocupada.

—Lo estás.

Suspiro. Sencillamente hay cosas imposibles de ocultar a un policía. No es justo.

—Es preciosa, pero ¿qué pasa...? ¿Qué pasa con...?

No me gusta preguntar sobre mi hermano. De alguna forma me siento como si quisiera endosar a Sig una responsabilidad indeseada. Es decir, es diferente cuando se trata de que debo cuidar a Travis en mi casa y con mi dinero. Pero así, seríamos nosotros, los dos, los que lo cuidaríamos.

—El sótano está terminado. Será para Travis. Un sueño hecho realidad para un adolescente obsesionado con los videojuegos. —Sus palabras hacen que se me forme un nudo en la garganta. Ni siquiera he tenido que preguntárselo; ya ha pensado en mi hermano—. Y también estarás cerca de tu madre.

Mi hermano. Mi madre. Mi casa ideal. Sig ha pensado en todo.

Parpadeo para hacer desaparecer las lágrimas.

—Es perfecta, Sig. Sencillamente perfecta.

—Bueno, casi...

Muy despacio, Sig apoya una rodilla en el suelo, delante de mí. Mete la mano en el bolsillo y saca un pequeño estuche de terciopelo que hace que me suba el corazón a la garganta.

—Durante semanas, después de que muriera mi madre, me despertaba en medio de la noche como si no pudiera respirar. Me sentaba en la cama y jadeaba hasta

que notaba que mis pulmones funcionaban de nuevo. Luego lloraba y me volvía a dormir. Jamás fui a la habitación de mi padre. Sabía que él estaba todavía más perdido que yo. Me prometí en ese momento que jamás me enamoraría, que no daría a nadie ese tipo de poder sobre mí. La noche que te cogí en brazos con las muñecas sangrando, me sentí igual. Como si no pudiera respirar. Me di cuenta entonces de que eres tú quien me hace tomar aliento. Desde el día que te conocí, has tenido el poder de hacerme daño, de arrasarme, de destruir mi mundo si quieres, pero también haces que respire.

—Sig..., yo...

—Tia Lawrence —me interrumpe—, ¿quieres casarte conmigo? ¿Te quedarás conmigo, en esta casa, en mi vida, hasta el día de mi muerte? ¿Vas a hacer que siga respirando hasta que no quede aliento en mí? Porque no puedo pensar en una vida digna de ser vivida si tú no estás en ella.

—Sig..., tú...

—Te amo. Más de lo que podrían definir miles de diccionarios, te amo. Por favor, di que sí.

Me río.

—¿Esta vez me vas a dar la oportunidad de responderte?

Su sonrisa ladeada es adorable, el compendio de todo lo que me gusta de él resumido en la curva de sus labios.

—Supongo.

Me dejo caer de rodillas delante de él, dejando la caja a un lado de forma que pueda presionarme contra su pecho. Estamos frente a frente, cara a cara, corazón con corazón.

—Sí. Esa es mi respuesta a todo lo que puedas preguntarme. Sí. Sí, me casaré contigo. Sí, voy a hacer que sigas respirando. Eres mi sueño. Mi único sueño. Tu amor, tus besos, tu contacto es todo lo que necesito y más de lo que esperaba. Te seguiré a donde quiera que vayas. Hasta que los dos dejemos de respirar.

Me mira en silencio, con atención.

—Tengo una pregunta más. —Su voz es baja y ronca.

—¿Cuál?

—¿Espacio o rápido?

Ve el brillo travieso que ilumina sus cálidos ojos castaños, que parecen dorados bajo el parpadeo de las velas.

—Espacio —respondo, apretando mi boca contra la suya—. Y luego rápido.

Desliza la lengua por mi labio inferior, dibujándolo con la punta mientras me desabrocha la blusa.

—Una pregunta más —dice al tiempo que empuja la tela por mis hombros, antes de concentrarse en el cierre de mi falda.

—Lo que sea —digo, arqueando el cuello cuando sus labios comienzan a bajar por mi mandíbula. Sig empuja mi falda y mis bragas por mis piernas y me deja solo en sujetador, de rodillas, delante de él. Mueve las manos por la parte exterior de la pierna, pero la dirige hacia mi ingle en el último momento. Cuando su dedo se hunde en mi centro, dejo escapar el aire que contenía.

—¿C-cuál era esa pregunta? —digo, sabiendo que pronto dejaré de pensar de forma racional.

—¿Podemos tener un bebé?

Su dedo se mueve en mi interior, provocando un chorro de deseo que se integra a la perfección con la inimaginable alegría que siento. De mis labios escapa una risa jadeante.

—¿Y bien? —insiste mientras lame mi pezón a través de la delgada tela de encaje del sujetador.

—Creo que te he dicho que mi respuesta a todo lo que preguntaras era sí.

Siento que curva los labios contra mi pecho y el corazón me da un vuelco.

—Eso era lo que estaba esperando que dijeras.

Unas palabras finales

Si te ha gustado este libro, considera por favor dejar un comentario y recomendarlo a algún amigo. Eres más poderoso de lo que crees. Tú, las palabras que dices, los pensamientos que provienen del corazón, pueden mover montañas cuando se comparten con otros. Puedes hacer que la vida de una autora sea diferente. Puedes hacer que la mía sea diferente. Tienes cada día mi más sincera y abrumada gratitud.

Son muy pocas las veces en mi vida que me he hallado en una posición en la que siento tanto amor y gratitud que la palabra «GRACIAS» parece trillada e insuficiente.

Y así me siento ahora, cuando tengo que dirigirme a vosotros, mis lectores. Vosotros sois la única razón por la que mi sueño de convertirme en escritora se ha hecho realidad. Sabía que sería gratificante y maravilloso tener finalmente un trabajo que adorar, pero no sabía que sería más significativo y brillante por el inimaginable placer de escuchar que os gusta mi trabajo, que mi novela os ha llegado al corazón o que vuestra vida parece mejor por haberla leído.

Así que, desde lo más profundo de mi alma, desde el fondo de mi corazón, os digo que, sencillamente, no tengo suficientes palabras de agradecimiento.

Para leer este post completo, por favor, ve a este enlace.

<http://mleightonbooks.blogspot.com/2011/06/whenthanks-be-not-enough.html>